



LEOPLÁN

Magazine Popular Argentina

En este número:

LA SEÑORITA DE LA FERTE

célebre novela de
PIERRE BENOIT

•
**LA CAIDA DE
LOS LIMONES**
novela corte de
RAMON PEREZ DE AYALA

7 de agosto de 1933

40

centavos en
todo el país

HACIA UN FUTURO MEJOR

Quince centavos diarios cambiarán su porvenir



¡ESTUDIE! Esta modestísima suma, que tal vez Ud. tira sin darse cuenta, puede con toda comodidad, y sin que le signifique sacrificio alguno, cambiar su porvenir.

La Industria, la Banca y el Comercio, necesitan hoy, más que nunca, personas de conocimientos especializados que hagan progresar los establecimientos mercantiles. Y para esas personas hay buenos empleos y mejores sueldos.

Siga un curso comercial, y hágalo por correspondencia en la **UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA**. ¡Triunfará!

IMPORTE TOTAL DE LOS CURSOS QUE SE ABONAN EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES		
Mecanografía... \$ 18	Pint. y Bricos \$ 55	Electrotécnico... \$ 100
Aritmética Comercial... 28	Técnico Tintero... 60	Ingles... \$ 150
Caligrafía... 30	Teneduría de Libros... 60	Tec. Argumentos... 155
Redacción y Ortografía... 35	Mecánica Agrícola... 62	Cine... 155
Cajero... 40	Ebanistería... 75	Motors Diesel... 160
Empleado de Comercio... 40	Aceites y Grasas... 80	Radiofonología... 170
Corresponsal... 42	Jardinería y Arboricultura... 85	Construcción... 170
Taquigrafía... 42	Secretariado... 95	Arquitectura... 185
Avicultura... 45	Vinos y Licores... 95	Asesor Mercantil... 190
Taqui-Mecanografía... 50	Jabones y Perf... 95	Agonomía... 195
Balanceador y Martillero... 54	Jefe de Oficina... 100	Tonería... 200
	Adm. de Hoteles... 100	Radiofonología... 220
	Dibujo Artístico... 100	Corre y confección... 38
		Laborers... 38
		Lab. y Arte Decorativo... 52
		Procurador... 150

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

REPRESENTANTES EN:

COLOMBIA
Alfonso Fernández Quintero
Edificio Solidariaga 52/58 Of. 9
Medellín

BOLIVIA
Calle Mayor Corrasco 310
C. Correo 1307 - La Paz

PARAGUAY
Román Ortiz Cabrera
Brasil 142, Asunción

PERU
Raúl Alvarado P.
Arzobispo 284 (Of. 7)
Lima

GRATIS

Sr. Ing. B. Margulán, Director de la "Universidad Popular Sudamericana" Rivadavia 2465 (R. 25) Bs. As.
Sírvaselo mandarme **GRATIS Y SIN COMPROMISO** el interesante libro "HACIA ADELANTE"

NOMBRE

DIRECCION

LOCALIDAD

SUMARIO

En este número:

Págs.

LA SEÑORITA DE LA FERTE
la famosa novela de PIERRE BENOIT 53

LA CAIDA DE LOS LIMONES
bella novela corta de RAMON PEREZ DE AYALA 4

Literarias

LA MANIA DEL PESCADOR, una novela corta policial de G. K. Chesterton 10
EL CONTINENTE ABSURDO, cuento, por Manuel Cortés 14
LOS EXTRAVIADOS, un cuento de Aníbal Chapoy 20
EL DESTINO DE WANDA, cuento, por Pedro Patti 24
EL PADRE, cuento, por Joaquín Gómez Bay 30
EL ORGANILLO, un cuento de Francisco Coppel 36
LA LIBERACION, cuento, por Alberto Jorge Labastida 98

Notas y artículos

GOGOL Y LA SOMBRA DEL DIABLO, nota, por Alfonso S. Betancourt 8
HISTORIA DE UNA CIUDAD, así nació Los Angeles, por Horacio Estol 16
MASCOTAS DE ESTRELLAS, vistosa nota gráfica 18
BIENVENIDO A LA TIERRA, DE LOS LEONES FEROCES, un artículo de Carlos Dávalos Cavato 26
DRESDEN QUIERE RESUCITAR, los escultores tuvieron para levantar lo que fue la Plaza del Imperio, por Julio Bernal 32
UN PLAGIO ENTRE DOS COLOSOS DEL TEATRO, un artículo de Niceto Alcalá Zamora 38
BAJO EL MONTE DE LA LUNA, o África, contiene su secular misterio, por Granville Roberts 48

Secciones

CINE, por Amelia Monti 22
ACTUALIDADES GRAFICAS 34
LA GRAFIA, temas de campo, por Emilio Pérez 112
AQUI LE CONTESTAMOS, cartas de "LeoPlan" 114

RISA Y SONRISA

La gracia inimitable de CONRADO MALE ROXLO en su "o la manera de... el cande León Tolstoi", oímos la sección consagrada a desmenujar cosas y a hacer reír 41

ILUSTRACIONES DE:

RAUL VALENCIA
BETICHE
GUBELINI
M. ALFONSO
BERNABO, etc.

HISTORIETAS Y DIBUJOS DE:

BLOTTA-VALENCIA
MAS MATE - GUBELINI - VILLAFANE
GONZALEZ FOSSAT
IANIRO - CHRISTIE
JAN KIEL, etc.

LEOPLAN

Magazine Popular Argentina

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

AÑO XIII - N.º 253
7 de agosto de 1946

CORREO
ARGENTINO
Círculo 8

FRANQUEO A PAGAR
CUENTA 79

ESMERALDA 118
O. T. 33 - 0003
BUENOS AIRES

TARIFA REDUCIDA
CONCESION 3016

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N.º 219.846



En el próximo número:

LA MUÑECA SANGRIENTA

famosa novela de misterio, de GASTON LEROUX

LEOPLAN aparece el 21 del mes actual

LA CAIDA DE LIDOKCHKA

obra maestra de la literatura rusa, de ALEJANDRO KUPRIN

40 cts. en todo el país



La caída de los

novela corta de
RAMON PEREZ DE AYALA

I

Ayer eran dos rosas frescas,
blancas y bermejas,
como leche y fresas.
Hoy son dos pobres rosas secas,
de carne marchita y morena.
Ayer, espinas por defensa,
como adorno y para defensa.
Hoy, en el corazón las llevan
clavadas, como duras flechas.
Todos se humillaban a olerías.
Ahora, todos las pisotean.
¡Ay, las dos pobres rosas secas
que ya todos las pisotean!
¡En qué paró tanta lindeza!

La historia que voy a referir acació algunos años ha. Vine en averiguar el curso y circunstancias de ella porque su desenlace, que fué lo primero que conocí, me interesó poderosamente.

Estudiaba yo por entonces el doctorado de la Facultad de Derecho. Novato en los recovecos y sinuosidades de la corte madrileña, después de no pocos y peregrinos alojamientos en hoteles, fondas, casas de viajeros, casas de huéspedes y otros asilos de la misma calaña, que no bien en ellos había aposentado me apresuraba a mudar, cuando por caros, cuando por feos, cuando por sórdidos, llegué de recalada a casa de doña Trina, excelente señora alcazarra, de muchas libras, corazón meloso y no mal abastecida despensa.

En la mesa redonda solíamos acomodarnos hasta una treintena de pupilos, muchos de asiento, los más de paso, todos gente llana y buena pagadora.

Recuerdo una particularidad de aquella casa. Y es que nunca faltaba algún enfermo que había venido a Madrid a que le hiciesen una operación quirúrgica, o que acababa de salir de ella, con lo cual el vaho de aceite frito, que es el aliento o huumillo específico de los hogares españoles, cedía una parte de su soberanía al olor de yodoformo. Y no se sabía qué era peor. También era harto frecuente la estancia, en viaje de novios, de alguna pareja provinciana, que nos daba coyuntura para la zaya y la envidia.

Presidía la mesa, por derecho consuetudinario, un diputado provincial de Colmenar de la Oreja, hombre engeñado y tonto si los hay, que alardeaba de tratar mano a mano con toreros y políticos, y poseía una nariz que no se cansaba uno de reír, porque no encajaba en ninguno de los patrones o arquetipos comúnmente admitidos en las narices humanas.

El trato, en la gran mesa redonda, era sobremediano abierto. No había recién llegado que a los postres de la comida no picase en el palique general, dirigiéndose, desde luego, a cada cual por su correspondiente nombre o apellido. Los huéspedes volanderos eran, por lo común, gente rústica y simple. Creíanse obligados, de buenas a primeras, a referir menudamente su vida y con derecho a escudriñar en la vida de los otros comensales.



Limones

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

En una ocasión, a la comida del mediodía, aparecieron, promediando uno de los costados de la mesa, dos mujeres de edad nada moza y muy semejantes de rasgos. Durante el almuerzo permanecieron las desconocidas con la cabeza baja, los ojos abatidos sobre el plato. Comieron con extrema parvedad. No se mezclaron en la conversación; antes se echaba de ver que la rehuían. Eran como dos esfinges. Estaban como asientes de todas las cosas en torno de ellas. En vano el jefe del partido republicano de Tarazona, ciudadano de desparpajo descomunal y barba ubérrima y bipartita, rompió por tres veces el fuego oratorio contra las tácitas señoras. Dieron la callada por respuesta, y el interlocutor quedó corrido. Otro tanto le acaeció a don Raimundo Perejil, canónigo de Atocha, varón manso y oficioso. Consecuentemente, la conversación comenzó a desmayar, como vela sin viento. Sentíanse todos por vaga manera cohibidos. No cesaban de fisgar en el rostro de las damas, primero con recelo y a hurtadillas, luego con todo desenfado e insolencia.

No bien hubo terminado la comida, el que más y el que menos andaba al retorcero de doña Trina, curiosando acerca de las incógnitas señoras. Caso raro e insolito. Doña Trina, que era ciertamente admirable en mucho linaje de virtudes, pero nada discreta, excusóse con respuestas ambiguas y hábiles. Allí había un gran misterio.

A la hora de la cena, las desconocidas se mantuvieron en la propia actitud impenetrable. Y lo mismo los días siguientes. Al fin, ya nadie les hacía caso. Pero a mí me seguitan inquietando. Me llegaron a preocupar. En la mesa, con tanta cautela como tenacidad, me aplicaba a espiarlas, esperando descubrir alguna clave o cifra con que esclarecer aquel arcano.

Eran de edad indefinida. Estaban entradas dentro de ese dilatado lapso que alcanza desde el punto en que la mujer comienza a perder juventud, lozanía e incentivo, hasta el acabamiento de toda gracia de femineidad y hermosura, edad que va de los treinta y aun menos, a los cincuenta, y aun más, des envolviéndose con tan sutiles y personales variaciones que es punto menos que imposible calcularles los años entronces, y a eso inclinan acogerse ellas para disimularlos y mentarlos. Aquellas dos mujeres, lo mismo podían llevarse

cinco años, que diez, que veinte. Eran muy parecidas. La piel, moreno mate, color costura de lana. Sin estar flacas, bajo la piel se acusaban enérgicamente los huesos del cráneo. Las cejas rectas, de efígie romana, ensabladas por estrecha zona intermedia de cabellos ralos. Los párpados henchidos, inflados, y de escasa pestaña, tenían hechura de boca, como labios gordozuelos, entreabiertos: esos ojos que conservan, hasta muy tarde, expresión entornadiza y pueril, y en la edad madura se truecan al pronto en típicos ojos de vejez, rugosos y papandujos. La boca apretada. Vello azaz copioso sobre la luto superior y en la quijada. La diferencia de edad se delataba porque la una estaba más accedida, más turgente la otra; los párpados de ésta sosteníanse todavía llenos, como tumefactos, así como los de aquella iban aplomándose ya; el vello, sedoso y vaporoso en un rostro, se correspondía con el vello hiruto y áspero del otro rostro. El cabello, igual en las dos, partido en la cumbre y adherido a las sienes, adornaba la cabeza con noble austeridad. Eran humildemente dolorosas. Su dolor, cualquiera que fuese la causa, sugería la idea de un destino injusto malogrado, algo así como la tristeza de la virginidad vetusta. O, como se dice en el duro lenguaje de cada día, tenían toda la traza de ser dos solteronas. Era evidente que pertenecían a buena familia provinciana y que habían venido en contadas ocasiones a Madrid. Vestían sencillamente, de color nazarreno, y mostraban, por ciertos detalles, ser personas de gusto poco educado.

II

En la campal llanura de los cielos,
dos campanas búscanse sin fin.
Uno es el día, el blanco caballero.
Otro es la noche, el negro caballero.
Se persiguen, mas no se encuentran nunca
Sobre la tierra, cabalgando de paso.
Y según pasan los ancianos
las campanas en los campanarios.

El *Angelus* del alba canta:
"La noche huye. La noche ha huido".
"El día se pierde en la distancia".
Llora el *Angelus* vespertino.

Talán, talán,
Campana de plata.
Ha nacido un nuevo cristiano.
¡Oh blanco misterio!

Talán, talán,
Campana de bronce.
¡Oh negro arcano!
Llevan un hombre al cementerio.

Corría la primera quincena del mes de mayo. Por las tardes acostumbraba recluírse en mi aposento a preparar mis asignaturas. Entre lección y lección, buscando unos minutos de descanso y esparcimiento, pasaba al cuarto de costura de doña Trina. A la sazón, la hija única de doña Trina, Mariquita de nombre, casada desde hacía cosa de un año, aguardaba el primer fruto de bendición para antes de terminar el mes. En el cuarto de coser todo era laboriosidad, algarazas y blancura, preparando la casagüita para el crío. Doña Trina reventaba de gozo, y yo gozaba también viendo y oyendo a la buena señora.

Era doña Trina eminentemente maternal y sedentaria. Estas dos salientes características de su temperamento se patentizaban, a modo de alegoría flagrante, en sendas correspondencias orgánicas: desahogado busto y ascotadas señoras. En mitad de aquel marimangüin y aborrecida muchedumbre de lencerías, granos de oro, puntillas y tiras bordadas, doña Trina destacaba, majestuosa y sombría, como buque de gran porte engolfado entre espumas.

Lo único que turbaba el alio reposo eran ciertas disquisiciones polémicas sobre el sexo de la criatura. Mariquita quería que fuese niño. Doña Trina no podía consentir esto. Se aducían argumentos de una y otra parte. Una vez, Mariquita concluyó:

—Pues yo quiero que sea niño, ea! ¡Lo quiero yo, y basta! — E hizo mimosos pucheros.

—Calla, calla, locuela, que no sabes lo que te dices — respondió doña Trina, con caviloso entreciejo y acento de severidad.

—Cavilosa doña Trina? ¡Doña Trina, severa? Esto era para mí extraordinario y sorprendente. Prosiguió:

—¿Un niño? Es decir, un hombre... ¡Qué horror! ¡No tienes ahí el ejemplo de esas pobres señoras? ¡Quién nos dice que, siendo hombre, no va a salir como ése?

Doña Trina se dio cuenta que yo estaba presente. Llevándose la mano a la boca, se interrumpió.



Una tarde, al entrar en el cuarto de costura, hallé una novedad que me sobrecogió al pronto. Mezcladas con las piezas de lo blanco había algunas piezas negras de lana y satén. Las dos señoras desconocidas,

acompañadas de una costurera, cortaban en las telas de luto. Doña Trina y Mariquita cosían con ardimiento los blancos atavíos, sin reparar en el contraste. De tiempo en tiempo, hablaban con las damas misteriosas. Por donde averigüé que la de más edad se llamaba Fernanda, y la más joven, Dominica. Me acurrugué en un rinconcito, para no distraer.

—Por lo menos dos vestidos, uno para cada una, tienen que estar terminados para el sábado, a las doce en punto — dijo Dominica.

—Y también para las diez estarán listos — respondió la costurera.

—A las diez, ¿para qué? Ha de ser al mediodía. Al mediodía, Fernanda.

Dominica suspiró.

—Al mediodía, Dominica — repitió Fernanda, escuetamente.

No hubo un largo silencio. Volví a mi aposento, pero no pude estudiar. Ni oségué hasta que, tomando aparte a Mariquita, le pregunté:

—Dime, Mariquita: ¿qué quería decir aquello del mediodía en punto?

—Pues que antes del mediodía no estarán de luto, y desde el mediodía ya estarán de luto.

Yo callaba, meditando y acojonado. Mariquita añadió:

—¿No comprende usted? Lo comprenderá cuando yo le diga que esas pobres señoritas que tanta curiosidad le inspiran son las señoritas de Limón, de los Limones de Guadalufranco.

III

Vieja ciudad de piedra cincelada
y de barro e² más deleznable.
Eternidad eternizada
y vanidad de lo mutable.
Nidal en el risco señero
donde un más allá se avizora.
Nidal del arrojado romancero.
Nidal de halcones y águilas de otrora.

—¿Por qué en el polvo del sendero
así yaces, buen caballero?

—Apué hasta las heces mi vino
en el cáliz de mi destino.

Dormir, morir. Nadar más quier.

Apreté entre mis ávidas manos
e² haz fabuloso y rotundo

que forman los mares livianos
y las tierras firmes del mundo.

Y todo fué un fútil capello—
dijo el hidalgo moribundo.

Están posados en su cabeza
la malpasa del ensueño
y el escorpión de la pereza.

Guadalufranco es una vieja ciudad española, capital de la provincia del mismo nombre. La provincia entera es sierra fragosa, con llanadas de altura y ríos encañados, como torrencies. En el corazón de la fragosa sierra, sobre penascos cortados en rajo, se alza la vieja ciudad. Aunque no más de veinte leguas alongada de la corte del reino, ea, sin embargo, tan fuera de mano, que para llegar hasta ella, es fuerza emplear un día con su noche; media jornada de fatigoso y asfáltico ferrocarril, hasta Tendilla de los Burdéganos; y desde aquí la otra media, de poco diligente diligencia.

Para pintar hasta qué punto de menoscupo y oscuridad han caído las cosas, tiempo en todo el mundo renombradas provincia y ciudad de Guadalufranco, baste trasladar aquí un suceso, en donde se revela lo ignoradas que ahora están, aun de los mismos españoles. Mentése por ventura en cierta tertulia madrileña la ciudad de Guadalufranco, cuando uno de los del círculo, persona de famoso donaire, cortó diciendo:

—Alto ahí. Si de Guadalufranco se habla por burla; puede pasar. Si se me habla en serio, no lo admito, porque yo soy de los que están en el secreto.

—¿En qué secreto?

—En el secreto de qué la provincia de Guadalufranco no existe.

—¿Que no existe?

—No, señor, no existe; vamos, que no hay tal provincia de Guadalufranco. ¡Ha estado usted alguna vez en la provincia de Guadalufranco?

—Certo que no; pero tampoco he estado en Pelín.

—Es que Guadalufranco se supone que está a las puertas de Madrid, como quien dice, y no en el Celeste Imperio. ¿Conoce usted alguna persona que haya estado en Guadalufranco?

—En este instante no recuerdo.

—¿Conoce usted algún natural, hombre o mujer, de Guadalufranco?

—La verdad, que yo sepa...

El hombre que estaba en el secreto fué haciendo, uno por uno, a todos los presentes, las mismas preguntas. Ninguno había estado en Guadalufranco; ninguno conocía a nadie que hubiera estado allí ni que en Guadalufranco fuera nacido.

(CONTINUA EN LA PAGINA 100)





GOGOL, EL GRAN NOVELISTA

GOGOL Y LA SOMBRA

EXISTENCIA ATORMENTADA FUE LA DEL GENIAL NOVELISTA RUSO, AUTOR DE "TARAS BULBA" Y DE TANTAS OTRAS OBRAS FAMOSAS, PARA QUIEN LA VIDA LLEGO A CONVERTIRSE EN UN TERRIBLE INFIERNO

Por Alfonso S. Betancourt

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Nicolás Vasilievich "Gogol", padre de la novela realista en Rusia —cuna de grandes novelistas— y precursor por lo tanto de Turguenev, Dostoiewski y Tolstói, fué uno de los escritores más hondamente humanos del pasado siglo.

Nace este extraordinario hombre el 19 de marzo de 1809 en Sorochintzy, una pintoresca aldea ucraniana. A temprana edad comienza a demostrar inclinación por la literatura. En su casa sienten preocupación por ese mozo pálido, taciturno, que no hace otra cosa que leer en su alcoba, mientras los demás muchachos retozan alegremente en el campo.

—¿Por qué no vienes a pasear con nosotros? —le preguntan en cierta ocasión uno de sus compañeros de clase.

—Porque yo no me divierto ni divierto a los que me acom-

pañan —responde con un dejo de melancolía el chico—. Yo he nacido para el "estudio y la meditación..."

—Miradlo al sabihondo —se mofan sus camaradas—. Nicolás tiene el diablo metido en el cuerpo...

Pero Nicolás Vasilievich no tomaba a mal las burlas. Seguía imperturbable, entre libros, aprendiendo, meditando. Porque aquel adolescente de mirada profunda, pelo negrísimo, que le caía a veces por la frente "hasta casi taparle los ojos", había, efectivamente, nacido para "el estudio y la meditación...", y para algo mucho más hermoso y noble: para crear.

Surge el genio.

Nicolás Vasilievich sería con el tiempo el iniciador de la no-



HE AQUÍ UNA EMOCIONANTE ESCENA DE "EL ÚLTIMO COSÁCO", ADAPTACIÓN CINEMATOGRAFICA DE "TARAS BULBA", LA FAMOSA NOVELA DE GOGOL. HARRY BAUR, QUE APARECE EN ESTA FOTO, REALIZA EN DICHA OBRA UNA MAGNIFICA LABORE ENCARNANDO AL LEGENDARIO HEROE

DEL DIABLO



OTRO INTERESANTE PASAJE DE LA PELICULA QUE PROXIMAMENTE
REPONDRA LA GUARANTEED PICTURES

vela realista rusa, el historiador, gloria de las letras rusas... y una de las vidas más atormentadas de su época.

Siendo estudiante en Nezin revela singulares condiciones para la pintura y la literatura. Redacta una revista estudiantil manuscrita. Organiza funciones de teatro. Le roba horas al sueño y escribe con una facilidad asombrosa cuentos cortos, comedias, versos y letras para canciones. Hablando de las obras que piensa escribir se exalta, los ojos le brillan de entusiasmo. Gogol empieza a sacrificar su juventud en aras de la gloria de la Santa Rusia. Su pluma maravillosa va a dar los primeros frutos.

Triunfos literarios

En 1828, Gogol viaja a San Petersburgo. Su primer libro, el idilio romántico, delicadísimo por cierto, "Hans Küchelgarten", sale a la luz. Alcanza notable éxito. En los cenáculos literarios de la capital rusa se comenta la aparición de dicho libro. Los egregios maestros de la péñola opinan. Unos en tono escéptico, otros en tono ligeramente elogioso. Sólo uno se entusiasma. Es Alejandro Púshkin, quien habrá de ser, con el conde Tolstói, uno de los amigos dilectos del gran Gogol.

Más tarde, en 1831, publica "Las veladas en una aldea junto a Dikanka", magistral estudio sobre la vida del pueblo ucraniano. A partir de entonces, el talento y la prosa vigorosa del novel autor son objeto de abiertos elogios. Todos leen al "joven señor Gogol" y Zukovski le ofrece la cátedra de historia general en la Universidad de San Petersburgo.

La capacidad de trabajo de Gogol es sorprendente. Una tras otra van apareciendo sus obras: "Árabescos", "Mirgorod", "El retrato", "La nariz", "Las memorias de un alienado", "Los hacendados a la antigua" —bello romance clásico ucraniano—, "Taras Bulba", la célebre novela histórico-romántica que fuera espléndidamente adaptada al cinematógrafo en Francia —y cuya reposición en Buenos Aires anuncia ahora la Guaranteed Pictures con el título sugestivo de "El último cosaco"—, y otras producciones, todas ellas de jerarquía excepcional. En poco tiempo Nicolás Vasilievich se torna famoso. Su breve pseudónimo literario es pronunciado con veneración por el pueblo ruso, y recorre triunfalmente Europa.

¿Cómo hacer del diablo un imbécil?

Alguien dijo acertadamente que la existencia de Gogol fué un rápido vivir y un lento morir. ¡Cuánta verdad encierra la frase! Porque, en efecto, llega un momento en que la vida del novelista se convierte en un atroz martirio, en una agonía que dura años y que nos hace recordar aquellas palabras dichas en broma por un chicleto a Gogol, cuando éste "estudiaba y meditaba" en su aldea de Ucranía: "Nicolás tiene el diablo metido en el cuerpo...".

"Nicolás tiene el diablo metido en el cuerpo..." He ahí una burla de colegial que para el insigne Gogol —enormemente

(CONTINUA EN LA PAGINA 111)



Untisal al pecho...

Untisal

PARA LAS VIAS RESPIRATORIAS
DE LOS NIÑOS,

Tosantil

JARABE EFICAZ, AGRADEABLE



La manía del pescador

novela corta policial de

G. K. CHESTERTON

ILUSTRACIONES DE RAÚL VALENCIA

UNA cosa puede ser, a veces, demasiado extraordinaria para que se la recuerde.

Si se halla por completo fuera del curso de las cosas comunes, y no tiene aparentemente ni causas ni consecuencias, hechos subsiguientes no la recuerdan. Permanece así en el subconsciente hasta que, en ciertas ocasiones, un accidente la vuelve a sacar a la superficie, mucho tiempo después. Permanece aparte como un sueño olvidado.

Fué precisamente en la hora en que los sueños son más comunes, al alba, y muy poco después del término de la noche, cuando tan extraño cuadro se presentó a los ojos de un hombre que remaba en un bote, río abajo, en West Country. El hombre estaba despierto; en verdad, se consideraba a sí mismo muy despierto, ya que era un prominente periodista político llamado Harold March, que iba a visitar varias celebridades políticas, en sus respectivas comarcas. Pero la cosa que vio era tan inconsecuente, que bien podría haber sido imaginaria. Simplemente pasó ante su mente y se perdió luego, entre varios y distintos sucesos. Ni él recordó la memoria de aquel hecho hasta mucho después de que descubriera su significado.

Los pálidos resplandores de la aurora se reflejaban en el campo y en los juncos, sobre una de las orillas del río; en la otra orilla se veía una pared de ladrillos sobresaliendo apenas por encima del agua.

Había recogido los remos y era arrastrado por la corriente, cuando un raro impulso le hizo volver la cabeza, y vio que la monotonía de la larga pared de ladrillos era interrumpida, un poco más adelante, por un puente; un puente casi elegante; un puente es-

tilo siglo XVIII, con pequeñas columnas de piedra blanca, con un toque gris. Había habido una creciente y el río estaba todavía muy alto, con árboles enanos sumergidos en su corriente. Bajo los arcos del puente se esbozaba apenas la débil luz del amanecer. En el preciso momento en que su bote se deslizaba bajo los arcos del puente, Harold March vio otro bote que venía hacia él, impulsado por un hombre tan solitario como él mismo. Su postura impedía que se viera bien su persona, pero al llegar al puente se paró sobre el bote y dió media vuelta. Estaba, sin embargo, tan cerca de la oscura entrada del puente, que su figura aparecía negra contra las luces de la mañana. March no pudo ver nada de su rostro, excepto las dos puntas de sus bigotes o patillas, que co-

municaban un no sé qué de siniestro a la silueta, como si fueran cuernos colocados en un lugar que no correspondía. Ni aun se hubiera fijado March en esos detalles, a no ser por la cosa extraordinaria que sucedió a continuación. Cuando el hombre llegó a la parte más baja del puente, dió un salto, hacia arriba y se colgó, quedando con las piernas en el aire. El bote siguió flotando corriente abajo. March tuvo una momentánea visión de dos piernas negras que pa-

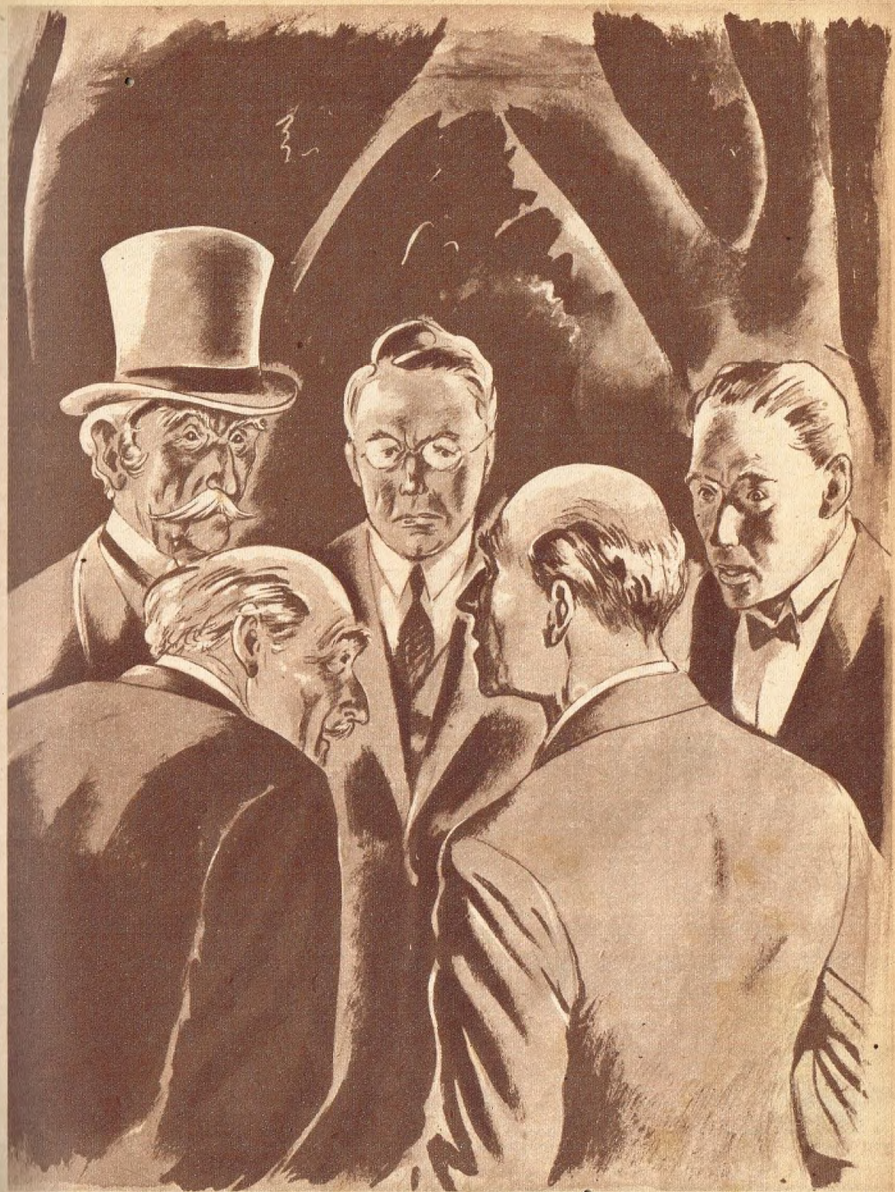
teaban en el vacío; luego, de una pierna negra que pateaba en el aire, y después, de nada, excepto la ininterrumpida corriente y la larga y uniforme pared roja. Pero cuando mucho más tarde pensó en todo eso, comprendió la historia en la cual encajaba. Una historia que desde el principio estuvo señalada por esa sombra fantástica; como si aquellas dos piernas negras y colgantes fueran un grotesco ornamento grabado en el puente mismo, a la manera de una gárgola. En ese momento no hizo otra cosa que mirar la corriente un tanto asombrado. No pudo ver ninguna figura corriendo por el puente, de manera que el descuido debía haberse alejado ya; pero estaba sólo a medias consciente de lo que significaba en relación con aquel hecho, el otro hecho de que entre los árboles del otro lado del puente hubiera un poste del alumbrado público, y, bajo la lámpara, las anchas espaldas azules de un inconsciente policía.

Aun antes de haber alcanzado el altar de su peregrinaje político, tuvo muchas otras cosas en que pensar, aparte del curioso incidente del puente; porque el manejo de un bote para un pasajero solitario, no es, a veces, muy fácil, aun en esa solitaria corriente. Y en verdad, se debía a un accidente imprevisto que se viera tan solitario; el bote había sido alquilado, y toda la expedición planeada en combinación con un amigo, quien a último momento debió alterar sus planes. Harold March debía haber viajado con su amigo Horne Fisher en aquel paseo tierra adentro, hacia Willowood Place, en donde el Primer Ministro era huésped en ese momento.

Más y más gente oía hablar cada día de Harold March; sus agudos artículos sobre política le abrían las puertas de los más distinguidos e importantes salones. Pero Harold March no se había encontrado aún con el Primer Ministro.

En cambio, poquísimas personas, entre el público en general, habían oído mentar alguna







vez a Horne Fisher; pero éste conocía al Primer Ministro desde pequeño. Por estas razones, ambos habían hecho el proyecto de viajar juntos, pasando el día en mutua compañía. March pudo haber estado ligeramente dispuesto a apresurarlo, mientras que Fisher estaría vagamente contento de alargarlo. Porque Fisher era una de esas personas que nacían conociendo al Primer Ministro. Tal conocimiento parecía no tener efectos muy reconocientes, y en su caso tenía la apariencia de haber nacido cansado. Horne Fisher era un hombre alto, rubio y pálido. Tenía una calva prematura y sus maneras eran por demás apáticas e indiferentes. Era sumamente raro que expresara irritación de una manera más agresiva que la de un simple gesto de fastidio. Sin embargo, sintióse muy disgustado al recibir, justamente cuando estaba haciendo un paquete con accesorios de pescar y cigarros para el día, un telegrama expedido en Willowood, en el cual el Primer Ministro le pedía que se le reuniera al punto, tomando el primer tren, porque tenía que ausentarse esa misma noche. Fisher sabía positivamente que su amigo el periodista no podía ponerse en viaje hasta el otro día; apreciaba mucho a su amigo el periodista y hubiera deseado sobrenaturalmente pasar un día en él. Particularmente, ni le agradaba ni le desagradaba el Primer Ministro; pero, en cambio, le desagradaba profundamente la perspectiva de pasar varias horas en el tren. Sin embargo, aceptaba a los primeros ministros como aceptaba los ferrocarriles: como parte de un sistema que él, por lo menos, no era el revolucionario enviado a la tierra para destruirlo. Así, pues, telefonó a March pidiéndole, con muchas disculpas y débiles maldiciones, que tomara el bote y fuera río abajo, como habían convenido, de modo tal que pudieran encontrarse en Willowood a la hora señalada de antemano. Luego, salió a la calle y llamó a un taxi para que lo condujera hasta la estación del ferrocarril.

Una vez allí, se detuvo un momento en el puesto de libros para añadir algunas novelas policíacas baratas a su ligero equipaje. Durante

el viaje leyó con sumo placer esas novelas, sin sospechar ni por un instante que iba vertiginosamente, tan ligero como el tren lo llevaba, a mezclarse en la más extraña historia policial que pudiera darse.

Un poco antes de la puesta del sol llegó, con su liviana valija en la mano, a la entrada de los grandes jardines de Willowood Place, situados a la orilla del río. Era una de las más pequeñas posesiones de sir Isaac Hook, el dueño de muchos barcos y varios periódicos. Horne Fisher penetró por la entrada que daba a la carretera, justamente opuesta al río.

Había una especie de dualidad, mezclada en ese paisaje acuático, que recordaba perpetuamente al viajero que el río estaba cerca. Blancos reflejos de agua brillaban de repente como espadas o lanzas, entre el verdor de la vegetación; aun en el mismo jardín, dividido en *courts* separados entre sí por cortinas de setos y altos árboles de jardín, se escapaba por todas partes esa inconfundible música del agua. El primero de esos verdes *courts*, en el cual entró, parecía ser un campo de croquet bastante olvidado; había allí un joven solitario jugando al croquet contra sí mismo. Aun cuando no parecía muy entusiasmado por el juego, se entretenía en hacer un poco de práctica, y su rostro cetrino, aunque regularmente proporcionado, parecía más hosco que de costumbre. Se trataba de uno de esos jóvenes que no pueden soportar el peso de su conciencia a menos que estén haciendo alguna cosa, por insignificante que sea, y cuya concepción de hacer alguna cosa está limitada a un juego o algo por el estilo. Era moreno y estaba muy bien vestido, como para un día de fiesta. Fisher reconoció en él, a la primera ojeada, a un joven llamado Jaime Bullen, a quien, por alguna razón desconocida, nombraban Bunker. El sobrino de sir Isaac. Pero, lo que era mucho más importante en aquel momento, es que también era el secretario del Primer Ministro.

—Hola, Bunker —lo saludó Horne Fisher—; usted es la clase de hombre que desearía ver en este preciso momento. ¿No ha bajado su jefe?

—No se quedará más que a cenar —replicó Bullen sin sacar sus ojos de la pelota amarilla—. Tiene que pronunciar un discurso importante mañana en Birmingham, y esta noche irá directamente a esa ciudad. El mismo guiará hasta allá..., quiero decir, su automóvil. Eso es una de las cosas de las que se halla realmente orgulloso.

—¿Quiere decir entonces que usted se quedará aquí con su río, como un buen muchacho? —preguntó Fisher—. ¿Pero qué podrá hacer el Primer Ministro en Birmingham sin los epigramas que le dicta al oído su brillante secretario?

—Vamos, no empiece a burlarse de mí —dijo el joven llamado Bunker—; estoy muy contento de no ir por una vez corriendo tras él. No sabe ni una palabra acerca de mapas, o de dinero, o de hoteles, y yo tengo que correr por todos lados como si fuera un expreso. En cuanto a mi río, como se supone que heredará el título, creo que es decente que venga de visita de cuando en cuando.

—Muy bien dicho —replicó el otro—. Bueno, espere verlo más tarde.

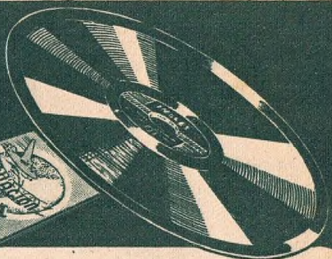
Y cruzando el *court* desapareció por un hueco del seto.

Caminaba a través de los jardines dirigiéndose hacia la parte del río, mirándolo todo en derredor bajo el hechizo del plateado atardecer, y sintiendo un sabor de viejo mundo y una reverberación en aquel hermoso jardín prendido al río.

El siguiente cuadrado de césped que cruzó, estaba desierto al parecer; luego, entre los árboles, alcanzó a ver una hamaca, y en la hamaca un hombre que leía un diario, balanceando una pierna por encima de la red. A él también lo llamó por su nombre. El hombre echó pie a tierra y caminó hacia el recién llegado. Parecía fatal que hubiera de sentir algo como cosas del pasado en los accidentes de ese jardín, porque aquella figura de hombre podría muy bien haber sido un fantasma de

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 106)

LA LLAVE DE SU PORVENIR



PREPARESE *cuanto antes...*

ESTUDIE UNA DE ESTAS CINCO
CARRERAS DE GRAN EXITO ...!

fácilmente mediante el afamado sistema
ROSENKRANZ de enseñanza por correo.

RADIO-TELEVISION-CINE SONORO

Receptores - Diseño, Construcción y Reparación; Sistemas de Amplificación; Radio - Difusión; Radio - Comunicación en sus variados aspectos; Novísimas Aplicaciones Electrónicas, etc. etc.



FUERZA MOTRIZ - DIESEL

Motores de gasolina, Diesel y Semi-Diesel; Lubricación; Enfriamiento; Trasmisión de fuerza; Maquinaria Agrícola e Industrial - su instalación, cuidado y reparación; Taller mecánico, etc. etc.



ELECTROTECNIA - REFRIGERACION

Acondicionamiento de Aire o Clima Artificial; Motores y Generadores; Embalnado de Armaduras; Centrales Eléctricas y Subestaciones; Tableros de Control; Alternadores; Soldadura, etc. etc.



AVIACION

Aerodinámica; Pilotaje, Meteorología; Instrumentos de vuelo; Construcción de Aviones; Motores; Comunicaciones por Radio; Radiofaro, etc. etc.



IDIOMA INGLES

Enseñanza objetiva y fonética al alcance de todos, con audiciones fonográficas que dan la pronunciación correcta. De aplicación al Comercio, Industria, etc.



ENVIAMOS **GRATIS** CUALQUIERA DE LOS LIBROS DESCRIPTIVOS DE ESTAS ENSEÑANZAS

FUNDADA EN 1905

Cuenta con SUCURSALES en todo el Continente



NATIONAL SCHOOLS Sucursal: VICTORIA 1556

(de Los Angeles, California)

Bs. Aires, Rep. Argentina

ENVIE HOY MISMO ESTE CUPÓN!

Sr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente:

Depto. N° GG8 - 380

Mándeme su libro GRATIS sobre la carrera que he seleccionado y marco al margen con una "X", y así: ☐

Escoja sólo una:

RADIO ☐

DIESEL ☐

AVIACION ☐

ELECTROTECNIA ☐

INGLES ☐

NOMBRE _____ EDAD _____

DIRECCION _____

LOCALIDAD _____

PROVINCIA _____

El continente absurdo

Cuento, por
Manuel Castro

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ILUSTRACIÓN DE RAÚL VALENCIA

El anciano maestro de la Escuela Normal Nº 246.845 de Ubangui-Chara (Estados Unidos de África) alisa distraidamente sus motas, que empiezan a encanecer, y con voz monótona, cansada, profesional, comienza a dictar la penúltima clase del curso, vigésimo cuarto de su carrera pedagógica:

—Cuanto voy a recapitular es archaisado y desazona repetitivamente una vez más. Pero, comprenderán ustedes, mis jóvenes alumnos, la necesidad de un resumen al término del año escolar y pocas semanas antes de los exámenes. Por otra parte, para eso me pagan, y cuando algo se nos impone por ley, fuerza o dinero, truécase en deber, "tabú" sagrado e intransgredible, conforme dirían los cultísimos polinesios. Acepto que el deber significa la peor de cuantas supersticiones nos inculcaron indeleblemente los bárbaros europeos: que necesidades y placeres, mudas lenguas del instinto, resultan mucho... Deje usted de hurgarse las narices con tanto entusiasmo, señorita Uwango. Me distrae, me induce a divagar.

El maestro hace una pausa para coordinar ideas, mientras sus dedos huesudos y alabacados tamborilean sobre el tablero de la mesa quien sabe qué antiquísimo ritmo. Y tras reprimir un bostezo, prosigue:

—Después de la cuarta guerra mundial, que se desencadenó a fines del siglo anterior, ¿En qué año, exactamente, fué declarada, señorita Mirkú?

—En 1998, y duró siete lunas.

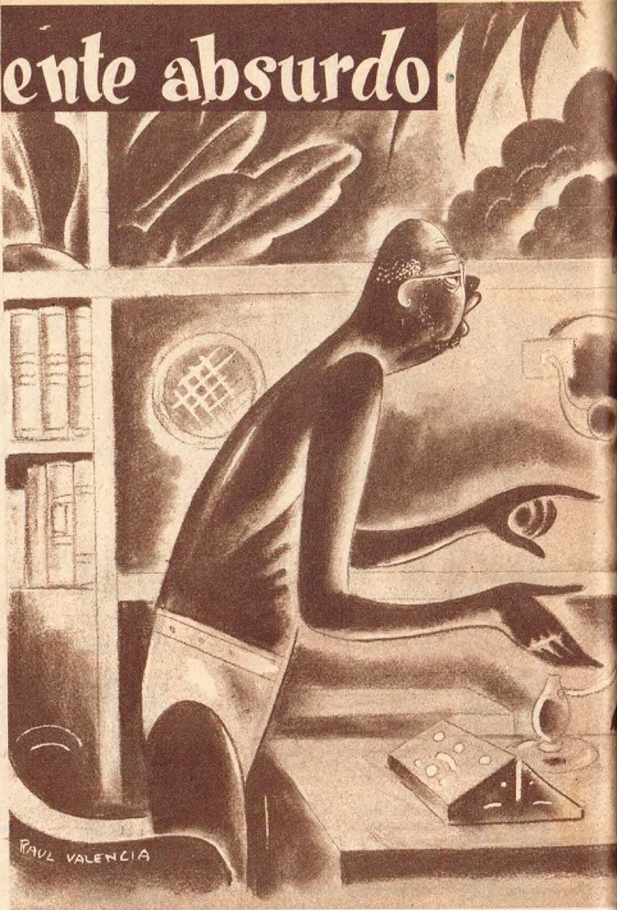
—¡Muy bien! Creí que no atendía usted... Después de esa cuarta guerra mundial, Europa, patria del hambre y de la ambición, llegó a tal grado de inferioridad y decadencia, de salvajismo y agresividad, de arbitrariedad e incongruencia, que mereció, con estricta justicia, el apodo con que todavía hoy la conocemos: "El continente absurdo". Los blancos, en general, y los europeos, en particular, siempre fueron tontos, crueles, presuntuosos, rapaces e incomprensibles. Mas estas características raciales se acentuaron hasta tornarse insosportables en la época que nos ocupa. Ninguna persona culta y pacífica se internaba en Europa sin correr graves e imprevisibles riesgos. El orden, el derecho, la libertad y la seguridad desaparecieron de sus costumbres. ¿Quiere enumerar algunos de esos peligros, señor Quimbó, en vez de entretenerse con tan bonito escarabajo?

—Este... Y... Este... ¡Y los banditos!

—Justamente. Cuadrillas de banditos, que necesitaron de tatuajes e insignias, distintivos y contraseñas, para evitar robarse entre ellos, asaltaban y saqueaban a extranjeros y connacionales. Eran exacciones organizadas, sistemáticas, cujetas y complejas normas, establecidas para impedir que una sola banda esquilmará ex-

clusivamente al individuo y defraudase así a otras pandillas, que aguardaban su turno para caer sobre la víctima. Sin embargo, a la larga, el resultado era invariable: el despojo absoluto. Dichas cuadrillas se distinguieron con nombres salvajes y pintorescos, algunos de los cuales han llegado hasta nuestros días: "agentes aduaneros", "recaudadores de impuestos", etc. Aparte de tales asechanzas, agobiábase al viajero con ignominiosos tributos, enormes gabelas y odiosos peajes, de carácter medioeval. Y nadie piense que entre ellos se trataban mejor. Los hombres del "Continente absurdo" cultivaron la absurdidad integral. En Europa todo estaba prohibido y penado; todo suponía culpa, transgresión, crimen. Si un hábil cazador intentaba vender los colmillos de

un elefante por él cobrado, sin antes conseguir una serie de papelotes que le acreditaran mercachifle, a la cárcel iba; si un hambriento se apoderaba de tentadores comestibles, públicamente expuestos, también le aprisionaban, sin que bastara a exculparle su necesidad. Por leyes y ordenanzas impusieron vestirse y calzarse, usar cuello y reloj, tener domicilio fijo, oficio comprobado y documentos identificatorios. Una persona desnuda o borracha — colmos de la sinceridad —, sin casa ni trabajo — *sumum* de la libertad —, parecía culpable, pecaminosa, indigna, temible. Llevar un arma para defenderse de tanto ladrón y asesino como entonces pululaban por Europa, considerábase grave delito. Inventaron creencias y supersticiones que contrariaban su inteligencia





y religión; leyes que contrariaban sus propias costumbres y conveniencias. Ciertos sociólogos y gobernantes sostenían que tan contradictorias prácticas eran necesarias para inculcar el sentido del honor y del respeto en las muchedumbres (alma de odio, boca de insulto), que constituían el 96 por ciento de la población. Parece increíble, mas recordemos que nada de lo de aquella época nos parece claro y aceptable hoy. "Halagar y explotar a miseriales — dijo nuestro gran filósofo Rikk-Haum — equivale a multiplicar la propia ruindad por el número de halagados y explotados".

Una mariposa — alas de espeso terciopelo, con *moirés* de charca y reflejos de crepúsculo — que cruza, de ventana a ventana, emboba al maestro y a los alum-

nos. Reacciona rápidamente aquél, con su consabida pregunta, comprobatoria de distracciones:

—¿Qué dijo nuestro gran filósofo Rikk-Haum?... Conteste usted, Okombo.

—Que la miseria... Que los halagos... Que los miserables deben ser explotados.

Parece usted un europeo en la más cabal y plena acepción del vocablo. Tendré el agrado de clasificarle con un cero, tan redondo y expresivo como los ojos de Baghi, nuestro Dios mitológico, cuyo rostro semeja la cola de un pavo real.

—¡Maestro!

—¡Basta!... Hablaba, de la absurdidad de los europeos y continuó. Santificaban el trabajo y lo eludieron en lo posible, al punto de que obreros y campesinos de las que ahora constituyen nuestras colonias y

proteccionados, inventaron mil artificios y máquinas para evitarlo, para rehuir cualquier esfuerzo. Utilizaron las fuerzas de la naturaleza, sin preocuparse antes de conocer sus causas, orígenes, potencias y alcances, y jamás se explicaron los cataclismos horribles y las enfermedades terribles que provocó su ignorancia, pues los más sabios creían saber lo que sabían, y, lo que es peor, tener medida de cuanto ignoraban. Merecen llamarse inteligentes quienes provocan guerras para perderlas; quienes se multiplican para matarse; quienes producen más de lo necesario para vivir y lo atesoran, privándose de su goce, hasta la muerte; quienes, incluso en épocas de miseria mortal, para mantener los precios, destruyen parte de las provisiones

(CONTINUA EN LA PÁGINA 96)



GENTES DE ASCENDENCIA MEXICANA ABUNDAN EN LOS ANGELES.

CUARENTA y cuatro españoles que procedían de México fundaron en 1781 un poblado en la Alta California, y en doble homenaje al recuerdo de la lejana aldea natal y a la belleza del paisaje, lo bautizaron detalladamente como poblado de Nuestra Señora de Los Angeles de Porciúncula.

El tiempo, que todo lo desgasta, desgastó también esa extensa denominación, abreviándola a las dos palabras que le dan hoy el nombre a una ciudad de historia curiosa y pintoresca: Los Angeles.

Esa historia de Los Angeles comienza, virtualmente, un siglo después de su fundación. En ese lapso, California brilló a los ojos del mundo con el resplandor de su riqueza nupcial y pasó a ser un estado más de los Estados Unidos de Norte América.

No obstante, recién en 1871 alcanzó Los Angeles una cierta notoriedad nacional a favor de la muerte de diez y nueve chinos que fueron linchados en represalia por los desmanes que habían cometido. Y en

HISTORIA DE UNA

NACIO DE LA PROPAGANDA Y TIENE EN SU HISTORIA UN FANTASTICO

esa fecha, y de esa manera, Los Angeles encontró su destino futuro, ya que, sea como fuere, ese monstruoso linchamiento fué una suerte de publicidad que hizo conocer el lugar — por lo menos de nombre — al resto del país.

Por ese entonces, también, la loca carrera en competencia de los ferrocarriles continentales no podía ir más allá de Los Angeles, y allí fueron a morir los rieles de dos grandes compañías: los del Pacífico del Sur, que arribaron en 1876, y los del de Santa Fe, que llegaron en 1885.

Los Angeles era en esa época un amodorrado pueblo de unos 11.000 habitantes, con mayoría de mexicanos, que se dedicaban sin urgencias a la industria vitivinícola. Semejante punto terminal no significaba negocio para ninguna de las dos compañías ferroviarias, que, para desplazarse, emprendieron entre sí una mortífera guerra, rebajando sus tarifas en competencia inaudita. Así fué como de Kansas City a Los Angeles, el pasaje bajó primero de 110 dólares a 95, después a 75, a 45, a 25, y por último, en un día inolvidable, al absurdo precio de un dólar.

Millares de forasteros del Medio Oeste aprovecharon esos pasajes, y Los Angeles se encontró súbitamente abarrotada, produciéndose entonces la primera etapa del proceso de expansión, que duró hasta 1888.



SU PUERTO ARTIFICIAL ES TAN FAMOSO COMO SUS



CIUDAD

Por
Horacio Estol
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ELEFANTE DE NUECES QUE PODRIA SERVIR PARA SU BLASON



EL INTENDENTE DE LOS ANGELES, MR. FLETCHER BOWRON, CON EL AUTOR DE ESTA NOTA.

una gigantesca cincha formada con deslumbrantes limones.

Inmediatamente, el extraordinario elefante se convirtió en el símbolo representativo de Los Angeles para los millones de personas que lo contemplaron esta-

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 111)

El elefante de nueces citado más arriba fué construido por Wiggins para exhibirse en la Feria Mundial de Chicago de 1893. Se trataba de un fuerte esqueleto de alambre que reproducía la figura de un paquidermo con proporciones algo exageradas y que estaba cubierto con 390 kilogramos de las extraordinariamente grandes nueces de California. Sobre el lomo llevaba un fantástico castillo construido con maíz, cebada, trigo y musgo, que parecía estar atado a su vientre por



CINEMATOGRAFICAS BELLEZAS.

Este año, el desequilibrio en el crecimiento de la población llegó a tal punto, que millares de recién llegados tuvieron que liar sus petates y emprender el camino de regreso. Cundió el pánico y, de buenas a primeras, el florecimiento de la ciudad se transformó en una bancarrota.

Popularidad

Es en este momento crítico cuando se inicia en realidad la historia de ese esplendor de la ciudad de Los Angeles, que continúa aún en nuestros días. Y todo ocurrió como secuela directa del ingenio de Frank Wiggins y su famoso elefante de nueces...

Wiggins había llegado de un Estado del Este, buscando el sol de California para morir en paz. Alto y huesudo, arribó poco menos que moribundo, y así lo llevaron algunos amigos hasta la playa de Santa Mónica, a corta distancia de la ciudad, para que respirase las brisas oceánicas y salobres del Pacífico. Completando la revolucionaria cura de clásico corte naturista, se alimentaba Wiggins con jugos cítricos y vino de California, y se bañaba con el aceite de las olivas locales. No se murió. Por el contrario, casóse con su enfermera, instaló su hogar en Los Angeles y, como acto de solidaridad con el lugar que le había devuelto la vida, ingresó a la Cámara de Comercio como secretario de una de sus ramas.

Se había convertido en el más apasionado propagandista que jamás tuvo ciudad alguna, y esto fue tan visible, que alguien dijo de él una vez que: "Dios destinó a California a ser el hogar de inculcables millones de seres y se valió de Frank Wiggins como de un instrumento para realizar su propósito".

ADMIRABLE



por sus encantos naturales. Juventud... belleza... simpatía... exaltadas por el máximo hechizo de unas gotas de Colonia Rusa de Preal.

Perfume soberano que orgullosamente usan quienes se apartan de lo vulgar.

Subraye sus encantos con la fragancia de Colonia Rusa de Preal.

En venta en todas las farmacias, tiendas y perfumerías.



INDUSTRIA ARGENTINA

Colonia Rusa
de PREAL

Camauér & Cia., Soc. de Resp. Lda.

Inclan 2839/47

Capital \$ 200.000 m/n.

Buenos Aires.

MASCOTAS DE ESTRELLAS

El perro es, efectivamente, el mejor amigo del hombre, pero es también el gran camarada de la mujer. Si no, que lo digan las estrellas cinematográficas de Hollywood. Allí, la mayoría de las figuras femeninas del séptimo arte tienen sus "pichichos", los cuales, generalmente, son tan famosos, en aquel mundillo del celuloide, como sus mismos dueños.

He aquí unas fotos en las que aparecen algunas artistas conocidas, en compañía de sus perrunos amigos. Después de todo parece que la vida de perros no es tan miserable como andan diciendo por ahí las malas lenguas. A las pruebas nos remitimos...



JUNE HAVES
APARECE EN
COMPANIA DE
SU BUEN "TOM"



VIRGINIA GREY Y SU PERRO POLICIA



EVELYN KEYES
ADIESTRADA A SU
PERRITO



MARJORIE LORD Y EL SIMPÁTICO "FREDDY"



DOROTHY MORRIS FELICITA A "LASSIE"

CAROL AMES
MUESTRA A SU
PERRO LA RA-
NA DEL ESTAN-
QUE

APRENDA MECANICA DENTAL

LE ENSEÑAREMOS EN
POCOS MESES, CLASES
DIURNAS Y NOCTURNAS

Toda persona tarde o
temprano necesitará co-
locar dientes artificiales,
que los mecánicos para
dentistas ejecutan para
los profesionales. HAY
GRAN DEMANDA.

No hace falta experiencia mecánica previa. ¡ABRASE
CAMINO EN LA VIDA! GRATIS. — Pida inmediata-
mente el interesante folleto explicativo, o mejor pase
a conversar personalmente. — Escribanos hoy mismo.



Profesión lucrativa
para ambos sexos.

Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires
2021. RIVADAVIA. 2021
NO SE DICTAN CLASES POR CORRESPONDENCIA

Nombre
Calle
Localidad L. 293

TRASTORNOS CIRCULATORIOS VARICES

Dr. A. SIGOL - Montevideo 459

U. T. 35-6190 - Cons. de 16 a 20 horas

GANE DINERO EN CASA

Sea cual fuere su presente ocupación y el lugar donde
resida, nosotros le ofrecemos medios fáciles y seguros para
ganar dinero inmediatamente, trabajando en su casa. Este
oferto es efectivo para hombres y mujeres. Pida informes
gratis por carta a EDITORIAL SARDA, Casilla de Correo
981, Estados Unidos 1476, Buenos Aires (Argentina).

CINE MAGICO

Gane el cien por cien
vendiendo este aparato
maravilloso, sin explotar y de gran atracción.
Precio con embalaje, \$ 1.55. Se remite c/reemb.
Fábrica "Fan" - Paraguay 978 - Rosario

QUÉ GRACIA!...
con una cocina
eléctrica, yo
también cocino
admirablemente!





Sos extraviados

Un cuento de **ANTON CHEJOV**

ILUSTRACIONES DE GUBELINI

La más completa oscuridad rodea el lugar de verano en que nos hallamos; las campanas de la iglesia marcan la una de la noche. Dos hombres: Cossiaokin y Lapkin, demostrando estar muy alegres, salen del bosque y se dirigen a las casitas.

—¡Gracias a Dios que hemos llegado! — dice Cossiaokin —; es una proeza venir caminando estos cinco kilómetros desde la estación. Estoy rendido... y para colmo no hay ni un solo coche.

—¡Querido Pedro! No puedo más... Creo que si dentro de cinco minutos no estoy acostado, me muero...

—¡Acostado! ¡Ni lo pienses! Primero cenaremos y beberemos una botella de vino tinto, y después nos podremos acostar. Ni Verotchka ni yo permitiremos que te acuestes antes de comer.

—¡No sabes tú, amigo mío, lo feliz que es estar casado! Tú tienes alma de solterón y por eso no lo comprendes. Fi-

jate: yo ahora llegaré a casa rendido, extenuado...; mi mujercita estará esperándome, saldrá a recibirme; la comida estará preparada y el té listo... Para compensarme de mi trabajo, me mirará con sus ojitos negros con tanto cariño y ternura, que olvidaré todo: el cansancio, el robo con fractura, el Tribunal de Casación, la Sala de la Audiencia... ¡Una verdadera maravilla! ¡Una delicia!

—Es que no puedo más con mi cuerpo; se me doblan las piernas. ¡Tengo una sed!... —Nada; ya hemos llegado; ya estamos en casa.

Los amigos se acercan a una de las pequeñas construcciones, y se paran frente a la ventana.

—Es una linda casita — dice Cossiaokin —; mañana verás qué hermosos son los alrededores. Pero la casa está a oscuras... Verotchka se habrá cansado de esperar y se habrá acostado. Pero no dormiré, se hallará preocupada

por mi tardanza (empuja la ventana con su bastón y la abre); pero, ¡qué valiente es! se acuesta sin cerrar la ventana.

Se quita el abrigo y lo tira dentro de la habitación, lo mismo que una pequeña cartera que llevaba en la mano.

—¡Qué calor! ¡Cantamos algo!; la haremos reír. (Canta.) ¡Canta, Aliochka! Verotchka, ¿quieres oír la serenata de Schubert? (Intenta cantar, pero hace un gallo y tose.)

Verotchka, dile a María que abra la puerta! (Pausa.) Verotchka, no seas perezosa; levántate. (Sube a una piedra y se asoma por la ventana.)

Verotchka, rosita mía, angeli-to, mujercita mía sin igual. ¡Vamos, levántate y dile a María que abra! ¡Gatita mía, bien sé que no duermes! Estamos tan cansados que ya nos sentimos sin fuerzas. No podemos soportar más bromas.

Hemos venido caminando desde la estación; pero, ¿oyes o no?... (Intenta entrar por la ventana, pero se cae.) ¡Qué demonio! ¡Ves?, nuestro invitado se está enojando. Todavía eres una niña que no piensa más que en sus juegos...

—Oye, quizá tu mujer duerma de veras — dice Laef.

—¡Qué esperanza! Sólo quiere que haga ruido, que despierte a todo el vecindario. ¡Oye, Verotchka, me voy a enojar de veras! ¡Verás! ¡Qué diablo! Aliochka, ayúdame para que pueda subirme a esta ventana... Verotchka, eres una traviesa, una chiquilla mal criada... ¡Laef, empújame!...

Jadeando, Laef empuja a su amigo, hasta que al fin éste llega a la ventana, consigue franquearla y desaparece en la oscuridad.

—¡Verotchka! — se oye su

voz al cabo de un momento... ¿Dónde te has metido? ¡Demonios! Me he ensuciado la mano con algo. ¡Qué asco!

Estalla un bullicio, un aliento y el casero desesperado de una gallina.

—¡Caramba! Oye, Laef, ¿se puede saber de dónde han salido estas gallinas? Pero, ¡qué demonios!; si hay una cantidad enorme de ellas... ¡Y hasta un cajón con una pava!...

¡Me ha picado, la maldita! Las gallinas, asustadas y prorrumpiendo en chillidos agudos, salen volando por la ventana.

—¡Aliochka, me parece que nos equivocamos!... — grita Cossiaokin con voz llorosa. — Aquí sólo hay gallinas y pavos. Al parecer nos hemos extraviado... Pero condenadas, ¿por qué no os estáis quietas?

—¡Sal pronto! ¡Qué haces ahora! No sabes que me estoy muriendo de sed?

—Ya voy... Espera que encuentre el abrigo y la carpeta...

—¡Por qué no enciendes un fósforo?

—Lo haría, pero es que los tengo en el abrigo... ¡Quién diablo me habrá traído aquí! Todas las cosas son iguales.

Ni el mismo demonio las podría distinguir en esta oscuridad. ¡Oh! ¡La pava me dió un picotazo en la mejilla! ¡Maldita seas!

—¡Pero sal de una vez! ¡Cualquiera va a creer que estamos robando gallinas!

—Es que no encuentro el abrigo. Hay tanto trapaño por el suelo, que no puedo orientarme. Tirame tus fósforos...

—Es que no los tengo.

—¡Pues si que estamos frescos!... ¡Valiente situación!... ¡Y ahora qué hago?... No puedo perder el abrigo y la carpeta. Es necesario que siga buscando hasta encontrarlos.

—No comprendo cómo es posible no conocer la casa de una misma — replica Laef con indignación —. ¡Cosa de boracho!... En mal momento se me ocurrió acompañarte!... De ir solo, ya me encontraría en casa durmiendo... en lugar de padecer todas estas penurias...

[No puedo más!...] ¡Estoy rendido!... ¡Me dan vértigos!

—Ya voy, ya voy; no te asustes, que no te morirás por esto.

Por encima de la cabeza de Laef pasa volando un gallo enorme. Lapkin suspira desconsoladamente y se sienta en una piedra. Su gar-



ganta arde de sed, sus ojos se cierran y la cabeza le tambalea... Pasan cinco minutos, diez, veinte... Cosiakin sigue enredado con las gallinas.

—¡Pedro! ¿Cuándo vienes? —
—Ya mismo. ¡Encontré la carpeta, pero volví a perderla! Lapkin apoya su cabeza en las manos y cierra los ojos... Los cacareos de las gallinas aumentan... Las moradoras de la extraña vivienda salen volando y le parece que, tal como si fueran lechuzas, dan vueltas alrededor de su cabeza... Los oídos le zumban, y el terror se apodera de su alma...

—“Qué bestia! — piensa —. Me convidó; me prometió obsequiarme con leche y vino, y en lugar de esto me obliga a venir caminando hasta aquí y escuchar estas gallinas...”



Lapkin está furioso; hunde la barba en el cuello, apoya la cabeza sobre su carpeta y poco a poco se tranquiliza... Vencido por el cansancio, empieza a dormirse.

—¡He encontrado la cartera! — oye al rato la triunfante exclamación de Cosiakin —. No me falta sino hallar el abrigo, y entonces, ¡sí, a casa!

Pero en ese momento llegan hasta ellos los ladridos de un perro, y de otro, y de un tercero... Los ladridos, acompañados del cacareo de las gallinas, forman una música infernal. Un desconocido se acerca a Lapkin y le pregunta algo... le parece que alguien pasa sobre él para saltar por la ventana... gritan, pegan golpes... una mujer con delantal colorado y un farol en la mano, le interroga...

—¿Usted no es quien para insultarme! — se oye decir desde dentro a Cosiakin —. ¡Soy funcionario de la Audiencia! ¡Vea usted mi tarjeta.

—¿Y para qué necesito yo su tarjeta? — responde una voz gruesa y ronca —. Usted me ha espantado las gallinas

y pisoteado los huevos...; admiro su obra...; los pavitos tenían que salir del cascarón un día de estos, y usted los aplasta...; ¡qué me interesa a mí su tarjeta!

—¿Se atreve usted a detenerme? ¡Eso yo no lo permitiré nunca!

—“¡Qué sed tengo!...”, monologa Lapkin, mientras se esfuerza por abrir los ojos, y sintiendo que otra vez alguien pasa por sobre su cabeza y sale por la ventana...

—¡Soy Cosiakin; vivo aquí al lado! ¡Todo el mundo me conoce!...

—¡Nosotros no conocemos a ningún Cosiakin!

—¿Qué me dice usted? ¡Que llamen al alcalde; él dirá quién soy!

—No se acalore usted. Conocemos a todos los veranean-

tes del lugar y, sin embargo, a usted no lo hemos visto nunca. Ahora mismo vendrá la policía.

—Todos me conocen; hace cinco años que ininterrumpidamente veraneo en los Grill-Viselki.

—¡Caramba!; pero esto no son los Grill-Viselki; esto es Hilovo...; los Viselki están sobre la derecha, detrás de la fábrica de fosforos, a cuatro kilómetros de aquí.

—¡Que el demonio me lleve!... Entonces he tomado un camino equivocado!...

Los alaridos de todos los presentes, el cacareo de las gallinas y los ladridos aumentan cada vez de intensidad, formando una verdadera zarabanda, de entre la cual se oye la voz de Cosiakin, que sigue protestando: “Me las pagarán! ¡Ya verán quién soy yo!... ¡Ustedes no tienen derecho!... ¡Ya verán ustedes con quién se han metido!...”

Por fin los gritos terminan y Lapkin siente que le sacuden fuertemente de un hombro para despertarle...

Atención!

No compre sellos sueltos. Su venta es ilegal. Los legítimos vienen en cajas originales de 15 sellos.



Esta es la verdadera caja... Rechace sustitutos.

GIROLAMO PAGLIANO

PURGANTE-DEPURATIVO

En sus 3 formas: JARABE • POLVO • SELLOS



COLONIA BRANCATO

El perfume de moda

CINE

por AMELIA MONTI

ANGULOS Y ENFOQUES

Ya no será Ricardo Passano (h.) el protagonista de "El jugador", que dirigirá Klimosky para E. F. A., habiéndose decidido por Carlos Cores. Las causas, se dice, son los compromisos escénicos de Passano, que no le dejan el tiempo libre necesario para dedicarse a la filmación.

Se ha comenzado el rodaje de "La vida de Argentina Sono Film, bajo la dirección de Luis César Amadori, sobre un libro de Pedro Miguel Obligado. Pedro López Lagar y Sabinina Olmos son los protagonistas.



Ha sido incorporada al reparto de "Mirad los lirios del campo", Irma Córdoba. Como se ha dicho, Silvana Roth tiene el papel femenino central de este film Sur, que dirigirá Ernesto Arancibia.



Pepe Iglesias, El Zorro, a su regreso de Chile, que será a principios de septiembre, comenzará su nueva labor cinematográfica animando en la pantalla "La vida de Frégoli".

FILMARAN EN RIO

Un nutrido equipo artístico y técnico, que encabeza Carlos Hugo Christensen y el dirigente de Lumiton Francisco Oyarzabal, está en viaje hacia Río de Janeiro, para captar los más hermosos panoramas de la gran ciudad que servirán de marco a numerosos escenas de "El ángel destruido". El equipo está constituido por los intérpretes que secundan a Mirtha Legrand y los técnicos de Lumiton. El público y la prensa carioca han tributado a Mirtha una afectuosa acogida.



ANECDOTA DE JANET BLAIR

El interpretar el papel de una chiquita de doce años en las primeras escenas de la película "Callant Journey", que filma actualmente, ha dado lugar a una divertida anécdota en la vida de Janet Blair.

Al volver a su casa del rancho de la Columbia donde se filmaban algunas escenas de la película al aire libre, todavía peinada con las trenzas y el juvenil delantalito de niña, Janet fue detenida en la carretera por un policía de tránsito, que trataba de averiguar quién era el responsable de que una niña de su edad manejara el automóvil.

El policía no se quedó convencido de la edad de Janet hasta que la artista le mostró su licencia y pudo probar que ella era la dueña del auto y que tenía derecho a manejarlo, porque era mayor de edad.



LA NUEVA CREACION DE DISNEY "¡MUSICA, MAESTRO!"

"¡Música, maestro!" (Make Mine Music), es la última gran contribución al arte cinematográfico donada por el genial Walt Disney, y distribuida por la RKO Radio, que acaba de estrenarse con éxito.

Según uno de los comentaristas neoyorquinos, "es lo que estaban esperando los fanáticos desde "Fantasia". Es adentrarse en un mundo pleno de alegría, diversión y belleza, en un marco de fantástica urdimbre.

Tramada en diez diferentes capítulos o secuencias, realizada en maravilloso tecnicolor — nunca tan bien merecido el adjetivo de maravilloso —, logra amalgamar los sentimientos hu-

manos para expresarnos en unas ocasiones la risa franca del buen humor, en otras emocionarnos con la belleza plástica, y las más, cautivarnos con las melodías que integran el film, que, esencialmente, es música, color y dibujo en el arte sin igual del movimiento creado por Disney. En la hora y cuarto que dura "Música, maestro!", se disfruta de uno de los más bellos espectáculos de que puedan gozar ojos y oídos. Y al terminarse el film sólo queda el deseo de que ese espectáculo se prolongase indefinidamente.

Desde el punto de vista popular, es decir, dentro de lo folklórico, "¡Música, maestro!" es muy superior a "Fantasia". El maestro trató allí, admirablemente, las obras clásicas musicales. Aquí también juega la música el más importante papel, pero es la música que llega a todos los espíritus... Aun el mismo capítulo

sobre la fábula musical de Sergio Prokofieff, "Pedrin y el lobo", admirablemente concebido y realizado por Walt Disney y sus colaboradores.

He aquí dos de los momentos más originales de este film. De este film llamado a despertar la atención y el interés de grandes y de chicos, como ningún otro. Filmado totalmente en tecnicolor y con las voces sincronizadas de Dinah Shore, Nelson Eddy, Chuchito Martínez Gil, Estelita Rodríguez, Trio Calaveras, E. Santos, S. Baguez, la silueta de los bailarines clásicos Riabouchinska y Lichini y la orquesta de Benny Goodman y su célebre cuarteto de jazz.



ENTRE ASTERISCOS



Carmen Miranda se ha conquistado las simpatías del público de los Estados Unidos. Se sabe que es la figura de la pantalla que ha ganado más dólares durante el año 45 hasta lo fecha. La dinámica intérprete brasileña ha invertido algunos miles en propiedades.



"Thrill Brazil" es la primera película que filma la bellísima actriz Ann Miller después de su casamiento, que la tuvo alejada de los "sets" durante una prolongada luna de miel.



Greta Garbo ya no está en Hollywood. Así como desapareció de la pantalla, silenciosamente, se ha marchado a su país. No ha hecho declaraciones, ni ha querido hablar con periodistas. Otro misterio en la vida de Greta.



Marlene Dietrich ha estado pasando por una crisis nerviosa como pocas en su vida. Tenía ya seguro su próximo film en Francia, "Las puertas de la noche", con Jean Gabin, y después de haberse gastado la bonita suma de 10 millones de francos en los preparativos, Marcel Carné, su realizador, ha decidido paralizar la filmación hasta que no sea aprobada por los sindicatos.

LA BELLEZA DE "GILDA"

Rudy Mate, cuya fotografía en blanco y negro de la superproducción "Gilda" de Columbia ha merecido elucubrantes elogios, dice que ha podido retratar fielmente de manera perfecta a la bellísima protagonista del citado film, criatura hechicera. Pero asegura que esta no fue mérito suyo y que su cámara no ha hecho más que registrar esa cautivadora figura de mujer que se agitaba delante del lente: Rita Hayworth, que en esta producción se nos presenta distinta a todos los personajes que ha interpretado hasta ahora. Apasionada, rebelde, obsesionalmente seductora, envuelta en el torbellino de una pasión de encontradas violentas, tiene este extraordinario film todos los matices, todos los elementos humanos en juego y además música, bailes y canciones. Con un tono de comedia brillante y arrestos dramáticos decisivos, impera amoroso, siempre de juventud, Glenn Ford forma pareja con Rita Hayworth en esta película de tan grandes proyecciones que hace merecer ocupar una de las salas principales de Nueva York.



El destino de Wanda

Cuento, por **Pedro Patti**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIÓN DE MARIANO ALFONSO

—¡MARAVILLOSA! ¡Lo mismo que Wanda! —murmuró repentinamente Héctor Gutiérrez, como si hablase consigo mismo, en la semipenumbra del cine.

—¿Quién es Wanda? —preguntó Ricardo Larrain, inclinándose hacia el amigo.

—Después, en cuanto termine la película, te explicaré. Pero, fíjate en esta criatura, Ricardo. ¡No es estúpida? ¡Lo mismo que Wanda!

Callaron, concretándose a la película. Se trataba de interesantes aspectos de la vida submarina. Peces exóticos, de formas y de matices raros, organismos vivos de concepción más compleja y fantástica... El gran espectáculo lo ofreció una anémona.

Las anémonas son las criaturas más hermosas de las profundidades submarinas. La que exhibía la película debía ser la reina de las anémonas: era bellí-

simas, casi diríase idealmente bella. Recogida sobre sí misma, presentaba el aspecto de un delicado y mórbido cojín de terciopelo amarillo; pero resultaba imposible describir la hermosura de esta criatura cuando se abría, mostrando la plenitud de su cuerpo extraño. Era como el cáliz maravilloso de una flor gigante, en cuyo interior se mueven multitud de pétalos policromos; de una sensibilidad extraordinaria, y que parecían haber sido concebidos con el único propósito de acariciar el agua que los circundaba. Fué al ver esta anémona de suprema belleza cuando Héctor Gutiérrez murmuró emocionado: "¡Maravillosa! ¡Lo mismo que Wanda!" Lo que siguió después, resultó más emocionante todavía.

Desde uno de los ángulos superiores aparece un grupo de hermosos peces de colores, que se desplazan suavemente en movimientos rítmicos de la cola y

de las aletas. El grupo pasa de largo... menos uno, que debe ser un enamorado de las cosas bellas, o un Casanova de las profundidades oceánicas, porque se aproxima a la anémona y la contempla inmóvil, embelesado. Luego describe una, dos, tres circunferencias a su alrededor, y finalmente, hipnotizado por tanta hermosura, se aproxima más aún, rozando los pétalos sensibles de la anémona. Es cuando ocurre lo inesperado, lo inaudito, el ataque que estremece al espectador, produciéndole cosquilleo escalofriante por todo el cuerpo. Apenas el pez buscador de emociones se desliza extasiado junto a la anémona, los pétalos, aparentemente inofensivos, se transforman en tentáculos mortales, que caen rápidamente sobre el intruso. El pez se defiende furiosamente enloquecido, pero sus esfuerzos son vanos: más se retuerce, más y más se hunde en el cuerpo mórbido de la anémona, que termina por devorarlo.

Medio minuto después se encendían las luces. Ricardo Larrain preguntó intrigadísimo:

—Bueno, ¿quién es Wanda?

—Mi... novia.

—¡Ah, simulador! ¿Con que tenías novia y no decías nada? ¡Y dijiste más de una vez que soy como un hermano para ti!...

—Es que a menudo hay que desconfiar, incluso de los hermanos, mi querido Ricardo; máxime, tratándose de una mujer como Wanda... ¿Mujer, dije? ¡Burro que soy! Wanda no parece de este mundo. Es una criatura de belleza ideal, cuerpo escultórico, que posee a un tiempo líneas perfectas, marmóreas... ¡Ah, los ojos de Wanda! Verdes como la uva madura, serenos... Los ojos de Wanda son mundos llenos de dulcíssimas esperanzas.

—Te has vuelto casi poeta...

—Te hablo así porque eres artista y comprendes mejor.

—¿Dónde la conociste?

—Durante una recepción de los Molina. Me la presentó Coco Quiroga. Mejor dicho: era la casi novia de Coco Quiroga.

—En otras palabras: se la quitaste.

—Sí, se la quité; no puedo negarlo. Al ver a Wanda perdí los sesos; verla y amarla intensamente, locamente, fué la misma cosa. Reconozco que mi conducta ha sido repudiable, pero no me arrepiento. ¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar?

—No sé. Sería cuestión de conocer a Wanda.

—¿Por qué no? Mira; debo reunirme con Wanda, a las siete, en Corrientes y Suipacha. Ven; los tres iremos a tomar un copetín. Quiero que me juzgues. ¿Vienes?

—Voy.

A las 19.25, Wanda apareció en la esquina de Corrientes y Suipacha. Héctor presentó a Ricardo, quien no pudo menos que confesar, de acuerdo con su amigo:

—Hay criaturas a las que sólo les falta un pedestal para presidir el puesto de honor de una sala de arte.

Héctor Gutiérrez sonrió con la mueca del cómplice; Wanda también sonrió ambiguamente... Echaron a andar hacia una confitería por una vereda estrecha, llena de gente que iba y venía. Entraron en la confitería de la media cuadra; pidieron de beber, charlaron de esto y de aquello y, repentinamente, Héctor Gutiérrez se dio una palmada en la frente, exclamando:

—¿Qué fastidio! Olvidé que tenía que llamar a casa del escribano. En seguida vuelvo; voy a hablar por teléfono.

Héctor se alejó. Ricardo Larrain miró a Wanda en los ojos; ella desvió la mirada hacia el suelo; luego volvió los ojos, y las miradas se encontraron nuevamente.

—Certo: ojos maravillosos como la uva madura —dijo él contemplándola—. Ojos dignos de un poema.

—¿Es usted poeta?

—No: pintor.

—Pues entonces más dignos de un pincel que de un verso. Siempre he deseado que alguien pintase mis ojos.

—¿Qué le parece mañana, a las cinco de la tarde, en mi estudio?

—Una gran idea. Héctor podría pasar a recogerme. Allí viene...

Al día siguiente, Ricardo Larrain empezó a pintar los ojos de Wanda. A las siete, el teléfono del estudio sonó: era Héctor Gutiérrez, explicando que no podía ir en busca de Wanda porque le retenía el escribano.

Tres meses después, el pintor Ricardo Larrain y su gran amigo el músico Ernesto Lafuente se encuentran en una de las funciones al aire libre del teatro Colón. Durante el "ballet" de "Las Sifides", Ricardo murmura, refiriéndose a la primera bailarina:

—Lo mismo que Wanda, espiritualmente, ideal...

—Dime, ¿quién es Wanda?

—Calla ahora; después del baile te explicaré... Pero fíjate en la que está bailando. ¿No es preciosa? ¡Sí, sí; lo mismo que Wanda!

Dos días más tarde, Ernesto Lafuente estaba ya componiendo una *petit suite* en honor de Wanda, la que, para inspirarle, empezó a frecuentar su estudio.

Seis meses después, Ernesto Lafuente expresaba a su viejo amigo Pepe Barrancos, ingeniero de minas, al ver un diamante de la colección de piedras preciosas que mostraba el segundo:

—¿Un diamante!, pequeño sol que deslumbra y obsesiona con su belleza inigualada. Lo mismo que Wanda...

—¿Wanda? —Interrumpió el ingeniero.

—Sí, sí, Wanda: la mujer ideal, la más extraordinaria que he conocido en mi vida...

—Un momento: ¿Te refieres a Wanda, la de los ojos color de uva?

—Sí... ¿Es que la conoces?

—¿Que sí la conozco? Seis meses he sufrido lo indescriptible con esa mujer: es absorbente, tiránica, caprichosa en extremo, superficial. Seis meses más con esa mujer y ya podían enterrarme. Yo fui quien se la presentó a Coco Quiroga. *



UNA era de extraordinaria prosperidad se abre en todos los ramos del comercio y de la industria. Cada día se intensifica más la demanda de Dibujantes y Técnicos especializados. Este es el momento de prepararse.

150 Profesiones Técnicas, Artísticas y Comerciales:

Ingeniería Civil - Arquitectura - Constructor - Hormigón Armado - Arquitectura Naval - Sobrestante en Obras Sanitarias - Ingeniería en Puentes y Caminos - Ingeniería o Técnico Mecánico - Ingeniería o Técnico en Diesel - Ingeniería o Técnico Aeronáutico - Maestro Tornero - Ingeniero o Técnico en Radio Televisión (Cine Sonoro, Ampliación de Sonidos, etc.) - Ingeniería Electricista - Electrotécnica - Ingeniería o Técnico en Explotación de Minas y Petróleo - Agronomía - Química Industrial - Idóneo en Farmacia - Mecánica Dental - Técnico en Argumentos Cinematográficos - Tenedor de Libros - Perito Contable.

Dibujo Comercial y de Publicidad - De Figuras - De Letras - Decoración de Vidrieras - Dibujo Lineal - Arquitectónico - Lineal Mecánico - Lineal de Ebanistería - De Herrería Artística - Retratista - Paisajista - Dibujo y Pintura: Dibujo Decorativo - Dibujo de Ornato - Desnudo Artístico - Caricaturista - Profesor de Dibujo - Jefe de Propaganda, etc. - OTORGAMOS DIPLOMAS.

Garantizamos a usted una enseñanza por correo perfecta, rápida, y en todos los casos in-dí-vi-dual, como si tuviera el profesor a su lado. Verá qué interesante es.

Clases de dibujo y pintura en nuestro MODERNO EDIFICIO de 2 plantas. 18 aulas dotadas de los más modernos elementos para estudiar cómoda y eficazmente.

Enseñanza con 25 profesores especializados y la supervisión de los grandes dibujantes FANTASIO, SALINAS y MAZZONE.

Escuelas

ZIER

FUNDADAS
EN 1914

Las Primeras en América

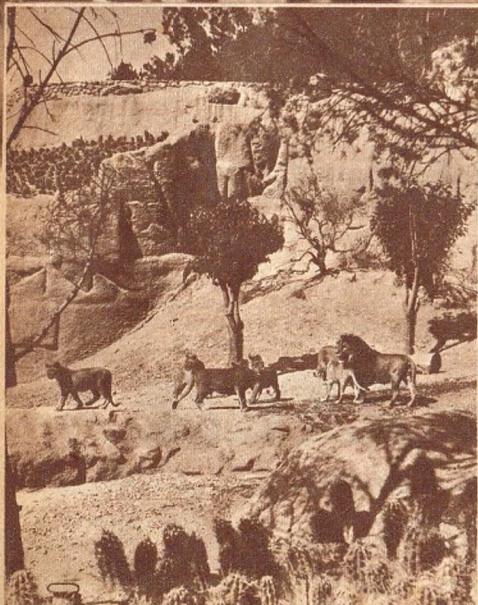
Escuelas Zier de Buenos Aires Lavalle 900 (R 33) Sirvanse enviarme gratis el Programa del curso que elija.

Nombre..... Ocupación.....

Localidad..... F.C..... Calle.....

Me interesa el Curso..... Edad.....

BIENVENIDO A LA TIERRA...



HE AQUÍ UN GRUPO DE LEONES MENDOCINOS, FAMOSOS POR SU FEROCIDAD.



EN MEDIO DE LOS RUGIDOS DE LOS LEONES, EL ALETEO DE LAS PALOMAS.

Muchos y poderosos son los atractivos que encierra Mendoza para el viajero. La ciudad que fundara don Pedro del Castillo en 1561, con el sugestivo nombre de Mendoza del Nuevo Valle de la Rioja, y que al año siguiente cambiara de lugar el capitán Juan Jufre, "a dos tiros de arcabuz con dirección al sudoeste" del llamado valle de Güentata, es hoy la cuarta población de la República en orden de importancia.

Con el fondo imponente de la cordillera, Mendoza tiene algo de villa de juguete. El paisaje que se muestra al visitante es severo y risueño a un tiempo. Por momentos nos recuerda la belleza atrayente, pero inverosímil, de las tarjetas postales pródigamente coloreadas.

Si, estamos en Mendoza, famosa por su buen sol y por su buen vino. ¿Solamente por esas dos características? No, por cierto. Su cartel de bienvenida al turista ostentará esa conocida y simpática leyenda, pero la verdad es que Mendoza puede, con toda justicia, proclamar otros muchos encantos, además de aquéllos. Puede, por ejemplo, afirmar que cuenta con el zoológico más importante y original de Sudamérica...

En los laderos del Cerro de la Gloria

A poco de arribar a Mendoza, un espontáneo y amable cicerone, cordialísimo como la generalidad de los

DE LOS LEONES FEROCES

UNA VISITA AL PARQUE ZOOLOGICO DE MENDOZA, EL MEJOR DE SUDAMERICA.- ILUSION DE LIBERTAD.- "JORGE", EL LEON, MENDOCINO.- MERCADO DE MONARCAS DE LA SELVA.- CUANDO LAS FIERAS SE ENFERMAN.

Por Carlos Duelo Caverio

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

FOTOS DELPODIO

habitantes de esta tierra bidalga, nos dice en tono confidencial:

—A usted, amigo cronista, le interesará seguramente conocer nuestro zoológico. Verá qué hermoso es. Hay unos "leoncitos" que ponen la carne de *gayuna*.

En efecto, mucho nos habían ponderado este Parque Zoológico. Frecuentemente lo describieron como un paraje de ensueño, animado por fieras...

Fué así como la idea de visitar el tan

mentado parque se tornó en vivo deseo, que esperábamos convertir en realidad en cuanto se presentara la oportunidad de viajar a la ciudad cuyana.

En las laderas de la zona este del majestuoso Cerro de la Gloria, en medio de una vegetación que le da singular realce, se halla instalado el parque zoológico mendocino, cuyo construcción se inició en el mes de mayo del año 1940.

La primera impresión que recibimos al

PARECE QUE AL JAGUAR NO LE HACE GRACIA QUE LE RETRATEN EN SUS DOMINIOS DEL PARQUE ZOOLOGICO.



"A VER SI LA FOTO SALE BIEN..."



DANDOLE DE COMER A LOS LEONES





JUNTO A LA PUERTA DE SU VIVIENDA, ESTE AGUARAGUAZU "POSA" DE PERFIL ANTE LA CAMARA.



UN HERMOSO EJEMPLAR DE AVESTRUZ GRIS.



VISTA DEL POETICO LAGO DEL PARQUE.



UN CACHORRO DE PUMA Y SU DUEÑA.

comenzar el paseo por los caminos arbolados del parque, es que los animales gozan de una perfecta libertad. Tan poderosa es la ilusión, que en ocasiones casi no podemos evitar un movimiento de sorpresa, al volver un resado y encontrarnos inopinadamente con un puñado de leones que nos saludan rugiendo escandalosamente. Es el moderno concepto del zoológico. La jaula, aunque parezca absurdo, tiende a desaparecer. Lo que se impone en la actualidad es el sistema que tiene por fiel y espléndido paradigma al Zoológico de Chicago, en los Estados Unidos de Norteamérica; es decir, el confinamiento de animales, ya salvajes, ya domesticados, en ambientes naturales, aunque sean diferentes de los de su tierra de origen, desechando absolutamente la idea que antaño nos formábamos del zoológico: "una simple exposición permanente de fieras encerradas en seguras jaulas colocadas en los costados de las calles del recinto..."

El "almuerzo" de los leones

Vamos subiendo por los caminos en espiral, desde los cuales se contempla magníficamente la ciudad, alumbrada ahora por un sol radiante, alegre, que hace honor a la fama que se le ha creado. El señor Francisco J. Guiñazú, director del parque, de cuyo dinamismo y gentileza ya se nos diera referencias, responde a cuanto pregunta le formulamos, mientras nos acompaña durante nuestra visita.

—Pocas son ya las verjas y alambrados que se utilizan —nos dice—. Aprovechar los accidentes naturales del terreno ha sido nuestro principal objetivo. Y creo que en la mayoría de los casos el éxito ha coronado los esfuerzos de cuantos bregamos por agrandar día a día este zoológico.

Efectivamente, a menudo cuesta bastante adivinar la barrera o el muro que, disimulado por el follaje, nos separa de las fieras. Los fosos u hondonadas son asimismo numerosos. Ahí abajo están los leones, sin ir más lejos, a los cuales, en el preciso momento en que pasamos junto a su pequeño reino, les sirven su "almuerzo"... Algunos se disputan ferozmente, a zarpazos y dentelladas, los primeros trozos de carne de caballo que caen sobre ellos. Frecuentemente los peones deben tirarles guijarros para que cesen de pelear, aunque el recurso parece enfurecerlos más, a veces.

2.000 animales

—¿Cuántos leones hay en total? —interrogamos,

un tanto sorprendidos por la fiera de los felinos.

—Pues, 28 —responde el señor Guinazu—. Aquí se crían mejor que en cualquiera otra parte de la República. Nosotros "surtimos" de leones a numerosos zoológicos de Sudamérica. El clima éste, el terreno pedregoso apropiado, en que hacen su vida casi africana, les sienta admirablemente. Diríase que, dada su condición de monarcas, el cautiverio disfrazado y las probabilidades de viajar los mantienen salvajemente saludables —apunta risueñamente nuestro amable interlocutor—. Aquél —prosigue, señalando a un hermoso ejemplar— es "Jorge", nacido y criado en este parque. Un león mendocino con todas las de la ley.

En la actualidad, el Zoológico de Mendoza cuenta aproximadamente con 2.000 especímenes de animales de distintas variedades, sumando éstas alrededor de 120. El plantel ha sido formado, según se nos informa, en su casi totalidad mediante canjes con los jardines zoológicos de Buenos Aires, La Plata, Córdoba, Montevideo y Santiago de Chile, como igualmente con algunos circos importantes.

Los conjes

—El personal de la repartición —nos hace saber el señor Guinazu— tiene asimismo por misión, dentro de su cometido, atrapar cóndores, ciervos enanos, zorros colorados, huemules, gatos andinos y otros animales en la cordillera.

—¿Cuántos ejemplares tienen ahora disponibles para cazar? —inquirimos.

—Muchos. Entre ellos pumas, jaguares, avestruces grises y blancos, pecaríes, liebres de la Patagonia, ciervos... Pero la base de nuestras operaciones son y serán siempre los leones, muy "cotizados" en el exterior.

A decir verdad, ignorábamos nosotros que Mendoza, además de ser tierra ideal para el cultivo de viñedos, manzanos, perales, etcétera, lo fuera también —y de qué manera!— para la reproducción y cría de leones.

Continuando el paseo, llegamos cerca de un foso dentro del cual no vemos ser irracional viviente. El director del zoológico se anticipa a nuestra inevitable pregunta:

—Los huéspedes todavía demorarán un tiempo en arribar.

—¿Qué clase de huéspedes?

—Elefantes. Estamos haciendo gestiones para adquirir un par de esos paquidermos, y es muy posible que no tardemos en conseguirlos. Cuando los traigan tendrán la vivienda lista.

—¿Puede decirnos qué novedades ha recibido últimamente?

—Del Zoológico de Santiago de Chile, y en calidad de donación, el doctor Carlos S. Reed, hemos obtenido un tigre de Bengala hembra, y del Zoológico de La Plata, un hermoso tigre malayo, de cuya unión poseemos el primer cachorro, de dos meses de edad.

Proyectos

La Dirección de Parques y Paseos de Mendoza estudia un proyecto destinado a llevar a cabo el futuro ensanche del zoológico.

(CONTINUA EN LA PÁGINA 100)



ESTE OSO NEGRO ACEPTA SIN REMILGOS UN OBSEQUIO.

Antes

era Ud.

la que limpiaba...!

AHORA

ES

PARLI

QUIEN LIMPIA...

Metales, muebles, cristales, calzado, etc., sin necesidad de pastas, líquidos ni pomadas.

Harrods lo ha demostrado; Gath y Chaves lo confirma. Ciudad de México, La Piedad, Los Filanros, Dos Mundos, Bignoli, Casa Tow, Barbera Matozzi; Robson, Weiss y Zappa; Kay Grandjean, Tanturi, Casa "América", y en general los bazares, ferreterías y almacenes de barrio ya lo tienen.

PIDANOS muestra para metales a micéles, y comprobará la revelación científica del año: "PARLI", brillo condensado en un paño.

VALPES

Soc. Resp. Ltda.

JUNTA 1379 * U. T. 63-4445 * Buenos Aires

PUB. VALENTE

El padre

Cuento, por
Joaquín Gómez Bas

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

(ILUSTRACIÓN DE ARTECHE)

EN el instante en que traspuso el umbral de su casa, continuó aferrado a la esperanza mantenida fuertemente desde tres horas antes, desde que su mujer lo llamó a su despacho reclamando su presencia. Estaba seguro de que había conseguido transmitirle su propia tranquilidad. ¡Como si eso fuera posible!

Empero, al entrar, sereno y desenvuelto, algo en el rostro de la sirvienta le adelantó que la situación subsistía. ¡Lo había hecho! Tal como se lo dijera telefónicamente la alarmada voz de Rosa, siempre timorata y predispuesta a dramatizar:

—Ven pronto, Ricardo, en seguida... Es terrible...
E impelida por él, exigente y frío, continuó atropelladamente: —Irenita se ha ido... Dejó unas líneas... Dice que es algo superior a su voluntad... Que nos agradecería que no hiciéramos nada por encontrarla. Yo creo que...

No quiso seguir escuchándola y colgó el tubo, luego de emitir un rotundo «Bah! Siguió trabajando, sin apuro, con una calma forzada, y aquí estaba ahora, decidido a enfrentar a Rosa sin demostrar la menor ansiedad. Hallarla llorando le causó irritación; pudo dominarse, y la encarándole desdenoso:

—Me extraña, Rosa, que lo tomes en serio. Es una broma de Irenita... —y para refirmar su desaprensión, añadió voluble: —Vamos a cenar, y ordena que le pongan plato, que no tardará en llegar...

—Ha salido con el coche...
—¿Y qué? ¿Acaso es la primera vez que lo hace? Además, es suyo...

En la mesa conversó, jocosamente nunca:
—Esta Irenita... ¡Si la conoceré! Es capaz de quedarse por ahí haciendo tiempo... Nada menos que irse de casa, definitivamente, sin retorno... —miró a su mujer, molesto por su silencio pleno de congoja—. ¿Qué te pasa? Parece que verdaderamente lo creyeras...

—Se ha llevado su ropa, sus libros... —el llanto contenido le apagaba las palabras.

El permaneció tenso, paralizado en sus movimientos. Dirigió la vista hacia la escalera que conducía a la habitación de la hija, como si quisiera contemplar el cuarto vacío a través de la puerta cerrada. Se repuso y cortó tembloroso un trozo de carne, que dejó en el plato para desmenuzarlo luego inconscientemente con el cuchillo.

Cuando consideró que podría hablar con firmeza, comentó, sin mirarla:

—Debemos reconocer que a Irenita le gusta dar sensación de realidad a sus fantasías... Pero esto pasa de la medida... Te juro que esta vez me oírás de veras. Y tú no hagas como acostumbres... Nada de reprensiones tibias... ¿Me entiendes?

Eludiendo la respuesta directa, habló como para sí misma:

—Creo que no debimos mostrarnos intransigentes... Es sensible y obcecada... Siempre me asustó su temperamento... Debimos prever este resultado...

—¿Qué resultado? —la interrupción cobró un tono agresivo—. ¿Quiere decir que te han convencido esas líneas?

Nuevamente la mujer ignoró la pregunta.

—Quizá el muchacho es mejor de lo que...
—No volvamos a la eterna discusión... —Se había levantado y la miraba hosco, retador—. Además, que ese asunto ya está terminado. Se le ha dicho que no ponga aquí más los pies... ¿O acaso pretende insinuar que la actitud de Irenita, suponiendo en un último caso que fuera cierto, tiene algo que ver con él?

Porque lo sabía y tenía miedo de que se lo confirmaran, no esperó contestación. Tomó su sombrero y salió.

En el café, con sus amigos, estuvo excesivamente locuaz, hablando de cualquier cosa.

Al contrario de otras noches, no demostró apuro por volver. Sin quererlo admitir, le estaba dando tiempo a Irenita para que pensara que la broma resultaba excesiva. Lo extraño era que la madre no la considerase tal. ¡Irenita! ¡Cosas de criaturas! ¡Tanto cine y noveluchas! Y el medicucho ese, con sus infaldas de hombre superior. Pobre de solemnidad. Un título demasiado flamante y cuatro clientes. Y pretender con eso hacerla feliz a ella, acostumbrada a esa vida de hija única. ¡A ver si él podría alguna vez regalarle un automóvil para su cumpleaños! La culpa era de la madre, que no cortó desde el principio con energía. Claro que tampoco era cosa de imaginárselo. Irenita jamás había aparentado tener especial interés por él. A la casa llegó entrecerrado con el grupo de gente joven, chillona y divertida, que constituían sus amigos de estudios. No se podía negar que éste



era más serio que los otros. Para darse importancia... ¡Y con qué aires de señor explicó su propósito! ¡Casarse con Irenita! Se ve que no tenía noción de cómo las gustaba el padre... ¡Y el gesto desafiante con que recibió la negativa! Era cosa de enloquecer a carcajadas. Sin embargo, es preciso reconocer que no se amilanó lo más mínimo. El mismo, más de una vez le había salido al encuentro cuando la llamaba por teléfono. Y pedía hablar con ella lo más tranquilo, como si tuviera derecho... Menos mal que Irenita era incapaz de darle un disgusto al padre; que si no, a lo mejor se salía con la suya. Explotando, claro está, la predisposición romántica de su hija... Pero Irenita sabía ponerlo en su lugar... Seguramente le habría hecho creer que



era capaz de abandonarlo todo por seguirlo... Y entusiasmada con la imaginaria aventura, intercaló a sus padres en la farsa... Si pretendió intranquilizarlos, forzosamente era reconocer que lo había conseguido. Buen sermón la esperaba. No tenía la menor intención de respetar su sueño para decirle severamente lo que merecía por su conducta incongruente... Por culpa de su absurdo proceder se había mostrado violento con la madre. Además, la cuna malograda... Se lo diría con seriedad, para que creyera que estaba enojado...

Observó el reloj. Casi las dos de la mañana. En ese momento comprobó que estaba solo. Trató de memorizar las distintas circunstancias en que se habían ido retirando sus acompañantes. No lo consiguió ni ahondó el esfuerzo. Se sentía cansado físicamente; pero sin sueño, dolorosamente desvelado.

Al doblar la esquina enfocó su casa. Su primera mirada fue para la ventana del cuarto de Irenita. Estaba oscuro. Desde luego que no podía ser de otro modo. Era tardísimo. Estaría, es decir, estaba durmiendo.

Ya en el zaguán, pensó ir al garage para cerciorarse de que allí encontraría el automóvil, pero lo juzgó innecesario. Subiría directamente y le golpearía la puerta, aunque se asustara. Iba a escuchar lo que no se imaginaba...

Apenas llegó al pie de la escalera, un sollozo de Rosa, sentada a oscuras junto al teléfono, le indicó que ya no tenía para qué ascender.

Con pretensión de aparentar indiferencia, se acercó:

—¿Por qué no te has acostado?

La mujer estalló, convulsiva:

—¡No ha venido! ¡No vendrá más! He llamado por teléfono a casa de sus amigas... No saben nada... He llamado también a la casa de él...

—¿Y? — la interrogación se le escapó a pesar suyo.

—Me dijeron que se fue al Rosario; salió temprano, antes del mediodía.

—¿Y qué tiene que ver?

—Dejó dispuestas las cosas para una prolongada ausencia... Se han ido juntos... Nosotros tenemos la culpa...

—¿Callate! No sabes lo que dices... Es una coincidencia... ¿Qué concepto tienes de tu propia hija? Te digo que no quiero que se hable más de ese asunto... Acuéstate... Yo me quedaré esperándola... No puede tardar... No sería la primera vez que vuelve de madrugada... Le hemos dado demasiada libertad... Eso es todo.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 109)

DRESDE



LA VIDA CIRCULA TRABAJOSAMENTE ENTRE ESCOMBROS.

EN una plazoleta de los jardines del Museo de Dresde se erguía en el mármol la romántica figura de Carlos María Wéber, el creador de la ópera nacional germánica, que parecía hablar al viajero del espíritu artístico de la antigua capital de Sajonia.

Su estatua está hoy convertida en ruinas, como toda la ciudad; pero nuestra imaginación sigue viéndola en pie, como si se levantara, en simbólica supervivencia, de entre los escombros, esparcidos por todas partes, desde aquellos días de febrero del año pasado, en que los ataques aéreos en masa iban abriendo el camino del ejército ruso hacia Berlín.

La evocación de Wéber trae a nuestra memoria la imagen de Ricardo Wagner, genial continuador de su escuela, cuya existencia se vinculó también a las viejas piedras de Dresde, en sus mejores ho-



DOS ANCIANOS VOLUNTARIOS QUE UTILIZAN SUS DÍAS DE FIESTA PARA AYUDAR AL RESURGIMIENTO DE DRESDE.

QUIERE RESUCITAR

SOLO RUINAS EXISTEN DE LO QUE FUERA LA FLORENCIA ALEMANA, PERO UN AFAN POR SURGIR DE NUEVO ANIMA A LOS HABITANTES DE LA DEVASTADA CIUDAD

Por **Julio Bernal**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ras de ilusión y de lucha. Allí estrena *Tannhäuser*, hacia 1845, y allí mismo, cuatro años más tarde, toma parte activa en la revolución de 1849, cuyo fracaso, seguido de una violenta represión, obliga al gran músico a ponerse a salvo en una fuga novelesca. Es el instante en que política y arte, los dos bajo idéntico signo renovador, celebran sus nupcias en el espíritu de Wagner.

Este hecho contribuía no poco a que el nombre de Dresde se nos apareciese aureolado de legendario prestigio, ya que las artes, al igual que la naturaleza y que la historia, habían contribuido a la fama de esta ciudad, que mereció ser llamada *la Florencia alemana*. Como Florencia, era Dresde una de las ciudades europeas que mayor atractivo tenían para el viajero ávido de emociones artísticas, que no en balde guardaba en su museo esa maravilla que es la *Madona Sirtina*, de Rafael, sin contar otras muchas obras de excepcional valor.

La ciudad toda era como un museo, donde abundaban las joyas arquitectóni-

cas; museo que se había ido formando a través de los siglos, desde aquel lejano día, perdido en la Edad Media, en que los margraves de Meissen edificaron un castillo a orillas del Elba, y a su pie se fueron agrupando las casas. No tarda — en el siglo XV — en comenzar su florecimiento, cuando la eligen para su residen-

(CONTINUA EN LA PAGINA 111)



ARQUITECTOS EN FRANCIA DE PROYECTAR LA RECONSTRUCCION DE LO QUE FUE LA FLORENCIA ALEMANA.



BUSCANDO MATERIAL DE RECONSTRUCCION.

FABRICA DE MUEBLES SAN ANTONIO

COOPERA EN LA CAMPAÑA DE LOS 60 DIAS
OFRECIENDO CREDITOS HASTA 30 MESES

SENSACIONALES REBAJAS



A
SOLO
\$ 30.-
MENSUALES



A
\$ 25.-
MENSUALES



A
\$ 20.-
MENSUALES



SOBERBIO
CONJUNTO
\$ 40.-
MENSUALES

RECUERDE:

**SAN ANTONIO MUEBLES
CREDITOS**

RIVADAVIA 8856

MENTIONANDO ESTE AVISO
8% DE BONIFICACION

PRACTICOS Y MODERNOS

ORO y PLATA

REPASADORES

ORO y PLATA

COLORES FIRMES
GARANTIZADOS

ACTUALIDADES



VIJE DE INSPECCION.—Gran interés ha suscitado el viaje de inspección, a las zonas invadidas por la langosta en Chaco y Formosa, del ministro de Agricultura de la Nación, quien aparece en esta foto, momentos antes de su partida, junto a otras autoridades del departamento a su cargo, que lo acompañan en la jira.



ANIVERSARIO.—Con motivo de celebrarse el 163º aniversario del nacimiento de Simón Bolívar, representantes diplomáticos de Venezuela y miembros de la colectividad de dicho país realizaron un homenaje al Libertador del Norte ante su monumento en el parque Rivadavia, haciendo uso de la palabra en tal oportunidad el señor Ricardo Carrasco, presidente de la Sociedad Bolivariana en la Argentina.



AUDICION.—En la sede del Círculo de Cultura Literaria de los ex alumnos del Colegio Lasalle de Flores, efectuóse con éxito un concierto de divulgación musical con grabaciones.



ACTO PATRIOTICO.—Organizado por la comisión de arte de la C. A. D. E. y ante una nutrida concurrencia se llevó a cabo en el Edificio Volta un brillante acto patriótico en el que tomó parte el coro del Conservatorio Nacional y la soprano Amanda Cetero.



PUBLICACION.—Con el título "Ciencia Británica", el doctor Mariano R. Castex ha reunido en un volumen seis disertaciones pronunciadas bajo los auspicios de la Sociedad Argentina de Cultura Inglesa, en las que se refiere a la labor de eminentes médicos y físicos británicos.

CONFERENCIANTE.—El doctor Walter Delaplano, economista y catedrático norteamericano, quien se encuentra en Buenos Aires invitado por el Colegio Libre de Estudios Superiores para dar un ciclo de conferencias desde la cátedra Franklin D. Roosevelt.

FILOLOGO.—A fin de dictar una serie de conferencias se halla en nuestra ciudad el distinguido profesor español Américo Castro, quien, según se recordará, actuara como director del Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de esta capital.



INAUGURACION.—En ocasión de inaugurar el ensanche del establecimiento "La Oportunidad", sus propietarios ofrecieron un cocktail a amigos y colaboradores. En la foto aparecen algunos de los asistentes a la reunión, que resultó muy animada.

GRAFICAS



AERONAUTICAS. — Maryse Bastié, la destacada aviadora francesa que nos visita, rodeada de un grupo de pilotos de prueba de aquel país durante el acto que tuvo lugar en el Plaza Hotel, organizada por la misión aeronáutica francesa.



DISERTANTE. — Sobre el tema "Je reviens... Une fois encore", la señora Suzanne Barthelémy, presidenta de la Federación de Obras de Asistencia a los Niños de Francia Víctimas de la Guerra, pronunció una disertación acerca de las finalidades de la institución que preside.



DIPLOMATICAS. — Con destino a Santiago de Chile, donde permanecerá unos días para luego trasladarse a Washington, partió por vía aérea el consejero de la embajada de los Estados Unidos de América, señor John M. Cabot.



PROFESOR. — En el salón de actos del Instituto Francés de Estudios Superiores, el doctor Bertil Malmberg, profesor de Filología en la Universidad de Lund (Suecia), dió una conferencia en torno a "Algunas particularidades fonéticas del francés".



BODAS DE PLATA. — El R. P. Francisco Ladachowski, actual consejero provincial de la Congregación del Verbo Divino y Procurador Misional de la misma, que con motivo de cumplir sus bodas de plata con el sacerdocio está siendo muy felicitado.



EXPOSICION. — Con gran éxito de público y crítica el conocido artista Samuel Mallo López realizó una muestra pictórica en la Galería Müller, de paisajes, tipos y costumbres de nuestras provincias nor-tes.

Extraordinario modelo importado directamente de los Estados Unidos de Norteamérica. Totalmente blindado, equipado con 5 válvulas, onda corta y largo, para funcionar con ambas corrientes de 220 volts.

Importado totalmente de Estados Unidos!...



COMBINADO CONDAL 1946, de lujosa presentación. 9 válvulas, sintonía localizada, altoparlante de concierto de 10 pulgadas, ojo eléctrico, membrana eléctrica a cristal, cámara acústica y mueble extra-pesado de diseño elegante y esmerada terminación.

NECESITAMOS AGENTES Y REPRESENTANTES EN EL INTERIOR DEL PAIS. SOLICITE CONDICIONES GENERALES

GRANDES ESTABLECIMIENTOS CONDAL

ADMINISTRACION, EXPOSICION Y VENTAS
DIRECCION TECNICA Y DEPTO SERVICE

TALCAHUANO 64

U. T. 38 - 1585/5955/6712

Buenos Aires

Talleres y Depósitos: SALOM 373/75 - U. T. 21 - 1991

Grandes Establecimientos CONDAL

Ruego me envíen catálogos generales de los series 1946 y OFERTA DE PROPAGANDA.

Nombre

Dirección

Localidad F. C.

El organillo



I

¡I qué nostálgica es la música! ¡Cómo evoca dolorosamente los viejos recuerdos! ¡Y qué tristemente se oye en el crepúsculo de noviembre el sonido llorón del organillo que toca una antigua polca!

¡Un antiguo aire de polca que hacía saltar a todo París hace quince años, cuando tú tenías apenas dieciocho! ¡Sí, tú!, la poltre rubia marchita, con tu sombrero de gasado terciopelo azul, que enjuagas el coquecico en el que duermes tu tercer hijo bajo los plátanos sin hojas de la triste avenida del suburbio.

¡Qué bonita eras en la época en que se tocaba esa polca en los improvisados bailes burgueses, con sus vasitos de jarabe y sus pastelitos secos! ¡Qué mañanas pasabas entonces con tu rostro fresco y de óvalo del Corregio, y con ese admirable pelo ondulado, de color de trigo maduro, del que perdiste la mitad, ¡ay!, en tu segundo parto!

¡Sin dote!... ¡Sí! No tenías dote. ¡Acaso podía ser de otro modo para la hija de un honrado subje que no obtenía de sus superiores, con toda regularidad, más que esta nota desesperante: "Empleado bueno y modesto, muy útil en su cargo", de ese pobre hombre que en los bailes a los cuales te acompañaba, no se atrevía a sentarse en la mesa de *visita*, en donde se jugaba a cincuenta centavos la ficha, y que tocaba constantemente el bolsillo de su chaleco para asegurarse de que no había perdido los tres francos destinados al coche de punto?

¡Sin dote!... Todos los espejos del salón te decían que no tenías necesidad de ella, cuando entrabas del brazo de tu padre, radiante, en una bruma rosa. ¿Quién podía sospechar que la madre, que se había quedado en casa, falta de un vestido adecuado, había planchado tu traje sobre la mesa del comedor y que tú misma habías cortado y cosido tu vestido? ¡Acaso no estabas enguantada hasta el codo? ¿Cómo se hubiera podido saber que tenías pinchazos de agujas en las yemas de los dedos?

... Escucha esa vieja polca que toca el organillo jadeante, en el crepúsculo de noviembre. ¿Verdad que parece el canto de una loca, entrecortado por sollozos?

Te invitaba a menudo a bailar con él esta polca aquel joven moreno con bigote militar, tan elegante en su bien cortado fraque y que en tus pensamientos llamabas por su nombre de pila: Federico. Te invitaba a bailar con él, esta polca, y también la mazurca, y el vals. Tu voz temblaba un poco cuando contestabas: "Sí, señor"; y tu mano también temblaba cuando la ponías en la suya. Porque, según se contaba, era un hijo de familia, una cabeza perdida, que había tenido un duelo — ¡qué prestigio! — y cuyo padre tuviera que pagarle las deudas por dos veces.

¡De qué modo te arrastraba por la cintura, con una mano firme!, y, en los minutos de reposo en que tú te apoyabas en su brazo, sonriente y respirando con prisa, cómo te turbaba al mirarte de repente en los ojos y decirte, con voz baja y cálida — sobre un nada, sobre un detalle de tu tocado, sobre una flor de tu pelo —, un cumplido, muy respetuoso en su forma, pero en el que adivinabas un no sé que doble sentido que te proporcionaba a la vez miedo y placer!

Un cuento de
FRANÇOIS COPPÉE

ILUSTRACIONES DE BERNABÉ

LEOPLAN

¡Pero ay! Un hombre como Federico no estaba hecho para perder el tiempo en bailes con vasos de horchata. Se fué a otras fiestas; y, sin confesárselo a ti misma, te entristeciste, ¿verdad? Y luego pasaron dos, tres, cuatro, cinco años. Ya no te ponías el vestido rosa, que se había puesto un poco pálido, y en los bailecitos caseros, donde el repertorio no cambia nada, se seguía tocando siempre la vieja polca que te recordaba a Federico.

Al fin hubo que ver las cosas como eran, tomar un partido, y te casaste con el tímido muchacho que sucaba a bailar a las señoritas huesudas que frisaban en los tragitos. Aquello habías olvidado más de una vez el baile que le habías prometido, y eso a pesar de que estaba apuntado en tu pequeño carnet de marfil. Fin.

(CONTINUA EN LA PÁGINA 101)



UN PLAGIO ENTRE DOS COLOSOS



Por

**NICETO
ALCALÁ
ZAMORA**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

janas y comunes leyendas o tradiciones de la historia. Aunque desde el punto de vista de la estética, preceptiva y crítica literarias sea lo más interesante la sentencia voltairiana y sus fundamentos, no se comprendería bien sin los antecedentes del caso, y por ello estas páginas de hoy están dedicadas a explicar cómo surgió el largo y porfiado litigio entre eruditos franceses y españoles.

Precisamente por haber ido más cerca y paralelamente emparejadas las vidas y las obras de los dos colosos, el español y el francés, pareció menos probable que el segundo espigara en el campo del primero. Aunque entonces a moda, al menos en literatura, y sobre todo en el teatro, fuese de Madrid a París, hacia el largo viaje a pie, o a caballo, y pocos trayectos por la posta. Era natural que Corneille se inspirase en aquellos de nuestros clásicos que fueron sus predecesores, como Guillén de Castro, Ruiz de Alarcón y Lope de Vega, más fácilmente y con distinta frecuencia que en Calderón de la Barca, su contemporáneo.

Surgió sin embargo un pleito, o querrela recíproca, sobre plagio del uno al otro, no promoviendo la contienda por ninguna de las partes interesadas, que lo habrían aclarado, y si por exagerados admiradores de Corneille, o nacionalistas franceses intransigentes, que procuraron embrollar el caso, en sí bastante claro. Surgió éste en torno al drama *Heracles*, de Calderón, y la tragedia *Heracles*, de Pierre Corneille, de asunto bizantino, sin que deje de serlo la disputa literaria que originó.

La coincidencia de los argumentos, la semejanza, ya que no la identidad de sus desarrollos escénicos, y la incertidumbre de entonces sobre las fechas de representación e impresión respectivas, dieron lugar a la duda de quién



CORNEILLE, EL GRAN AUTOR FRANCÉS

había plagado a quién. Planteada aquélla por arbitraria reivindicación francesa sobre originalidad, quedaba desechada la solución transaccional de tablas, o de espontáneas y no imitadas buscas en igual fuente tradicional e histórica, ya que a ese acomodo se oponía alguna buena docena de versos, manifiestamente traducidos unos de otros.

Surgido el pleito, y necesitando fallarlo a favor de alguno, se desató la fantasía en Francia, y hasta se inventó contra Calderón un viaje a París, con el secreto e interesado designio de asistir a las representaciones de *Heracles*, para imitarlo calladamente sobre la escena española.



Ocurríese ante todo preguntar si la gloria reivindicada era tal en uno y otro campo, que valiera la pena de disputarla tanto. Y ha de responderse que de uno y otro lado del Pirineo se estaba muy lejos en altura de mérito teatral y trascendencia literaria respecto al litigio anterior de *La verdad sospechosa*, cuyo plagio en *Le menteur* confesó Corneille tan noble y repetidamente.

En los *Heracles* quedaron sus autores a considerable distancia de su fama, de sus dotes y de su valía. Si sólo hubieran producido eso u obras del mismo nivel, no habría sido ninguno de ellos lo que ambos fueron ante el juicio sumario de su tiempo, y lo que han seguido siendo en la incesante revisión, que se substancia en los siglos posteriores. Ni se hubiera llamado al nuestro "príncipe de la es-



CALDERÓN DE LA BARCA

DEL TEATRO

cena española", ni tampoco a Pierre "el gran Corneille", para diferenciarle, con la fraterna y modesta adhesión, de su hermano menor Thomas, ya que así no aparecería comparando el *Heracles* respecto de *Ariadna* del último, donde la trama —o para hablar más adecuadamente, el hilo— del asunto trágico, se lleva con innegable y atrayente maestría.

Heracles es una tragedia de enredo, género peligroso, inferior, algo híbrido, en el que inevitablemente la intriga, con la curiosidad que despierta, oscurece y daña a la magnitud sencilla y majestuosa de la emoción. Mucho más alto dicho género que lo melodramático y lo policiaco, está en laderas bajas de la cumbre trágica. Además, los conflictos aburguesados, el legislar sobre ellos como delitos de uso de nombre supuesto, usurpación de estado civil y suposición de partos, se vulgarizan, sin conservar rastros de sublimidad. Se necesitan primores de emoción, de peripecias, de conflicto, de caracteres y de forma, como en el caso de *El Trovador*, y conste que lo cito sin que ello signifique convertir el viejo pleito clásico en terciaria romántica, ya que, aparte la lejanía y diferencias inconfundibles, tengo por cierto que García Gutiérrez ni se inspiró en Calderón, ni para el caso leyó a Corneille.

Heracles, con algunas licencias de alteración histórica, se relaciona con la vida del soberano, usurpador en Bizancio, Focas, que destrona, mata y sucede al emperador Mauricio. La trama escénica supone que la lealtad de una dama de palacio logra conservar, de la sacrificada dinastía imperial, un niño, que será sucesivamente conocido, hasta recobrar su nombre y cetro, como *Heracles*, hijo de Mauricio; Leoncio, hijo de Leontina; Marciano, hijo del propio Focas. El verdadero hijo de éste, confiado a la misma aya, pasa por los tres nombres y las tres situaciones



UN DRAMATICO EPISODIO REGISTRADO POR LA HISTORIA, QUE CULMINARIA CON LA MUERTE VIOLENTA DE FOCAS, INSPIRO A AMBOS TRAGICOS

en orden inverso; y entre los dos jóvenes se anuda una tierna y estrecha amistad. Ambos se acercan a frías y poco impresionantes contingencias de parricidio respecto del usurpador Focas, y de incesto con Pulqueria, hija superviviente de Mauricio. Por si el aya ocultara, y enredase poco, siendo mucho lo que para ello hace, está medio enterado del embrollo, que aun complica más, un jefe, a la vez de conspirador y de guardia, Euxerio, quien parece doble traidor y confidente hasta que se decide en la escena del desenlace a favor de la causa justa.

El *Heracles* de Calderón es algo menos complicado, y hecho con menor empeño, circunstancias ambas de estima, y desde luego de atenuación. Renuncio a mayores detalles sobre el argumento, porque expuesto analíticamente se comprendería peor. Baste decir que en sus sinceras y no-

LEOPOLD
Imponga SU PEINADO

oleo shora
el peinado que enamora

FRASCO DESDE \$ 0.90

DISTRIBUIDORES:
LABORATORIOS ERYX
Soc. Resp. Ltda. - Cap. \$ 210.000

FABRICA Y ESCRITORIOS:
J. J. BIEDMA 1068 - U. T. 59-2790 y 678

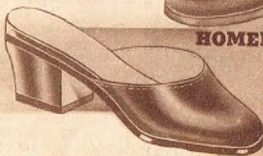
FABRICA

Homedes y Matilla

PRESENTA

**SUS
MODELOS**

Art. 124. Pantufla de cuero, suela de goma, cinco colores; la misma en suela.



Art. 116. Chinela de cuero, taco pinet, en cinco colores.



Art. 221. Pantufla Paolina, suela de goma, en cinco colores; la misma en suela.



Un producto de

HOMEDES y MATILLA

Representante en Tucumán: Calzados "Boston" Malpá 137

Ventas al por mayor en la capital y pedidos al interior, dirigirse directamente a sus fabricantes.

OLAVARRIA 1921 - U. T. 21-2347 - Bs. As.



Perfumes
LLOYD

Deleitan por
su fragancia
y
distinción.



**Goce de
una vida
activa
... sin
achagues!**

¿Acido úrico?

El organismo que elimina correctamente los venenos y desechos que produce su constante desgaste, permite gozar de esa vida activa que tanto nos satisface.

A veces conviene recurrir a un buen diurético que estimule la función renal, permitiendo una mejor eliminación.

Las Píldoras De Witt son un diurético eficaz. Activan los riñones, a la vez que hacen sentir su acción antiséptica y balsámica en el aparato urinario.

Se expenden en frascos de 40 y 100 píldoras. Las hallará en la farmacia de su localidad.

**PILDORAS
DE WITT**

tables autocríticas, o exámenes de sus obras, Corneille recomendaba que se asistiera a dos representaciones seguidas de esa tragedia, para comprenderla bien; ... y no estaría de más leerla de una a otra. La exposición confiesa que dura hasta el acto segundo, lo cual era inevitable; pero en realidad se completa en el cuarto, y en rigor, en el último.

El gran argumento, casi el único, alegado para imputar el plagio a Calderón, fué el silencio absoluto guardado por Corneille, tanto en su advertencia previa como en su examen posterior o autocrítica de *Heracles*. Se quiso sacar partido de tal silencio por el contraste impresionante, que suponía con la explícita y repetida sinceridad, que había proclamado ante las imitaciones de autores españoles: de Guillén de Castro en *Le Cid*; de Ruiz de Alarcón (que primero creyó ser Lope), en *Le Menteur*, y de Lope de Vega en *La Suite du Menteur*, obtenida de Amar sin saber a quién. Ese argumento del silencio guardado por Corneille valía poco o casi nada que se reflexionase.

En primer lugar, él había dicho ya para siempre en la epístola-prólogo de *Le Menteur* (1642) que le iba tan bien con los plagios de nuestros autores, que no sería el último que hiciera. En iguales términos, y en el prefacio también, renovó el propósito y el anuncio en 1643 al componer la menos afortunada *Suite du Menteur*.

Bastaban tales advertencias y confesiones. No era cauto repetirlas, y, sin duda amigos celosos, menos ingenuos que el noble Pierre Corneille, le aconsejaban que no insistiera tanto, ya en la cumbre de la gloria, sobre reconocimientos superfluos, puesto que nadie se los exigiría, y dañosos, en cuanto extendían una sombra de imitación, siquiera ésta fuese genial, y aquella a su vez gloriosa, sobre el esplendor de su fama.

Hubo también, sin duda, un tercer motivo más hondo y de mayor motivo, para rendirle a Calderón de la Barca el tributo de confesión elogiosa, pagado antes a los otros tres au-

tores de nuestra patria. Corneille fué por casi toda su obra, relacionada en algo con España, algo muy raro en Francia, y muy de agradecer en francés tan grande: un verdadero y ferviente hispanófilo. La hispanofilia de Pierre Corneille, que merece examen aparte, se muestra en los asuntos que elige, en los modelos que sigue, en los caracteres que traza, en los elogios y entusiasmos que le salen del alma. Semejante debilidad afectiva debió costarle reproches, y no sería el menor ni el menos temible el del omnipotente y coloso Richelieu, en el cual, y para indisponerle al cabo con el

gran trágico, la hispanofilia de éste pudo pesar más que la vana rivalidad literaria, atribuida por algunos al gran hombre de Estado, enemigo mortal de la casa de Austria. Esta se encontraba en irremediable decadencia, al aparecer *Heracles*, en 1647; era ya la víspera de Westfalia, coronamiento de la obra tenaz, implacable del gran Cardinal, seguida por sus inferiores reemplazantes. No eran prudentes ni oportunos nuevos ecos de tal hispanofilia. Muchos la condenarían y ningún apoyo podía encontrarse. Ana de Austria, había mostrado, y era su deber, ser la Regente de Francia, y no la infanta de España; la madre de Luis XIV, también vínculo preferente, antes que la hermana de Felipe IV. Aun no se dibujaba ni la esperanza, que iba a ser escasa, de apoyo e influencia de la oscura y oscurecida María Teresa.

La prudencia impulsó su sordina a Corneille.

Calladamente su hispanofilia conservada se transparentaría después en *Don Sancho de Aragón* y en *Sertorius*, pero al tiempo de *Heracles* prefirió el silencio absoluto. Sobre la base de éste, y evidente por demás que a las dos obras las unía un plagio, éste fué atribuido en Francia a Calderón, hasta que Voltaire, con las pruebas a la vista, reconoció que nuestro autor había sido el original y Corneille el plagiarlo. Sin embargo, su temible ingenio, tan apasionado como nacionalista, encontró la manera, que ya explicáramos, de conciliar ese reconocimiento con otro fallo general a favor del autor y de la obra franceses y en contra de los de España. *



VOLTAIRE



RICHELIEU

RISA Y SONRISA

INCREIBLE

por Andrino



ANDRINO 46

¡Pero siempre el mismo friolento!



Escribe Conrado Malé Roxlo

POR EL ESTILO DE... EL CONDE LEON TOLSTOI

CARICATURA DE
RAUL VALENCIA

GRACIA Y SACRIFICIO

VIAJANDO en calea por el gobierno de X, oí de labios de un maestro de postas este antiguo proverbio ruso: Si buscas quien te preste dinero, es posible que no lo encuentres, sobre todo en los tiempos que corren, pero nunca dejará de encontrarte para reclamártelo el que una vez te prestó un rublo.

Como el viaje era largo, el camino malo y el cochero juraba como un maldito, decidí meditar profundamente sobre aquel proverbio. Al principio sólo saqué algunas conclusiones frívolas, como que el rublo estaba puesto allí por ser la unidad monetaria rusa y que lo mismo podía tratarse de otra cantidad. Ya desesperaba de encontrar

el sentido profundo del refrán, cuando al cruzar por la pequeña villa de J, me quedé profundamente dormido. Un incidente que ocurrió poco después me despertó bruscamente. El diablo que iba en el pescante lanzó tan terrible juramento, que uno de los caballos, no pudiendo resistirlo, soltó una coz contra la caja del coche. El hecho carecía de toda importancia, pues la calea continuó su camino como si nada hubiera pasado, pero al despertarme se me presentó de golpe el sentido profundo del proverbio que me preocupaba por aquel entonces. Si el hombre busca a Dios —interpreté—, puede que no lo encuentre; pero si Dios quiere encontrar a una de sus criaturas, la hallará, aunque se oculte en los lugares menos frecuentados por El.

Inmediatamente acudí a mi memoria la historia del teniente Makoko Makokovich, a quien la gracia divina fué a buscar a un lugar consagrado al pecado, a un garito.

Verdad es que el teniente Makoko Makokovich perdió aquella noche su honor de militar y veintisiete rublos, que era todo lo que le quedaba de su patrimonio, pero ganó en cambio su alma y un par de guantes de gamuza en buen uso.

En la desesperación del perdidoso en busca de desquite, Makokovich puso a una carta un billete doblado en cuatro, que tapó con la mano. Como hasta entonces, a pesar de su vida disipada, había sido un hombre de honor, se le respetó el capricho. Pero perdió, y entonces se pudo ver que el billete misterioso no era otra cosa que una cuenta de su lavandera, impago, por más señas.

Entonces el capitán Lalo Lalovich se quitó un guante y se lo arrojó al rostro. Todos los presentes palidieron. Pero la gracia acababa de tocar al pecador, y humildemente recogió la prenda y se la calzó en la mano derecha. Desconcertado, el capitán le arrojó el otro guante. El joven lo recogió y se lo calzó en la mano restante, y dijo:

—El Señor ordena que cuando nos den una bofetada en una mejilla, presentemos la otra.

Luego mostró sus manos enguantadas y se alejó, dejando a los presentes



sumidos en profundas reflexiones y al capat, sin guantes.

Poco después llamaba a las puertas del monasterio de San Nicolás y vestía el sayal pardo de los monjes.

Cuenta la leyenda que cuando el santo prior le dijo: «Quitale los guantes, hermano, pues monje con guantes no alcanzará el cielo», Makokovich le respondió:

—Una flor no hace verano, ni dos primavera.

Y se le permitió usar los guantes para edificación de la comunidad, y porque el pueblo ruso es muy aficionado a los refranes dichos oportunamente.

Y con el nombre de hermano Gamuza, alusión a su milagrosa conversión, el teniente Makoko Makokovich llevó, durante algunos meses una vida ejemplar. Pero un día comenzó a atormentar al confesor con espantosos problemas.

—El agua del cántaro me sabe a la mejor vodka. El inmundado pan que amasan con las patas mis hermanos tiene para mí gusto a caviar, a faisán trufado, a "gateau" de chocolate.

Al anciano confesor se le hacía la boca agua y el alma un lio.

—Son asechanzas del diablo para perderme. ¡Salvadme, padre, salvadme!

Y esta música continuó hasta que Dios iluminó la mente del confesor y encontró el remedio. En adelante, el hermano Gamuza dejaría el sencillo régimen alimenticio de los monjes y comería manjares. Se hizo venir un cocinero francés y todo marchó a pedir de boca, pues el hermano Gamuza encontraba los pavos trufados de tan espantoso gusto que, para castigarse, se daba unos atracones bestiales.

Otro día dijo a su confesor:

—Estoy perdido. El diablo ha encontrado el medio de perderme. Paso las noches sacudiéndome con las disciplinas, y cada golpe, en lugar de dolerme, me produce el efecto de una caricia de doncella enamorada. La razón es sencilla: como odio mi carne mortal, los golpes me saben a gloria.

—¿Qué hacer? —dijo el confesor.

—He encontrado el remedio —respondió Gamuza—. Sé que mi sed de sacrificio sólo se saciará con el sufrimiento de lo que amo, es decir, de

¿PARA QUE?

por GUBELLINI



—¿Camisas, sombrero, guantes?

—No, no: corbatas.

mis hermanos en Cristo, y como al que más amo es al prior, creo que lo mejor es que le atice fuerte al santo varón.

—¿Tienes algún resentimiento con él? —le preguntó el confesor, pues los grandes teólogos no pueden dejar de hacer preguntas inútiles.

—Lo amo como amé en otro tiempo al siete y medio real.

—¿Pues duro con él y allá tú! —le respondió el confesor.

Y aquella noche, los monjes fueron despertados por espantosos lamentos, corrieron en sayales menores y vieron al hermano Gamuza, que se había introducido en la celda del prior y lo zurraba de lo lindo, llorando a lágrima

viva, según unos, y a moco tendido, según otros.

Cuando, fuertemente sujeto por los brazos de cuatro robustos legos, Gamuza explicó al prior las causas de la tunda, éste, que no era un gran teólogo, se manifestó desconforme con el procedimiento y, armándose de un garrote, comenzó a devolver al santo palo por palo. Y el hermano Gamuza huyó del monasterio en busca de un lugar donde comprendieran mejor su deseo de sacrificio.

Murió en la horca, castigo que buscó empenosamente asaltando a mano armada a los viajeros.


Dios lo habrá comprendido. *





EN EL AERODROMO

La esposa que des-
pide a su marido, pró-
ximo a partir.

—Adiós, querido... Espero que ten-
gas un buen viaje. Este..., a propósi-
to... ¿dónde me dijiste que quedaban
nuestras pólizas de seguro de vida?...


¡EL COLMO!

Aquel hombre era
tan amarrete, que
antes de dar su último
suspiro prefirió se-
guir viviendo.

HAY QUE SABER VENDER



El empleado de la tienda informa
a su patrón que un género marcado
a 9 pesos el metro, parece excesiva-
mente caro a las clientas, y que por
ese motivo no se vende. Entonces
el dueño ordena al vendedor:

—Sáquelo de vidriera y vuelva a
colocarlo la semana próxima en "li-
quidación a 14,50 el metro". Verá
que en un santiamén lo vendemos.

PINCELITO PURAPOSE

Desencuentro

Por DOMINGO VILLAFANE



por VILLAFANE



A black and white illustration of a man in a suit and tie, looking up and pointing his right index finger towards a small, winged flying object in the sky. The man has a mustache and is wearing a patterned jacket. The background shows some stylized clouds and a horizon line.

—¡Ah! Es cierto... Es la hora en que las maté...

años que trabaja en mi casa..."

blo y de la muerte.

**mujer joven y bonitos
risos**

por J. CHRISTI



POR LA CIENCIA



—¡Me da una pena el profesor!... Desde que sus tres ayudantes le abandonaron, tiene que trabajar solo en la fórmula del explosivo

MENSAJE AFECTUOSO



—...¡Ah! Y otra cosa, Juan: que no vuelvan a decirme que te han visto en un cabaret, porque cuando regreses te doy de patos, ¿sabes, querido?...

TIEMPOS MODERNOS



—Los vestidos para la nueva revista...

EL COLMO

OPTICA • FOTOGRAF



—A mí no me metan en líos... ¡Yo no vi nada!

LE CAUSO SORPRESA

En una oportunidad, el célebre pianista Ignacio Paderewsky, siendo ministro de Relaciones Exteriores de Polonia, asiste a una reunión de estadistas en la que se hallaba Clemenceau.

Al ver por primera vez al pianista, "el Tigre" pregunta:

—¿Así que ese señor es Paderewsky, el mejor pianista de nuestros tiempos?

—Sí —le responden.

—¿Y se convirtió en ministro?
¡Qué decadencia!



OJO POR OJO...

Por González Fossat



OBEDIENCIA CIEGA

En una tormenta terrible
Un capitán mandó echar
El peso menos servible
Al enfurecido mar.

Siempre pronto a obedecer,
Lucas, lleno de arrebatado,
Para cumplir el mandato
Echó al agua a su mujer.



DEMASIADO



—He adelgazado tanto, que mira dónde me quedaron los botones del chaleco.

¡OH, LOS NIÑOS!

Un matrimonio con un niño entra en la confitería. El padre pide al mozo dos aperitivos.
—Pero, papá! —dice entonces el niño—. ¿Y para mamá no pides nada?



EN LA ESCUELA

Durante la clase de gramática, la maestra le pregunta al alumno:

—Si por ejemplo digo "soy bonita", ¿en qué tiempo estoy hablando?

—¡Ah! Eso es en pasado, señorita!...



EL ATRACTIVO FEMENINO

—Por regla general, las mujeres rubias son más atractivas que las morenas.

—Creo que te equivocas de medio a medio.

—¿Por qué?
—Sencillamente porque mi esposa ha sido las dos cosas, y no he notado ninguna diferencia!...



¡CON RAZON!

—¡Pero, Benito! ¿Se puede saber por qué firmas siempre "B. B. Benito P. P. Pérez"?

—¡Ah! ¿No lo sabías? Es que al sacerdote que me bautizó tartamudeaba.

TOXICO Y BIBERON



por Janiro

CUANDO UN NIÑO POSEE UN JUGUETE, ES FELIZ!... AHORA BIEN, ¿QUE SUCEDE SI A ESE MISMO NIÑO LE DESTROZAN EL JUGUETE? SUFRE!... JE, JE!



¡MANOS A LA OBRA, ENTONCES! A BUSCAR MI PRIMERA VÍCTIMA!



YA LO VEO LLORANDO A LA GRINA VIENTRO SOBRE LOS RESTOS DEL QUE FUE UN TANQUECITO... ¡HAY QUE DIVERTIRSE!



GOLPEARÉ CON TODAS MIS FUERZAS DE GIGANTE!



ESTO SE PONE BUENO! ¡LA EMOCIÓN HA VUELTO LOCO!... ESTA REACCIÓN ESTABA EN MIS PLANES... PERO...



¡ATENCIÓN, COMPAÑEROS!... ¡EL ENEMIGO NOS HA DESTROZADO EL TANQUE!... ¡A DERROTAR AL BIENIGO! ¡TARGUI!...



¡MUY AMABLE SEÑOR, POR JUGAR LA GUERRA CON NOSOTROS!... ¡MAñana VENDRA OTRA VEZ?... ¿SI?...



ECONOMIA



Aquel hombre era tan amarrate, que cuando su sastre le tomaba las medidas, contenía la respiración para que entrase menos género en la confección de sus trajes.

ENTRE ELLAS



—¡Pero, qué da! ¿Estás segura de que Tota tiene más de años?

—Tanto como segura, no; pero eso es lo que siempre he oído decir.



—¡Vuelva, José!... ¡El motor anda otra vez!

BAJO EL MONTE DE LA LUNA

NAIROBI, LA CAPITAL DE KENYA, ES UNA CIUDAD MODERNA; PERO AFRICA GUÁRDA EN SUS ALEDAÑOS LA MAGIA ANCESTRAL DE SUS COSTUMBRES

Por
Granville Roberts

(SERVICIO DE ATLAS DESPATCHES)

Nairobi, la capital de Kenya, en el África Oriental, es una hermosa ciudad moderna de 52.000 habitantes. Su población crece año a año de una manera notable. Las viviendas son allí confortables, hay lujosos hoteles, grandes bazares, que contienen hasta los más raros artículos procedentes de Europa, Asia y América, importantes bibliotecas; en una palabra, Nairobi es una metrópoli que encierra atractivos — incorpórese a éstos asimismo el encanto de un clima tonificante — no sólo para el fugaz turista, sino también para los antiguos residentes extranjeros, los

EN LOS ALREDEDORES DE NAIROBI ES AFRICA LA MISMA. DE SIEMPRE.





UNA VIEJA HECHICERA.



VESTIDURAS MODERNAS, PERO SON SUS PEQUEAS INDUSTRIAS LAS TRADICIONALES.

colonizadores que fundaron su hogar tiempo ha en esa región ayer inhóspita, con miras a un porvenir próspero y venturoso.

Hoy, Nairobi es una espléndida realidad. Algo que parece espejismo de tan bello, pero que es una maravillosa verdad, gracias al esfuerzo del hombre. No obstante, el progreso ha entrado y debe aún penetrar más hondamente en Kenia, cautelosa y pacientemente, como el explorador en la selva cerrada. Porque el despertar del continente negro es un despertar lento, pleno de solemnidad, y porque la existencia de Kenia seguirá siempre ligada a la antigua África, la de las danzas rituales, la de los monótonos tomtom, la de las caravanas de carretas tiradas por bueyes...

África eterno

De Nairobi a Arusha hay una distancia de 320 kilómetros. No ha llovido durante muchos meses. Los vientos han azotado la tierra reseca quemando el pasto. Dijérase que el caballo de Atila pasó por estas comarcas sembrando la desolación. ¡Tan triste es el panorama que se ofrece a las pupilas del viajero!

Una gigantesca nube negra flota arriba en el cielo azul con matices rojizos, cruzando por sobre el "veldt". Es una nube de tierra, que deja tras de sí un desierto cruel, donde no crece ni

una miserable brizna de hierba para el ganado.

Hace menos de ochenta años que los exploradores británicos se abrieron penosamente camino hacia los más recónditos lugares del África Oriental. Fué en 1861 cuando sir Samuel Baker, habiendo sido vencido por otro explorador, que anticipó a él en el descubrimiento del nacimiento del Nilo, halló — cual digna compensación — el llamado lago Alberto y alcanzó después las cataratas Murchison.

Livingstone, Emin Pachá y lord Lugard no habían arribado todavía a las "Montañas de la Luna", tierra de promisión...

El distrito de Limuru es de una belleza extraordinaria, con sus valles cubiertos de helechos, zarzas y flores amarillas de un aroma embriagador. El valle de Thika, verbigracia, regado por el río del mismo nombre y el arroyo de Chania, constituye un inolvidable regalo para los ojos. ¡Y qué sugestivas son las cabañas esas en medio de las plantaciones de café donde los negros celebran sus fiestas!

Tierra de contrastes

No cabe duda que el africano no es un continente cuyo paisaje lo asocie uno a la nieve y al hielo. Pensar en África equivale a pensar en un sol abrasador, en siestas bochornosas, en horizontes de fuego. Sin embargo, el monte Kenia,



EL DÍA DE FIESTA, Y PARA EL, EL

eternamente nevado, es un desmentido rotundo a esa idea que uno se forja del clima y del panorama de esa parte del Africa. Esta mole blanca que se alza cual un titán alpino en el escenario agreste de Kenya, no sólo le otorga a ese país un rasgo singularísimo, sino que además puede decirse que gobierna su clima naturalmente cálido, pero atemperado por los vientos glaciales que soplan del citado monte, como reparadoras caricias sobre la tierra castigada por un Febo ardiente e implacable.

En torno al gigante nieve crece la flora más esplendorosa que jamás hayamos contemplado. Magnífica flora, tan exótica como subyugante, formada por plantas inverosímiles que diríanse nacidas de una leyenda oriental.

De las sorpresas que depara Kenya al viajero se podría escribir interminablemente, mas — ¡ay! — sucede con esto igual que con los ensueños demasiado irreales: que por más que nos esforzamos en recordarlos al despertar, se esfuman de nuestra mente, sin que nos sea posible retenerlos, porque quizá la auténtica belleza es la fugaz, la que escapa siempre... Y un viaje a Kenya es algo por el estilo, una especie de ensueño fantástico y efímero.



TRABAJANDO CON METODOS PRIMITIVOS.



LEVITON Y EL JAZZ, IMPORTADOS DE NORTEAMERICA.



EL ARBOL DE LOS \$\$\$...

El bienstar asegurado para TODA la vida y TODA la familia.

EL QUE SABE

- obtiene magníficas ganancias trabajando en su propia casa,
- o excelentes sueldos empleándose.

Estudie - aprenda - y hágase valer!

Solicite hoy mismo nuestro folleto gratuito con informes, programas y detalles de todos nuestros Cursos por Correspondencia: DIBUJO Y PINTURA; Trabajos en yero, asta, miga de pan, hule, refina, etc...; cursos comerciales; pequeñas industrias hogareñas; dibujo de planos, construcciones, etc..., etc...

UNIVERSIDAD
FEMENINA

UNIVERSIDAD
INDUSTRIAL Y COMERCIAL

SARANDI 1273

Buenos Aires

COBRAN MAS BARATO Y ENSEÑAN MEJOR

Deseo aprender en POCO tiempo y con POCO gasto algo verdaderamente útil y práctico, que me reporte beneficios inmediatos.

Nombre.....
Dirección..... L. 293



La señorita



I

El 26 de noviembre de 1860 nació Ana Carlota Isabel de la Ferté. Todavía veo, como si me hallara allí, la casa en que transcurrió su infancia. Cuando, saliendo de la estación, se entra en Dax por el arrabal del Arenal, y se atravesó el puente sobre el Adour, a la izquierda, se encuentra el paseo de la muralla. Entonces se ve, entre dos hileras de casas miserables y tristes, una escalinata de cincuenta escalones. A su final se abre inesperadamente la ancha calle, una vieja calzada de pavimento irregular, que los coches procuran evadir. Una gran puerta cochera deja ver un patio lleno de geranios; una escalera de piedra lleva al primer piso. Las habitaciones son grandes y sombrías, con los pisos de madera curvados por los años. El comedor, circular, conserva la forma de la torre en que fue construido. Los relojes, en el silencio, producen un ruido más intenso, y que parece más pausado.

Esta vivienda, como la casa de la Groux, de la que se hablará a menudo en el curso de esta narración, fueron dadas en dote a la señorita Germana de Arjuzanx al casarse, en la primavera de 1857, con el conde Miguel de la Ferté. No residía éste en la región, y sólo por casualidad llegó a ella. Una carta de un amigo común lo había llevado a casa del viejo señor de Arjuzanx, cuando, en 1856, los médicos le habían prescrito las aguas de Dax. Seis meses después casabase con la única hija de su huésped.

Al realizarse el matrimonio, el señor de la Ferté tenía cuarenta y seis años. ¿Qué había hecho hasta entonces? Nada, a juzgar por los resultados; mucho, si se atendía a la actividad desarrollada. Es difícil imaginar un enredador más perfecto que este gentilhombre. Hubiera podido vivir tranquilo en el rincón de Vermadoix, de donde era originario, o representarle en el Parlamento, o solicitar y obtener

de la Ferte

La famosa novela de

**PIERRE
BENOIT**

FAPA E ILUSTRACIÓN
DE RAUL VALENCIA

del Poder central un cargo en armonía con su destino. Su fatuidad le llevó, en cambio, hacia destinos que él creía menos a ras de tierra. Y él, desde que tuvo legítimamente la edad de razón, halló el miedo de mezclarse, tanto como noble, en todas las locuras de su época. ¿Dios sabe cuán fértil en ellas fué esa época.

La vida de Miguel de la Ferte no fué más que una larga noche del 4 de agosto. Orgulloso de que las armas de los Ferte ostentasen tres castillos de plata, nunca se sentía, sin embargo, tan dichoso como cuando tenía ocasión de concurrir delante de sus iguales acerca de los privilegios de su raza. En una palabra, pertenecía a esa nobleza liberal que halló más cómodo abandonar sus derechos, que cumplir sus deberes, que eran su contrapartida. A ese precio conquistaba la fama de espíritu libre, amigo de la luz y del progreso. El señor de la Ferte no desaprovechaba ninguna tontería para granjearse ese título. Y venció en el empeño, pero sin poder elevarse nunca de los papeles de segunda fila a que su mediocridad intelectual le condenaba.

La mayoría de los hombres-cumbres del siglo pasado tienen entre su genio una parte ridícula, que hoy nos haría reír si fuésemos los herederos, sin beneficio de inventario, de esos magníficos disipadores. El señor de la Ferte tuvo el constante cuidado de no identificarse con sus venerados modelos más que por su lado grotesco. Jamás leyó un solo verso de las *Contemplaciones*, pero lo colmaba de entusiasmo una divagación sobre la pena de muerte o sobre el origen de los estuarios. Católico convencido, se las arregló para comprometerse en las diferencias de Laménais con Roma, hasta el punto de ser condenado, en 1840, a cumplir, en compañía del miserable Felicité, un mes de prisión en Santa Pelagia. En 1848, en la plaza pública, descubrió a Lamartine. El 2 de diciembre de 1851, Víctor Hugo, en una memorable escena, le confió, llorando, una de sus pistolas. El conde Miguel era valiente,



pero desmañan. En la encrucijada de Tiquetonne dejó tuerta a una vieja lechera auvernesa, que tomaba el fresco a la puerta de su casa. Esto le costó, por sentencia del Tribunal del Sena de 6 de mayo de 1852, una pensión de novecientos francos, que, primero su viuda, y después su hija, tuvieron que pagar hasta el año 1884, en que la lechera murió, casi centenaria.

El juicio a los que referimos fue, además, sustanciado en su ausencia, porque el señor de la Ferté hallábase en aquel entonces en Argelia, adonde había sido deportado por su actitud el día del golpe de Estado. Allí vivió, con agradables oficiales del ejército de África, entre los cuales encontró parientes y amigos, la época más tranquila de su vida, o mejor dicho, pudo vivir. Desgraciadamente, su infantil cerebro de utopista no descansaba jamás. Todas las noches necesitaba asombrar en el casino a los jóvenes tenientes, con los que, debido a una disciplina algo relajada, podía jugar al *vistib*. ¿No constituía para él un deber enseñar a esos militares, en verdad muy amables, pero de limitados conocimientos, a lo que puede atreverse, en el campo de la acción y del pensamiento, un aristócrata que ha asistido a los cursos de Victor Cousin y tutelado a Miguel de Bourges? En todo momento, el señor de la Ferté procuraba aparecer, ante sus jóvenes amigos, con la frente decorada con proclamações, como trabajo les costó provocar las confidencias del proscribo; puesto que el Gobierno no podía servir a su nación en la metrópoli, el conde Miguel, magnánimo y desdénoso, estudiaría sobre la propia tierra del destierro los medios de aumentar el bienestar de la colectividad. Los métodos de cultivo practicados por los coimões de la Kabylia y de la Mitidja le parecían terriblemente atrasados. En las cuestiones agrícolas, como en todas las demás, el señor de la Ferté tenía ideas propias. La clemencia de Napoleón III no le dejó disponer del tiempo necesario para ponerlas en práctica. El 19 de enero de 1855 fue indultado y regresó a Francia con un plan completo de aclimatación en la tierra argelina del cultivo de la yuca y de cierta variedad de patatas.

Este plan debía de tener evidentes fallas, por cuanto las diversas sociedades de agricultura a las que se le comunicó lo acogieron con una frialdad que hizo desmoronarse a un hombre menos persuadido de su mérito. En esa acogida, el señor de la Ferté vio más que la prueba de la indigna turela en que el Gobierno de diciembre tenía a todas las instituciones francesas. Además, le asaltaban cuidados de un orden más inmediato. Su salud se resentía. Consultó a los médicos. Sus diagnósticos no fueron unánimes. Uno atribuyó los trastornos sufridos por el señor de la Ferté al paludismo contraído en las llanuras de la Mitidja. Este diagnóstico se lo dio un médico republicano. El otro, obra de un practicante devoto del Gobierno imperial, afirmaba que los trastornos eran de naturaleza gotosa, y hacía remontar su origen al uso immoderado del alcohol y de la caza durante la época en que el destierro obligó al revolucionario de la calle Tiquetonne a ser comensal con los oficiales africanos. Y, cosa extraordinaria, hubo que reconocer como acertado el criterio de la bonapartista. A ello se debió, por lo tanto, el que el conde Miguel de Ferté llegase a París.

Desde el momento que pisó esta ciudad, aborreció soberanamente. Era un hombre hecho para la vida de relación. Dax, pequeña y gris, tenía un aspecto siniestro con su castillo, que no podía reflejarse en las monótonas aguas del Adour por lo turbias que la fusión de las nieves de los Pirineos las ponía. Un día entero dedicóse el pobre reumático, en un viejo coche de alquiler, a buscar en las orillas del río alguno de aquellos sauces cantados por Vigny. Al anochecer, desilusionado por lo que él calificaba de abuso de confianza por parte del ilustre pesimista, retornó a su hotel de la plaza de la Fontaine-Chaude. Pequeñas golondrinas negras que pasaban y repasaban lanzando ágiles chillidos, atravesaban los vapores de las termas.

Llamaron a la puerta de su casa a un muchacho que traía una carta. El mismo día de su llegada, el señor de la Ferté había dejado a casa del señor de Arjuzanx la misiva de presentación que un común amigo le había dado para el viejo gentilhombre landés. En aquel momento le contrastaba el señor Arjuzanx, participándole al señor de la Ferté que sería bien recibido en su casa.

Si el conde Miguel no se hubiera hallado tan solo, hubiese tardado en aceptar esta invitación. Pero en ese momento del crepúsculo y de aislamiento sintióse anodado. Era, hay que repetirlo, un hombre hecho para la vida de relación.

Caía la noche cuando llegó ante la casa de la calle Ancha el señor de la Ferté. Una vieja criada, que sólo hablaba *patois*, le abrió la puerta y lo introdujo en un sombrío salón. Los marcos descolorados lucían opacamente en las paredes. Pero los retratos que enmarcaban ya no se veían. El cabo de diez minutos entró una persona. Era la señorita de Arjuzanx. Seguía la vieja criada, que prendió la lámpara. Disculpó la ausencia de su padre diciendo: "A esa hora, como todos los días, está en su casino. Pero va y le mandé aviso. No puede tardar en volver..." En efecto, apareció pronto.

El señor de la Ferté quedóse a comer con los de Arjuzanx. Al día siguiente volvió. El viejo landés habíase hecho amigo suyo. A los seis meses le entregó su hija única.

No era este enlace lo que puede llamarse un joven matrimonio. La señorita de Arjuzanx acercábase a los cuarenta años, y como se recor-

dará, el señor de la Ferté pasaba de los cuarenta y seis. Sin embargo, esta unión dio lugar a grandes fiestas; a las que fue invitada toda la nobleza del Maresin y de la Chalosse. De estas fiestas, el señor de la Ferté fue el rey indiscutido. ¿Tenía tanto ingenio! ¿Había intervenido en acontecimientos tan importantes! Cuando empezaba alguno de sus discursos, todo el mundo callaba. Si en un extremo de la mesa algún señor se atrevía hablando, era llamado a la orden por el señor de la Ferté. El viejo señor de Arjuzanx, "Puede continuar, Miguel", decía entonces, volviendo hacia su yerno los ojos, módicos de admiración. ¿Dónde estaba? ¡Ah!, sí... ¿Qué dijiste a Bonaparte? El señor de la Ferté sonreía complacido, y mirando sus manos, que eran largas y bonitas: "Lo que le dije fue muy sencillo. La diferencia, señor, que hay entre vos y yo, es que mi nobleza está fundada en un juramento, mientras que la vuestra está fundada en el perjurio". Un exultante de admiración y de terror corría por toda la concurrencia. "¿Te atreviste verdaderamente a hablar así?" "Como tengo el honor de decirselo, señor." "¿Y qué respondió él?" "Nada; se puso muy pálido y salió retorciéndose el bigote. Al día siguiente fui llamado a casa del señor de Moursin, quien me ofreció una senda en la Sena inferior." "Es innecesario. Migue, pregúntele cuál fue la respuesta que diste." "Es, en efecto, completamente innecesario, señor."

El señor de Arjuzanx tenía una fortuna que le producía una renta de ocho mil libras, más los rendimientos en especie de sus tierras. Estas tierras comprendían las sesenta hectáreas de bosque y praderas incultas a la casa de la Croix, situada a dos leguas de Dax, próxima al ferrocarril de Burdeos, y las granjas de Huix, en el límite norte de Chalosse y de la Rivière, diez kilómetros al oeste, y, por último, repartidas aquí y allá, algunas hectáreas de pinares.

Desde el momento en que el señor de la Ferté se convirtió en yerno del señor de Arjuzanx, fijó su atención en los arcaicos métodos de explotación de los dominios de su suegro. No le fue difícil obtener del viejo carta blanca para tratar de asegurar un mayor rendimiento. El señor de Arjuzanx no vivió el tiempo suficiente para aprovechar la experiencia de los métodos agrícolas de su yerno. Murió a principios de 1860, convencido de que Miguel era un gran hombre.

Diez años más tarde, las ideas del señor de la Ferté habían alcanzado, más o menos, el resultado siguiente: 1. fortuna personal, calculada: en dos mil francos de renta, había desaparecido. Los ocho mil francos de renta que el señor de Arjuzanx al morir dejó a su hija, habían seguido el mismo camino. La granja de Huix había sido vendida, y su precio devorado por un misterioso abismo. La casa de la calle Ancha, avaluada en ochenta mil francos, estaba hipotecada en treinta y cinco mil. Sería erróneo inferir de estos desastres que el conde Miguel fuese un dilapidador. Era justamente lo contrario; y los escépticos, respecto a esta afirmación, pronto se convencerían de que hubiera sido mejor que algún viejo lo hubiese dominado. Pues, es posible admitir que el juego produzca beneficios. Pero sus ideas equivocadas, jamás.

Además, para ser justo, o, mejor dicho, para ser más justo, en sus sucesivas iniciativas. Mil plantas de algodón, adoptadas a alto precio en América, se helaron precozmente en las landas de la Rivière, talada con tal objeto, y que fue necesario vender en una cantidad irrisoria. En las orillas del Adour extendíense grandes praderas, que inundaba cada crecida, y en las que vivía una curiosa raza de pequeños caballos salvajes. El señor de la Ferté concibió en seguida la idea de mejorar esta raza, para fijarla después. Con tal fin hizo transportar, a precio de oro, desde Argelia, doce ejemplares tipos. Nunca se supo qué fue de estos costosos sementales. Desaparecieron. Seis años después, uno de ellos pudo ser identificado al norte del Departamento, en los bosques de chaparros que rodean la laguna de Casaux. Sembraba el terror en la comarca, matando a los carneros, y aun persiguiendo alguna vez a los humanos que hubiese querido atacar, antes el pequeño monstruo. Fue menester organizar una batida para destruirlos, y se gracias a los cuidados de los Concejos de Aureilhan y Lit-et-Mixte, se presentó al señor de la Ferté la cuenta de los daños.

Sin embargo, no se desanimó. Y le emprendió con un negocio de fabricación de un productor de fuego, para el que había obtenido patente; pero tampoco con esto fue afortunado. Hubo que vender la granja de la Rivière. Los pinares habían sido ya enajenados para hacer frente a las exigencias de los acreedores de Burdeos y Bayona.

La señora de la Ferté asistía a esta ruina sin pronunciar una palabra de censura. Tal vez no llegó nunca a formarse de su esposo una idea distinta de la herencia de su padre, o tal vez lo amaba más a medida que el destino lo perseguía. Tendrás más suerte en la próxima ocasión, le decía, sin darse cuenta de la responsabilidad que contraía al ser en la sucesión de las locuras. Esta mujer, fuerte y dulce, que había proporcionado un placer. Sólo dos veces, en doce años, fue a Burdeos. El señor de la Ferté no notó que los dos viajes coincidieron con la desaparición, el primero, de un par de zarcillos y de un broche de diamantes, y el segundo, de un vestido de punto de Inglaterra de tres volantes, que desde hacía dos siglos venía figurando en la camastilla de boda de la mayor de las señoritas de Arjuzanx.

Así, sencillamente, pero de un modo seguro, esta familia caminaba hacia la ruina. En 1874, como era necesario vivir y los productos de las granjas habían desaparecido casi por completo, el señor de la Ferté



Ya están en venta los famosos receptores **Cleveland**



Regio Combinado de Mesa, modelo 1946. Equipado con 8 válvulas, parlante superconcierto, elegante mueble enchapado de gran presentación. Onda corta y larga, de alcance mundial, ambas corrientes, y todos los adelantos técnicos de la postguerra.



RADIOS
1946
DESDE
\$ 125.- A
2.950.-

Soberbio receptor de onda corta y larga, ambas corrientes, equipado con válvulas americanas de último diseño. Una maravilla tonal, a prueba de ruidos. Modelo 1946.



Pida hoy mismo nuestro catálogo ilustrado, aprovechando las ofertas de venta-presentación.

**GRANDES
ESTABLECIMIENTOS
UNIVERSAL**

Precisamos agentes activos. Solicite condiciones y lista de precios para revendedores.

BME. MITRE 2587

BUENOS AIRES

Señor Gerente de Grandes Establecimientos UNIVERSAL

Bartolomé Mitre 2587 — Buenos Aires

Ruego me envíe catálogo ilustrado y lista de precios confidencial.

Nombre

Dirección

SOMBREROS

Modernos



ORION CHAMBERGO,
Calidad RANGON, fo-
rro de rayón.
a..... \$ 1970

MODERNO ORION, ca-
lidad fina, "AUDIS",
forro de raso,
a..... \$ 2470

Dos calidades. Dos precios que definen un solo ideal:

ELEGANCIA.

SOLICITE CATALOGO ILUSTRADO CON VEINTE
MODELOS

Se atienden despachos para el interior a medidas
del cliente, contra reembolso.
(Agregar \$ 0.60 por embalaje.)

FABRICA DE SOMBREROS
AUDIS y Cia.

RIO CUARTO N.º 1799 - 21-1472 - BUENOS AIRES

Ahorrar en la Caja signi-
fica asociarse a la obra del
progreso moral y económico
de la Nación; significa ha-
cer, con deliberación y per-
severancia, algo por nuestro
bien, así como por el bien de
la colectividad a que perte-
necemos. (Caja Nacional de
Ahorro Postal).

VICTROLA

modelo "Ameri-
cano", con motor de
2 cuerdas, caja ecolchona-
da, brazo y membrana orto-
fónica. Tamaño 40 x 28,
con 6 discos
nuevos y 200
pistas, desde
\$ 185.-

Catálogo de ins-
trumentos gráficos
al interior.



CASA SOPRANO

BRASIL 1190 - Buenos Aires

intentó hipotecar la Crouts. Pero por las des-
gracias nacionales escaseaba tanto el dinero,
que sólo pudo lograr una docena de miles de
francos. Una pequeña especulación exitosa le
permitió duplicar esta cantidad. En la casa de
la calle Ancha le concedieron unos días de
tregua. Pero fueron de corta duración. Las
gentes muy viejas del país recordaban todavía
un ciclón que en la noche del 10 al 11 de
octubre de 1877 asoló los bosques holandeses.
Cuando al día siguiente amaneció, desde Bou-
cau a Mont-de-Marsan ya caían por tierra cien-
tos de pinos. Las gigantescas raíces erizaban la
landa, en la que dejaban al descubierto gran-
des fosos.

Al ver esto, el señor de la Ferté tuvo una
idea genial, la última. Compró todos aquellos
árboles arrancados, inútiles, pensando en ha-
cerse, mediante esta audaz operación, el due-
ño del mercado de maderas en el Departamen-
to. Solamente logró pagar muy caro lo que
valía muy poco, porque en su precipitación
no había olvidado más que un detalle: la im-
posibilidad en que la penuria de medios de
transporte le ponía, en la mayor parte de los
casos, de sacar provecho de sus adquisiciones.

Aferroise, sin embargo, a la idea. Durante
dos semanas se le vio recorriendo las landas,
contemplando con entrecerrados ojos aquellos
árboles, último jirón de su fortuna, que se
podrían sobre la tierra esponja. Una tarde,
cuando regresaba a Dax por la carretera de
Magescq, acompañado de los resineros, penetró
en un pequeño pinar, en que él había adqui-
rido siete pinos. Seis de ellos estaban derriba-
dos. Pero el séptimo permanecía con la copa al-
ta, sujeta a los árboles contiguos por sus
ramas más altas. El señor de la Ferté, por su
contrato con los compradores, debía entregar
los árboles tendidos en el suelo para ser trans-
portados con rapidez. Empezó con los resi-
neros la tarea de enlazar el tronco del árbol
recalcitrante con una cuerda para hacerle des-
cender a tierra. «¿Estuvieron torpes los do-
s hombres? ¿Conjetó el mismo alguna impru-
dencia en la maniobra? Lo cierto es que el
árbol, al caer, le hundió el cráneo. Al día si-
guiente dejaba de existir.

II

Al fallecer su padre, Ana iba a cumplir
diecisiete años. Sus biógrafos harían mención,
entre todo, de un padrino ilustre: era ahijada de
Montelembert, y a eso debía su segundo nom-
bre de Carlota. El gran orador había con-
cedido, en las locuras de su juventud común, al
señor de la Ferté. Tomó su defensa en los pe-
riódicos cuando la calaverada laménaisiana,
que lo llevó a Santa Pelagia. Montelembert
nunca vio a su ahijada. Respondió con breves
y afectuosas frases a las cartas que se hacían
escribir a la niña en los aniversarios de su
bautizo. Una vez, en 1868, acompañó su res-
puesta con un ejemplar de su *Historia de Santa
Isabel de Hungría*. En la primera hoja había
escrito, con su letra fina y apretada, a modo
de dedicatoria: *A la otra Isabel, a quien espero
conocer algún día*. El señor de la Ferté no
olvidó exigir que su hija llevase el libro al
convento, donde le valió, por parte de las reli-
giosas y del capellán, un gran aumento de con-
sideración.

A pesar de que el convento sólo distaba cin-
cuenta metros de la casa de la calle Ancha,
Ana había ingresado en él diez años antes que
interna. Era la regla seguida en la familia, su
madre y su abuela fueron sometidas a ella. Ana
escribió sus primeros renglones en el pupitre
que pertenecía a la señora de la Ferté. Fue una
alumna mediocre. Algunas compañeras decían
de ella: «Ana, en el fondo, no es mala; pero
es hipócrita».

El señor de la Ferté, en su calidad de hom-

principio contra ese enclaustramiento precoz.
Después, poco a poco, dejó de hablar de eso
y, detalle curioso del que pocas personas se
dieron cuenta, a medida que crecía su hija,
parecía cohibido él, que fue la desenvoltura
misma, delante de ella. Era menos hablador
menos brillante en la mesa, los días en que
se tenía. Ana, a vacaciones, estaba presente.
Empezaba una de sus interesantes historias,
teníase de pronto en seco al encontrar los
de la niña puestos en él con misteriosa fi-
de. Su esposa, sorprendida del silencio, le pro-
pitaba con su voz suave: «¿Qué dijiste, pues,
Lamartine?» El cambiaba la conversación y
aplastaba para proseguirla cuando Ana se ha-
laba a acostar.

Cuando a principios de octubre de 1877 vi-
vió la señora de la Ferté al convento, le que-
daba tan sólo un año de permanencia en él. Du-
rante ese año, el menos monótono, debía apro-
vechar para pintar sobre seda y repositura. Nunca
había de olvidar Ana, en lo sucesivo, la maña
del mes de noviembre, en que vio abrir la
puerta de la cocina, donde una monja la es-
taba iniciando en los secretos de la preparación
del hojaldré. Entró la madre superiora: «Hi-
mia, es necesario tener valor». Estas palabras
no eran precisas. Desde que llegó a la edad de
razón, Ana vivía con la idea oscura de un
catástrofe. Cuando quiso anunciar, hizo un
movimiento de cabeza que a la vez fue de
resignación y de reto.

Una vieja parienta que la esperaba en el li-
cutorio la puso al tanto de lo ocurrido. No
pronunció una palabra durante el corto trá-
yecto que había hasta su casa, en la que, cuan-
do entró, oyó murmullos de piedad. «¡Al-
¡Pobre hija mía!», exclamó la señora de la
Ferté al verla. Las dos mujeres abrazaron.
«¿Dónde estás?», preguntó Ana. Fue a la hu-
bitación en que vivía el padre de Ana, y se
y arrodilló ante la cama, permaneció allí
durante diez minutos con los dientes apretados.

Después se levantó, y entonces dióse el es-
pectáculo imprevisto de una muchacha, inte-
na en un colegio hacia una hora, imponien-
do su voluntad a toda aquella gente desorientada.
Las llaves de la casa quedaron abandonadas en
una mesita de labor. Ana las recogió. Empezó
por abrir el armario de luna, buscó en él, y en
un cajón encontró el escaso dinero que le ha-
gustos inmediatos de la familia. Dió un hueco
cada uno de los dos boyeros que habían lle-
do el cuerpo de su padre y esperaban des-
hacer una hora en la calle, delante de la puer-
ta, con la gorra en la mano. Se marcharon
balsucando palabras de agradecimiento.

En la cocina, frente al fuego, estaban los
colonos sentados en sillas de paja. El de la
Crouts, que llegó el primero, y los de las gran-
jas de Hux y de Rivière, a pesar de la mala
vendidas estas últimas. Según costumbre, ha-
bían ido a cumplir sus deberes con el mu-
erto. Levantáronse en silencio y se inclina-
ron cuando entró la joven Ana, sin decir una
palabra, estrechó sus manos recias y bajó a la
cueva. Subió cuatro botellas de vino; es-
bravas gentes habían caminado por lo me-
nos leguas.

En seguida volvió a la cámara mortuoria.
Allí leían anarquía del dolor reimpun-
ción. Viejas personas que en vida sólo tuvie-
ron muy tenues afectos por el señor de la
Ferté creíanse obligadas a ser el eco sonoro
de los gemidos de la viuda. Por entre sus dede-
ñados miraron a Ana. Viéronla abrir un
alacena primero; un armario después, y saca-
r la ropa necesaria. Una voz murmuró:
«¿Qué duerta es de su cabeza? ¡Ana finjó un
corto. "¡Mamá! dijo. "Y conduce a estos se-
ñores y a estas señoras". Y cuando la titubeante
señora de la Ferté obedeció, quedóse ella sola
con las dos religiosas que permanecían en la
habitación al cuidado de la muerte.

Quiso ayudar al amortajamiento. Pero como

ble herida, sintió hundirse los huesos del cráneo, estremecióse y se puso livida. Hubo que obligarla a que saliera a tonar aire al pequeño jardín, sobre el cual pasaban velozmente las nubes bajas y grises.

Las escuemas se habían señalado para dos días después. Ana veló la primera noche; en la segunda la obligaron a descansar. Obedeció, pero sólo después de haber recogido todos los papeles que encontró en la caja de caudales de su padre. Después de cerrar con llave la puerta de su habitación, púsose a examinarlos.

El desorden de que eran testimonio aquellos viejos papeles no sorprendió a la hija del señor de la Ferté. Le costó poco trabajo darse cuenta de que ella y su madre estaban en la ruina.

Levantóse de la silla. La noche era lluviosa. Dio algunos pasos en la habitación para entrar en calor. La luna del armario le devolvía su silueta delgada y negra, su vestido con pelerina, los encajes del cuello, sus blancas manos cruzadas sobre el pecho sombrío. Sin duda en ese momento se le apareció por entero su oscuro porvenir. Sin embargo, ni una arruga vino a descomponer aquella cara, cuya precoz gravedad contrastaba de tan extraño modo con la juventud. La señorita de la Ferté acercó una butaca a la chimenea, puso en el fuego un leño, apagó la lámpara y quedó inmóvil.

El entierro se efectuó a las diez de la mañana siguiente. El mismo día, sobre las tres, anunciaron el notario.

—Yo fui la que le rogué que viniera, mamá — dijo Ana, al hacer su madre un gesto para dar a entender que no se hallaba en estado de recibir a nadie.

—¡Ah! — dijo la señora de la Ferté con abatimiento — ¿No podríamos dejar para más adelante...?

Ana la interrumpió con cierta sequedad:

—Siempre se puede diferir el momento de recibir dinero; pero no aquel en que se debe dar. Haga pasar al señor Destouesse.

Entró el notario. Fue una larga conversación entre él y Ana, conversación en la que la señora de la Ferté, invitada en varias ocasiones a intervenir, no se mezcló más que para recusar a sí misma inmediatamente no sabía, no recordaba, y después, exigirle el mismo día del entierro... Ana no insistió nunca. Desviando de la pobre mujer su mirada para dirigirla hacia el notario: «Y bien, señor Destouesse; admitamos que sea así». Era siempre la hipótesis más desfavorable a sus intereses la que proponía como base provisional para los cálculos. Ni una vez, por desgracia, en el curso de la liquidación, fue equivocado este método.

Al cabo de una hora, el señor Destouesse se levantó. Ana le dijo:

—Le damos las gracias, señor. Mañana iré yo a darle nuestra contestación, porque deseamos que marche todo tan rápidamente como sea posible.

—¿Qué contestación? — interrogó la señora de la Ferté cuando las dejó solas el notario.

—Nos queda de plazo esta noche, mamá — replicó Ana impasible —, para decir qué casa queremos vender, si la de la Croux o ésta.

—¿Que qué casa queremos vender? — dijo la señora de la Ferté —. Pero, Dios me perdone, querida hija mía, tú te has vuelto loca. ¿Por qué quieres que vendamos nuestras casas?

—Porque no podemos conservarlas. Se vendieron ya las granjas. Ahora es necesario vender las casas, o al menos una.

—¿Vender una casa, vender una casa! Pero, ¿cómo has de hacerlo? Las granjas era otra cosa; pero una casa es un asunto baladí. Tu pobre padre no se decidió nunca a ello. Una vez más, ¿por qué quieres que vendamos una casa?

—Porque nos vemos obligadas a venderla, mamá. ¿No has oído acaso lo que hace un momento dijo el señor Destouesse?

—¿El qué? ¿Qué dijo? Os he oído hablar de

cantidades. Pero es natural que yo no haya podido darme bien cuenta el mismo día del entierro de tu padre. Verdaderamente, si hubiese estado aquí un extraño, hubiera creído que no pensamos más que en el dinero...

Y la señora de la Ferté rompió a llorar.

Ana no se inmuto. Lentamente, claramente, explicó a su madre los detalles de su conversación con el notario. No tenían, por toda fortuna, más que las dos casas, la de Dax y la de la Croux, tasadas cada una en 80.000 francos. Pero las dos estaban hipotecadas, la primera en 35.000 francos y la segunda en 20.000. La prudencia mandaba vender una para liberar por completo la otra. Después se colocarían los 25.000 francos sobrantes, tratando de obtener de ellos el 6 ó el 7 por 100, cosa que el señor de Destouesse consideraba posible.

La señora de la Ferté limpióse los ojos y abrazó a su hija.

—Comprendo — dijo —, comprendo. Ya ves que cuando quiero tomarme el trabajo de enterarme, no soy tan obtusa para las cuestiones

de dinero. Vendámos, puesto que es necesario. Pero yo creo que estarás conforme conmigo en conservar la casa de la ciudad y vender la de la Croux.

Ana movió la cabeza negativamente. —¿Cómo! — dijo la señora de la Ferté, sorprendida por el silencio de su hija, mirándola —. ¿Es ésta la casa que tú quisieras...? Hija mía, no piensas... La casa en que murió tu padre, tu abuelo, tu abuela; en la que yo nací, en la que naciste tú; una casa que pertenece desde hace doscientos años a nuestra familia... ¿Pensaste, por ventura, lo que se dirá en el país? No, no; jamás, ¿me oyes?, jamás, mientras yo viva... Pero, hálamele, dime algo. ¿Por qué quieres que vendamos esta casa y no la de la Croux?

Ana sonrióse dolorosamente. —Mamá — dijo —, olvides que en la Croux hay beneficios de la tierra, y que los necesitamos para vivir.

La señora de la Ferté juntó las manos. —¿Hemos llegado a eso, niña mía?

*Ella y él
prefieren*

LICOR "LA RABIDA"
PORQUE ESTIMULA, REALIZA
Y DA VIDA. EL LICOR DE
TODOS LOS HOGARES.

LICOR
LA RABIDA

**/NOVEDAD INTERESANTE/
Acaba de publicarse**

PARTIDAS SELECTAS DE BOTWINNIK

Obra constituida por 94 partidas comentadas del famoso campeón soviético, eximio teórico y uno de los más grandes maestros de la actualidad.

Por medio de ellas el aficionado no sólo recorrerá el camino ascendente que condujo a Botwinnik a la posesión del campeonato de su país, sino que extrae lecciones utilísimas y conoce las innovaciones introducidas por el joven y experto maestro en el repertorio clásico de aperturas.

Dos terceras partes del número total de partidas tienen glosas del campeón soviético.



**Precio \$ 7.-
rústica, y \$ 9.50
encuadernada
en lujosa tela.**

Las demás han sido comentadas por el maestro Czerniak, a quien se debe la compilación de esta notabilísima obra, traducida directamente del ruso, y que enriquece a la

NUEVA BIBLIOTECA DE AJEDREZ

Otras obras publicadas en la misma



BOTWINNIK

Alekhine, Alejandro — Mis Mejores Partidas de Ajedrez (1924-1937). Rústica.....	\$ 10.50
Id., id. Tela.....	13.-
Czerniak, Miguel — El Final. (Estudio Completo de la Fase Final en Toda Partida de Ajedrez). Rústica.....	7.-
Id., id. Tela.....	9.50
Czerniak, Miguel — La Defensa Francesa. Rústica.....	4.50
Id., id. Tela.....	7.-
Grau, Roberto — Tratado General de Ajedrez. Tomo I. Rústica.....	9.50
Id., id. Tela.....	7.-
Grau, Roberto — Tratado General de Ajedrez. Tomo II. Rústica.....	9.50
Id., id. Tela.....	7.-
Grau, Roberto — Tratado General de Ajedrez. Tomo III. Rústica.....	9.50
Id., id. Tela.....	7.-
Grau, Roberto — Tratado General de Ajedrez. Tomo IV. Rústica.....	9.50
Id., id. Tela.....	7.-
Grau, Roberto — Cartilla de Ajedrez. Rústica.....	1.80
Palau, Luis — Combinaciones y Celadas en las Aperturas. Rústica.....	4.50
Id., id. Tela.....	5.50
Palau, Luis — Ejercicios de Combinación con Finales. Rústica.....	8.-
Id., id. Tela.....	3.-
Stahlberg — El Cambio de Dan. Rústica.....	5.50
Id., id. Tela.....	8.-
Stahlberg-Altes Monasterio — Partidas Clásicas de Capablanca. Rústica.....	10.50
Id., id. Tela.....	1.80
Tartakower — Sugestiones para la Estrategia Ajedrecística. Rústica.....	3.50
Id., id. Tela.....	6.-
Tartakower — Ideas Modernas en las Aperturas de Ajedrez. Rústica.....	
Id., id. Tela.....	

Solicítalas a su librero o a la

**EDITORIAL SOPENA
ARGENTINA S. R. L.**

Capital \$ 3.800.000
Emeralda 116 - B. Aires
U. T. 33-0063

Adjunto \$ para que me remitan a vista de correo el libro "Partidas Selectas de Botwinnik" o las librerías con una X.
Nombre.....
Dirección.....
Localidad.....
NOTA: - Agregar para fines 30 centavos por un libro, y 10 centavos para cada libro más que se solicite.

—Sí, mamá — dijo Ana.
Permanecieron algunos instantes en silencio. La noche extendiase por la habitación. Por encima de los grandes armarios, los bronce, envueltos en la sombra, habían desaparecido.

—Será necesario entonces vivir allí abajo! — dijo.
—El campo de los alrededores de la Crouts es muy hermoso en verano — murmuró Ana.

—En verano, sí, pobre hija mía. Pero... ¡el invierno!
La señorita de la Ferté no contestó.
Entonces su madre dijo en voz baja:

—¿Y... tu colegio?
—No volveré — contestó Ana, agregando —: Además, ya casi había terminado.

—Sí — replicó su madre — pero el año que te falta es justamente el más agradable.

Ana hizo un gesto ambiguo.
De pronto, la señora de la Ferté rompió a llorar.
—Mamá, mamá — dijo su hija — ¡cálmate, te lo ruego.

—Pobre hija mía! ¡Pobre hija mía! — balbuceó la señora de la Ferté. — Te pido perdón. ¡Qué vida va a ser la tuya! Corres el riesgo de no casarte nunca.

—¡Ah! — contestó Ana con una voz que heló a su madre —. Prefiero mil veces permanecer soltera a correr el riesgo de casarme...
Enmudecieron las dos: la una aterrada de lo que iba a decir, la otra de lo que había dejado de oír. Pero todo lector atento habrá comprendido ya que no era el perdón de las injurias una virtud de la que en aquellos momentos hubiera podido vanagloriarse la señorita de la Ferté.

En los primeros días de enero todo estaba concluido. La casa de Dax, hábilmente negociada por el señor Destouesse, fue vendida en 85.000 francos, y la señorita de la Ferté había logrado decidir a su madre a deshacerse del mobiliario que no podía pensarse en trasladar a la Crouts; solamente conservaron la platería.

Cuando todo estuvo arreglado, las señoras de la Ferté, además de la casa de la Crouts, poseían 3.000 francos de renta. Para dos mujeres decididas a no salir de una casa de campo, en la que habían de hallar su subsistencia, era la garantía de una vida sin sobresaltos.

El 20 de enero, a las tres de la tarde, abandonaron a Dax. La vieja cocinera había marchado por la mañana a fin de preparar la nueva residencia para recibirlos.

Un coche de alquiler, aguardaba delante de la puerta. Los cascos de los caballos resonaban en el pavimento de la calle Ancha. Cuando el carruaje pasó el puente del Adour, la noche comenzaba a caer.

A partir del lugar llamado los Cuatro Caminos, porque es el cruce de las carreteras de Mont-de-Marsan, de Burdeos, de Bayona y de Pau, las casas comenzaron a desaparecer. La señorita de la Ferté bajó uno de los cristales del coche. El aire frío de las landas penetró en el interior.

Durante todo el camino no se cruzaron con ningún coche.
—Mamá — dijo Ana —, mira los árboles de la Pelouse. Ya llegamos.

La Pelouse era el nombre de una quinta de recreo, situada a lo largo de la carretera. Sus grandes platanos veíanse desde muy lejos, y proyectaban sobre el cielo gris la mancha negra que Ana había señalado.

La Pelouse fue rebasada. Cien metros después destacábase a la derecha de la carretera un punto brillante. Un hombre, portador de una linterna, estaba parado allí.

Se detuvo el coche. Las dos mujeres descendieron.
—Buenas noches, Próspero — dijo la señorita de la Ferté al hombre, que era el jardinero de la Crouts.

—Buenas noches, señora — contestó Próspero.
Ana pagó al cochero, contando las monedas una por una sobre su mano arrugada y trémula de frío. Después, como Próspero agarró algunos paquetes que llevaban, ella se hizo cargo de la linterna.

La casa de la Crouts distaba un kilómetro de la carretera. Llevaba a ella un angosto camino arenoso, tan malo, tan descuidado, que sólo era accesible a las carretas de bueyes. La necesidad de recorrer a pie este último kilómetro contribuía más que cualquier otro obstáculo a la impresión de aislamiento, de ruptura con el resto del mundo que producía esta triste casa de la Crouts.

El pequeño grupo emprendió la marcha. Ana iba delante con la linterna. Su madre y Próspero la seguían. Los pinos, por encima de sus cabezas, gemían en el oscuro cielo.

Al cabo de un cuarto de hora llegaron. María, la cocinera, y Justina, la jardinera, las esperaban en la puerta. Tristes y breves palabras se pronunciaron. En la cocina ardía un gran fuego de pías, que confortó un poco aquellos pobres corazones helados por el frío de la noche.

Mientras Justina sacaba a la señora de la Ferté sus zapatos empapados de agua, sucios de barro, Ana subió a su habitación. Como los cierres estaban oxidados, le costó trabajo abrir la ventana. La oscuridad era intensa. No vio nada.

La voz de la señora de la Ferté llegó hasta ella desde la planta baja: —Ana, ven a comer.

Un vapor gris flotaba en la habitación. La ventana sólo estuvo abierta cinco minutos; bastaron para que la niebla pudiese entrar.

La señorita de la Ferré cerró la ventana tiritando de frío.

Al día siguiente, la señora de la Ferré levantóse tarde. Eran cerca de las nueve cuando la vieja María, a quien había llamado, entró a abrir las contraventanas. La luz opaca de enero penetró en la alcoba.

—¿Y la señorita? — preguntó la señora de la Ferré con voz doliente.

—Salí un poco antes de las ocho y dijo que no era necesario que usted la esperase para el desayuno.

—La esperaré —dijo con un gesto de resignación.

Y comenzó a vestirse.

En efecto, acababa apenas de amanecer cuando Ana salió. Empujó el postigo que cerraba, frente a la casa, el diminuto jardín, y hallóse en el camino por el que había llegado la víspera. Le siguió en sentido contrario.

Este camino, de fina arena, conservaba aún, a pesar de la lluvia que cayera durante toda la noche, las huellas de sus pasos. Ninguna otra se mezclaba con ellas. Estaba abierto en pendiente entre dos taludes de tierra rojiza, de los que surgían, retorciéndose como culebras, raíces entre la arena; profundos agujeros, que se prolongaban bajo el suelo, Dios sabe hasta donde, veíanse de trecho en trecho.

Daban la sensación de que había allí, al nivel de esas ventanas de tierra, en además de bostezar, bestias de pesadillas, que, al oír llegar al caminante, retrocedían precipitadamente al interior de sus tenebrosas viviendas.

Ni en los campos ni en los pinares que los rodeaban oíase ruido alguno. En el cielo lechoso y pálido seguía su invisible camino el sol. La señorita de la Ferré apresuró el paso. Pequeños pájaros de color rojo estaban posados en los zarzales que jalonaban el camino. Observaban a la joven. Una vez se detuvo delante de uno, y éste tendió el vuelo lanzando un débil grito.

En un cuarto de hora llegó a la gran carretera la señorita de la Ferré. Esta carretera es la que une Dax con Burdeos a través del Marensin, el país de las landas. Se le llama carretera de Castex, por el nombre de uno de los pueblos menos miserables que atraviesa. En el sitio en que la señorita de la Ferré salió a ella conservaba en el barro la doble huella ovalada que había hecho la víspera, al dar la vuelta, el coche que allí la había dejado.

Ana sentóse en una piedra y miró a lo largo de la carretera. Hacía el sur, del lado de Dax, estaba desierta. Hacia el norte, del lado de Castex, también parecía desierta. Sólo unos ojos muy acostumbrados a tales soledades hubieran podido descubrir, a tres o cuatro kilómetros, un punto negro que era una carreta de bueyes. Diez minutos después, por haber cambiado la dirección del viento, se empezó a oír, sostenido, ronco, regular, el chirrido de las ruedas.

Con un gesto revelador de que sentada en la piedra tenía frío, la señorita de la Ferré levantóse y atravesó la carretera. Encontróse en una llanura casi pelada, interrumpida tan sólo en algunos sitios por macizos de aulagas de un verde sombrío. Algunos charcos de agua verdosa brillaban en la arena. En ellos flotaban los musgos, como enojados esponjas amarillas por las que se arrastraban gojizas babosas. Raquíticos pinos completaban el paisaje, en el que no se oía otro ruido que el de la carreta que por allí detrás, por el camino, acercábase insensiblemente.

Ana anduvo todavía un centenar de metros. Los esmirriados pinos desaparecieron. De pronto surgió ante ella, allá lejos, donde la vista se perdía, el pantano del Bosc.

Se le denominaba así en la comarca por los dos cerillos de arena amarilla sobre los cuales hacían sus ejercicios de tiro, una vez a la semana, los Cazadores de Infantería de la guarnición de Dax. Un mal campo de tiro, muy malo, por los dificultades que hallaban para atravesar los matorrales de los blancos, saltando de terrón en terrón como las garras. Esas mañanas, la inmensidad gris despertábase fúgida, azotada por las detonaciones y el crepitar de los fusiles. Después, durante una semana, todo volvía a quedar en silencio.

Desde lo alto de la angosta cresta en que se había detenido, la señorita de la Ferré contempló durante unos minutos el extraño desierto pantanoso. El agua, que estaba en todas partes, no era visible en ninguna. Sólo la denunciaban de un modo cierto las manchas oscuras de los juncos y las más oscuras aun de los nenúfares.

Un punto blanco vagaba de un sitio a otro, desapareciendo a veces entre los macizos de espinos. Ana comenzó que era un perro, y mirando con mayor atención, vio al cazador. Inmóvil, observaba las idas y venidas de su perro. Repentinamente, éste se paró. Entonces el hombre empezó a andar. Con precauciones y lentitud que daban a conocer la poca firmeza del suelo, aproximábase al perro. Cuando sólo lo separaban de él unos diez metros, se detuvo. Con el corazón oprimido por aquel pequeño drama, Ana distinguía el caño azul y reluciente de la escopeta, paralelo al suelo.

El cazador levantó bruscamente ese caño a la altura de su hombro. Algo así como una vejiga negra se hinchó, haciéndose enorme al despararmarse en el viento. Después llegó a los oídos de la joven



AYER APARECIO "CHABELA"

con un material realmente excepcional por lo variado e interesante, entre el cual se destaca una novela moderna, de ritmo ágil y de trama original, dando un fino humorismo se mezcla con las más hondas emociones.

"LA FIERRECILLA",

obra de la escritora norteamericana JEAN RANDALL, es la historia de una muchacha a quien su imaginación y sus sueños arrastran a los más curiosos aventuras.

"CHABELA",

que tiene siempre en cuenta los gustos de sus lectores, en todos los terrenos, complica también a los habilidosos con una magnífica

selección de labores primaverales,

y a todos sus amigos en general, con cuentos y notas de las mejores firmas, y modas inspiradas en la elegancia parisienne.

¡COMPRE SU EJEMPLAR ANTES DE QUE SE AGOTE!

CACHETS FUCUS

ANTINEURALGICO

la detonación. En estas extensiones pantanosas, el ruido del tiro fué opaco, como amortiguado.

El perro, a saltos, acercóse a su amo; éste se inclinó y le sacó algo de la boca. En seguida los dos, el cazador prudentemente y el perro siempre saltando, encamináronse hacia el cerro desde el que les observaba la señorita de la Ferté. Pero no los esperó. Levantóse con precipitación, volvió a ganar el bosque de raquíticos pinos y después la carretera.

Bien pronto hallóse ante una gran verja, la de la finca cuyos árboles había descubierto la víspera en la oscuridad de la noche. Esos árboles eran plátanos, que en doble hilera formaban un paseo que conducía a una casa con tejado de pizarra. Desde la carretera podía deducirse que la casa, con todas sus puertas y ventanas cerradas, estaba deshabitada.

A derecha e izquierda de la avenida de plátanos veíanse extensas praderas. La verde hierba aparecía como agujereada en algunos sitios por redondas manchas negras; en ellas la tierra mullida se adornaba, sin duda, en primavera con ramilletes de polícoras flores. Bosquecillos cuidadosamente podados rodeaban la quinta. La arena del paseo era blanca y fina. En ella veíanse las señales frescas de un rístrilo. El espino blanco que del lado de la carretera encuadraba las praderas, revelaba, impecablemente arreglado, los cuidados minuciosos de un jardinero desceoso de agradar a sus señores. Pero también ese jardín, aquella mañana, estaba ausente.

Así se le apareció en aquel momento a la señorita de la Ferté la quinta de la Pelouse, como la llamaban en el país. Ana no le de-

dicó a su paso más que una furtiva mirada, lo preciso para comprobar que ningún penacho de humo salía por sobre el tejado de pizarra. No aminó su paso. Pareció, por el contrario, avivarlo.

—Buenos días, señorita.

Ana ya había dejado atrás los dominios de la Pelouse. Hallábase ahora frente a una pobre casa techada con paja, en torno a la cual todo un pueblo de gallinas y patos hacían gran ruido. Una aldeana vieja, vestida de negro, sentada en el umbral desgranaba porotos en un cuenco azul y blanco. Ella era la que había saludado a la joven. Levantóse y sacudiendo su delantal se puso delante de la señorita de la Ferté.

—Buenos días, Isabelina —respondió Ana.

—Las dos mujeres miráronse un momento en silencio.

—¿Están, pues, en la Crouts?

Ana hizo un ademán que significaba: "Ya lo ve".

La vieja juntó sus manos entrojadas.

—El pobre señor se fué bien pronto —murmuró.

Ana no respondió. En aquel instante la carretera pasaba por delante de la casa. Dos buyes blancos la arrastraban con suma lentitud. Un joven campesino iba delante aguiñando alternativamente con su vara a ambos buyes.

Sin alterar el paso sacóse la gorra.

—Buenos días, Isabelina y la compañía —dijo.

—Buenos días, Luciano —retribuyó la primera.

La señorita de la Ferté, muda, dejaba va-

gar su mirada por la carretera, desierta ahora ya, desde que había pasado la carreta.

—¿No quiere entrar un minuto, señorita? —preguntó tímidamente Isabelina.

—Sí, quiero —respondió Ana maquinalmente.

El interior de la casa era oscuro, donde ardía una lámpara en la chimenea. Ana sentóse en una banqueta y extendió hacia la llama sus temblorosas manos.

Isabelina unióse a ella y se sentó también.

—Si la señorita me lo permite...

Había cortado una rebanada de borona y la mojabá en el tazón de leche que sostenía entre las rodillas.

Ana la miraba con indiferencia, pero de pronto recordó que no había desayunado; aquella leche blanca y aquella borona amarilla le dieron envidia.

—Yo también quisiera —dijo con una suave sonrisa.

La viejecita se deshizo en excusas.

—¡Ay, señorita! ¡Si lo hubiera sabido! Debió usted decirme lo en seguida.

Y en voz baja y confusa agregó:

—El caso es que..., debo decirse a la señorita, no puedo ofrecerle pan. Sólo tengo borona.

—No es de pan de lo que tengo gana, Isabelina, sino de esta aperitiva borona.

—¡Ah! Si la señorita la comiese un día y otro, durante toda la vida, pronto dejaría de tener gana de ella.

El espectáculo de Ana, comiendo su borona y bebiendo con apetito su leche, excitó la locuacidad de la pobre aldeana.

—¿Y —preguntó—, está contenta en la Crouts la señorita?

—Muy contenta.

—¿Pero —dijo Isabelina— no pensará sin duda permanecer ahí todo el año?

—Sí, todo el año —respondió inmóvil, con los ojos fijos en la llama, la señorita de la Ferté.

—¡Siempre, todo el año! —exclamó estupefacta Isabelina.

Ana la miró fríamente. La campesina perdió su serenidad y se puso a retorcer la punta de su delantal.

—El lugar es bonito y la casa es grande —murmuró.

—Muy grande —dijo con tono seco la señorita de la Ferté.

Isabelina levantóse, quitó el tazón a su visitante y después, recogiendo en un oscuro rincón un puñado de ramaje, lo arrojó a la lumbre. La sonrisa cocinera se iluminó.

—Y la señorita qué está mañana un buen paseo, ¿verdad? —preguntó para romper aquel silencio que asustaba a su infantil corazón.

—Sí, un buen paseo —repuso Ana, volviendo de su ensimismamiento—. Fui hasta el pantano del Blanco.

—¡Al Blanco! —exclamó Isabelina.

Estaba de pie, detrás de la joven, y como Ana no podía verla, hizo la señal de la cruz.

—¡Al Blanco! Si me atreviera a hacer una observación a la señorita...

Ana no pronunció una palabra.

—Si yo me atreviese... ¡Al Blanco en este tiempo!... Del pantano sube un frío mortal... Y la señorita, que ni siquiera llevó un abrigo.

La señorita de la Ferté no la había oído.

—En el Blanco —dijo— vi un cazador con su perro.

Un cazador, señorita, es probable. Estamos en la época de las gallinetas. El chico de Claverie cazó seis ayer.

—¿De qué color es el perro de él?

—Negro y rojo, señorita.

—Entonces no era. El cazador que yo vi tenía un perro blanco.

—Un perro blanco... un perro blanco...

—repetía Isabelina.

Y se notó que puso a toda prueba su me-

Otra gran creación de

Arata

Ortelo

de Shakespeare

Versión de
BLIXEN RAMÍREZ y CUROTTO

Dirección
E. Calderón de la Barea

TEATRO
BUENOS AIRES

CON PARTICIPACIÓN DE LA COMPAÑÍA



muerta para encontrar la resolución de aquel problema.

—No calgo —murmuró por fin—, no calgo.

—¿Qué sea uno de los señores de la Pelouse? dijo la señorita de la Ferté con indiferencia.

Isabelina movió la cabeza.

—No, señorita, no. *Pyram*, el perro del señor Jaime, es blanco. Y el señor Jaime no está ahora en la Pelouse. No vendrá hasta septiembre, que es el mes de la caza de la perdiz y de la tortola. Lo sé porque, cuando más aquí, yo soy la que lleva la lechuga a la Pelouse. Por lo tanto, como ve, no es el señor Jaime, y los demás no cazan.

Y volviendo a su idea, repitió:

—¿Un perro blanco? ¿Quién puede ser?

La señorita de la Ferté encogióse de hombros.

—La cosa no tiene importancia, Isabelina dijo.

III

Y di, hija mía —preguntó la señora de la Ferté, cuando Ana se sentó a la mesa, frente a ella, para la comida de mediodía—, ¿dónde fuiste, para volver tan tarde? Te esperé hasta las diez y media para tomar el café; así que ahora no tengo gana. ¿Dónde fuiste?

A pasearme, mamá —repuso Ana tranquilamente.

La señora de la Ferté levantó los hombros: estaba visto que no entendía a su hija.

—No podía figurármelo. Y, ¿puedes decirme si viste algo interesante en ese paseo?

—Vi a Isabelina, mamá.

—Fue una buena mujer, muy buena mujer. Ana dijo con tono de indiferencia:

—También vi la Pelouse. Es una bonita finca.

La señora de la Ferté suspiró.

—No tienes mal gusto —agregó—. ¡Si al menos estuviera la Grouts en la carretera de Caux, como la Pelouse! Por allí siempre pasea gente. No es un cementerio como esto. Y como que no lo digo por mí, cuya vida ha terminado, sino por ti. Pensar que vas a enterrar aquí tu juventud!... Te aseguro que cuando lo pienso...

Se sonó.

Las mandibulas de la joven contrajéronse imperceptiblemente. Esperó una frase de su madre que no fue pronunciada. La señora de la Ferté terminaba su plato de patatas en un instante, comiendo con una mano y limpiándose los ojos con el pañuelo que tenía en la otra.

Ana resignóse a romper el silencio.

—Somos parientes de la señora de Saint-Selve, ¿verdad?

La señora de la Ferté dejó el tenedor y miró con extrañeza a su hija.

—¿Cómo! —exclamó—. ¿Te dignas interesarte en esas cosas? Cuando su esposo hizo venir a la villa de la Pelouse, en 1870, mi prima Saint-Selve vino a verme. Tú estabas en tu habitación y te llamé para presentarte. No quisiste bajar. Tu padre estaba furioso. No comprendí nunca cómo un hombre tan sociable, tan mundano, pudo tener una hija tan salvaje. Y entiendo que digo esto sin quejerme causarte pena, hija mía.

Ana no dijo nada. Comprendió que era inútil; le había costado poco trabajo descajar la caja de los recuerdos de su madre.

—Te repetí estos detalles más de cinco veces. Pero tú no me oías. Pensabas en otra cosa. ¿En qué? Me lo pregunto a mí misma.

Tu tío Félix, el capitán de los guardias de Corps, hermano de mi abuelo, casóse con una señorita de Pontoux. Eran dos, Inés y Magdalena. Magdalena de Pontoux entró en las Dominicas. Murió un año antes de tu nacimiento.

—Inés se casó con Andrés de Sargente, de Saint-Georges; tuvieron dos hijos: Roberto, que acabó mal, y Constanza, de quien

te hablaba hace un momento, que se casó con un armador de Burdeos, el señor de Saint-Selve. Como ves, Constanza de Saint-Selve es prima segunda mía, por afinidad. Tú eres, pues, prima tercera de Jaime, Sabina y María Luisa, hijos de ella. Esto no es complicado y creo que ahora lo habrás entendido.

—Te doy las gracias, mamá —dijo Ana.

Y como la señora de la Ferté se callase, con la mirada perdida en el vacío, la hija preguntó en voz casi baja:

—Tengo entendido que mis primas de Saint-Selve están casadas, ¿no es así?

Su madre suspiró.

—Con la fortuna que tienen, hija mía, no les fue difícil encontrar marido.

—¿Son muy ricos?

—Muy ricos. No es un millón lo que tienen: son tres o cuatro millones. Su hotel de la calle de Cheverus, en Burdeos, al lado del de La Petite Giroude, es una maravilla. Tienen un castillo en Fresno. Ten en cuenta que el señor de Saint-Selve murió hace siete años, estaba considerado como el armador más importante del puerto. Además de los tres vapores que hacen el tráfico del ron con las Antillas, tienen el secadero de bacalao de Bégles, en el que se emplea un elevado número de obreros. Te repito que son muy ricos.

—¿Con cuántos se casaron mis primas?

—María Luisa, la mayor, se casó con el señor de Villurupt, un capitán de Húsares que ahora está de agregado militar en Viena. Están muy orgullosos de ese matrimonio, pero parece que sale caro. El señor de Villurupt, como se dice, jugador. Sabina no pudo seguir el camino de su hermana, tanto más cuanto que en el interregno murió el señor de Saint-Selve. Como Jaime no tenía edad para dirigir la casa, tuvo que conformarse con el primer empleado de su padre, un vasco, Etienne Larralde. Mi prima Constanza, que es sumamente orgullosa, se acobardó a esta boda. Pero el vasco se sostuvo firme: "Yo no acepto la dirección de la casa si sin tengo a la hija". Y fué necesario doblegarse a su voluntad. El es quien se ocupa de todo en espera de la mayoría de edad de Jaime. Y tal vez, aun después, siga lo mismo. Porque, por ahora, Jaime parece que se ocupa sólo de jugar y divertirse. Para él se levantó la Pelouse. Hace cinco años no era más que un erial. En esa ocasión fué cuando tu tía me hizo la visita de que antes te hablé. Después...

Se detuvo bruscamente como si ya hubiera hablado demasiado.

—¿Después, mamá? —preguntó Ana, con una voz extrañamente dulce.

—Después..., después... no tuve ocasión de volverla a ver.

—¿No volvió a la Pelouse?

—Sí, volvió, pero yo no la vi. No se ha detenido en Dax. En fin, es mejor decirte que no fueron nada buenos con nosotros.

—¿Qué ocurrió?

—¡Dios mío! ¡Pobre hija! —dijo la señora de la Ferté con un poco de cansancio—. ¿Qué te pasa, para que tú, que de ordinario no te interesas por nada, me hagas hoy tantas preguntas? Pues bien; ya que desear saberlo todo, te diré que se negaron a una petición que tu padre les hizo.

—¡Ah! —exclamó Ana con tono de dolorosa burla—. Ya comprendo: papá intentó que le prestasen dinero.

La señora de la Ferté se ruborizó.

—Ana, te suplico que seas discreta. No uses palabras cuyo valor desconozcas. ¡Pretender un préstamo de esos vendedores de ron! Hubiera preferido vender hasta nuestra última finca.

—En definitiva —dijo Ana secamente—, ¿qué fué lo que sucedió?

—No sé, hija mía, si te das cuenta de la

"Ergio"

PARA COCINAR MEJOR



Braseros - parrilla para asados, con movimientos regulables.

Diseñados especialmente para ocupar poco sitio en casas, terrazas, departamentos, etc. Ideal para camping, ERGIO no debe faltar en el baúl de ningún automovilista.

Cualquiera sea el lugar donde haya un brasero ERGIO podrá saborear un rico asado jugoso y nutritivo.

Sencillo, Limpio y Económico.



Tipo Económico (Fijo)
Nº 1. Medida: 0.23 x 0.33
Nº 2. Medida: 0.33 x 0.33
Altura 0.17 mts.

Tipo especial Nº 3 (Regulable)
Medida: ancho 0.29 x 0.38
altura 0.20 mts.



TIPO ALTO (Regulable)
Nº 1. Medida: 0.26 x 0.45
Nº 2. Medida: 0.34 x 0.54
Altura 0.60 mts.

Garantizados por una firma de responsabilidad.

"Sante Di Palma"

Fabricantes de artículos para el hogar.

Administración: RINCON 1287 - U. T. 23-2403

Tolleres: COCHABAMBA 2101, Buenos Aires

VENTA EN BAZARES, FERRETERÍAS Y CASAS IMPORTANTES DEL PAÍS.

500 SECRETOS PARA GANAR DINERO

No es un recetario común; sino un compendio de fórmulas valiosas, INEDITAS, por primera vez en castellano. Para hacer productos de rápida y fácil venta. Secretos para la industria, el comercio, la mujer, el hogar, el hombre, las artes, etc., \$6.50, a pagar en destino, \$ 7.—

A. WARD, Sgo. del Estero 1519 y Talcahuano 419 Bs. As.

Trabaje con provecho en su propia casa



Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina de tejer medias "La Moderna", con que usted podrá obtener fácilmente hasta \$ 300.— mensuales. Le compramos los medios bajo contrato y le entregamos gratis su máquina. Visite o solicite folletos. Hechos. Venta de hilados y medias.

THE KNITTING MACHINE CO.

Salta Nro 482 Buenos Aires

MEXICO - URUGUAY

Asuntos de Familia

Dr. EMILIO CARRANZA

Suc. de

GASTON GUILBAUD

RAPIDEZ - RESERVA

REFERENCIAS BANCARIAS

Establecido: Año 1925

570 ESMERALDA 582

U. T. 35 - 1953 y 35 - 0387

Dr. ROBERTO UBALLES (H)

Abogado, ESTUDIO JURIDICO, SUCESIONES - FAMILIA -

SOCIEDADES, Corresponsales en Europa, Diag. R. S. Peña 1119

4 - Esc. 401 - Bs Aires - Abonos para comerciantes.

Dr. MANUEL ENRIQUE BELLO

ENFERMERIAS DEL PULMON

Ex Médico del Hosp. Muñiz

HUMBERTO I, 1947 U. T. 26 - 1420

Dr. ANGEL E. DI TULLIO

MEDICO CIRUJANO

Enfermedades de Oídos, Nariz y Garganta

NUOVA YORK 4020 U. T. 50 - 4278



¡CANDIDO!... qué os pasa?... qué os pasa?

CANDIDO ARDE DE INDIGNACION... PORQUE LO TOMARON DE CANDIDATO!

— Esa marca de desdoro-
rente ya no sirve!. Lleve
éste otro, que le dará
mejor resultado...

— Pero... ¿p... m...?

— No lo pienso más, se-
ñor CANDIDO!. Lleve el
que le recomiendo... y no
se arrepentirá!



— ¡Pero qué le habrá hecho caso a ese
hombre interesado?... Esta crema no sirve...
y para colmo me irritó la piel!... ¡Soy
un tonto... y un eterno candidato!.

Y apaciguó HERMITO,
dios del comercio local,
para darle este consejo:



— ¡Candido!... No seas "can-
didato"!... Cuando vayas a
comprar un producto de mar-
ca, no admitas que te lo des-
prestigen. Desconfía de quie-
nes tratan de imponer pro-
ductos, hablando mal de
la marca que tú solicitas!

forma en que me hablas. ¿Qué más sucedió?
Pues sencillamente que tu padre, que tenía un
clarísimo sentido de los negocios, fue a Bur-
deos exclusivamente a proponerme una com-
binación que en menos de dos años hubiera
doblado.

— ¡Y ellos se negaron! — interrumpió Ana.
— Aunque no lo creas — replicó la señora de
la Ferré—. Pero fueron duramente castigados,
porque en este momento están...

— ¡Sí — dijo Ana —, están en su hermoso hotel
de la calle de Cheverus, y nosotras estamos aquí.
La señora de la Ferré la miró con asombro.

— ¡Si no me dejas ni terminar las frases...
Pero se detuvo ante la expresión de des-
consuelo que se reflejó en la cara de su hija.

Un sollozo estremeció la garganta de Ana,
pero no lloró. Se hubiese dicho que desde su
más tierna infancia la fuente de las lágrimas
se había secado en la señorita de la Ferré.

Enloquecida, su madre se había levantado
y la estrechaba entre sus brazos, besándola.

— ¿Qué te pasa, niña mía? Si te causé pena,
perdóname.

— No es nada, mamá, no es nada — contestó
Ana. Y retribuía sus besos.

El almuerzo terminó menos tristemente.
— Esto no impide — dijo la señora de la
Ferré al levantarse de la mesa — que yo ten-
ga curiosidad por ver cuál será la conducta
de los Saint-Selve cuando vengan, al iniciar-
se la caza. Próspero me dijo que el joven
Jaime viene tres veces a la semana, al acceho
de las tórtolas, al bosque de Lamothé, que
nos pertenece. Le será difícil pasar por de-
lante de la casa sin acudir, por lo menos, a
pedirme permiso. ¿No crees lo mismo?

— Desde luego, mamá.

La joven respondió esto como hubiera po-
dido responder cualquier otra cosa. Su habi-
tual indiferencia parecía haberla vuelto a gan-
ar por completo.

Desde el mes de mayo, en los sembrados de
maíz se oyó el llamado de las codornices. El
20 de agosto, Ana vio la primera paloma.
Estaba posada en un pino, desde donde se
burlaba de los pequeños lazos preparados, y
mientras emitía sus arrullos tratabase su gar-
ganta maza y oro.

El segundo domingo de septiembre, hacía
las nueve, cuando Ana se arreglaba para la
misa que era preciso oír en San Pablo de Dax,
a cuatro kilómetros, María entró como una
tromba en la habitación.

— Señorita, señorita — decía la vieja criada
con voz entrecortada — ¡baje en seguida. Es
la señora la que me manda a decirselo.

— ¿Qué sucede?

— El señorito Jaime de Saint-Selve está en
el salón con la señora. Pronto.

— Supongo que ese caballero no tendrá tan-
ta prisa.

Y tomóse todo el tiempo necesario para
anudar, desatar y volver a anudar de nuevo
la cinta de seda negra que llevaba sobre su
blanco vestido.

El perrito blanco iba y venía por la inmen-
sa llanura tapizada de helechos secos. Con el
morro agachado seguía su pista a Jaime
le costaba trabajo no dejarse aliararse dema-
siado. Sobre el doble caño de la escopeta,
el páldio sol-pontiente ponía una rosada luz.

— Despacio, Pyram.

Jaime, sin atenuar su paso, volvióse hacia
Ana, que lo seguía de lejos, por el sendero
arenoso trazado a través de la llanura, y le
gritó poniendo la mano a modo de bocina:

— Me parece que es un rascón.

Ella hizo señales de que no entendía: el
viento soplabla hacia Jaime. Este no había
querido gritar todo lo que hubiese sido ne-
cesario, por miedo a espantar la invisible pre-

sa que Pyram estaba a punto de levantar.
Un pino, el único en toda aquella exten-
sión gris, cruzase a pocos pasos del sendero
sobre un pequeño montículo. Ana acercó
a él. Sentada a su pie, veía mejor que ergui-
da en el sendero.

Pyram se dirigía hacia ella. Jaime se ade-
lantó para cortarle el camino a fin de no ser
estorbado por Ana si la caza partía en di-
rección suya. Sonreía. Su cara estaba con-
traída por una alegre ansiedad.

— ¡Pyram, despacio; allí, allí.

El perro detúvose bruscamente. El blanco
plumero de su cola dejó de oscilar.

— ¡Allí! ¡Allí!

El joven se acercaba al perro. Cuando es-
tuvo a tiro de escopeta, Ana lo vio hacer
el movimiento familiar a todos los cazadores
para asegurar la gorra. Una vez más se vol-
vió hacia Ana. Le hizo un guiño destinado
a demostrarle que en aquel importante mo-
mento de su vida no la olvidaba.

— ¡Vale, Pyram! ¡Vale!

El perro se había lanzado de un salto.
— Toma, Pyram, toma. ¡Ah! ¡Esto es de
masiado!

— ¡El qué? — preguntó Ana, que esperando
una detonación, extrañábase de que ya no hu-
biese sonado.

— Pyram apresó el rascón.

— ¿Cómo fué eso?

— Que no quiso volar, y Pyram lo apresó.

Jaime se acercó a la joven con el desgra-
ciado pájaro roto en la mano. El perro sal-
taba a su alrededor, ladrando, con los ojos
brillantes.

Ana inclinóse sobre el ave, que estaba tré-
mula y abría y cerraba sus pequeños párpados.

— Déjale volar — dijo.

Jaime la miró sorprendido.

— ¿Lo quieres tú?

— ¡Sí, lo quiero.

— El abrió la mano. El rascón hizo un es-
fuerzo y azotó el aire con sus alas rojas. Ya
estaba una docena de metros. Sus largas
patas amarillas rozaban las puntas de los he-
lechos.

Tal espectáculo era superior a las fuerzas
del cazador. Puso la escopeta en el hombro.
La detonación repercutió hasta el infinito en
la silenciosa llanura. El pobre animal había
caído. Bien pronto reapareció muerto en la
boca del perro.

Jaime, un poco pesados, miraba a la se-
ñorita de la Ferré.

— No valía la pena que me preguntaras si
quería que lo dejases volar — dijo ella seca-
mente.

Estaba sentada al pie del pino y miraba al
sol, que se hallaba ya muy bajo sobre la lla-
nura, próximo a ocultarse.

— ¿Me quieres, Ana?

— Le tomó una mano.

— Tienes frío — le dijo—. Llega la noche.
¡Vámonos.

Y repitió:
— ¡Vámonos.

Ana no contestó.

Eran apenas las tres; pero la oscuridad em-
pezaba a invadir toda la llanura. Se estaba a
cincos de diciembre.

— ¡Vámonos, Ana — dijo Jaime por tercera
vez.

Y volvió la alegría de oírle murmurar con
voz débil:
— ¿Querémonos todavía un momento, ¿quie-
res?

El sentóse a su lado. Ella le abandonó sus
manos.

— ¡Estás enojada, Ana?

— ¡Por qué he de estar enojada, Jaime?

— ¡Por lo del rascón.

— ¡No, no estoy enojada.

— ¿De veras?

— De veras.

— Entonces, dime que no quieres que te

Sin decir una palabra, Ana asió una mano de Jaime y la estrechó durante largo rato.

La alegría del joven era expansiva y nerviosa a la vez.

—Mi marcha está decidida para el 15 de enero, Ana. Mamá sabe que es a ti a quien tiene que agradecer mi obediencia. ¡Si vieras cómo se impresionó! Estuvo muy bien, te lo aseguro. Estaré de regreso en enero de 1881 y nos casaremos en seguida. Esto significa un año y un mes, un año y dos meses a lo sumo. Todo esto te lo diré ella misma, o mejor dicho, se lo dirá a mí. Fue a mí a quien se le ocurrió que voyais a pasar las Navidades en casa, pero mamá encontró excelente la idea. Estuvo muy bien, te repito. Creo que estarás satisfecha.

—Muy satisfecha, y me siento muy feliz, Jaime.



Los ocho días que faltaban empleáronse en preparativos. Era necesario que Ana pudiera presentarse dignamente ante esos jueces implacables que son los elegantes bordelases. Lo consiguió ayudada, sin duda, por su belleza, pero sin que la moda un poco anticuada de sus atavíos hiciera otra cosa que añadir a su belleza un encanto más, y no ciertamente el menor. Además, esta muchacha tenía un modo de hacer pesar su mirada, que bastaba por sí solo para impedir toda burla de las tontas que viven en las calles de Porte-Dieux y Fontaudage. En definitiva, aun cuando el calificativo fuese el que menos correspondía a la señorita de la Ferté, todo el mundo estuvo conforme en declararla encantadora.

El día 2 de enero salió de Burdeos la señora de la Ferté, pero dejó allí a Ana hasta el 15, fecha señalada para la partida de Jaime. La señorita de la Ferté acompañó hasta el vapor al que podía en adelante llamar su prometido. Al día siguiente regresó a la Croux con un dolor horrible. La vieja residencia nunca tuvo más siniestro aspecto, a pesar de lo cual Ana la hallaba agradable y pintoresca. A su madre, que algo inquieto, antes que la exaltación de la muchacha creyó necesario verter algunos lugares comunes acerca de la fragilidad de las dichas humanas, siempre le contestaba lo mismo: "Jaime estará de vuelta dentro de un año, en enero, en febrero todo lo más, y en la primavera de 1881 estaremos casados, sin duda alguna". En la primavera de 1881 Jaime de Saint-Selve estaba casado, en efecto, pero no con la señorita de la Ferté.

V

La madre y la hija enteráronse de ese matrimonio, por casualidad.

El abate Lafitte, párroco de Dax, y antiguo amigo de la familia de Arjuzanx, tenía como segundo vicario a un cura que había sido, en el colegio de Larresore, profesor de Jaime de Saint-Selve. Esta cura mantenía relaciones con algunos de sus antiguos alumnos, y supo, directa o indirectamente, antes que nadie lo supiera en Dax, hacia diciembre de 1880, que Jaime iba a casarse muy pronto con la hija del cónsul general de Inglaterra en Puerto Príncipe, la capital de Haití. Creyó de su deber notificar sus noticias al abate Lafitte, cuyas buenas relaciones de amistad con la señora de la Ferté conocía.

Esta acudía cada dos semanas a Dax para asistir a la reunión de damas de la Obra de los Tabernáculos. El abate Lafitte estimó preferible esperar a su primera visita para comunicarle lo que, en suma, consideraba como un rumor infundado.

Cuando el abate Lafitte, con mil precauciones, la puso al tanto del asunto, la señora de la Ferté prorumpió en una carcajada.

—¡Dios mío, señor cura, qué historias se

inventan! Le aseguro que me alegro de no vivir en Dax. En ninguna parte hay tan malas lenguas.

—No fué en Dax donde nació el rumor, puede tener la seguridad.

—Habrá nacido dondequiera. No es a nosotros a quien es necesario dar noticias del señor de Saint-Selve. El mismo se encargará de dárnoslas. No hace aún quince días Ana recibió carta suya. Y si hay matrimonio, puedo asegurarle que no es con la hija de un cónsul inglés.

—Señora—dijo el abate Lafitte un poco alterado—, creí hacer una buena obra.

—No le quiero menos por ello, mi querido párroco. Al contrario. Al fin, es igual, pero le repito que hay muy malas lenguas.

Al volver a la Croux, la señora de la Ferté pasó, como de costumbre, por delante de la *Pelouse*. Estaba acostumbrada, desde la marcha de Jaime, a ver la casa cerrada, y, sin embargo, sintióse desagradablemente impresionada por el aspecto de aquella finca desierta. Las peladas ramas de los plátanos tenían, a la luz de la luna, blancuras de esqueleto. Apresuró el paso para andar el kilómetro que la separaba de la Croux.

Ana leía a la luz de la lámpara. Ignoró la cabeza cuando oyó la voz de su madre. Algo, en aquella voz, le parecía cambiado.

—¿Qué hay mamá?

—Nada, hija mía, nada.

La señora de la Ferté se había sacado el abrigo y el sombrero, y daba vueltas por la habitación. Ana no perdía de vista uno solo de sus movimientos.

—¿Buscas tu labor, mamá?

—Sí. No, Dime, Ana, ¿no hace dos semanas que tuviste una carta de Jaime, verdad?

—Hará más o menos tres semanas. ¿Por qué?

—¡Ah! Eso era lo que me parecía. ¿Por qué? Por nada, hija, por nada. ¿Y qué te decía en esa carta? ¿Te hablaba, sin duda, de su próximo regreso?

—Sí, mamá; pero ¿por qué me lo preguntas?

—¿Por qué? Mira, prefiero decirte todo; decididamente, no sirvo para ocultar las cosas. Te voy a decir desde dónde poder ser maliciosa. ¿Nosotras, que vivimos en nuestro rincón, sin pedir nada a nadie!

Y de un golpe refirió a su hija la confidencia del abate Lafitte.

Todo el dominio que la señorita de la Ferté tenía sobre sí misma tuvo que emplearlo, mientras hablaba su madre, para permanecer tranquila. En realidad, el relato, sin pies ni cabeza, que acababa de oír, confirmaba las terribles dudas que desde hacía medio año aumentaban en ella. Las cartas de Jaime, al principio largas y tiernas, fueron después breves y extrañas. Era verdad que en la última hablaba de su regreso, pero era para contestar a una pregunta de la muchacha tres veces repetida. Evasivamente dejaba prever un posible retraso. Cuando su madre entró, estaba, precisamente, Ana preguntándose si no había incurrido en pecado de orgullo, dejando a aquel niño de veintidós años ir a vivir tan lejos de ella todo un año. Pero por nada del mundo hubiese confiado a nadie sus angustias. Ahora, de repente, de modo trágico, esas angustias tomaban cuerpo. Mil pequeños detalles, concretábanse en el alterado espíritu de la muchacha. Las cartas de Jaime se le aparecían tal como habían llegado a ser desde hacía tres meses: llenas de temibles retenciones.

La señora de la Ferté seguía hablando sola, buscando en la ola misma de sus palabras razones para tranquilizarse, lo que conseguía con trabajo.

—Di, Ana, ¿no tengo razón? Lo mejor es reírse de esas villanías. Haz como yo: rierte. A costa de un enorme esfuerzo conseguí Ana sonreírse.

—Tienes razón, mamá. De todos modos, tu

historia me hizo recordar que hace tres o cuatro meses que recibí la última carta de Jaime. Creo que es la primera vez que deja pasar tanto tiempo sin darme noticias suyas. Acaso convenga que escribas a Burdeos para saber si las han tenido allí. ¿No crees lo mismo?

La señora de la Ferté la miró bajando la cabeza.

—Lo haré por complacerle—dijo—. Porque créeme que no es un placer para mí dirigirme a mi prima. Desde que Jaime se fué no pusieron los pies en la *Pelouse*, ellos, que venían todos los años. Te lo repito, sólo por complacerte lo haré.

Y dejando en su sitio las tenazas, con la que él sostenía el telero, había estado revolviendo el fuego, añadió:

—De todos modos esperaré al correo de mañana. Si no hay nada escribiré.

Al día siguiente, como era de esperar, no hubo nada en el correo. La señora de la Ferté escribió. Cuatro días después, en lugar de una respuesta, vino llegar a la Croux a Esteban Larralde.

Cuando entró en el salón, Ana no se forjó la pequeña ilusión. Ese Larralde, en el fondo, era el mismo. Igual honores, igual posesión, sobre todo, la inteligencia de los negocios, también tenía bastante criterio para comprender lo que había de odioso en la misión de que había tenido que encargarse. Se desembarazó de ella brutalmente, como el mozo de cuerda arroja al suelo, de un solo golpe, el pesado bulto que lo aplasta.

—A causa de las factorías—dijo al terminar—, Jaime tuvo que entrar en relaciones con la familia de miss Russell. Su padre, Norman Russell, es el general de Inglaterra en Puerto Príncipe, ante de retirarse, de los negocios estuvo durante cerca de treinta años en relación con nuestra casa para la venta de azúcar y café.

Ana, muy dueña de sí misma, lo escuchaba. Y con tono natural dijo:

—La dote de la prometida del señor de Saint-Selve, ¿es grande?

—Muy grande—contestó Larralde, poniéndose colorado como la grana.

—¿Por qué, es todo cuanto deseaba saber.

La señora de su hija obligó a la señora de la Ferté, hundida en un sillón, a mantener una apariencia digna de ella.

—¿Tiene, señor, todavía algo que comunicarnos?—preguntó.

—No, señora; nada.

—Le damos las gracias por haberse molestado.

No tenía costumbre; no sabía cómo marcharse. Ana lo acompañó hasta la puerta de vestíbulo, y, poniendo ella su mano sobre el picaporte, él inclinó la cabeza hacia esa mano, como si hubiera querido besarla.

—Señora—murmuró—, desee que alcance algún día la felicidad que merece.

Y salió de espaldas, sin dejar de hacer saludos.

La salud de la señora de la Ferté no había sido nunca muy fuerte, y este golpe acabó de estropearla.

En los comienzos de la primavera, el abate Lafitte, intranquilo por no haberla visto asistir a la reunión por donde las señoras de la Obra de los Tabernáculos, llegó de súbito una mañana a la Croux. Encontró a la pobre mujer tan cambiada, que no pudo reprimir el reprochar a Ana que no le hubiese avisado. La señorita de la Ferté, al oírlo, abrió con asombro los ojos. Ella no se había dado cuenta de nada.

El doctor Barradères, joven, miopie y rubio, vino desde Dax a verla. Este médico gozaba de fama por haber sido jefe interno de los hospitales de París. No ocultó a Ana el estado grave de su madre. Mientras hablaba miraba con ojos espantados las paredes de la

caso, recientemente blanqueadas y empapeladas, pero en las que la intensa humedad se denunciaba en tremendas grietas y en salitrosas y verdosas manchas; y como Ana le preguntase qué era necesario hacer:

—Llevarla inmediatamente a Niza por dos o tres meses —respondió con ese tono imperioso de quienes razonan sin preocuparse lo más mínimo de los recursos de los desgraciados a quienes se dirigen.

La puerta de la habitación de la señora de la Ferté se abrió y apareció esta desfallida y livida. Había escuchado todo.

—¡A Niza, doctor, a Niza! —exclamó con risa nerviosa—. ¿No tiene otro sitio más caro donde mandarme?

Volvió el viernes —dijo precipitadamente al médico, emocionado y confuso a la vez—. Hasta ese día tenía, señorita, la bondad de sentir la exacta observancia de lo que prescribía.

Cuando el médico se marchó, la señora de la Ferté tuvo una crisis de llanto en los brazos de su hijo.

—Cálmate, mamá, cálmate —decía Ana—. Ya verás, te pondrás mejor. Haremos cuanto sea necesario.

—¡A Niza, pobre hija mía! —repetía la enferma—. ¿Lo oíste? Ir a Niza. Y comerse las divinas monedas que te quedan, ¿no es eso? Desgraciada hija mía! ¡Ah! ¡Que al menos por este concepto no tengas nada que reprocharme!

Esa fue la única alusión que le permitió a Ana darse cuenta de que su madre no había dejado de tener tristes momentos de lucidez respecto a la capacidad financiera del fallecido cuñado de la Ferté.

El doctor Barradères volvió al viernes siguiente, como había prometido. Pero toda posibilidad de viaje, por pequeña que fuese, había desaparecido para la señora de la Ferté.

En su agonia no fue dolorosa. Murió el domingo por la mañana, sin pronunciar una palabra, con las lágrimas en los ojos, mirando a su única hija.

Por el abate Lafitte se enteró Ana del matrimonio de Jaime. El mismo sacerdote fué quien, al año siguiente, le hizo saber otro acontecimiento.

La señora de la Ferté había sustituido a su madre en la Obra de los Talmáculos. Las damas de esta Obra reunían en Dax una vez a la semana, en un local puesto a su disposición por las hermanas de la Cruz, allí, durante una mañana, se trabajaba en los ornamentos del culto: Bordábanse albas, estolas, casullas. También se hablaba. La señora de la Ferté no asistió nunca a estas reuniones. Una vez al mes iba a recoger la labor que le dejaban en casa del abate Lafitte y se la llevaba a la Croutz.

En ocasión de una de esas visitas fué cuando el cura, al marcharse ella, le alargó, sin decirle una palabra, una esquela de defunción. Ana miró primero el sobre. La esquela estaba dirigida al abate Ducouran, vicario de la catedral de Dax.

Después leyó, y al pronto no comprendió. Unos nombres bailaban ante sus ojos. La señora de Saint-Selve. Las familias de Saint-Selve, Russell, Villierup, Larralde. Procuró fijar la mirada. ... Tienen el dolor de participar que Jaime de Saint-Selve, su esposo, hijo, hermano, etc., ha fallecido, a los veintiséis años de edad, el 8 de diciembre de 1882, en Puerto Príncipe (Haití), confortado con los auxilios espirituales.

La señora de la Ferté devolvió la esquela al abate.

El cura miró insistentemente a la joven y le dijo:

—Debemos perdonar, hija mía.

JARABE FAMEL

Preparación para las vías respiratorias

—¡Perdonar! —exclamó Ana.

Se pasó la mano por la frente.

—Perdonar, perdonar —repetía con voz débil.

—Sí, perdonar —dijo el sacerdote—. Es necesario. Es nuestro deber. Sólo Dios tiene derecho a ser más severo. El nos venga de las ofensas que se nos hacen, y a veces con un rigor que desearíamos no fuese tan implacable.

Ana tuvo una risa amarga que hizo estremecerse al abate Lafitte.

—Señor cura, señor cura, ¿crece seriamente que Dios se ocupa de cosas tan mezquinas?

VI

Los que leen la historia de la señora de la Ferté, seguramente no han de conocer, la sombría casa de la Croutz. Sería menester perder un día, internarse a través de las tierras... Pero muchos de ellos han seguido o seguirán el ferrocarril que, por Burdeos, va desde París a la frontera española. Los que hagan o repitan este viaje, una vez pasada la estación de Morecen, cuando el tren se dirige a toda velocidad hacia Dax, que se asomen a la ventanilla de la derecha del vagón, y después de la estación de Buglose, que fijen su atención. El expreso corre entre dos taludes, y después, al ensancharse repentinamente el paisaje, atraviesa un puente bajo el que corre un pequeño arroyo azul. Tendrá tiempo de ver una pradera, cristalinas aguas, una vieja casucha con tejado de ladrillo. Es el molino de Cabanes movido por el mismo arroyo que dos kilómetros más al Norte pasa muy cerca de la Croutz.

Este molino era el lugar favorito de los paseos de Ana de la Ferté, desde que se quedó sola en el mundo. Cualquiera que fuese el tiempo, salía hacia la una de la tarde acompañada de Pyram, que Jaime le había dejado al marcharse, y al que nadie había pensado reclamar. En aquella época, el perro tenía ya ocho años; actualmente tiene cerca de quin-

ce. Era un viejo perdiguero, medio paralítico, que no se detenía ni aun ante la puerta de la Pelouse, cuando, por casualidad, pasaba con su dueño por ella. Pero aun le hubiese gustado cazar. Por eso Ana lo llevaba en sus paseos. Algunas veces, durante la estación, levantaba una codorniz o una gallineta. El pájaro tendía el vuelo, y el viejo can volvía hacia la señora de la Ferté con una mirada de reproche en sus ojos, cada vez más apagados.

Un día de abril de 1887, salió, como de costumbre, con el perro, y siguió el arroyo, descendiendo hacia Cabanes. Ese día, punto verdaderamente de partida de acontecimientos que iban a precipitarse, era puro y templado. Un tiempo hermoso para la estación.

Cuando el pinar presentaba algún claro, veíanse, allí a lo lejos, hacia el Sur, los Pirineos, azules y blancos.

En un sitio en que el arroyo está atravesado por un puente, que las gentes del país llaman de Anguade, Ana torció a mano derecha e internóse en la landa. Un veloz conejo saltó delante de ella. El pobre perro intentó perseguirle.

Al cabo de un kilómetro de marcha a través de los pinos aparecieron los plátanos de la Pelouse.

Ana hallóse ante un espeso seto, en el que se mezclaban las moreras, los avellanos, las acacias. Este seto cerraba por la izquierda la Pelouse hasta la carretera de Castex. De dos metros aproximadamente de alto, se había hecho tan espeso por la profusión de hojas nuevas, que resultaba imposible ver nada de un lado a otro. Ana le siguió a lo largo para llegar a la carretera.

Repentinamente estremecióse y se detuvo.

Alguien hablaba al otro lado del seto. Ana distinguía perfectamente dos voces, una era grave, voz de hombre; la otra, joven y alegre, voz de mujer. Pero a pesar de la atención que puso, no pudo percibir ninguna palabra de la conversación de los dos interlocutores invisibles.



LOTERIA DE MONTEVIDEO

GRAN SORTEO EXTRAORDINARIO DEL 24 DE AGOSTO

Juegan solamente 16 millares con 1835 premios

\$500.000 DORO URUGUAYO

"Aproximadamente \$ 1.200.000 argentinos"

BILLETE ENTERO \$ 290.- M/Arg. VIGESIMO \$ 14.50 M/Arg.

A cada pedido debe agregarse UN PESO argentino para gastos, certificado y extracto oficial. Aceptamos cheques y giros bancarios y postales INTERNOS sobre Buenos Aires. PIDA PROGRAMA DE SORTEOS QUE SE REMITE GRATIS. Giros y órdenes a la antigua y acreditada agencia:

Av. 18 DE JULIO 1464
Casilla de Correo 501

ANDRES VIVES MONTEVIDEO
R. O. del URUGUAY

LA VIDA DE LA HUMANIDAD EN UNA
OBRA ESCRITA PARA TODO EL MUNDO

Historia Universal

de CESAR CANTU



Estupenda creación de la historiografía moderna que resume, en su indiscutible jerarquía intelectual, todas las ventajas que puede exigir el lector de hoy: es una espléndida crónica del mundo a través de los siglos y hasta nuestra época, que posee el atractivo imponderable de la veracidad crítica, está ilustrada con generosa riqueza documental y escrita con destacable brillantez y colorido. Creada con admirable unidad de concepción y de método, esta obra, mundialmente célebre, ofrece un vastísimo y perdurable testimonio humano que instruye, reconforta y maravilla.

La HISTORIA UNIVERSAL de César Cantú es un precioso y completísimo documento de la vida de la Humanidad, en el que no se sabe qué admirar más: si su gigantesca labor de investigación, tan elogiada, o la gracia y plasticidad de su atrayente estilo. Desde las primeras páginas, el lector se siente ganado por la variadísima riqueza de información, y advierte, además de las notables cualidades del literato y del historiador, una maravillosa ponde-

ración entre los elementos reales y artísticos.

También recogió Cantú, con la amplitud que exige su importancia y con la perspicacia de un cronista prolijo, las grandes efemérides, el progreso científico, artístico, filosófico, literario; las múltiples manifestaciones de cada pueblo y de cada época; es decir, ofrece al lector agudas síntesis del esfuerzo y del fruto de la inteligencia humana en los diversos ciclos de su desarrollo.

...Y, en suma, cuando debe figurar en una historia del mundo que aspire a llenar la función informativa y crítica que exige el lector moderno, documentado y escrito todo con amenísimo estilo.

Principales características de esta edición de la Historia Universal, de César Cantú. Puesta al día, hasta los últimos acontecimientos, por el Prof. José D. Calderaro. 11 GRANDES TOMOS DE 640 PAGINAS CADA UNO (TAMANO 18x27 cm.), IMPRESOS A DOBLE COLUMNA, EN PAPEL ESPECIAL, CON LETRA SUMAMENTE LEGIBLE, Y LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS EN TELA INGLESA, CON TÍTULOS Y ESTAMPACIONES EN ORO. ILUSTRADA CON 112 HERMOSAS LAMINAS EN NEGRO, REPRODUCCIONES DE CUADROS HISTORICOS, Y RETRATOS DE PERSONAJES CELEBRES. COMPLEMENTADA CON UN PRACTICO INDICE GENERAL QUE FACILITA CUALQUIER CONSULTA.

Solicite informes a la

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA S. R. L.

Capital \$ 3.800.000 m/n.

ESMERALDA 116

U. T. 33-0063 - Bs. Aires

La HISTORIA UNIVERSAL puede adquirirse con un elegante mueble de pie, construido en finísimo roble americano ilustrado a mano, y también con un práctico y lujoso mueble de sobremesa, de líneas sobrias y elegantes como el anterior.

Sírvanse enviarme informes y folleto de la HISTORIA UNIVERSAL, de César Cantú.

Nombre.....

Dirección.....

Localidad.....

F. C. L. 293



Para estar segura de que no la viesen se arrodilló en la hierba, y rodó con sus dos brazos el cuello del perro.

Silencio, *Pyramis*, silencio.
Las dos voces se amortiguaron. Los pasantes se alejaban. Bien pronto Ana dejó de oír la charla.

—Estáte aquí, *Pyramis*; estáte aquí, sepárate del perro en puntillas, volviéndote para hacerte el muerto de que no se moviera.

En la empalizada había, a algunos metros de allí, una brecha, que ella conocía bien. Las garzas la detuvieron un momento por el vestido. Se desprendió y pudo mirar del otro lado.

Primero le causó despecho no ver a nadie. Pero de pronto, sus ojos brillaron con un extraño reflejo; sintió latir su corazón tan precipitadamente, que tuvo que llevarse la mano al pecho.

Las ventanas de la *Pelouse*, cerradas hacía diez años, estaban abiertas de par en par.

VII

Cuando mis Galswinthe Russell se casó en la primavera de 1881 con Jaime de Saint-Selve, dos años más joven que ella, no había salido de Haití. Apenas conoció a su madre, que veinte años antes había fugado con un oficial de la Marina de guerra española, y que dio noticias suyas sólo para reclamar su fortuna. Al señor Norman Russell, coronel general de Inglaterra en Haití, hizo bien las cosas. Dio entera satisfacción en el arreglo de cuentas a sus velocidas esposa, y tuvo así el placer de no volver a oír hablar de ella.

La pequeña Galswinthe fue educada por mistress Calthorpe, esposa del agente principal de mis Russell. Mistress Calthorpe, era una mujer diestra y diuina, que no llegó a tener jamás la menor influencia sobre la niña confiada a su cuidado. Galswinthe creció, haciéndose hermosa, sin que mistress Calthorpe se diera cuenta. Muerto mis Russell, en 1879, el matrimonio Calthorpe continuó ocupándose de la joven como si nada hubiera ocurrido, como si hubiese debido permanecer toda la vida bajo su tutela. Mis Russell Calthorpe había llegado a ser socio de mis Russell, Administrador como la suya propia, la fortuna de Galswinthe, colocando convenientemente sus beneficios, dándole el dinero que para sus gastos le pedía y mostrándose razonable en cuanto al precio a cobrar por la pensión de su pupila. Un arreglo tan provechoso para los intereses de las dos partes no debía haber cesado nunca, a juicio de los Calthorpe. Fácil es comprender cuán contrariados y hasta casi ofendidos se mostrarían cuando Galswinthe les participó su intención de que terminase, casándose con Jaime de Saint-Selve.

—Pero si es casístico! —exclamó mistress Calthorpe, con ese maravilloso arte que tienen los ingleses para vestir con un velo religioso y moral las preocupaciones más insignificantes. Galswinthe continuó balanceándose en su mecedora, y tuvo un gesto de total indiferencia.

—Pero... ¿y los hijos? —dijo mistress Calthorpe.

—La brisa marina que sopla bastante fuerte, levóse la respuesta, asaz desenvuelta, de Galswinthe. Mistress Calthorpe la oyó, a pesar de todo. Se puso livida.

—¿Qué palabras para ser dichas por una señorita! —dijo frunciendo los labios—. Si tu madre, a quien Dios me guarde, sin embargo, de defender, hubiese tenido las mismas ideas, tú no...

—Déjame tranquila a mi madre. ¡Quiere, mistress Calthorpe, —interrumpió negligentemente Galswinthe—. Le haré observar que voy a cumplir veinticuatro años. ¡Esperaba, acaso, que permaneciera siempre señorita?

—No, sin duda, no. Pero ese señor de Saint-Selve...

—Es muy gentil. Me gusta mucho. Le ruego que no hable mal de él.

—No es hablar mal hacer notar que casi es un niño: veintitres años, y tú misma acabas de recordar que vas a cumplir veinticuatro.

Sonrió Galswinthe y dejó por un momento de mecerse. El sol poniente ponía rojos reflejos en sus rubios cabellos, alborotados por el viento. Cruzó sus manos por detrás de la nuca. Las anchas mangas de muselina blanca se corrieron a lo largo de los brazos, que quedaron desnudos.

Mistress Calthorpe volvió los ojos. Galswinthe acentuó su sonrisa.

—¿Es eso todo lo que tiene que reprochar a Jaime? —preguntó.

Los dedos de mistress Calthorpe se crispaban sobre la labor.

—Yo no le reprocho nada —dijo con acritud—. Pero, al fin, es nuestro deber no olvidar que la casa de exportación que dirige ese muchacho está en competencia directa con la nuestra.

Galswinthe volvió a la tarea de balancearse.

Habría sido equivocado creer que fue sólo el deseo de marcharse de un país en el que se aburría el que la decidía a convertirse en la señora de Saint-Selve. Pero es cierto, en cambio, que la perspectiva de vivir en Europa había influido en su determinación. Del mismo modo hubiese sido injusto suponer que las riquezas de Galswinthe habían acallado demasiado los escrúpulos de Jaime. Todo lo más que puede decirse es que, cuando llegó el momento de comunicarle a su familia su nuevo proyecto, no tropezó con las objeciones con que se había acogido el anuncio de sus relaciones con la señorita de la Ferté, ¡y entonces también fue sincero! ¿A qué viene, además, el hablar de sinceridad? No hay, la mayoría de las veces, una sinceridad única, sin sinceridades sucesivas. En definitiva, el amor que mutuamente se tenían Jaime y Galswinthe al unir sus vidas, era de un honesto término medio de intensidad o quizá algo mayor, pero no mucho.

La primera decepción de Galswinthe fue no salir para Francia en seguida que se casó. Pero Jaime no hizo nada para abreviar su estadía en Haití. Parecía, por el contrario, buscar todos los motivos posibles para prolongarla un año más. Acaso deseara adquirir un conocimiento más profundo de sus factorías de Ultramar. Tal vez pensara también que cuanto más lejos se está, hay mayores probabilidades para ahogar ciertos remordimientos. Pero, fuera lo que fuese, lo cierto es que, a pesar de las impacencias de su esposa, él no tenía ninguna prisa.

Como embajador de la familia de Saint-Selve, Esteban Larralde había asistido a la celebración del matrimonio. Fácil es comprender la importancia que tenía para él este acontecimiento. Un cenizo como él, en un aliado; la casa Russell fusionada con su antigua rival, la casa Larralde y Saint-Selve. Es verdad que quedaban los Calthorpe... Pero ¿podía admitirse, en buenos principios, que Galswinthe dejara en los negocios de éstos una fortuna que en sus manos estaría destinada a combatir los intereses de su marido, es decir, los suyos propios? Aun no se había celebrado el matrimonio de los jóvenes cuando Larralde despreció tan paradójica situación. El vicio Calthorpe tuvo que rendir cuentas, que fueron presentadas, desde luego, de modo irrefragable. Galswinthe entró en posesión de su fortuna, que ascendía en aquel momento a sesenta mil libras esterlinas. Con gran sorpresa de Larralde, que no le juzgaba en situación tan sólida que le permitiera recompensar de una sola vez tanta inmensa cantidad y continuar sus negocios, Calthorpe obtuvo en hacerlo. Pero tuvo que desaparecer de la visión social Russell y Calthorpe el primero de los dos

nombres. Toda relación entre Galswinthe y su tutor cesó. Mistress Calthorpe no tuvo aún ni la satisfacción, que se había prometido a sí misma, de no contestar el domingo, en el oficio divino, que se casó, que la ingrata no casada; desde el día que se casó, la ingrata no volvió a poner los pies en el templo antiguo.

Al fin, en junio de 1882, Jaime cedió a las instancias de Galswinthe. Se fijó la partida para el 15 de julio siguiente, y tomaron los pasajes del vapor para Burdeos. La señora de Saint-Selve pasó las tres semanas que faltaban con una gran alegría, en la que entraba en muy pequeña parte la perspectiva de ser presentada a la familia de su marido. Jaime, a quien aterraban las extravagancias de su esposa, había tratado, con frecuencia, de aleccionarla sobre lo que debía decir o no decir; Galswinthe había concluido por representarse a aquellas gentes como molestos obstáculos para conducirse a su gusto. Únicamente el famoso capitán de Villersot se presentaba a su imaginación mercedero de simpatía. Precisamente acababa de perder cien mil francos en Baden-Baden. Galswinthe recibió la noticia con fútilo. Preguntaba frecuentemente a Jaime si lo vería en el otoño en Burdeos. Sólo pensaba en el efecto que produciría en él cuando se probaba repetidas veces los innumerables vestidos, para la confección de los cuales se movilizó durante un año a todas las modistas de la isla.

Pero el destino quiso que no fuese con ninguno de esos vestidos, en los que lucía el encantador arco iris eriollo, con los que desembarcaba Galswinthe en Burdeos en la fecha determinada. Jaime había muerto, arrebatado en cuarenta y ocho horas por una insolación. El vapor, en el que habían reservado dos plazas, partió dos días después. Ni por un instante admitió la joven viuda que pudiera retrasarse a mirar la catástrofe, la impudencia, por el contrario, a la hora de embarcar, Calthorpe supo con estupefacción, al leer las noticias, que la señora de Saint-Selve embarcaba al día siguiente con el féretro de su marido. Tuvo en sus manos, en casa de la modista de los lutos, el velo de viuda de Galswinthe. Era de un tejido tan lindo, que le hizo pensar que jamás su ex pupila había amado a Jaime de Saint-Selve.

Un tiempo maravilloso atenuó las macabras circunstancias del viaje. Sobre el mar azul y rosa de los trópicos deslizábase el buque indolentemente, Galswinthe se encerró al principio en su camarote. ¡Pero hacía tanto calor!... Al día siguiente, por la tarde, subió al puente en los momentos en que el sol se ocultaba con un esplendor cuya descripción saldría de la esfera de una narración. Al otro día, a la hora de almorzar apareció en el salón.

Había dejado el velo, pero la vestida de negro. Los pasajeros jóvenes la miraban pasar. Creían hacerle la corte esfumándose ante ella con un aire de compasiva discreción. No hay que decir si a estos adolescentes les era indiferente el dolor que presumían agobiaba a la deliciosa viuda. ¡Doble equivoco! Galswinthe no quería esa compasión. «Green, pues, que mi vida ha terminado», se decía. Es cierto que en algunos instantes se acordaba de la hora de almorzar, aparecido en el salón, llegaba a los alrededores de la sala, cuya abertura cuadrangular desaparecía bajo una tela embreada. Entonces recordaba al pobre muerto, con sus facciones rígidas, que yacía allí, en una de las bodegas del buque, entre las mercancías. Fehrlies lágrimas humedecían sus ojos, y bruscamente se metía en su cabina. Pero era raro que estuviera en la cabina de una hora. Bien pronto reaparecía y se la veía dar las gracias, con una sonrisa voluptuosa y triste, al feliz caballero que le tendía la mano para ayudarla a subir el último peldaño de la escalera de caracol que conducía a cubierta.

Con pretexto de asistir a los funerales de Jaime, toda la familia Saint-Selve acudió a Bur-

deos, para ver a la joven criolla. Sólo el capitán de Villeneuve dejó de acudir. "No había podido", dijo su esposa, "conseguir permiso". Galswinthe se sintió mortificada y esta decepción la decidió a reducir a la mitad el tiempo que se había propuesto permanecer en Francia. Además, Larralde acabó de amargarle su estada con su insistencia en querer hablarle de dinero. Galswinthe no le oía. Bostezaba mientras el despidado vasco le encomiaba las grandes ventajas que obtendría, en lo referente a su fortuna, no modificando las disposiciones adoptadas por Jaime. Es éste, el momento de hacer saber que esa fortuna había sido dividida en dos partes, de unos 700.000 francos. Una de esas partes fué invertida en renta francesa del 5 por 100. La otra había sido colocada en la casa Saint-Selve y Larralde, donde producía el 7 por 100. Larralde hubiera querido, naturalmente, que la casa tomara a su cargo toda la fortuna de Galswinthe, y ésta no hubiera hecho objeción alguna a tal combinación. Fué Jaime quien se opuso. Sin duda tenía ya bastante clara la impresión de que su matrimonio se asemeja a un negocio. Muerto él, Larralde vivió tres semanas de ansiedad, por el temor de que Galswinthe retirara de la sociedad los 700.000 francos que le pertenecían.

Por bien cimentada que esté una casa comercial, la obligación de restituir de un día para otro semejante cantidad no deja de producir trastornos. El poco trabajo que le costó convencer a Galswinthe le sorprendió agradablemente. Ella tenía horror a las complicaciones; quería, ante todo, poder contar con sus rentas a fecha fija, con el mínimo de formalidades y de quebraderos de cabeza. Así aceptó sin dificultad el mantenimiento del *statu quo*. Al salir de Burdeos sabía que podía disponer de una renta anual de 90.000 francos, y que percibiría con puntualidad sus mensualidades. No pedía.

Se dirigió a Londres. Su padre tenía allí una prima casada con un miembro de la Cámara de los Comunes, con la cual habían conservado algunas relaciones. Galswinthe no tenía intención de unirse por completo a esa familia, de la que sabía que era puritana y rigorista hasta la exageración. Pero no conocía a nadie. Se decía, con razón, que las relaciones no se crean de cualquier modo, y contaba, muy acertadamente, con la mujer del diputado para las primeras presentaciones, resultó, sin embargo, a verla lo mismo posible en cuanto hubiera logrado formarse su círculo de íntimos, en armonía con sus aspiraciones de vida joven, bella, con cuatro mil libras esterlinas de renta, y decidida a no conocer en adelante la vida sino en sus aspectos más agradables.

Su plan salió a maravilla. En menos de un año, la señora de Saint-Selve había realizado la conquista de esa parte de la buena sociedad londinense que goza fama de no engañar a la melancolía. A excepción de dos o tres mujeres de lánguido andar, su círculo estaba compuesto exclusivamente de hombres jóvenes y, en su mayoría, apuestos. Galswinthe vivió entre ellos totalmente despreocupada de su cuerpo, generosa hasta la prodigalidad de aquel cuerpo maravilloso. Las negras aguas del Támesis, durante noches enteras, reflejaban los innumerables cristales dorados de la suntuosa villa de Richmond, en la que se entregaba a esas locuras. Fué la mayor, sin duda, en pleno mes de diciembre, aquel paseo con antorchas por el río, a la salida de un baile, en compañía de media docena de tenientes de la Guardia a caballo, tal vez demasiado cansados de *whisky* para darse cuenta de que los bellos y desnudos hombres de su radiante amiga se estremecían de vez en cuando con un temblor que era el del dolor de cabeza.

Esa vida duró, aproximadamente, dos años. Después, hacia la mitad del tercero, un extraño

cambio notóse en la existencia de Galswinthe. Los habituales de las fiestas de Richmond comenzaron a ir a más de tarde, y a más tarde la joven amiga. Aun no siendo muy perspicaces en su mayoría, víéronse obligados a confesar que se sustruía a sus asiduidades. Satisficían su vanidad cargando esa desaparición progresiva a la cuenta de la salud de Galswinthe. La señora de Saint-Selve, era innegable, caminaba hacia una enfermedad. No se pasa impunemente de la vida que ella había llevado en las costas del mar de las Antillas a la que llevaba desde hacía tres años en las orillas del Támesis. Primero hizo su aparición una tos rara. Después fué una bronquitis descuidada. El paseo en barca tuvo lugar entre esos dos hechos. Los primeros síntomas de un terrible mal, en lugar de moderarla, estimuláronle en Galswinthe la fiebre que la empujaba hacia experiencias sensuales cada vez más ardientes. En tales condiciones, el cambio producido fué a propósito para desconcertar a todo el mundo. Cuando Richmond se cerró, La señora de Saint-Selve fué a vivir a Londres. Allí, sólo por casualidad la encontraban sus antiguos amigos. Cada vez se asombraban más éstos de la transformación que se operaba en ella, y que era imposible atribuir por entero a la enfermedad. Los más perspicaces opinaron que una influencia de un orden nuevo estaba en camino de pesar sobre Galswinthe, pero las tentativas que realizaron no dieron otro resultado que el de cebrarse definitivamente las puertas de la casa de la viuda. Aquellos apuestas jugadores de *golf* se preocupaban poco de los problemas psicológicos. Le costó poco trabajo a la señora de Saint-Selve guardar el misterio de sus nuevos amores.

Esto ocurría en 1886. Habiendo llegado a ser bastante inquietante el estado de Galswinthe en los meses de 1887, consultó al doctor, un especialista inglés de enfermedades del pecho, quien le prescribió un cambio inmediato de clima. El mar y la montaña, según él, le eran absolutamente necesarios. Pronunció el nombre de Arcechón. De pronto Galswinthe recordó que era dueña, desde hacía un año, de la *Pelouse*.

VIII

Es difícil hacer la narración de un drama íntimo de nuestra época sin que a cada paso intervenga el dinero. Que, al menos, las explicaciones necesarias para comprender esto sean tan breves como es posible. El año anterior, Esteban Larralde habíase decidido a sustentar el capital social de la casa comercial de Burdeos. En realidad, tenía que hacer frente a algunas dificultades financieras. Con gran sorpresa suya, Galswinthe, aparentemente más enterada de cuestiones de dinero de lo que se había mostrado en Burdeos, o aconsejada tal vez por alguien, negóse a aportar los 200.000 francos que Larralde solicitó. A nuevos requerimientos de éste aceptó el contrato siguiente: "Se compra a la familia de Galswinthe una casa en el malecón de Chartroux, tasada en 150.000 francos, más la finca de la *Pelouse*, en la que nadie había vuelto a poner los pies desde la partida de Jaime para Haití. De este modo se completó la cantidad de 200.000 francos que Larralde necesitaba. Galswinthe no ignoraba por completo el papel que en la vida de su esposo había jugado la *Pelouse*. Antes de casarse, Jaime le había hablado de la señorita de la Ferté. Lo hizo indudablemente por lealtad; pero acaso no dejara de provocar estas confidencias, poco precisas, por otra parte, un punto de vanidad masculina. La curiosidad de la muchacha, durante un momento excitada, había tenido tiempo de calmarse. Después, habían absorbido su atención tantas otras preocupaciones! Al comprar la finca, por la imaginación de Galswinthe no había pasado que pudiera llegar a habitarla algún día. Y he aquí que ese día había llegado."

La señorita de la Ferté no había de conocer hasta más adelante estos detalles de la vida de Galswinthe de Saint-Selve, anterior a su instalación en la *Pelouse*, así como otros que afectaban a las personas que la acompañaban. Por el momento, sólo sabía con certeza que la mujer joven cuya voz acababa de oír era la viuda de Jaime de Saint-Selve.

IX

—Vamos, *Pyram*.
Silenciosamente, la señorita de la Ferté había retornado al lado del perro. Le ayudó a levantarse. Después, tomando un sendero a través de los verdes maizales, se alejó de la empalizada. *Pyram* iba delante, jadeando con su garganta de viejo animal asmático. Grises saltamontes de pequeñas alas azules o rosadas levantábanse a su paso.

Pronto llegó a la carretera de Castex. La casa de Isabelina apareció. Ana penetró en el portal y dijo:

—Buenos días, Isabelina.
—Hacia diez años que la vieja estaba siempre igual. Acaso un poco más arrugada.
—Buenos días, señorita.

Y detúvose en su labor de echar grano a las gallinas y patos que la rodeaban.
—No se moleste por mí, Isabelina — dijo Ana, sentándose en el brocal del pozo, con los pies colgando.

Pyram, orgulloso de haber asustado a la volatería, echóse al lado del pozo, Isabelina le miró.

—Es viejo — dijo.
—Tiene catorce años, Isabelina.

—Me acuerdo de haberle visto bien pequeño. Recuerda el primer día que vino usted aquí después de su llegada a la *Croix* le hablé de él. Tengo memoria. Había visto usted un perro blanco en el pantano y creía que era *Pyram*. Yo le dije: "*Pyram* no es blanco". Y busqué durante un largo rato quien podía ser el cazador que tenía un perro blanco. Lo supe aquella misma noche, pero siempre olvidé el decirselo. Era..."

—Importa poco, Isabelina.
—Hay detalles que, por lo que les sigue, adquieren importancia; aquél no había tenido ninguna.

Se calló. La vieja miraba al perro.
—¡Catorce años! ¡Catorce años! — repetía. Pareció que reflexionaba profundamente y que dudaba luego hacer una pregunta. Por fin se atrevió, y retorciendo la punta de su dental, preguntó:

—¿Y a la casa de la *Pelouse*?
—Al hablar señoritas los plátanos de la *Pelouse*, de los que se veían las copas allá abajo, por encima de los setos y de los campos.

—Ana simuló no entender.
—¿Devolverlo? ¿A quién, Isabelina?
—Señora — murmuró la aldeana algo turbada porque se le obligaba a ir más adelante en su indiscreción —, ése es el perro del señorito Jaime.

—Ana la miró con fijez.
—Esté tranquila, Isabelina. *Pyram* no volverá a la *Pelouse* — y se inclinó para acariciar la cabeza del animal.

En el mismo momento pasó por la carretera, al trote, un cabicé en dirección a Dax. Lo conducía un hombre rubio, que al notar la presencia de la señorita de la Ferté la saludó afectuosamente.

—¿Caramba! ¡Si es el doctor Barradères! — dijo Ana.

El doctor no había vuelto a la *Croix* desde la muerte de la señora de la Ferté. Guardaba rencor a la hija y creía que ésta no quería nada con él. En realidad, Ana, de una envidiable salud, no había necesitado sus buenos oficios.

—Venga todos los días a la *Pelouse* — dijo Isabelina.

—¿Todos los días?
—Todos los días: la señora de Saint-Selve está enferma.

—¡Ah! — exclamó Ana en un tono de perfecta indiferencia —. ¿Y qué tiene?
—Sin decir nada, Isabelina colocó su dedo índice en la concavidad de su escualido pecho y tosío dos veces.

—¡Ah! — volvió a exclamar la señorita de la Ferté, y quedó un momento pensativa.

—¿Está sola en la *Pelouse*, Isabelina? — preguntó por fin.

—No — contestó la aldeana —, tiene con ella una doncella, y también hay un señor viejo que no la deja.

—Un señor viejo?

—Digo viejo porque tiene el pelo blanco; pero su cara parece joven. Está afeitado como un cura.

La señorita de la Ferté miró a Isabelina.

—¿Está muy enterada de lo que sucede en la *Pelouse* — le dijo secamente.

La vieja hizo un ademán de protesta.
—No he sido yo la que fui primero, sino que vinieron a buscarme. El jardinero había explicado que en tiempos del señorito Jaime proporcionaba yo huevos y leche cuando no había bastante en la *Pelouse*, y me buscaron.

—Y — dijo Ana en voz baja — ¿la ha visto?

—¿A quién? — preguntó Isabelina.

—A ella — contestó Ana bajando aún más la voz.
—¿A la señora de Saint-Selve? ¿Ya lo creo, señorita!, y también le hablé. No se puede creer que está enferma viéndola de tan buen color y tan linda. Me estreché la mano; me dijo que ella quisiera que todos los días fuéran sus amigos. El señor viejo sostenía riéndola y le dijo algo que yo comprendí, porque entre ellos hablan inglés.

La señorita de la Ferté no había oído todo este discurso.
—Es bonita — murmuraba.
—Muy bella — asintió la vieja.
—¿Mas que yo, ¿no es eso, Isabelina? — dijo tomándole de una mano.

Isabelina retrocedió.
—¿Es otra cosa distinta!
—Pero ya Ana se había echado a reír.

—Debe encontrarme bien loca hoy, pobre Isabelina. Vamos, *Pyram*, arriba.

Y dejó a la vieja.

La señorita de la Ferté atravesó la carretera de Castex, y en seguida tuvo ante sus ojos el Blanco.

El pantano estaba allí impenetrable, pero nunca le había parecido más ofensivo que bajo aquel cielo suave de abril. Era como una pradera de un verde intenso, demasiado intenso acaso, sembrada aquí y allá de extrañas manchas sombrías. Ningún vapor se levantaba de ella. Por otra parte, era indudable que la *Pelouse*, colocada sobre una eminencia, a más de un kilómetro, rodeada por todas partes de pinos y de árboles purificadores, debía pertenecer a sus habitantes de los mismos mortales.

Ana estuvo inmóvil cerca de media hora delante de la superficie pantanosa. Ningún gesto de su cara permitía adivinar sus pensamientos. En el cielo, las nubes, de un gris de plata, tomaban un color rosado. De pronto una parte del pantano se difuminó y apareció menos verde. Algo así como una tela blanqueza, primorosa y transparente, y luego cada vez más opaca, extendiéndose sobre su superficie. La niebla hizo su aparición.

La señorita de la Ferté sonrió.

—Ven, *Pyram* — dijo.

El pobre perro levantóse y dirigió a la muchacha una mirada de angustia.

—Nos vamos — indicó Ana.

—Ya era sin duda, en aquel momento, su intención. Pero al llegar al borde de la carretera se desvió. Tenía delante un foso de los que en las lomas deslindan los campos y limitan



CATALOGO GRATIS

FUMAGALLI

1430 - Avda. de MAYO - 1430

(ENTRÉPISO ALTO)

Sillones desde..... \$ 150.-

Armazones, \$ 6.- Ojos, \$ 12.-

Asientos redondos..... \$ 20.-

Goterías de todas clases

los caminos y están generalmente plantados de moreras. Detrás de esas moreras, Ana veía la verja de la *Pelouse*. A cien metros, delante de la casa, sentados en sillones, descubrió a una mujer y a un hombre; aquellos cuyas voces había oído dos horas antes. La mujer estaba vestida de blanco; el hombre, de gris. Aun cuando no podía distinguir sus rasgos, la señorita de la Ferté estuvo mirándolos durante diez minutos, con los ojos fijos y los dientes apretados.

Un gruñido del perro la hizo volver a la realidad.

—Ya nos vamos, ya nos vamos, *Pyram*.

Recurrieron en sentido inverso el camino que habían andado a lo largo del foso y atravesaron la carretera a doscientos metros, aproximadamente, del límite de la *Pelouse*. Una especie de fiebre apresuraba el paso de la señorita de la Ferté. Fue necesario, en dos o tres ocasiones, un gemido del extenuado perro para que caminara más despacio. Entonces ella volvía hacia el pobre animal, le acariciaba y le hablaba junto a la oreja, como para hacerle confidente de algún cambio repentinamente ocurrido. Una vez puso los labios sobre el pedalo-cuello del viejo perro.

Un poco antes de llegar a la Crouts, un aldeano cruzó el camino y saludó. Ninguna variación pudo notar en su actitud. Esta actitud, a la aparición de un ser humano en el sendero anarillado, había vuelto a ser la de siempre. Ana retribuyó el saludo.

En la profundidad de la llanura oíase el tintineo de las esquilas de los rebaños, muy disminuidos por la gran extensión del bosque y la pobreza de los pastos. En tres ocasiones pasó por delante de Ana, a ras del suelo, el extraño pájaro que llaman chatocabra. Siempre anunciaba la noche. Esta ya era completa cuando Ana atravesaba el portillo de la Crouts.

La vieja María la esperaba en el umbral de la casa.

—¿Ah, señorita!

—¿Qué hay?

—Vino el señor cura.

—¿El abate Lafitte?

—No, el abate Vergez.

Era, por lo visto, el día de los acontecimientos. Ana reprimió un gesto de sorpresa.

—¿Que vino el abate Vergez?

—El abate Vergez, cura de San Pablo, de Dax, había tenido a las señoras de la Ferté como feligrases desde su instalación en la Crouts. Pero sus relaciones habíanse limitado casi siempre a oír su misa de los domingos. Después de la muerte de su madre, Ana, en dos o tres ocasiones, había hecho frías con su marcada frialdad las tentaciones del cura para ser recibido en su casa. El se dio cuenta al fin y no volvió a insistir. Estaba lejos de ser un mal hombre, pero abusaba un poco del derecho que tiene un cura de aldea a no ser tan distinguido como un cura de San Sulpicio. La señorita de la Ferté iba a Dax cuando quería confesar y comulgar. Tenía como director espiritual a un padre lazarsita. El abate Vergez había acogido con humildad esta desgracia, pero guardaba a la joven el rencor que tiene el médico rural al cliente que se dirige al doctor de la ciudad vecina.

—¿Que vino el abate Vergez? — repitió.

—Sí — contestó María —, y casi en seguida de salir la señorita. Seguramente usted fue a campo traviesa, porque si hubiese seguido el

camino lo hubiera encontrado. Se marchó después de esperar dos horas. Parecía contrariado.

—¿Dijo qué quería?

—No. Únicamente que volvería mañana por la mañana, a las diez.

—Bien — concluyó Ana.

Y entró en el oscuro comedor.

Su frugal comida, ensalada de judías verdes y café con leche, estaba preparada en un extremo de la gran mesa, bajo la luz de una lámpara de porcelana con pantalla de papel verde.

Ella misma se sirvió, echando de vez en cuando, con ademán distraído, un pedazo de pan a *Pyram*, que se lo comía haciendo un ruido sordo.

Terminó pronto. María entró para levantar la mesa, dando vueltas alrededor de ésta como una sombra negra y encorvada, mirando, sin atreverse a dirigirle la palabra, a su ama, que, apoyada en los codos y la barga sobre las manos, pensaba.

—No necesita nada la señorita? — preguntó por fin.

—No. Cierra las puertas y acuéstate. No tardaré yo en hacer lo mismo. Estoy cansada.

Algunos momentos después, en la casa no se oía ningún ruido.

Entonces la señorita de la Ferté se levantó y, prendiendo la pequeña lámpara de níquel que había agarrado de la repisa de la chimenea, subió la escalera que conducía a su cuarto. Este cuarto, muy grande, era el mismo en que María la señora de la Ferté. Ni María ni los colonos hubieran comprendido que Ana no se hubiese instalado en él. Con su indiferencia habitual para los detalles de la vida corriente, dejando su habitación de soltera, había dado satisfacción a aquellas buenas gentes.

Un último rayo del día deslizábase sobre el suelo. Ana apagó la lámpara, dirigióse hacia la enorme cama cuyas baldas sábanas se destacaban suavemente en la sombra, y comenzó a desnudarse con lentitud.

De pronto se arrepintió y volvió a ponerse la ropa que se había sacado. Abrió un armario, revolvió en él y extrajo una capa, que se echó sobre los hombros. Cinco minutos después, dejando el camino, hallóse en pleno arenal.

Diríase que esa tarde no acababa de llegar la noche. Hacia Occidente, a ras del suelo, una faja de un rojo incandescente indicaba el sitio por donde el sol se había ocultado hacia casi dos horas.

Ana avanzó a través de los pinos. Cuando sus copas se separaban por encima de su cabeza, veía a través del profundo agujero las estrellas, poco numerosas, pero de un azul cuya limpidez centelleante turbaba el espíritu y provocaba el deseo de sentarse y quedarse allí contemplándolas.

Pronto se proyectó sobre el cielo el macizo de plátanos de la *Pelouse*. Ana vivió el paso. La *Pelouse* tenía dos entradas: una en la carretera de Castex, al Oeste; otra, al Este, abría sobre la llanura. Esta fue la que de pronto apareció ante la señorita de la Ferté.

Dudó. ¿La franquearía? Desde hacía ocho años, cuando sabía que la finca estaba desierta, había pasado muchas veces por delante de ella y había visto su picaporte oxidado, sin que ni por un instante se le ocurriera la idea de levantarla. Y he aquí que esa noche, cuando

sabía que la *Pelouse* estaba habitada, y por quien, por su mayor enemiga, puso su mano sobre él.

Giró con trabajo, con un ruido semejante a un sollozo. Ana detúvose temblorosa. Pero ni el más leve ruido oíase en el silencio de la noche. Sólo el monótono chirrido de los grillos salía de la tenebrosa maleza.

No tuvo más que empujar la verja. Oyó el crujido de la arena amontonada desde hacía largo tiempo junto al barrote de hierro inferior.

A unos doscientos metros, al final de un pasaje de manzanos que formaban túnel, lucía una ventana: era la casa.

Ana no siguió esta avenida, que era uno de los pasos habituales de la finca. ¡Cuántas veces la había recorrido con Jaime cuando iba a acompañarla a la *Croix*! Pero a la derecha había un campo sembrado de espárgaos, cuyos tallos, de un verde blanquecino, brillaban suavemente en medio de la pálida oscuridad. Penetró en ese campo. En la tierra blanda, sus pasos no se oían. Desde el campo de Jaime estaban las trampas de mimbre para cazar pájaros. Es necesario volver a pasar por los mismos sitios, para que ciertos detalles reaparezcan... Ana dijo en su mente, con sorpresa, que no sabía desde cuándo habían huído éstos de su memoria. Iba encontrando otros que la distrajeran, haciéndole olvidar la locura que era, a tales horas y en tales circunstancias, dirigirse hacia la casa. Atenta a los más mínimos incidentes de su paseo, olvidaba su objeto. Además, ese objeto, en su espíritu, no era todavía completamente vago. ¿Sabía acaso, lo que venía a buscar en las sombras de la *Pelouse*? Iba hacia allí y nada más.

Llegó al final del campo. Habiendo acortado el paso instintivamente, recordó que era debido a que había allí un alambre destinado a impedir el paso a las vacas que eran llevadas a pastar. ¡Un detalle más que había olvidado! Con su mano extendida hacia adelante, no tardó en encontrar el alambre a la altura que debía estar. Pasó por debajo.

La casa estaba ya encima.

Por dos veces, descendieron de la zona luminosa proyectada por la ventana, dio la vuelta a la casa. Hubiérase dicho que era un pájaro nocturno girando con circunspección en torno de una linterna encendida.

Por último, la señorita de la Ferté detúvose delante de la ventana.

X

Antes de proseguir conviene que describamos un plano tan exacto como sea posible de la quinta de la *Pelouse*. Esta quinta era más bien un solo pabellón. Una planta baja elevada al respecto al nivel del suelo, a la que daban acceso dos escalinatas de piedra. Nada de primer piso. Un simple granero, en el que, en tiempos de Jaime, guardábanse los juegos de jardín, y en el cual se habían abarhuidado dos habitaciones para los sirvientes.

La planta baja estaba atravesada de una a otra escalera por un corredor. En este corredor abríanse las cuatro puertas de las cuatro habitaciones.

Las dos primeras, que daban sobre la carretera de Castex, eran las alcobas. Las otras dos, que correspondían a la llanura — del lado por el que llegaba la señorita de la Ferté — eran, una, la cocina, y otra una pieza que servía al mismo tiempo de salón y de comedor.

La ventana de la cocina no estaba iluminada. Era tarde. La cocinera había subido a acostarse hacía tiempo. Sólo la ventana del comedor, abierta a la cual se había detenido Ana, dejaba ver luz. Si las contraventanas hubieran estado cerradas, como eran macizas, Ana no hubiese podido ver nada. Pero estaban abiertas.

Vió, por tanto, subida en un banco de madera, colocado a cinco o seis metros, fuera del

alcance de la luz; y como conocía todos los detalles de la habitación, concentró su mirada por completo en las dos personas que se hallaban en ella.

Una estaba de pie, el hombre. Ana lo veía de frente. Fumaba un cigarro. La señorita de la Ferté notó con pesar la nobleza de su cara afeitada. Hubiera deseado hallar en este desconocido un primer aspecto menos agradable.

De la otra persona, de la mujer, que, sentada, le daba la espalda, no veía más que una especie de toca que, colocada sobre la cabeza, extendiéndose sobre el respaldo de la butaca. Mirando con mayor atención, la señorita de la Ferté pudo reconocer que lo que había tomado por una toca no era otra cosa que la cabellera, suelta y flotante sobre sus hombros, de la señora de Saint-Selve. Turbación de la noche. Misterio angustioso de las mil voces imperceptibles fundidas en el gran silencio. Este silencio quebróse de pronto. Un traqueteo nació allí lejos, aumentó, disminuyó, desapareció... El expreso, el expreso de Burdeos, que entraba a las diez en la estación de Dax.

Después, a través de los cristales de la ventana del comedor, Ana oyó dar las once. Hacía una hora que estaba allí.

Al fin su espera fue recompensada. Vió salir del comedor al compañero de la mujer de los cabellos sueltos. Una raya luminosa dibujóse sobre el cerco de la ventana de la habitación de la izquierda. En ella se había prendido una lámpara.

El hombre reapareció en el umbral. Ana lo vió ayudar a la señora de Saint-Selve a levantarse. Ella salió apoyada en su brazo, sin volver la cara. La señorita de la Ferté siguió inmóvil.

El hombre volvió solo. Apagó la lámpara del comedor. Los cristales se convirtieron en negros. Entonces Ana, descendiendo con presteza del banco, dio la vuelta a la casa y colocóse delante de la fachada oriental, en el sitio desde donde podía ver las ventanas de las dos habitaciones.

Únicamente la pieza de la izquierda seguía iluminada.

Al cabo de una hora, durante la cual el corazón de la muchacha no dejó de latir con suma violencia, apagóse la luz.

Por lo se encendió en la habitación de la derecha.

XI

A las diez menos cuarto de la mañana siguiente, María llamó en la habitación de la señorita de la Ferté.

—El señor abate Vergez está ahí, señorita.

—Se ha adelantado — dijo Ana —. Que aguardé.

Cuando pasaron cinco minutos bajó. Tomó deparado su café con leche en el comedor. El reloj del salón daba las diez cuando entró en él.

A la primera mirada notó que el cura estaba cobhibido.

—Séntese, se lo ruego, señor cura.

Esté tenia en la mano el paraguas. Ana se lo puso en el paraguero.

—¿En qué puedo servirle? — le preguntó, arreglado al mismo tiempo unas flores.

—Señorita, el Corpus está próximo. Este año la procesión será más brillante que los anteriores. Tengo que vestir de ángeles más de cuarenta niños, y pensé...

Se encontró cortado. La señorita de la Ferté no acudió en su ayuda.

—Y pensé — logró continuar — en que acaso consistiese en ayudarme a hacer los vestidos...

No es posible contar conmigo, señor cura.

La Obra de los Tabernáculos absorbe todo mi tiempo. Le prometí al señor abate Lafitte darle, antes de fin de mes, dos casullas en las cuales me preparo a trabajar. Como ve, no están muy adelantadas.

—Perdóneme — murmuró el abate Vergez —.

Había creído... Estoy verdaderamente desolado.

—También yo estoy desolada, señor cura. Y añado:

—Tendría mucho placer si de algún otro modo pudiese...

Arrastraba las palabras deliberadamente. Por último, como él no se decidía a hablar:

—¿Por qué? — preguntó — todo lo que tenía que pedirme?

—El abate Vergez revolvióse en su butaca, buscando una postura. Se veía que le molestaba haber abandonado el paraguas.

—Todo, sí, señorita. No. Es decir...

—Le ruego que hable, señor cura — dijo Ana con ligero acento de impaciencia.

—Pues bien, señorita... Pero permítame primero que enojarme conmigo.

—Enojarme, señor cura?

—Sí; que no diga que me mezclo en lo que no me concierne.

—¡Dios mío! — exclamó Ana con provocativa sonrisa.

—Pues bien, señorita — repitió el desdichado abate —. Sabé, sin duda, que la señora de la Ferté — Saint-Selve está actualmente en la *Pelouse*?

—Lo sé, en efecto — dijo la señorita de la Ferté, impassible.

—Desde hace diez días; está desde hace diez días. Va a estar mucho tiempo. Está enferma. Los médicos esperan que el aire de los pinos le hará bien.

—Así lo deseo.

—Ha venido a verme — continuó el abate Vergez —. Me dijo que era procesante, pero quería, sin embargo, hacer el mayor bien posible a los pobres de una parroquia de la que su esposo le había hablado muchas veces y a la que tanto amaba.

—Medios tiene para ello — dijo la señorita de la Ferté. Pero no debe disminuir el mérito de la intención. Y esté seguro, señor cura, de que, en lo que a mí concierne, estoy encantada de verlo aquí.

El cura la miró con expresión suplicante. Ella fue despidiéndola.

—Le confieso, sin embargo, que no alcanzo a comprender la relación de la visita que le ha hecho esa señora con...

—Señorita — interrumpió el abate casi lastimeramente —, me ha hablado de usted.

—¡Ah! — exclamó en un tono seco la señorita de la Ferté.

—De me ha hablado de usted.

—Me mí, señor cura? Verdaderamente me sorprende. ¿Qué pudo decirle? Yo no la conozco.

—Precisamente. Ella tiene grandes deseos de conocerla a usted.

La lluvia, que caía desde por la mañana, aumentó en violencia. Gotas de agua empujadas por el viento comenzaron a entrar en el salón. Ana levantóse y cerró la ventana.

El abate Vergez la observaba con ansiedad.

—¿Conocerme, señor cura? Ya sabe que no visito a nadie.

—Eso es lo que yo le dije, señorita. Pero parece que no le importó.

—Ex, sin duda, muy amable; pero, además, yo debo...

Estas palabras fueron acompañadas de una sonrisa sobre el sentido de la cual el abate se equivocó. Creyó en el éxito de su misión.

—¡Ah!, señorita, sé muy bien lo que me va a objetar. Créame que no he dejado de decir yo mismo a la señora de Saint-Selve...

—¡Eh! — interrumpió Ana con un acento glacial.

—Pues que, en otro tiempo, usted y Jaime habían sido...

—Se equivocó, señor cura. No pensaba en ese detalle. Estoy segura de que la señora de Saint-Selve le conocía cuando le pidió que me viera.

—¿Entonces? —preguntó el cura con azoramiento.

—Señor cura, —contestó Ana, dulcificando mucho la voz, —¿sabe el nombre de ese caballero de alguna edad, que vive actualmente en la Pelouse con la señora de Saint-Selve?

El abate Vergez se puso de color escarlata. —¿¿¿¿¿? —dijo. —¿¿¿¿¿? —balbuceó. —Este es el nombre con el que me lo ha presentado.

—¡Ah! —exclamó la señorita de la Ferté, —¿la acompañó en la visita?

—Sí —contestó el cura.

—¿Quién es?

—Un pariente, según creo.

Lo deso por sus pobres, señor cura —dijo Ana con voz cantante.

El abate Vergez se incorporó.

—Señorita —dijo, tratando de encontrar un poco de energía—, creo comprenderla... Pero permítame decirle que he hablado con ese caballero, quien me pareció digno de estimación, que su edad, en fin...

Ana tuvo un gesto de burla. El cura la miró con dolorosa sorpresa. Había desaparecido su color encendido. Se tornó pálido.

—Señorita —dijo—, es cierto que yo he pensado también en mis pobres.

Al mismo tiempo se levantó.

Ana lo obligó a volver a sentarse.

—No tiene que justificarse, señor cura —le dijo—. En lo que concierne a mí, ha obrado bien, sin duda alguna. Pero admitirá que mi conducta está impuesta por otras consideraciones.

—¿Rechusa, entonces?

—Ana hizo un ademán de pesar.

—¿Qué debo decir yo? —preguntó el abate.

—La verdad —replicó ella—. Ya sabe que no veo a nadie.

Y se levantó. Maquinalmente la imitó él, y tenía un aire tan abatido, que Ana tuvo listos.

—¿¿¿¿¿? —estiró a dos de sus niñas para el Corpus, señor cura —le dijo.

—El la miró como si no la comprendiese. Había echado mano del primer pretexto que se le ocurrió, y ya no se acordaba.

La visita del abate Vergez a la Croux tuvo lugar un martes, en los tres días siguientes, la señorita de la Ferté ni una sola vez fué hacia el lado de la Pelouse. Y, sin embargo, no estuvo en su casa casi en ningún momento.

Salía por la mañana, volvía para almorzar, salía otra vez hacia la una y permanecía ausente hasta el anochecer. Al mediodía preguntaba si había ido al castaño. María, siempre con sorpresa, el castaño? Por qué había de ir? Hacía mucho tiempo que no iba ya.

La posesión de la Croux, emplazada en el fondo de una depresión cubierta de bosque, estaba rodeada casi por todas partes de estanques, de arenales, de pantanos. Durante algunos días pareció que la señorita de la Ferté tenía empeño en pasar revista a toda la finca, como si estuviera llamada en breve a hacer en ella los honores a algún misterioso visitante. Volaba entre los pinos, deteníase largo tiempo ante las aguas muertas. Los pastores veían desde lejos su negra silueta parada en la orilla de un estanque. La señorita de la Ferté se inclinaba sobre aquella extraña flora de los pantanos, nacida en el agua y que la ocultaba. Alrededor de ella, el minúsculo mundo acuático, alterado con su llegada, reemprendía libremente sus idas y venidas. Las ranas, que se habían zambullido, se paraban una a una. Saltaban a mitad verdes y a mitad blancas, corrían el agua aquí y allí. Sus ojos, ribeteados de oro, no dejaban de mirar a la joven. Viendo que ésta no se movía, alzaban poco a poco, avizorando con sus delgadas patas, sobre los liles tapizados de nenúfares. Los peces, más

prudentes aún, se arriesgaban a salir de sus fangosos escondites. Primero esos pequeños y completamente blancos, que en las landas se llamaban *aubours*; después otros más ventruídos, llamados *algueciles* porque tienen alas bermejas, y, por último, las tencas, con sus bellas escamas de cobre rojo. A veces, escuchando el fondo del agua, Ana descubría el lomo verde oscuro de una perca, rayado de negro como el lomo de un tigre.

Allí donde estaba despejada de toda vegetación la superficie del estanque, iban y venían, tejidos sus tramas imaginarias, esas arañas de agua de las que los enamorados de los lagos han contemplado muchas veces las febriles contrandanzas. Inmensas libélulas hacían encorvarse, al posarse en ellas, las flores de los juncos. Y a veces, abatiéndose desde la cima del bosque cercano, dos tórtolas iban a posarse, arrullándose, en la orilla opuesta del estanque. No necesitaba más de media hora la señorita de la Ferté para terminar con la mala inteligencia que separa al hombre de los animales.

Llegaba la noche. Enormes burbujas, que se dirían producidas por la respiración de invisibles monstruos, subían a romperse en la superficie del estanque. Parecía que aquellos va-

llevaba un delgado hilo de agua. Gruesas piedras obstruían su lecho, de modo que se podía pasar en cualquier estación sin mojarse los pies. Iba a posar la planta, ayudada por las ramas de los castaños, en la segunda orilla, luego de haber bajado la primera, cuando, no lejos de ella, le pareció oír un ruido. Se detuvo y permaneció inmóvil.

Su espera pronto le vió recompensada. El ruido se precisó: un ruido de pasos. Alguien avanzaba por la angosta senda que seguía a lo largo del ribazo, entre los castaños, en la cresta formada por el borde de la pradera y el lecho del arroyo. Ana soltó las ramas que le habían servido para su subida, y que recuperaron, estrechecidas, su posición, y adosó su cuerpo al tallo de tal modo, que podía pasarse a su lado por la senda sin descubrir su presencia a menos de un metro.

Muy pronto, a través de las hojas, Ana vió una silueta blanca que venía hacia ella. Un repentino temblor se apoderó de la señorita de la Ferté, pero cesó en el instante en que tuvo la certidumbre de que quien iba a pasar era la señora de Saint-Selve.

Ella avanzaba sin apresurarse, separando las ramas que le estorbaban, dejando de cuando en cuando al arroyo, sin duda para recoger una flor, y volviendo después a subir al sendero. Una o dos veces se detuvo, y Ana temió que, ante la mañana de arbustos, volviéndose sobre sus pasos... Pero rememorando su marcha, acordaba cada vez más la distancia que la separaba del sitio del camino, al borde del cual estaba Ana incrustada. Iba a llegar a él, a rebasarlo.

Entonces la señorita de la Ferté, con un brusco movimiento, agarró la rama de castaño detrás de la cual estaba escondida, y llevándola hacia sí, surgió de pronto sobre el sendero.

No fué muy grande la sorpresa que le causó a Galswinthe la repentina aparición. Acaso, cuando provocarla, la esperaba. Lo cierto es que se detuvo y, mirando a Ana, sonreía.

Fué la señorita de la Ferté la que quedó más desconcertada. Esperaba, sin duda, un grito de sorpresa, una exclamación, algo, en fin, que le hubiese permitido adquirir inmediatamente dominio sobre su adversario, y encontró, en vez de turbación, una sonrisa y unos ojos curiosos, casi con ternura en la mirada. El brazo izquierdo de Galswinthe, doblado, apretaba los largos tallos de las plantas color malva que acababa de asir. Su mano derecha, como la de Ana, sostenía la rama de un castaño, que había separado también para abrirse paso. A menos de un metro, Ana veía la linda cara que en vano había tratado de ver de noche por la ventana del comedor de la Pelouse. Un collar de coral rodeaba el cuello de Galswinthe. Los gruesos granos, en forma de pera, estaban montados sobre varillas de oro. La señorita de la Ferté percibía estos menudos detalles con tanta mayor claridad cuanto que tenía baja la vista para no encontrar la enervante mirada de la señora de Saint-Selve. De este modo veía la garganta de su enemiga entre las puntas de la corbata anudada muy floja. Se estremeció. Una ola de odio inundó su corazón. Durante un instante creyó que se iba a caer de pie. Recordó alguna fuerza apretando más fuerte la rama del castaño, y dijo con sorda voz:

—Ésta usted en mi propiedad.

Y con los ojos fijos en los pies de Galswinthe, esperó el resultado de un desahucio, cuyo carácter infantil no debía pasar inadvertido.

Galswinthe no contestó. Ana, sorprendida, levantó los ojos. La señora de Saint-Selve seguía allí, en el mismo sitio, como si no hubiese oído nada.

Un sentimiento de rabia apoderóse de la señorita de la Ferté.

—Ésta usted en mi propiedad —repitió con dureza.

Esa vez, Galswinthe decidióse a hablar.

—Verdaderamente, lo ignoraba —dijo con



**PERCHA
"ESSENTIAL"**

Para conservar mejor la ropa. Indispensable en todo dormitorio. Precio excepcional... \$ 35.—

Remitimos contra giro

Muebles Barzi

Fábrica fundada en el año 1904

RIVADAVIA 2201

poros verdosos, de una gracia tan prodigiosa, se animaban con vida propia. Junto a la perca, siempre inmóvil, conglomerados de plantas, líquenes podridos, musgos a la deriva flotaban entre dos aguas. Después, esas aguas, en la nocturna noche, perdían su transparencia. Los peces hacíanse más raros. Se oían tenues ruidos de algo que se zambullía. Eran las ranas que, una a una, con la máxima discreción posible, retornaban a sus acuáticas guardias.

Más tarde, al intensificarse las sombras, eran los nenúfares los que desaparecían, y por último, el estanque mismo. Cuando la señorita de la Ferté, que se había levantado, se volvió para mirarle una vez más, parecía haber sido sustituido por una inmensa cesta, de la que surgían grandes copos de blanco algodón. En menos de cinco minutos la niebla se había levantado y lo había cubierto completamente.

El silbido por la mañana, la señorita de la Ferté, según costumbre de esos últimos días, salió temprano. Poco faltaba para mediodía cuando comprendió el retorno hacia la Croux.

La casa tenía, al sur, un jardín de doscientos o trescientos metros de longitud. Este jardín, mal cuidado, terminaba en una pradera en pendiente, atravesada por un arroyo, a orillas del cual crecían plantas silvestres. El arroyo, con su profundo lecho, en algunos sitios, de cuatro o cinco metros, tenía un lecho pedregoso. Servía de deslinde de la finca. Una doble fila de tiernos castaños, muy espesos, entre los que corría como bajo un túnel, impedía descubrir su presencia.

Ana lo atravesó para entrar en su casa. Sólo

una dulce y extraña voz, que se apoyaba sobre la última sílaba de las palabras:— Pero puesto que es así, me alegro.

En el tono enjulado no había ni sombra de ironía; pero la señorita de la Férté creyó percibir en la frase. Se tornó livida. ¡Ah! Humillarla allí, forcing aquella conversación instantánea y provocada y para la que se sentía sin fuerzas aquella noche. Ahora bien, ¿no era la mayor y más cómoda insolencia volver la espalda a su rival?

Y esto fue lo que hizo, soltando con nervioso ademán la rama de castaño a la que estaba agarrada.

A ese ademán siguió, casi instantáneamente, un grito, y en seguida, un prolongado gemido. La rama que Ana soltó, erizada de cortantes retonos, fué a herir con violencia la frente de Galswinthe. Sorprendida, ésta hizo el movimiento precisamente contrario al que debía hacer. Soltó también la rama que tenía asida con una mano mientras en la otra retenía su ramo de flores silvestres. De ese modo, empujada por el golpe, trastabilló, no tuvo tiempo de agarrarse a los castaños y rodó por el pendón del talud hasta el facho de piedras del arroyo.

‘Su gemido, cuando terminó de caer, había sido precedido por el grito de la señorita de la Férté, que acudió en seguida al lado de la caída.

—¡Dios mío! ¡Se ha hecho daño!

Y mientras le limpiaba la frente llena de sangre, repetía:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Se ha hecho daño!

—¿Todavía el orgullo, en este destaste de su amor propio, no le dejaba decir: “Le he hecho daño”?

Por toda respuesta, Galswinthe dejó caer la cabeza, con todo su peso, sobre el hombro de la señorita de la Férté.

Ana sintió deseos de sustraerse a ese abandono, apoyando sobre el talud el hermoso cuerpo que le quemaba el hombro. Pero temió que tal movimiento fuese interpretado como una confesión de debilidad, y se incorporó.

—¿Sufré? ¿Qué le duele?— preguntó.

La señora de Saint-Selve indicó con una mirada el tobillo izquierdo.

—Se habrá, por ventura, dislocado el pie?

—Tal vez—dijo Galswinthe.

Su cabeza apoyóse así con más fuerza contra el cuello de la señorita de la Férté. Ana volvió la cara, pidiendo con los ojos al mundo exterior un pretexto cualquiera que viniera en su socorro en tan extraña situación.

—¡Ah!—exclamó—. Su collar se ha roto.

Así era, en efecto. Galswinthe había roto, en su caída, dos de los hilos que sujetaban los cordones a su collar de coral.

—No es tiene importancia—repuso.

—Estoy viendo las cuentas que faltan—dijo Ana.

Las recogió el arroyo, en el que habían caído, y con el movimiento que hizo para ello, logró desmenuzarse de su dulce cara. Ahora estaba de pie delante de Galswinthe, que seguía del mismo modo, de aquel modo que llenaba a Ana, tan serena de ordinario, de las más misteriosas confusiones.

Le pareció que todo era preferible a aquel silencio, y lo rompió preguntando:

—¿Puede caminar?

Galswinthe intentó levantarse. Con una dolorosa sonrisa indicó que no podía.

—¡Mi casa está muy cerca—dijo Ana, con los ojos encendidos para ver los ojos de Galswinthe—. Pero yo no tengo fuerza bastante para llevarla. Voy a buscar ayuda, ¿quiere?

—Como guste; pero mejor quisiera que se quedara conmigo. Esto acabará por pasar.

—¡Ah!—exclamó Ana con un grito de consuelo—. Alguien viene.

Era un campesino. Había oído hablar en el

arroyo, e inclinó su cabeza por encima de la cerca. Estaba allí, quieto, dudando si debía quedarse o marchar.

—¡Julán!—llamó Ana—, venga.

El aldeano llegó hasta ella. Era fuerte, y sin trabajo tomó en sus brazos a la señora de Saint-Selve. Pronto se encontraron los tres en la pradera.

—¿Podrá andar apoyándose en nosotros?—preguntó Ana—. ¿O prefiero que la lleve Julián hasta la Croust?

Y explicó:

—La Croust es mi casa.

—Y a sé lo que es la Croust—replicó Galswinthe dulcemente.

Después agregó:

—Creo que podré caminar.

Y, en efecto, pudo andar apoyándose con el brazo derecho en el de Julián y pasando el izquierdo alrededor del cuello de la señorita de la Férté.

Cuando estuvo tendida sobre el canapé de repa verde del salón, la señora de Saint-Selve tuvo un ligero temblor; no pudo dejar de preguntarse:

—¿Pasa usted aquí todo el año?

Aun tratándose de dos personas tan distintas como Galswinthe y la aldeana Isabelina, esa pregunta era siempre la primera que provocaba la Croust.

A la luz que penetraba por las ventanas, parecía abrirse el salón sobre un paisaje submarino, entre azulado y verdoso. La casa, emplazada en una depresión, estaba dominada por todos lados por el bosque. Algunas veces, durante la noche, un ruido sordo despertaba a los habitantes de la Croust. Era que la raíz de un árbol había hecho saltar alguna de las tablas del *parquet* del salón, colocado sobre la tierra.

Ana fijó con insistencia una mirada en su interior, como que ya no temblaba.

—Sí, aquí permanezco todo el año—contestó marcando cada una de sus palabras con cruel dureza.

Pero Galswinthe, tomándose una mano y apretándola sobre su corazón halló el medio de salvar aquel mal momento de un modo que produjo una gran confusión a la señorita de la Férté.

—Se equivocó ligeramente.

—Voy a enviar noticias de su accidente a la Pelouse—dijo.

—Si tiene la bondad...—respondió Galswinthe.

Y añadió a media voz:

—¿Tantos deseos tiene de que me vaya en seguida?

Ana no contestó. Miró a María, que estaba de rodillas, en actitud de descalzar a la señora de Saint-Selve.

Al sacarle la media, el tobillo izquierdo apareció más hinchado de lo que Ana en algún momento había creído. Era indudable que Galswinthe debía sufrir, y también lo era que tenía más entereza de la que podría suponerse a primera vista en aquel ser tan indolente.

Ana puso darse perfecta cuenta. Tomó entre sus manos la delicada pierna, apenas deformada, y la apretó, quizá con más fuerza de lo conveniente. Al mismo tiempo miró a Galswinthe. Esta palideció un poco, pero sin dejar de sonreír.

—¿Le duele?—preguntó Ana.

—Sí, es cierto que me duele—contestó Galswinthe—. Pero me parece que me ha hecho bien.

En ese momento oyóse ruido. Llamaron a la puerta. Un hombre irrumpió en el salón.

La señorita de la Férté, que lo había reconocido, levantóse bruscamente. Ni su turbación, ni el estar atenta a disimularla, impidieron que se diera cuenta de que esta repentina irrupción provocó en Galswinthe un imperceptible movimiento de contrariedad.

—¡Sir Thomas!—exclamó—. ¿Cómo ha podido saber ya?...
300

Sir Thomas hablase precipitado hacia la señora de Saint-Selve y le había asido una mano. Hablaba con volubilidad. Todo revelaba en él angustia.

Galswinthe, siempre sonriente, le hizo señas de que se calmase.

—No es nada—dijo en francés mientras él continuaba lanzando precipitadamente exclamaciones inglesas—, absolutamente nada, sir Thomas. Una pequeña torcedura, cuando más. Nada, le digo... Y en todo caso, nada que le pueda dispensar de...

Al decir esto, le señalaba a Ana, muda y de pie en un ángulo del salón. Sir Thomas levantóse y saludó confuso.

—Permítame presentarle a sir Thomas Kennedy—dijo Galswinthe—. La señorita de la Férté—añadió a continuación—, cuyos huéspedes somos, y que acudió en mi socorro cuando me ocurrió este tocido accidente.

La verdad, como se ve, sufría con el modo de contar la historia de Galswinthe del mismo mal que ella, el pie de esta. Pero Ana no podía protestar, y aun cuando lo hubiera intentado, no le hubiesen dado lugar a hacerlo las muestras de agradecimiento de sir Thomas.

—¡Ah, señorita!—exclamó ya en francés—. ¡Cuántas excusas y cuánto agradecimiento le debo! Le pido perdón; he llamado, y no esperé a que me mandasen entrar.

Y continuaba, sin prestar atención—tan grande era la emoción que lo dominaba—al semblante frío y casi áspero de la muchacha. Estrechó las manos a la señorita de la Férté, y ésta calculó, con algo de inexorable rencor, qué enorme cantidad de pasión implicaba tan grande turbación en un hombre que aparentemente se poco expansivo. Ella miraba sus cabellos blancos, sus dedos agitados por un temblor... Y todo esto ocurría en su salón, en el salón al que un día había llegado Larralde a decirle que podía renunciar para siempre a llamarse la señora de Saint-Selve. Y la otra señora de Saint-Selve, la verdadera, estaba ahora allí, con el pie descalzo. ¡Y este sir Thomas, que no dejaba de hablar!

—Yo empezaba a estar intranquilo, ¡Las doce y media! A esa hora, Galswinthe..., la señora de Saint-Selve, está siempre de vuelta. Sabía que viniera para este lado. Vine de prisa. Dios quiso que encontrara a un campesino, no era precisamente el que le ayudó, señorita, a traerla aquí. Pero no puedo decirme otra cosa sino que estaba herida. Entonces eché a correr, y me permití... Una vez más, señorita, le doy todas mis excusas, y está segura...

No encontrando más palabras, besó las manos de la señorita de la Férté.

—Sir Thomas—dijo Galswinthe, que no perdía un instante de lo que pasaba en la cara de la muchacha—, cálmese; se lo ruego. Le repito que no es nada.

—¡Nada—dijo—, nada! Estoy seguro de que en dos días no podrá andar. Afortunadamente, el médico viene esta tarde a casa sobre las tres. Es preciso que busquemos el medio de llevarla.

Galswinthe iba a hablar, tal vez a significar alguna objeción; pero Ana no le dio tiempo.

—Hay—dijo—(era la primera vez que hablaba delante de sir Thomas, y su voz era vibrante—, en la Pelouse dos coches, uno para engancharse a la otra del que tira un asno. Este último es el que debe venir a buscarla. El otro no puede rodar por el camino a causa de la arena. Además, el jardinero de la Pelouse está al corriente de todo. Bastará decirle que es para venir a la Croust.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con menos seguridad; veía a Galswinthe, que, en tanto ella daba esos detalles, no había dejado de mirarla sonriendo.

—No sé cómo que fuera tan rica en carroajes—dijo la señora de Saint-Selve.

—Entonces—habló sir Thomas, que había

permaneciendo en absoluto extraño a esa pequeña escena—hay que avisar al jardinero de la Pelouse. ¿Puedo pedirle, señorita, que colme sus bondades?...
—No, sir Thomas, no—interrumpió Galswinthe—. La señorita de la Ferté sólo tiene a su servicio, según creo, mujeres. Es natural que su usted quien vuelva a casa. Volverá con el cochecito.

—Pero...—quiso él objetar.

La señora de Saint-Selve indicó con un gesto que ése era su deseo y que esperaba verse complacida.

—¡Bien—exclamó sir Thomas, sonriendo—; puesto que se me echa, me voy. Pero le advierto que voy a correr y que dentro de media hora estaré aquí.

Apenas hubo salido, se volvió Galswinthe hacia Ana, que en un extremo del salón permanecía de pie y callada.

—¿Me oía?—le preguntó.

—¿Odíala?—
—Sí, veo que me odia. ¿Es acaso por haber forzado así su puerta? Pero ya ve que no fue mía toda la culpa. Además, esto—y enseñaba su pie vendado—no hizo más que adelantar los acontecimientos, que de todas suertes hubieran ocurrido. Yo deseaba conocerla y rogué al cura de San Pablo que le pidiera permiso para venir a verla. No se ha apresurado a cumplir mi encargo.

La señora de la Ferté no contestó.

Por la puerta abierta del comedor veíase la mesa puesta con un solo cubierto. La señora de Saint-Selve se dio cuenta de ello.

—¡Dios mío!—exclamó—. ¡Y yo que le he invitado a almorzar! Debe maldecirme. Ana tuvo un gesto amargo.

—Sí, sí. Pero no quiero hacerle esperar más. Le haré compañía mientras almuerza. Ayúdeme, se lo suplico.

Hizo ademán de levantarse. Ana, a su pesar, tuvo que obedecerla. Galswinthe, apoyada en su brazo, pasó al comedor y sentóse en una butaca, junto a la mesa.

La señorita de la Ferté también sentóse y noquinalmente desdobló su servilleta. Su orgullo padecía cruelmente. Sin saber en qué consistiría su comida, sabía, sin embargo, que sería pobre. En efecto, lo era; un huevo, espinacas cocidas y queso.

Galswinthe miraba con sonriente simpatía a la vieja María poner sobre el mantel estos frugales platos.

—¿Si no me atreviera...—dijo la señora de Saint-Selve.

La señorita de la Ferté no comprendió o fingió no comprender.

—¿Si yo me atreviera...—repitió Galswinthe, Y agregó sonriendo:

—Tengo hambre.

—Perdóneme. María, ponga otro cubierto.

Miró a Galswinthe y le dio con un tono de voz más dulce:

—Es una imprudencia, tal vez, lo que hace. Sería mejor que esperase y almorzara en la Pelouse.

Galswinthe no contestó, pero agarró, estrechándole, la mano de Ana.

Aprovechándose de la circunstancia de que María tenía ocupadas las manos, el viejo perro de Jaime entró en el comedor y fue a apoyarse su cabeza en la rodilla de la señora de Saint-Selve. María quiso echarle; pero Galswinthe le suplicó:

—Déjelo, déjelo—y dirigiéndose a Ana, le preguntó—: Es Pyram, ¿verdad?

Esta contestó con un gesto afirmativo.

Galswinthe acarició la cabeza del perro, que la miraba con ojos apagados, y le dio un trozo de pan, que él comió.

—Tiene quince años, ¿no es eso?

—¡Correcto—contestó Ana.

—¡Cárcore...—repitió Galswinthe.

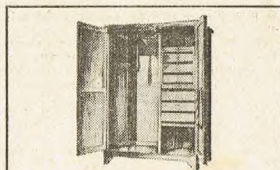
Y guardó silencio. Su pensamiento caminaba a través del tiempo, recordando fechas...

—¿Si—murmuró—, sí—Y sin transición alguna—. Yo tengo treinta y dos, y usted debe tener veintiocho.

No se cambiaron más palabras hasta la llegada de sir Thomas, que coincidió con la terminación del almuerzo.

En cuanto se marcharon sus visitantes, la señorita de la Ferté subió a su habitación y se puso a escribir una carta en la que trataba de explicar al abate Vergez, las razones por las que, cambiando de criterio, consentía en ver a la señora de Saint-Selve, pero que rompió sin concluir. El tiempo era hernoso; tenía ganas de pasear por el campo, y más prudente que escribirle era hacerle una visita al abate Vergez; porque ¡qué necesidad tenía de dejar en manos de él una prueba de sus fluctuaciones!

Para ir más de prisa, salió sin llevar a Pyram. No estaba descontenta de sí misma: todo había pasado a medida de su deseo y según el plan que de antemano hubiera podido trazarse. Ponia, sin embargo, un grano de amargura en su alegría el pensamiento de que Galswinthe tenía derecho a suponerse victoriosa... Al final se vería de quién era la victoria; y mien-



ROPERO "ESSENTIAL"

Medida mt. 1.05 de frente, \$ 195.—

Muebles Barzi

Fábrica fundada en el año 1864

RIVADAVIA 2201

tras así pensaba, siguiendo a lo largo de las empalizadas, con una varita de avellano tronchido de un golpe seco los temblorosos tallos de una planta de menta.

No estuvo de regreso en la Crouts hasta la hora justa de sentarse a la mesa. Sobre su servilleta encontró un paquetito atado con una cinta azul, y al preguntar con la mirada a la cocinera qué significaba aquello:

—Lo trajeron de la Pelouse—explicó María, con una acentuada sonrisa que parecía encerrar para su ama la promesa de una vida mejor en lo sucesivo, o al menos, venía a ser lo mismo, de una vida distinta.

Al desenvolver Ana el paquete encontróse con el collar que había visto al comenzar aquel día en la garganta de Galswinthe. Las tres cuentas cuyo hilo se rompió habían sido esmeradamente colocadas en su sitio, y acompañaba al collar una carta, en la que la señora de Saint-Selve había escrito:

"Para mi nueva amiga, este collar, del cual alguien que ya ha muerto sola decir que no sentiría bien más que a una morena."

Dejó el collar en el papel de seda que le envolvía y terminó de comer con toda prontitud.

Ya en su habitación, lo desenvolvió de nuevo y lo puso sobre la chimenea, al lado de la Hinopira. Entró después en la alcoba, y cuando volvió a salir llevaba puesto un vestido de seda azul pálido, el vestido que había llevado a Burdeos hacía ocho años, cuando sus esposales.

La imagen que vio reflejada en la luna del armario, sin duda no la satisfizo, porque con un gesto nervioso hizo deslizar el vestido hasta sus pies, y entonces colocó en su desnuda garganta el rojo collar.

XII

En los días sucesivos costó mucho trabajo a Galswinthe y a sir Thomas lograr con sus reiteradas instancias que Ana fuera a la Pelouse; pero no consiguieron que ni una sola vez se quedase a comer. Generalmente la acompañaban hasta la Crouts los dos.

Galswinthe ya estaba completamente restablecida del accidente del pie, ocurrido diez días antes, cuando una tarde, al levantarse Ana para despedirse, aquella, que se hallaba tendida en una meridiana, la retuvo, asiéndola de una mano.

—Me siento cansada—le dijo—. Perdóneme si dejo a sir Thomas sólo el cuidado de acompañarla.

—Puedo volver sola—contestó Ana con una sonrisa llena de aquella reserva que nunca la abandonaba.

—No, de ningún modo—intervino sir Thomas—; ¡no puedo permitir...

Y insistió tan torpe el modo de insistir, que Ana comprendió en seguida que aquella era una escena preparada para que el inglés pudiera hablarle a solas.

Al fin salieron los dos juntos, y en cuanto transpusieron la puerta que se abría sobre el arrenal, Ana procuró aumentar el embrazo de su acompañante, diciéndole:

—Vuelvas. No debe dejar sola a la señora de Saint-Selve. Me ha parecido que hoy no está tan bien como ayer.

Como si no hubiera oído estas últimas palabras, que en cualquier otro momento hubiesen absorbido toda su atención, continuó el caminando a su lado por el angosto sendero tapizado con las oscuras agujas de los pinos. El sol moría en el horizonte. Los pájaros guardaban en los árboles para dormir.

Como llegaban a divisar la Crouts sin que sir Thomas rompiera el silencio, Ana se preguntó a sí misma con alguna inquietud si no se habría engañado en sus sospechas.

Pero al llegar a la casa y tenderle la mano al mismo tiempo que le daba las gracias, él se quedó quieto, sin tomar la mano que se le tendía, y murmuró en voz baja y con acento de imploración:

—Tengo que hablarle.

Ana lo miró, y con perfecto acento de sorpresa, preguntó:

—¿Hablarle?

—Sí, tengo que hablarle; he llegado hasta aquí sin acabar de atreverme, como si fuera un niño. Perdóneme; pero es preciso que me escuche.

Y repitió una vez más:

—Tengo que hablarle.

La señorita de la Ferté le dio a entender con un gesto que estaba dispuesta a oírle; pero no le hizo indicación de entrar en la casa.

Al fin se decidió:

—¿Cómo encuentra usted a Galswinthe?

—¿A la señora de Saint-Selve? Muy bien. Si hace un momento le dije que me parecía hoy un poco fatigada, esta fatiga debe ser pasajera. Desde hace diez días que la conozco, su memoria es indudable. La tos, principalmente, parece...

Sir Thomas apoderóse de la mano de la joven, y con la emoción y la alegría pintada en los ojos, preguntó:

—¿Verdad que sí? ¿Verdad que sí?

Estrechó más fuertemente la mano de Ana cuando ésta quiso retirarla y le dijo:

—Es mejoría se la debe a usted.

—¿A mí? En verdad...
—Sí—afirmó él, exultando poco a poco—; ¡ya usted! Lo he visto claro. Antes de conocerla, todo en este país le desgraciada, hasta el punto de que llegué a temer que me

vería obligado a interrumpir la estada aquí, de la que depende su vida, y llevarla, buscar otra cosa. Ahora, en cambio, estoy tranquilo. Es decir, estoy convencido de que con la ayuda de usted vivirá...

Su voz quedó rota.
—Dígame, prométeme que no le faltará esa ayuda, sobre todo...

Un sollozo le impidió concluir la frase.
—Sobre todo ahora?— preguntó Ana.
—Sí— contestó en voz baja;— ahora que me marcho.

La señorita de la Ferté a duras penas pudo ocultar un estremecimiento. Lo logró, y al hablar, sólo la sorpresa aparecía en la modulación de su voz.

—Se marcha? ¿La deja sola?

El bajó la cabeza.
—Es preciso.

El silencio de Ana le hizo creer que envolvía una censura.

—¡Ah!— exclamó—. ¡Si supiese!...

Tan intensa era su turbación, que durante un momento la muchacha creyó que iba a hablar, a decirlo todo... Su esperanza no se realizó.

—Se limitó a decir:
—Si supiese usted!... Hay cosas que no puede comprender, cosas que yo no puedo decir.

—Señor, no pregunto nada.
—Dios mío! He aquí que la ofendo, a usted, de quien todo lo espero; a usted, por quien... ¡Joy desgraciado!

—¿Hay desgraciado diez años. No hay nada más desgraciado que el dolor, los sollozos de un hombre. Ana parecía conmovida.
—No necesito conocer— dijo— las cosas a que usted alude para velar lo mejor que pueda por la señora de Saint-Selve durante su ausencia, una ausencia que será corta, sin duda, ¿no es eso?

El inclinó la cabeza con abatimiento.

—Se va por un largo tiempo?— preguntó Ana.

—Por un largo tiempo.

—Por un mes, quizás?

—Tal vez por un año.

—¿Y cuando se marcha?

—Pasado mañana por la tarde.

Los dos se callaron. Las cenizas grises de la noche empezaban a rodearlos.

Ana rompió el silencio:
—Mañana iré a la *Pelouse*— dijo.

De nuevo él le había estrechado las manos entre las suyas temblorosas.

—¡Gracias! ¡Gracias! Me promete?...
—Haré todo lo que pueda— interrumpió la señorita de la Ferté.

Y como él se extendiese en protestas de gratitud:

—Vuelvas— le dijo— no debe estar sola tanto tiempo.

Sir Thomas ya había andado una docena de pasos por el sendero cuando ella le llamó.

—Me olvidaba, y es necesario preverlo todo. Acaso, cuando esté usted ausente, tenga necesidad de escribirle.

Al hablar así espiala su rostro, y pudo comprobar la angustia que se intensificó preñando el prodigio; a pesar de lo cual, concluyó despidiéndose.

—¿A qué dirección debo enviar mis cartas?

Aturdido, balbuceó:
—Espero que nada ocurrirá... pero, en fin, tiene usted razón: debe preverse todo. No tiene que hacer más que preguntar a Galswinthe.

La señorita de la Ferté no insistió más.

XIII

La estación de Dax es un triste edificio, situado al final de una avenida de plátanos. La lluvia de un día deja intraspirable esa avenida durante otros ocho. Había llovido la víspera, y comenzaba a llover otra vez cuando el coche de la señora de Saint-Selve llegó a la estación.

—El tren no sale hasta las nueve y veinte—

dijo sir Thomas con voz insegura—. No son todavía las nueve. Tenemos mucho tiempo.

Bajó el primero y dió la mano a Ana y después a Galswinthe. Esta había estado empeñado en acompañarle a la estación, y después de muchos esfuerzos, había logrado convencer a la señorita de la Ferté para que fuera con ellos. Por primera vez, Ana comió en la *Pelouse*.

Dos mozos recogieron el equipaje de sir Thomas.

—Entremos— dijo éste—, entremos. Que por lo menos no se enfrien ustedes.

Escasos viajeros había en la pobre estación: aldeanos, soldados con el número 49, que iban hacia Bayona, o con el 34, que marchaban a Mont-de-Marsan.

Después de tomar su billete, sir Thomas sostuvo una conversación en voz baja con Galswinthe, durante la cual Ana permaneció discretamente separada.

A las nueve y diez un ligero barullo anunció la salida del expreso de Burdeos, el que llevaba hacia Inglaterra.

La señorita de la Ferté, pensativa, vuelta de espaldas, acodada en la barandilla que dividía en dos partes el vestíbulo de la estación, tenía dadas a sir Thomas y a Galswinthe y delante el despacho de facturación de equipajes.

En seguida reconoció el de sir Thomas: una valija de color leonado, y un baúl de mimbre con cubierta del mismo color. Como un empleado se disponía a pegar la etiqueta con el nombre de la estación de destino, no le costó trabajo leerla: *Revel-Sarze*.

En seguida desaparecieron el baúl y la valija por la puerta que se abría sobre el muelle, sumido en la oscuridad.

—Señores viajeros para Pau, Tarbes y Toulouse, al tren.

Ana se dió vuelta. La señora de Saint-Selve y sir Thomas ya habían levantado.

—Adios, hasta la vista— dijo él, mientras sus brazos, sacudidos por un continuo temblor, estrechaban a Galswinthe. Esta se soltó, y señalando a la señorita de la Ferté, exclamó.

—¡Ábracela también.

Y Ana, sorprendida, no tuvo tiempo de esquivar el beso humilde que él le dió, al mismo tiempo que repetía sus recomendaciones de la víspera.

—Prométeme...

—Que cierran las portezuelas— advirtió Galswinthe.

Sir Thomas no hallaba su billete; dejó en el suelo el saco de mano para buscarlo; por fin lo encontró en un bolsillo; desapareció tritubeando, al fin, y un minuto después el tren partió.

Ana y Galswinthe quedaron en la estación con la única compañía de un mozo que, tranquilo por una o dos horas, encendió su pipa.

La lluvia, que había cesado durante unos momentos, de nuevo azotaba los empujados cristales.

Un extraño malestar parecía haberse apoderado de las dos mujeres, que permanecían de pie, inmóviles, casi evitando mirarse.

—¿Vámonos, tengo frío.

El coche, con la capota echada, rodó más de trescientos metros sin que ninguna pronunciase una palabra, acurrucadas en sus respectivos rincones.

Al atravesar el pueblo de San Pablo de Dax, Galswinthe ordenó al cochero que se detuviera delante de las vidrieras pobremente iluminadas de un café.

—Tengo frío— dijo la señora de Saint-Selve—, Entremos un momento aquí.

—¡Entrar aquí!— exclamó Ana, que jamás había entrado en un café, pero que, a pesar de que una hora antes la idea le hubiera parecido monstruosa, siguió a Galswinthe.

Tranquila al comprobar que estaban completamente solas, inspeccionó con una rápida

ojeada las mesas y las paredes, adornadas con cromos sin cristales que glorificaban las proezas del almirante Courbet, mientras Galswinthe pedía dos ponches.

En tanto los preparaban, ella está con risa nerviosa, y al mismo tiempo que lanzaba una exclamación sacó a la vieja mujer que las servía la botella de ron, de la que había echado en los vasos, y se la mostró a la señorita de la Ferté, riendo más fuerte.

Sobre la abigarrada etiqueta leíase, en letras plateadas, esta inscripción: *Silver Star*; y más abajo, en caracteres más pequeños, *Edwin Calhoun, H&C*.

—¿Qué?— preguntó Ana, que llegó a temer un acceso de locura de su compañera.

—Es verdad que no sabe... Ya le explicaré. Es divertido.

Y volviéndose hacia la hostelería:

—¿Y el ron del *Pelican*? ¿No lo tiene?

La vieja, creyendo que se le dirigía una censura, quedóse inmóvil, revolviendo las llaves en el bolsillo del delantal, y preguntó:

—¿El ron Larraide?

—Sí— contestó Galswinthe, después de vaciar de un solo trago su vaso, dirigiendo una alegre mirada a la señorita de la Ferté.

—El domingo terminé la última botella. Pero no compré más, porque es demasiado caro y no es mejor; los parroquianos no lo quieren.

—¿Tiene todavía esa botella?— preguntó la señora de Saint-Selve.

La vieja la llevó después de buscar largo rato en el mostrador, entre un ruido infernal de choque de cristales. Galswinthe colocó ambas botellas, una al lado de la otra, y lanzó una carcajada.

—Beba— dijo a Ana.

Esta obedeció. Cuando subieron al coche, a la señorita de la Ferté le parecía que no le daba tiempo de beber, los objetos, los lugares conocidos que desfilaban en la noche a derecha e izquierda, le parecían también completamente indiferentes, y cuando Galswinthe extendió sobre las rodillas la manta que yacía caída en el suelo del coche, dejóse envolver como en una cama.

Llovía más fuerte. Los recuerdos agolpábanse en la memoria de Ana, y entre ellos uno se precisó poderosamente. Pasado que se parece al presente! ¿Presente que se parece al pasado!

Sí, lo recordaba ahora; fué aquí, en ese mismo sitio, donde Jaime, ocho años antes, le dijo que la amaba. La noche y la lluvia la habían sorprendido en la carretera de Castex. Detrás de ella oyó el rodar de un coche, el coche de la *Pelouse*. Jaime la invitó a subir, se lo suplicó, y durante el camino le tomó una mano que ella no retiró.

Al llegar aquí en sus recuerdos, la señorita de la Ferté sintió de pronto asida su mano por la de la señora de Saint-Selve.

Y tampoco ahora la retiró.

XIV

No podía negarse que Galswinthe mejoraba día a día; el siniestro olor de la erosa había desaparecido poco a poco de su habitación, y el doctor Barradès no la visitaba ya más de una vez a la semana, y en esas visitas, hablando con la señorita de la Ferté, a quien dirigía mil cumplimientos para que se desvolviera, congratulábase del feliz éxito del tratamiento.

Indudablemente— decía— yo hice cuanto pude por el clima hoy tenido por insalubre, y hoy son tales los progresos logrados, que desapareció casi por completo todo rastro de la lesión, hasta el punto de que algún compañero no advertido podría jurar de buena fe que nunca había existido infección bacilar. Lo que me preocupa un poco, a qué ocultarlo?, en el caso de la señora de Saint-Selve, es su extrema nerviosidad, que hace temer la posibilidad de accesos febriles que plantearían de nuevo

el problema de su enfermedad. Yo atribuyo, como mis maestros Bouchard y Gimbert, una gran importancia en los casos de tuberculosis, a las influencias de orden psíquico. Y, a propósito de esto, he de hacerte una pregunta que la sorprenderá: ¿se dedica a la lectura la señora de Saint-Selve?

—No, que yo sepa. ¿Por qué?

El doctor tosía.

—La bastante difícil de explicar, señorita. Hay ciertas excitaciones, temibles para los tuberculosos, que pueden ser originadas, mantenidas y desarrolladas por algunas lecturas mal elegidas. En ese caso, el bromuro y las duchas frías imponen; pero como siempre es lamentable tener que recurrir a un tratamiento y es preferible prevenir que curar, si la señora de Saint-Selve leyese, es necesario vigilar sus lecturas. Estando yo en París, mi maestro Gimbert me sugirió la idea de clasificar las obras de la literatura antigua y moderna, según un grado de perniciosa influencia sobre los tuberculosos excitados. Pendiente de encontrar en estos detalles, que son el resultado indiscutible de un crecido número de observaciones clínicas. ¿Ha leído usted *Salambo*?

—No, doctor.

—Pues bien; en ese libro, la lectura de la escena del *Zaimph* provoca —sin modificarse las demás circunstancias— una inestabilidad tónica de tres o cuatro grados, e igual efecto produce, acaso con alguna menor intensidad, el paseo en coche en *Madame Bovary*, del mismo autor, y en grado muy intenso la lectura de *Monsieur de Camors*, de Octavio Feuillet. Ya se habrá hecho cargo, sin duda, del valor de la idea sugerida por mi maestro Gimbert, consistente en catalogar las obras literarias afectando a cada una de un coeficiente de nocividad. Pero, ¡la vida es así, la necesidad de atender a aquellos casos que están en las de la tierra imponen dedicarse a trabajos de un orden superior. Pero, en fin, en el caso que nos ocupa, puesto que usted me dice que la señora de Saint-Selve no lee...

—Cree poder afirmarlo, doctor.

—Bien. Entonces debe velar respecto a otro detalle. Es posible que algún día (porque nunca faltan malos consejos) traten de curar a nuestra enferma de la señora de Saint-Selve en un sanatorio. En principio, no soy enemigo de los sanatorios; sus ventajas son indiscutibles cuando se trata de tuberculosos que son solos, sin fortuna, imposibilitados de cuidarse en sus casas. Pero no en este caso, ¿verdad? Y créame que la presencia al lado de la señora de Saint-Selve, cada vez que sea necesaria, de un médico experimentado, joven, activo, discípulo de Gimbert y de Bouchard... Yo sé que si me he dado a comprender.

—Perfectamente, doctor.

XV

Cuando la señorita de la Ferré llegaba todas las mañanas, temprano, a la Pelouse, hallaba generalmente acostada aún a Galswinthe. Le ayudaba a vestirse, y casi siempre tomaban juntas el desayuno sobre una mesa en la que la sombra de los plátanos tanzaba el sol en dibujos de oro. Galswinthe demostraba una alegría loca durante todo el día. Y Ana, atenta a sus caprichos, sabía plagarlos a ellos. Fue uno de los primeros que su amiga abandonara lausteridad de sus vestidos negros y grises, que le hacían parecer a veces un ave nocturna. En adelante, para quienes las viesen a una distancia—desde la cual el color negro o rubio de los cabellos no se distinguiera, sólo habría dos Anas o dos Galswinthes. Las jabón juntas en la confusión de los vestidos de verano, y hasta tal punto eran semejantes en cuerpo y estatura, que los vestidos de cualquier de ellas servían perfectamente para la otra.

Sólo un acontecimiento ponía, a intervalos de tiempo regulares, una nota de turbación en el dulce abandono de sus conversaciones:

Jabón TITTOGEN,

SU BEBE ESTARA CONTENTO PRUEBELO Y LO ADOPTARA.

la llegada del cartero, dos veces por semana, aproximadamente. Primero se veía su blusa azul acercarse por la gran avenida; después distinguía su saco, especie de mochila de cuadros de paja amarillos y negros, como la usan en las Landas los mendigos y los vagabundos. Sacaba de ella una carta y se la entregaba a Galswinthe, que al recogerla dan las gracias con aire indiferente, bajo el cual Ana adivinaba un momento embarazoso. La señora de Saint-Selve aceptaba no tener prisa para leer la carta, que quedaba durante un cuarto de hora o más sin abrir entre las telas y las muselinas que llenaban la mesa, no sin que los ojos de la señorita de la Ferré dejaban de reconocer siempre una misma letra: la de sir Thomas. Algunas veces, al leer la descripción del médico, Galswinthe permanecía en la cama hasta las doce, era Ana quien recogía la carta de manos del cartero. Durante los diez primeros días que siguieron a la marcha de sir Thomas, el sello de la estafeta expedidora rezaba: *Sorèze-Tarn*. Después llegó una procedente de París, y, a partir de aquella, todas provenientes ya de Londres. Poco a poco, Ana fué comprobando que lo que en un principio pudo ser en Galswinthe, con relación a estas cartas, indiferencia fingida, convirtiéndose en indiferencia real.

Hacia fines de junio, una estufa sin abrir todo el día, fué olvidado veredor o simulado, para tratar de atenuar la sorda hostilidad que la señorita de la Ferré había debido sentir hacia sir Thomas. Lo cierto es que el nombre de éste nunca se pronunciaba entre ellas. Sus cartas, una vez leídas con rapidez, eran depositadas por Galswinthe en un cofrecito de madera que tenía sobre la cómoda de su habitación. Ana hubiera podido creerse por este lado completamente victoriosa si un detalle no le hubiese hecho dudar de la realidad de su victoria. Galswinthe, que no podía pensar en ocultar, escribía a sir Thomas cada vez más irregularmente, pero es cierto, para el caso de Ana ni una sola vez pudo tener en sus manos el sobre de ninguna de las cartas. Galswinthe siempre evitó confiárselas, hasta en los días en que, estando en cama, tenía que ir Ana a Dax a realizar algún encargo, y sólo salían las cartas cuando, al ir de paseo, hallaban algún buzón en el cual podía aquella depositarlas sin que se quebrantase el secreto que tanto cuidadosamente guardaba. La señorita de la Ferré no podía mostrarse ofendida por esas precauciones, pero no era posible que su amiga dejara de darse cuenta de que a la partida de cada carta seguía una hora de frío silencio.

Ni una ni otra, como ya dije, hablaban de sir Thomas; era como si hubiera muerto; pero en cambio había un muerto de quien habían llegado a ocuparse como si estuviera vivo: ese muerto era Jaime de Saint-Selve.

Aquel Jaime, aquel medicero Jaime, había concluido por tener en sus conversaciones un lugar preponderante. Es cierto que esto no había ocurrido repentinamente ni rápidamente, sino del siguiente modo: de escosas las dos mujeres, en igual medida, de abordar un tema que podía convertirse fácilmente en escabroso, cada una había procurado llegar hasta él por los medios que les eran propios, expresándose generalmente en palabras alusivas, pero con reservas reticencias; éstas, cada vez más llenas de misterio, lograron excitar rápidamente la febril curiosidad de la señora de Saint-Selve, quien, preocupada ya de toda conveniencia, hizo preguntas que al principio no lograron la menor confianza de la señorita de la Ferré, quien, sin embargo, después, con estudiada parsimonia, fué dejando que se las arrancaran.

Y llegó un momento en que con buen tiempo o lloviendo, ya estuviesen tristes o alegres, ya se pasearan por las orillas de un estanque o a través de un bosque, en todo hallaban pretexto para evocar aquel muerto, por el que estaban tan sólidamente unidas, como si hubiesen sentido sus manos juntas entre las manos frías del que se fué para siempre.

—Vino por aquí? —preguntaba Galswinthe. —Sí —respondía Ana—. Me acuerdo, porque estuve con él. Fué un domingo. Estaba al mismo tiempo alegre y enojado. Alegre, porque estreñaba un bonito traje de terciopelo. Nunca le vi más hermoso. Enojado, porque *Pyram*, que entonces estaba en posesión de todas sus fuerzas y cabeza muy lejos, se había dejado llevar por una vanidad que nos pudo volver a dar con ella. Lo mucho que había llovido le impedía al perro seguir la pista, y, además, tenía miedo a la cólera que yo brillar en los ojos de su amo. Nada bueno podía esperarse ya de él durante el día, y de ahí la contrariedad de Jaime. Yo lo agité de un brazo y le dije: "Oye, déjame hacer a mí".

—Es costumbre en Francia —la interrumpió Galswinthe— que se tuteen los prometidos?

—No, pero Jaime no era para mí un prometido como los demás.

Otra vez, la señora de Saint-Selve preguntó de sopetón:

—¿Mucho mucho cuando se marchó?

—Lloro —contestó Ana con débil voz.

Galswinthe la miró con ternura.

—Ah! —dijo—. Yo creo que, en su lugar, hubiese llorado más aún.

La tarde declinaba. Las golondrinas, sobre las rosadas aguas del estanque, perseguían a los insectos. Ana y Galswinthe no pronunciaron una palabra más durante su regreso a la Pelouse.

Algunos días después llegó una carta que no era de sir Thomas Kennedy.

Después de abrirla y leerla, Galswinthe se la dio a la señorita de la Ferré.

Era de la señora de Saint-Selve, madre, que en cuatro páginas de dulzona amabilidad reprochaba a su nuera el haber llegado a las Landas sin detenerse en Burdeos, por donde había tenido que pasar y donde toda la familia la hubiese recibido con mucho placer. Pero se trataba sólo de un aporrazamiento. Una triste crítica que ella le proponía como ocasión de ser. El próximo día 8 de julio era el aniversario de la muerte de Jaime, había sólo el estado de Galswinthe podía impedirle ir a rezar ese día sobre la tumba de su marido, y en ese caso ella sería la que fuese a la Pelouse, porque no podía aceptar que su hija política fuera cuidada por manos extrañas cuando ella y sus hijas no desaban sino...

—Ana devolvió la carta a Galswinthe.

—¿Qué debemos pensar? —preguntó la última.

—Probablemente —contestó con frialdad Ana— que la suerte no ha favorecido esta temporada en el juego al capitán Villeurt.

Galswinthe sonrió y pareció reflexionar.

—Puedo excusarme de ir a Burdeos en este aniversario?

—Esa pregunta sólo el doctor Barradères puede contestarla; pero creo que no le aconsejaré.

Entonces, mi madre política se aprovechará para venir aquí, y esto de ningún modo lo quiero.

La señorita de la Ferré no contestó directamente.

—Si la señora de Saint-Selve —dijo— supiera que su nuera, en vez de vivir en la Pelouse, está instalada en la Crouts, dudo mucho que

pelota contra campeonatos vascos le vió, con la sotana remendada hasta la cintura, era buena cuenta de sus adversarios. Se hablaba de él con insistencia por el curato de Saint-Martin-des-Seignas. El abate Lafitte, en su fuero interno, prefería al abate Ducourau; pero el abate Tauziès le prestaba mejores servicios.

Aun, sentada entre el padre Divoise y el cura, observaba a aquél disimuladamente, y la nueva observación venía a afirmar la primera impresión de antigüedad que le había causado, Demarcador, descolorido, sin afeitar, con sus escudillos muertos flotando en una sotana verdosa, trasuntándose en él una extraña mezcla de timidez y de alternería. No llevaba tirilla almondana en el cuello, que se perdía en el de la sotana, demasiado grande, y presentaba una voluminosa nuca, agitada sin cesar por un grotesco movimiento de vaivén. Entre los tres seculares — uno el acérrimo abate Ducourau — con recóndita gravedad del mejor tono, daban cuenta de los excelentes manjares servidos, él, el regular, tritorbado, mascado, ingurgitable sin la menor corrección. Un observador atento a lo que pasaba en la mesa no hubiera dejado de preguntarse por qué paradoja de la Naturaleza una enfermedad tan refinada, tan simpática como la gona, había cabido en suerte a tan basto y ordinario comensal.

Euchaba éste con sonrisa ligera y amarga la conversación que acababa de entablarse entre el abate Tauziès y el cura.

—¿Y esa desdichada historia de la pelota? — había preguntado el segundo.

—¿Qué historia? — interrogó el abate Ducourau.

—Esa que está pensando hoy? Durante una hora hemos hablado de ella el abate Tauziès y yo — dijo el cura, invitando con una seña al segundo vicario a que pusiera al corriente del asunto a los convidados.

—Pues bien, he aquí de qué se trata. El jueves pasado llevé a los alumnos mayores del colegio de los Hermanos a jugar a la pelota al campo de Gueys. Ya sabéis que en ese campo linda con la posesión de Peyrouton, perteneciente al señor Loustalot, nuestro diputado.

El abate Ducourau hizo un gesto de aquiescencia para demostrar que conocía esos detalles, la señorita de la Ferté y el padre Divoise con indiferencia esta historia insignificante.

—De lo que ocurrió tuvo la culpa el pequeño Peyré — continuó diciendo el abate Tauziès. — Evidentemente, sin disputa, mi mejor discípulo en la pelota. Juega bien, pero juega muy fuerte. Se lo repetí muchas veces. En el calor de la lucha envió la pelota frecuentemente por encima del frontón. Y eso es lo que ocurrió el jueves, sólo que esa día la pelota iba a parar más lejos que otras veces, y a los viros caer entre los árboles de la casa de Peyrouton. No puedo decir por qué, pero en aquella tuvo la intuición de algo grave. Mandó al joven Pasicos a buscar la pelota, empujándola que se condujera con la más exquisita corrección. No acababa de regresar. Al fin lo vimos venir sin la pelota, y nos contó, emocionado, lo sucedido. El diputado tenía invitados a almorzar, y la maldita pelota había caído en medio de ellos cuando tomaban el café, dejó el empujador, rompiendo la cafetera y dos tazas.

—Eso ya es, por sí solo, muy lamentable — dijo el cura — pero escuche la continuación.

—Entre los invitados — continuó el padre Tauziès — estaba, a lo que parece, el jefe de la secretaría del ministro de Instrucción pública, y cuando supo que la pelota había sido lanzada por un alumno de un colegio libre, dijo que se trataba de un abuso intolerable, y al indicarle algunos de nosotros, a título de sociedad de gimnasia, cobrábamos una pequeña subvención de doscientos francos anuales, afirmó que nos sería suprimida tan pronto regresase a París. Esa es la cuestión.

—Lo haré como lo ha dicho — exclamó el padre Divoise —, y hasta es posible que se aproveche la ocasión para suprimir también la subvención a algunos patronatos que la disfrutan en iguales condiciones que la de ustedes. El abate Tauziès hizo girar sus ojos, afligido. Pero el cura, sonriendo ligeramente, levantó la mano.

—No tengo los mismos temores que usted, mi reverendo padre. Estoy persuadido de que el jefe de la secretaría del ministro lo pensará mucho antes de suprimirnos la subvención. No dejaré seguramente de saber por quién la tenemos.

—¡Ah! — dijo con ironía el padre Divoise — ¿De quién la tienen? ¿Del señor Carnot?

—De alguien que vale más.

—¿Que vale más? ¿De...? — preguntó — interrumpió el cura, poniendo un dedo en los labios. — Vea que va a advertirlo. Sí, señor: de Gambetta. En 1881, el abate Tauziès se tomó la libertad de escribirle, y las cosas no marcharon despacio. En menos tiempo que se tarda en decirlo fue concedida la subvención. El mismo Gambetta nos lo comunicó. Señor abate Tauziès, muéstrele al reverendo padre la hermosa carta que recibimos.

—¿Han recibido una carta de Gambetta?

—preguntó con acento de incredulidad el jesuita.

—De él mismo — contestó el cura — Véala.

El abate Tauziès desabrochó la sotana y sacó una enorme cartera de tela negra, y de ella una carta.

—Lea — dijo el cura.

El padre Divoise, más interesado de lo que quería aparecer, puso una mano en su oreja izquierda, dirigiéndola al vicario, que encendido de orgullo, leyó:

“Al señor abate Tauziès, vicario de la catedral de Dax. — Señor: tengo el honor de comunicarle que, a propuesta mía, acaba de concederle por el Ministerio de Instrucción pública una subvención de 200 francos anuales al patronato del colegio de los Hermanos de Dax. Me es muy grato haber podido de este modo, al mismo tiempo que complacerle, contribuir al desarrollo de la cultura física, tan necesario a las luchas que la República tendrá que sostener en el porvenir”.

—¿Qué galimatías! — exclamó el jesuita, al que en verdad nada le parecía bien. — ¡Las luchas, la cultura! Por lo visto es del Kulturkampf de lo que se trata.

—¡Es de la revancha! — contestó el abate Lafitte, con una firmeza llena de dignidad.

El abate Ducourau, con una fina sonrisa, dijo:

—De la revancha, sí. Ya es bastante lo que se hace: hablar siempre de eso, lo pensar nunca en ella.

La mirada, llena de sorpresa, del abate Tauziès iba de uno a otro de los convidados.

—Lo indudable es que está firmada por Gambetta — dijo, golpeando con el dedo índice sobre la carta.

—¿Quiere dejármela ver? — preguntó el padre Divoise, al mismo tiempo que se calaba una gafas que sacó de una caja semejante al estuche de una pipa.

—Está firmada por Gambetta — repetía, testarudo, al abate Tauziès.

El jesuita le devolvió su tesoro, diciendo:

—Sí, la firma es, con el estilo, lo único que hay suyo en la carta.

Y la insoportable sonrisa de desprecio afloró a sus resacas labios.

—¿Qué quiere decir? — preguntó el abate Lafitte.

—Nada, señor cura, sino que Gambetta tenía que firmar todos los días trescientos o cuatrocientas cartas como ésta. Esta fue escrita por un secretario, y hasta me parece reconocer la le-

tra de Thomson o ya de José Reinach. Gambetta la firmó; ya es bastante.

Siguió un momento de silencio. La señorita de la Ferté, completamente indiferente al tema, miraba su plato vacío, en el fondo del cual un gallo azul desplegaba sus alas.

—Que la haya escrito o que solamente la haya firmado — dijo por fin el cura para consolar al abate Tauziès, que veía desvanecido para lo sucesivo el prestigio de su documento —, poco nos importa. Lo cierto es que la subvención fue concedida, y en cuarenta y ocho horas.

—Gambetta ha muerto, y bastan veinticuatro horas para que sea suprimida — dijo el jesuita impleablemente.

Volvió a hacerse el silencio. La señorita de la Ferté había cruzado sus manos al borde de la mesa. El abate Lafitte dióse cuenta de que sus convidados terminaron el *civet* hacia diez minutos, y llamó nerviosamente.

XVII

En el comedor flotaba un ambiente de molestia. La molestia consecutiva a ver resurgir de sus cenizas una discusión que se creía concluida.

El padre Divoise era tozudo, y tuvo ocasión de demostrarlo.

—Pedir apoyo a Gambetta: he ahí una buena idea — dijo —, ¿V puede saberse quién se la dio?

—¿Ya lo creí? Fué monseñor.

—¿El obispo de Aisne? Era natural. Bonita mezcla, señor cura.

El abate Lafitte hizo un ademán de protesta.

—No habe mal de monseñor, mi reverendo padre. ¡Siente tanta simpatía por usted!

—¡Tanto como simpatía!... — exclamó el jesuita con una sonrisa impertinente.

—Pues se lo aseguro; ha hablado delante de mí de sus sermones de un modo...

—¿Eoy reconocido a su ilustrísima, muy reconocido, aun cuando, a la verdad, temo que la simpatía que siente hacia mí sea de naturaleza análoga a la que debo merecer a su eminencia el arzobispo de Westminster.

El abate Tauziès, que no había perdido la esperanza de instruirse en la mesa, preguntó:

—¿El arzobispo de Westminster?

El padre Divoise lo miró y sonrió compasivamente.

—El señor abate no oyó nunca hablar del cardenal Manning?

—¿El cardenal Manning! — repitió el abate Tauziès.

Intervino el abate Ducourau.

—Ignora usted, sin duda, mi reverendo padre — dijo con su voz grave y tenue —, la extensión de las obligaciones de un humilde vicario — muy excusable que el señor abate Tauziès no haya mencionado tanto de las cuestiones que existen entre la Orden de ustedes y el arzobispo de Westminster.

—Sin duda usted está al corriente de esas cuestiones, señor abate — dijo el jesuita acentuando el tono punzante de su voz.

—Menos de lo que quisiera — contestó el vicario —; pero lo bastante para saber que el asunto ha sido resuelto de una vez por todas por Su Santidad León XIII, y que la Constitución *Romanos Pontifices*, que decide en la materia, fue promulgada a instancia del cardenal Manning, sin duda, pero a petición también de las Ordenes religiosas.

—¿Y qué prueba eso? — preguntó el padre Divoise. — Podría contarle tantas cosas...

El cura se inclinó hacia la señorita de la Ferté.

—¡Pobre hija mía! — murmuró —. No debo divertirme mucho...

El jesuita le oyó.

—Le ruego que me perdone, señor cura — dijo asperamente —; y estoy por mi parte dis-

puesto a coar una controversia cuyo interés.—
El abate Lafitte le interrumpió:

—Le suplico, reverendo padre, que continúe, y le aseguro que nada puede ser más instructivo.

—«Decía, pues, señor abate...» — dijo el padre Divoise.

—«Dijo, reverendo padre, que la Constitución *Romanos Pontifices* hubiera debido terminar por completo toda querrela. «Por las dos partes se han cometido faltas, pero por ninguna hubo intención de cometerlas... Que en adelante los dos cleros sirvan a Dios y a su Iglesia en paz y armonía, porque una triste experiencia nos ha demostrado que nuestras divisiones son nocivas a las almas y dan ocasión a los enemigos de la Iglesia para regocijarse con nuestros males». ¿Sabe, sin duda, de quién son esas palabras?

—«O mucho me engaño, o veo en ellas el estilo de alguien del Ordinario.

—«Emman, en efecto, de un arzobispo; pero ese arzobispo es el reverendo padre Pórtier, de la Compañía de Jesús. Ya ve usted cómo se puede, con muy buena fe, y teniendo en cuenta los intereses de las dos partes, aceptar las conclusiones de la Constitución *Romanos Pontifices*.

—«Dios mío! — exclamó el cura, que veía agrandarse la discusión —. He de confesar que ignoraba en absoluto la existencia de esa famosa Constitución.

Pero con tales palabras, lejos de echar agua al fuego, arrojo más leña.

—«Su vicario tendrá un placer en explicárselo. — dijo el cura — al padre Divoise con la dignidad de un Aquiles, retirándose a su tienda.

—«Con mucho gusto — replicó el abate Ducourau, cada vez más dueño de sí —. La Constitución de que se trata, promulgada en mayo de 1881 por el Papa León XIII, tuvo por objeto regular los derechos respectivos de los monjes, los miembros de las congregaciones, los sacerdotes regulares y los obispos.

—«¿Y usted — preguntó el cura — es completa.

—Sin duda alguna — contestó el jesuita —. Pero pregúntele, sin embargo, a su vicario, con qué espíritu ha sido aplicada esa Constitución a nuestra Orden por el arzobispo de Westminster, y si sabe cómo nos ha tratado.

—«¿Lo sabe? — preguntó el cura, volviéndose hacia el abate Ducourau.

—«Recuerdo — contestó el vicario — una frase del cardinal Manning, reproducida el 20 de diciembre de 1886 en el decreto de beatificación de los mártires ingleses, frase en la que se decía que los religiosos de la Compañía de Jesús «lleaban en la Tierra hábitos de malhechores, y en el Cielo brillaban con hábitos de esplendente blancura».

—«No puede ser más halagüeño — dijo el abate Lafitte dirigiéndose al padre Divoise.

—«No se trata de lindas palabras — contestó éste, molesto. — Sabemos su valor. Se trata de actos. El señor abate se colocó en el terreno de la Constitución *Romanos Pontifices*. No saldremos de ella, si le parece, y que tenga la bondad de decirle lo que conviene respecto a fundación de colegios religiosos.

—«Prevíame — dijo el vicario — que las Ordenes religiosas no pueden fundar ningún colegio sin licencia del Ordinario.

—«Exento — exclamó el padre Divoise triunfante —. Pero el cardinal Manning, que siempre dió esa autorización a las demás Ordenes, nos la ha negado a nosotros siempre y en todas las circunstancias. Lo demás es literatura. Y yo tengo más que decir.

Y la emprendió a grandes golpes de tenedor con las judías verdes que le quedaban en el plato, rodeando el hueso de una pata de rancho.

El cura volviéndose hacia su vicario con el aire embarazoso de un Salomón que lo ignorase todo en el pleito que está llamado a sentenciar. Pero el abate Ducourau jugaba con su cuchito.

llo y nada respondió.

El padre Divoise trató de aprovechar las ventajas de su situación.

—«Exclusión de los jesuitas únicamente, cuando la autorización ha sido otorgada a todos los demás religiosos. ¿No le recuerda nada esto? Supongo que le recordará nuestro artículo séptimo. Jules Ferry propuso conceder autorización para enseñar a todos los religiosos excepto a los jesuitas. Es curioso ver la coincidencia en este punto del cardinal Manning con los radicales franceses, y a su tiempo nos encargáramos nosotros de probar su coincidencia, mejor dicho, su concomitancia con los radicales ingleses.

—«Recordando — padre, me parece que lanza usted una gravísima acusación — dijo el cura, que se iba convenciendo del poco honor que se hacía a su mesa.

El padre Divoise tuvo una sonrisa de inteligencia e intercaló al abate Ducourau, que llevaba un rato sin hablar.

—«Usted, que tan al corriente está de las cosas de la Inglaterra contemporánea, ¿habrá oído, sin duda, hablar de sir David Osborne.

—«Yo hablo sólo en la medida de lo posible de las cosas que conozco — contestó el vicario —. Sé quién es sir David Osborne, pero nada más que eso sé.

—«Puesto que sabe quién es, ¿no ignorará que es uno de los miembros más influyentes de la Cámara de los Comunes?

—«El abate Ducourau inclinó la cabeza afirmativamente.

—«Tampoco debe ignorar que, *leader* del partido radical inglés y protestante exaltado por un sombrío fanatismo, David Osborne envuelve en su odio feroz todo lo que es católico. Es un hombre del tempo de Isabel y de Cromwell. Nos reconciliaría a los regulares y a los seculares en las cárceles si en ellas pudiera encerrarlos. Pero hay grados en su hostilidad, y lamento, señor abate, que de las demás cuestiones estoy en desacuerdo con él. Porque si no sabría que es la Orden de San Ignacio la que, en mayor medida que todos los demás católicos juntos, tiene el honor de ser exacerada por David Osborne.

—«En efecto, había olvidado esos detalles, reverendo padre; pero me los ha hecho recordar usted; y recuerdo ahora principalmente que David Osborne siempre se opone a los proyectos de ley encaminados a permitir a los católicos el acceso a las funciones de lord-canciller de Inglaterra y virrey de la India.

—«La Carta inglesa establece en principio la libertad individual, todas las libertades. Si estuviera en la mano de David Osborne, con un solo rasgo de su pluma nos excluiría de ese derecho común. Es un enemigo como jamás tuvimos otro. A la cabeza de un partido poderoso, es respetado por sus mismos adversarios. Sin eso...

Los ojos del padre Divoise brillaron un instante.

—«Sin eso, reverendo padre...? — preguntó el cura.

—«Sería acaso posible dar cuenta de él — terminó el jesuita —. Pero, se lo repito, es inatacable, lo mismo en su vida pública que en su vida privada. Es una especie de puritano.

El padre Lafitte tuvo un impulso involuntario.

—«Pero aun cuando su vida privada, mi reverendo padre, estuviese a merced de los ataques de que habla, no se me alcanza qué partido podría sacar de ello. Tales armas hieren a quienes las emplean tanto como a aquellos contra quienes se dirigen. Y en lo que concierne a la Orden, principalmente, ¿no cree que se alegraría mucha gente de que se le proporcionara una ocasión de reproducir contra ella las estúpidas acusaciones de Eugenio Sue, Micheler y otros?

El abate Ducourau sonreía; pero no era posible adivinar si esa sonrisa era producida por

la evocación de aquellos nombres gloriosos o por la indignación de su párroco.

El padre Divoise se había limitado a encogerse de hombros.

—«Por Dios, señor cura! Puede estar tranquilo. Lo repito: que no hay nada censurable en la vida de David Osborne. Pero si un día incurriera en cualquier flaqueza, no seríamos tan tontos, fuera de toda otra consideración moral, para revelarla nosotros mismos y unir de un golpe, en favor de nuestro enemigo, toda la vieja hipocresía protestante. Está tranquilo, que si sir David rebalsa en algún momento, habrá quien se encargue de pregonar su caída por todas las partes. A Dios gracias, todavía *hay torys en Inglaterra*.

—«Los *whigs* le defenderán — dijo el abate Ducourau.

El padre Divoise hizo, sonriente, el gesto de Poncio Pilato.

—«Los *whigs*! — exclamó el abate Touziés con los ojos desmesuradamente abiertos.

—«¿Jamás he podido comprender — dijo el cura, usando en todo momento de su bondad para atribuirse las deficiencias de su vicario — la diferencia que hay entre los *whigs* y los *torys*.

—«Suponga — contestó el abate Ducourau — que Jules Ferry sea *whig*; pues bien, el duque de Audifrey-Pasquier sería *tory*.

—«Eso es, poco más o menos — afirmó el padre Divoise.

—«Si — interrumpió el abate Ducourau —. Tendré mucho gusto en saber qué relación puede haber entre ese terrible *no popery* y el cardinal-arzobispo de Westminster.

—«Pues está satisfecho, señor abate. No hay más que un solo punto de contacto, pero bien sólido: el odio a los jesuitas.

—«¿Tiene la prueba de una alianza contra ellos entre el cardinal Manning y el jefe de los radicales ingleses?

—«No una prueba, señor cura, sino varias.

El abate Lafitte intentó interponerse. Hacía algunos minutos que se agitaba en su silla y miraba con insistencia hacia la puerta, como si el obispo de Aise, acompañado de su vicario general, hubiera de aparecer en cualquier momento en el comedor.

—«No alcanzo a comprender — se atrevió a murmurar — la utilidad de esta discusión. Reverendo padre, tome un poco de arroz con leche.

Y como el jesuita rechazase la fuente, se la ofreció a la señorita de la Ferté, sin recordar que ésta le había dado una repulsa nuda.

Por lo demás, ni el primer vicario, ni el jesuita, poseídos del calor de la discusión, se ocupaban para nada de su anfitrión.

—«Le dije, señor abate, que tenemos numerosas causas de las buenas relaciones mantenidas entre David Osborne y el cardinal. Escuche primero esta pequeña historia. En 1880 sir David perdió a su nieto.

—«Ignoraba que David Osborne tuviese tanta edad.

—«Actualmente debe tener cincuenta y cinco o cincuenta y seis años. Se casó muy joven. Tuvo una hija, que contrajo matrimonio con el mayor Simpson, y el pequeño Arturo, hijo de éstos, murió en 1880 de la difteria. En esa época, el mejor especialista de Londres en enfermedades de la garganta era el profesor Bliss, católico, cuyos hijos están educados en uno de nuestros colegios.

—«A pesar del cardinal Manning, ha encontrado medios de enseñar.

—«Señor abate, si me interrumpiré a cada momento, me será difícil recordar le distintas cuestiones que usted me proponga. Por ahora me limito a contestar que las restricciones del cardinal sólo alcanzan a su diócesis, y que el colegio en el que se educaron los hijos del profesor Bliss está situado fuera de esa diócesis. ¿Queada satisfecho?

El abate Ducourau expresó por medio de un

esto su pesar por haber interrumpido inopinadamente.

—Vuelvo a mi historia — dijo el jesuita —. El niño Arturo Simpson estaba en casa de su abuelo, en la antigua casa de Curzon Street, habitada por David Osborne con su esposa, de la que es disputado, es decir, desde 1860. Pues bien: es tal su fanatismo y, sobre todo, el de su esposa, que se negaron rotundamente a llamar al doctor Bliss para que viese a su niño, sin otra razón que la de ser católico, y cuando al fin se decidieron a llamarlo, era tarde. Esto le ilustrará acerca de los sentimientos que abriga David Osborne respecto al catolicismo.

El vicario inclinó la cabeza.

—El profesor Bliss no pudo hacer a la cabecera del moribundo otra cosa que convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos. Al dejar la casa donde el desconcierto de la muerte reinaba, se equivocó, por no acompañarle nadie: abrió una puerta por otra, y al entrar en una sala de espera, encontró a M. Purcell, el amigo, el más íntimo confidente del cardenal Manning. Muy aturrido, M. Purcell desahogó en explicaciones que nadie le pedía: "Había ido a adquirir noticias del enfermo... Estaba allí exclusivamente a título personal", e insistió de un modo sospechoso en este último punto. Y ahora, señor abate, le pregunto: ¿Encontré, en conciencia, natural la presencia en aquellos momentos en casa de David Osborne del confidente del cardenal?

La muerte justifica muchos actos, padre.

—Puede admitirse, por ello no se hizo nunca uso de esa historia. Ni aun de esta otra. En 1882, David Osborne presentó a la Cámara de los Comunes un proyecto de ley encaminado a privar a los jesuitas del derecho de dedicarse a la enseñanza en todo el Reino Unido. Aun siendo tan contrario al espíritu inglés, estuvo a punto de ser aprobado el proyecto. Sólo gracias a la ocasional coalición del partido de Parnell con los *torys* pudo ser rechazado. Ahora bien, la proposición de David Osborne estaba precedida de una exposición de motivos muy estudiada y muy completa. Pues, señor abate, se nos ha revelado que en esa exposición había frases enteras, textuales, ógime bien, absolutamente textuales, que figuraban ya en el informe confidencial sometido al Santo Padre por el cardenal cuando fue a Roma en 1880, para apresurar la publicación de la bula que había de ser después la Constitución *Rerum Novarum* Pontificia, que hace un momento hemos hablado. ¿Qué dice usted de esa coincidencia?

—Es cierto que no puede ser una coincidencia — contestó el abate Ducourau con voz grave —. Pero ¿no es posible que el cardenal fuese víctima de una indiscreción? Su informe pudo ir a parar a las manos de David Osborne.

—Ah, señor abate! Me sugiere el deseo de profundizar así la historia de Santo Tomás: "Bienaventurados los escépticos, porque ellos serán convencidos". Pero escuche, escuche aún, sir David Osborne — es su fuerza y acaso algún día sea su perdición — es tan obstinado como usted. Rechazada en 1882 su proposición de ley, no perdió la esperanza de hacerla admitir en 1887. Durante cinco años trabajó sin descanso para completar su exposición de motivos. Su odio hacia nosotros le hizo montarse a Luis XV, a Leopoldo, a José II. Pero él sabe que en materia canónica no se improvisa un historial de la mañana a la noche, y más que nunca trabajó de acuerdo con el arzobispo de Westminster. Mas en esta lucha, tengo el dolor de afirmar ahora, ha contado con otros apoyos distintos del que el cardenal Manning le prestó. Algunos obispos franceses fueron, sin duda, sus cómplices.

—Obispos franceses? — exclamó el abate Lafitte, que miraba la puerta cada vez más agitado.

—Y especialmente... mi reverendo padre?

—preguntó el abate Ducourau, siempre dueño de sí.

—Especialmente, monseñor el obispo de Castres, señor abate — contestó el padre Divoise.

—¿Tiene la prueba?

—Me creó en el deber de satisfacerle. En el mes de abril, en carta de fecha veintitrés exactamente, el obispo de Castres hizo saber al cardenal Manning, contestando a un ruego suyo, que tendría un placer en recibir a sir David Osborne en su diócesis y poner a su disposición todos los documentos de que pudiera tener necesidad. Y así ocurrió que en el mes de junio, sir David Osborne ha pasado quince días o tres semanas, no lo sabemos exactamente, en Sorèze, ocupado en escudriñar la biblioteca del monasterio de los dominicos. Es innecesario agregar que éstos tuvieron mucho gusto en ponerse por completo a la disposición de un hombre que los odia, es indudable, pero que odia más a los jesuitas.

Siguió un silencio que rompió el abate Ducourau, a quien se notaba impresionado, diciendo:

—No se me alcanza qué puede haber encontrado David Osborne de interesante en la biblioteca de Sorèze.

—Yo tampoco, por el momento — contestó el jesuita —. Creo, sin embargo, saber que esa biblioteca encierra bastantes documentos importantes, y señaladamente una correspondencia de Lacordaire con Falloux acerca de la libertad de enseñanza, y esto puede tener algún interés para quien se impuso la tarea de estrangular esa libertad.

De nuevo se hizo el silencio, que, con gran sorpresa de todos, rompió la señorita de la Ferré.

—Revel — dijo —, ¿es una ciudad?

Hizo esta pregunta sin mirar a nadie, con los ojos siempre fijos en sus manos, cruzadas en el borde de la mesa.

El padre Divoise la miró de soslayo. ¿Qué venía a hacer en esta discusión, provocando el riesgo de que con su impertinente pregunta se perdiera el efecto de la ventajosa situación obtenida?

No se equivocaba. Dándose cuenta, sin duda, el abate Ducourau de que, con el calor de la controversia, habían sido dados al olvido elementales deberes de cortesía respecto a la joven, le contestó:

—Revel, señorita? Sí, es una pequeña población del Alto Garona. Y precisamente la estación de Revel es la que sirve a Sorèze, de que hace un momento hablábamos.

Aun le dio las gracias y volvió a su mutismo.

—Y bien — dijo el padre Divoise, que no se resignaba a haber hablado en balde —, ¿qué dice, señor abate, de mi última historia?

El abate Ducourau bajó la cabeza.

—En efecto, todo eso es raro — murmuró.

—Sea lo que sea — dijo el cura —, nada de ello nos concierne.

—Hace en cuanto a usted — dijo con ironía contra el padre Divoise.

—Prácticamente — añadió el vicario —, ¿qué beneficios pueden reportar a los católicos esas comprobaciones?

—Nada, señor abate — contestó el padre Divoise, sonriendo siempre —, nada resultaría si Dios no hubiese querido que David Osborne fuese, al mismo tiempo que nuestro enemigo, enemigo también de los *torys*. Estos no han olvidado que comenzó su carrera política con una proposición de ley encaminada a anular los privilegios de la Cámara de los Lores. Por eso, como tuve el honor de apuntar antes, no podemos dejarles el cuidado de inutilizar a David Osborne si alguna vez da un paso en falso.

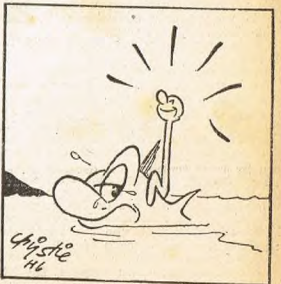
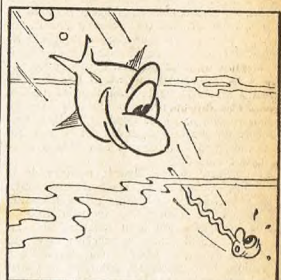
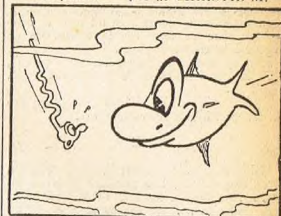
—Prefiero eso — dijo el abate Lafitte —, porque tal misión no es digna de nosotros.

El almuerzo había concluido. Los dos vicarios se levantaron y salieron después de despedirse.

El abate Lafitte hizo una señal al padre Di-

AGALLITA

Compasivo por J. CHRISTIE M.



voise para que esperara. Su espíritu timorato temía que se llevara un sabor amargo de la discusión, y quiso suavizar asperas.

—¿No tendrá mucha prisa, mi reverendo padre? Voy a darle a probar una cosa que no hay nada mejor para este tiempo húmedo. Y a usted también, hija mía. Es un licor de nueces que data de 1850. Me lo dió su tía de Pontoux. Vuelvo en seguida.

Salí, y apenas la puerta se cerró tras él, sonó la voz monótona de la señorita de la Ferté.

—Padre mío — dijo al jesuita —, tengo necesidad de hablarle reservadamente.

XVIII

Había terminado octubre lluvioso, pero con suave temperatura. Los primeros fríos no hicieron su aparición hasta el 10 de noviembre. Galswinthe se vio en apuros para cludir un viaje a Burdeos, con ocasión del día de difuntos. Su madre política la había invitado en términos que debían transparentar cierta acritud. La última carta que recibió la señorita de Saint-Selve, después de haberse negado definitivamente a ir, contenía una alusión poco velada a las misteriosas influencias que se dedicaban a separarla de la familia de su marido. Esa alusión no la preocupó lo más mínimo. Estaba mucho mejor de salud, y trataba únicamente de que la proximidad del invierno no comprometiera una mejoría adquirida a costa de tantos cuidados.

Al siguiente de ese día, la señorita de la Ferté llegó a la Pelouse, como de costumbre, a las nueve. Hacía un tiempo gris y brumoso. La señorita de Saint-Selve, acostada todavía, estaba bordando con gran pulcritud una esclavina. Su gusto criollo se revelaba en el oro y la plata de que su labor estaba adornada con profusión. Pero ponía tal ardor en su trabajo, tal interés en hacerlo bien, que la señorita de la Ferté no pudo hacer ninguna observación por tal exceso de magnificencia.

Ana abrió la puerta por las ventanas de la alcoba. Sorprendida por el frescor del aire, Galswinthe abandonó el bordado y escurrióse entre las sábanas.

Fuera, del cielo opaco descendió un extraño ruido, algo así como un arrullo triste, a veces muy lejano y otras muy próximo.

—¿Qué es eso? — preguntó la señorita de Saint-Selve.

—Las primeras grullas que pasan — contestó Ana — el invierno.

La señorita de Saint-Selve repitió:

—El invierno.

La señorita de la Ferté estaba acodada en la ventana y escuchaba con los ojos el cielo. El ruido producido por las grandes aves de paso fue creciendo.

—¿Se las puede ver? — preguntó Galswinthe.

Tal vez, fijándose bien, respondió Ana. La señorita de Saint-Selve se levantó y acercóse a la ventana; rodó con su brazo el cuello de Ana y también miró al cielo. El triste ruido disminuyó, hasta perderse al fin.

—Están muy altas y hay mucha niebla — dijo Ana.

Después ayudó a su amiga a vestirse.

En la arena de la avenida crujieron unos pasos. Era el carrero. Le oyeron marcharse, y pocos momentos después entró Celina. El carrero trajo aquel día el periódico al que Galswinthe estaba suscrita, *El Nouvateur* de Burdeos, y una carta, la habitual carta de sir Thomas Kennedy.

Galswinthe tuvo el imperceptible movimiento de contrariedad que nunca podía evitar cuando le entregaban una de esas cartas en presencia de Ana. Pero no podía haber mayor indiferencia que aquella con que se abrió, sin aturdir, la carta encima de la cómoda.

—Mi desayuno — dijo.

Mientras ella comía, Ana rompió la faja del

periódico y le cubrió una ejenda. La señora de Saint-Selve le daba la espalda.

—¿No hay nada nuevo? — preguntó.

Y un poco sorprendida de no recibir contestación repitió:

—¿Nada nuevo?

—Nada nuevo — contestó la señorita de la Ferté, con voz apenas alterada.

Hacia las once salieron las dos. Los grandes planesos se desprendían de sus últimas hojas, verdes unas, que caían lentamente, con la majestuosidad de diminutos paracaidas; comulgadas otras, abarquilladas, semejantes a dorados erizos cayendo brusca y rápidamente.

En los desnudos matices veíanse los caracoles, brillantes y amarillos.

Atravesaron la portillera y, sin ponerse de acuerdo, ambas tomaron el camino del pantano. Al cuarto de hora se hallaban al borde de las aguas muertas.

Ana miraba de reojo a su compañera. Los ojos de Galswinthe vagaban sobre el pantano. Sus mejillas estaban coloreadas, más encendidas que de costumbre.

Al cabo de un rato, dijo:

—¿Cuál es el sitio donde le falló el tiro al tadorino?

—A la izquierda — contestó la señorita de la Ferté, en aquella pequeña garganta cuya negra entrada se ve allá abajo entre la niebla.

—Vamos allá.

—No sé si podremos llegar. Esta noche ha llovido mucho.

—Probemos, de todos modos.

Probaron y llegaron, si bien mojándose el calzado. Voló un pájaro.

—¿Es un tadorino? — preguntó la señora de Saint-Selve.

—No — contestó Ana —, es una gallineta.

—¿Mató también alguna vez gallinetas?

—Sí, cuando tenía dieciocho años. Después, ya no; no es un tiro digno de un cazador.

—¿El tadorino sí?

—¡Ah! El tadorino es soberbio: un ánade de cabeza roja, más grande que los ánades ordinarios. ¡Y es tan raro en nuestras regiones! Por eso le causó tanta curiosidad que se le escapara el que salió volando muy cerca del sitio en que ahora estamos nosotros.

—¿Cómo le falló el tiro?

—Por mi culpa. El esperaba las gallinetas y tenía en su escopeta dos cartuchos del diez. El modo extraño de echarse de Pyram le hizo comprender que eran los ánades. Yo llevaba su morral y los cartuchos. "Del cuatro — me gritó con voz entrecortada —, dos cartuchos del cuatro". Desde el momento en que yo estaba le eché dos cartuchos, pero me equivocué, y los que le di eran también del diez. Fue inútil que repitiera el tiro. Los diminutos perdigones resbalaban sobre las plumas mojadas del ave, que siguió volando como si nada fuese con ella.

—Y... ¿qué dijo él?

—Nada, un alardimiento y que me faltaba muy poco para atorrinar, me estreché entre sus brazos durante largo rato.

Retornaron a la Pelouse y almorzarón sin que nada de particular ocurriese.

Después del almuerzo, Galswinthe se manifestó algo cansada y volvió a su habitación para echarse unos momentos en la cama. Ana la acompañó y después de ayudarla a acostarse se instaló en una butaca al lado de la ventana y se dedicó a mirar un viejo catálogo.

Le hizo abandonar esta ocupación un suspiro, un profundo suspiro que terminó en un quejido.

—¿Qué pasa? — dijo levantándose precipitadamente.

La señora de Saint-Selve seguía acostada, pero su cara presentaba una mortal palidez. Una de sus manos se apoyaba en el corazón; la otra pendía inerte del lecho.

Ana vio en el suelo una carta desdoblada y

sobre la ropa de la cama un sobre roto. Galswinthe acababa de leer la carta de sir Thomas, y su lectura, según todas las apariencias, le había producido el desmayo.

—¿Qué pasa? — repitió Ana.

Tomó entre sus brazos a su amiga, e incorporándola la acostó en la almohada.

Galswinthe entreabrió los ojos.

—¿El Nouvateur? — murmuró —, ¿el Nouvateur? ¿Dónde está El Nouvateur?

—¿El periódico de hoy? Aquí está.

Había quedado sola la señora de la Ferté se lo alargó a Galswinthe, y como ésta no lograra abrirle por el temblor de sus manos, Ana lo desdobló.

A la primera mirada, Galswinthe encontró lo que buscaba.

—¡Dios mío! — exclamó —, ¡Es horrible!

Y cedió hacia atrás gimiendo y retorciéndose las manos.

—¿Pero qué pasa? — repetía Ana sin cesar.

Incapaz de responder, la señora de Saint-Selve señaló con el dedo un lugar de la primera página, donde, en gruesos caracteres, se leía:

"El escándalo de la Cámara de los Comunes. Sir David Osborne, el jefe del partido radical inglés, acusado en plena sesión por motivos de orden privado, abofetea a un diputado".

—Y bien — dijo Ana interrumpiendo la lectura —, ¿qué quiere decir esto? ¿Qué relación...?

Galswinthe sollozó.

—¡Ah!, ah! — logró articular —. En el suelo... La carta...

—¿La carta de sir Thomas Kennedy? — preguntó Ana.

Galswinthe le hizo señas de que la levera.

—¿Lee yo la carta de sir Thomas Kennedy? No sé por qué... ¿Qué significa...?

—¡Ah! — exclamó Galswinthe con un grito desgarrador —. Thomas Kennedy es... David Osborne.

—¡Ah! — exclamó entonces Ana.

Se calló y después repitió:

—¿Thomas Kennedy? ¡David Osborne!

Y fijó en la entonación de su voz, que casi dejaron de correr las lágrimas de su amiga, quien, mirándola con las ojivas de su amiga, terrible, sacudió el cuerpo de la desgraciada.

—No era mi secreto. De otro modo hace mucho tiempo que me hubiera desembarazado de este peso, que hubiera hablado. Pero no podía; no, no podía. Era el secreto de él, el de él.

Reanudó sus lamentos, y súbitamente elevóse el pañuelo a los labios. Las venas de su cuello se hincharon, y un acceso de tos seca, terrible, sacudió el cuerpo de la desgraciada.

—Hay que ser fuerte — dijo la señorita de la Ferté.

Esta había recogido la carta y leía pausadamente en alta voz:

"Ya habrá leído en los periódicos, amada amiga mía, la terrible catástrofe, la ignominia de mis adversarios. Nada sería mi dolor si no pensase en eluyo. Debo imponerme a mí mismo y pensar en la lucha. Mañana, en la Cámara de los Comunes, me veré con mis enemigos cara a cara. Me defenderé, y a la faz del país expresaré todo mi desprecio por esos procedimientos que consisten en bucear en la vida privada de un hombre, en publicar..."

La señorita de la Ferté interrumpió, tomó el periódico, leyó en él y lo volvió a dejar.

—Su carta — dijo — está fechada el 7 de noviembre. La sesión a que se refiere tuvo lugar al día siguiente. Los acontecimientos se han precipitado y se han vuelto contra él.

Terminó la lectura de la carta.

"Saldré vencedor de esta prueba: lo siento, lo juro. Pero, en esos momentos horribles, tengo que decirle, amada mía, qué sería el más

degradado de los hombres si no tuviera, para consolarlo, el recuerdo de su amor".

Ana metió la carta en su sobre y miró a la señora de Saint-Selve, que, hundida entre los almohadones, era una pobre cosa digna de lástima, con los hombros sacudidos alternativamente por los sollozos y los accesos de tos.

Hay que ser fuerte — volvió a decir la señora de la Ferté.

La señora dirigía hacia la cómoda, prendió una lamparilla de alcohol y puso agua a calentar para hacer una tisana.

Entro Celina, Ana le habló en voz baja y volvió a salir. Un momento después llamaron a la puerta de la habitación.

— ¿Quién está ahí? — murmuró Galswinthe cuando la señora de la Ferté, que había salido, volvió a entrar.

— El jardinero — contestó Ana.

— El jardinero? —

— Sí, va a Dax y volverá con todos los periódicos que pueda conseguir. Los detalles que da *El Noticiero* son insuficientes.

Guardaron silencio. La noche caía con rapidez. Sobre la cómoda, la llama de la lámpara de alcohol se coloreaba de rosa; después, de violeta. Su reflejo bailaba en torno de los frascos de medicamentos.

— Aquí están los periódicos.

El jardinero se había dado prisa. Instantáneamente la cama quedó cubierta por diez o quince diarios desplegados.

Galswinthe seguía con angustia los gestos de la señora de la Ferté, que recorría con la mirada uno tras otro, los periódicos. En todos aparecía en primera plana el escándalo de la Cámara de los Comunes. *Le Temps* era el que contenía el resumen más completo, con los comentarios de la prensa inglesa.

La señora de la Ferté entregó el diario a su amiga, señalándole una de sus columnas, y aproximó, para que pudiera leer, la mesita donde alumbraba la lámpara.

"El día 5 de noviembre — escribía '*Le Temps*' — los miembros del Gobierno, los lords y los diputados de la Cámara de los Comunes recibieron un memorial anónimo en el que se reproducen algunas cartas escritas por David Osborne a una mujer desconocida, cuyo nombre conservaría secreto el autor del mismo, a menos que David Osborne le requiera a hacerlo público. A la mañana siguiente, uno de los diarios hostiles al '*leader*' radical reprodujo las cartas con el reto que las acompañaba, y, baciendo toda clase de reservas respecto a la corrección de un procedimiento tan en pugna con las costumbres inglesas, todos los periódicos de la noche publicaron el escrito."

Galswinthe abrió una mano de la señora de la Ferté.

— ¡El texto de esas cartas! — exclamó.

— No hay sino extractos de ellas — dijo Ana. Aquí están.

— ¿Yo no puedo leer — replicó Galswinthe con una mano sobre el corazón y la otra sobre los ojos.

"Londres, 17 de agosto — llevó con su voz grave la señora de la Ferté —. Amada amiga mía. No he llegado a comprender la hermosura del mar que acabo de bajar con usted bajo ese adorable cielo de Francia basta después de encontrarme aquí, en este Parlamento donde veíais los más bajos intereses, ya se trate de '*Jorys*' o de '*Wibsig*', de mis partidarios o de mis enemigos". Es preciso hablarle de mí, para que se vea he llegado a hacer odiosa, hasta un punto tal, que me pregunto cómo he podido, antes de conocerla a usted, vivir en ella y sin sentir aún el lado de una mujer sin ideales y sin sensibilidad."

Ana se detuvo.

— ¿Esta carta? — preguntó mirando a Galswinthe.

— ¡No sé! — contestó ésta con ojos de espanto.

— Está fechada en el mes de agosto, cuando yo ya les hacía con tan poca atención.

— ¿Y esta otra, entonces? — dijo Ana.

Y reanudó la lectura.

*Brigiton, 17 de septiembre. Ayer, amada mía, presencé aquí una manifestación antialcoólica. El medio de hacer algo útil, algo serio en un país en el que viene de arriba el mal ejemplo, en el que el último de los cargadores del muelle sabe que todas las noches necesita su botella de '*wibsig*' la que está sentada en el trono de Isabel...*

Galswinthe hizo callar a su amiga con un ademán de espanto.

— Me acuerdo, sí. Esta carta, esa frase, al menos, la recuerdo. ¡La reina! ¡Dios mío!

Un acceso de tos la obligó a dejarse caer en la almohada.

— Todavía hay otras dos cartas — dijo la señora de la Ferté.

Incapaz de pronunciar una palabra, la señora de Saint-Selve indicó por señas que era inútil seguir, que ya había oído bastante. Y entre dolorosos sollozos, exclamó con angustiosa voz:

— ¡Aire!

La señora de la Ferté abrió la ventana; pero era tan intenso el frío de la noche que hubo de cerrarla inmediatamente.

— ¿Y el coque? — preguntó Galswinthe cuando pudo hablar, y al acercarle Ana la caja en que guardaba las cartas de sir David Osborne, y aparecer éstas al abrirla, sus sentimientos aumentaron.

— No puedo — decía en medio de la tos y las lágrimas que la ahogaban —. Para saber si faltan y cuáles son, sería necesario leerlas todas, todas. ¡No puedo, no puedo!

Sin hablar una palabra, Ana tomó el coque y lo colocó en su sitio, y otra vez al lado de Galswinthe siguió la lectura de *Le Temps*.

"El escándalo hubiera, quizá, terminado aquí si David Osborne, desoyendo los discretos consejos de sus amigos, no se hubiera empeñado en hacer uso de la palabra en la Cámara de los Comunes, en donde estaba amoniciada su intervención desde algunos días antes. Tratándose de un proyecto de ley concerniente a la represión de las aduicias del clero irlandés. Mucho antes de la hora de abrirse la sesión, las tribunas estaban llenas y todos los diputados ocupaban su escaño. Cuando David Osborne apareció, intensamente pálido, fue acogido con un silencio absoluto. Sólo, al rato, algunos tímidos aplausos sonaron para apagarse a segunda. Habló, pero bien pronto desencadenó el más formidable huracán que pueda registrar la memoria. Cuando David Osborne dijo que el clero irlandés no respetaba en sus ataques ni aun a la Corona, levantó una tempestad de murmullos. Uno de los '*leaders*' irlandeses, mister Biggar, le interrumpió diciendo que, en todo caso, ningún diputado inglés podría traer a la tribuna de los Comunes una frase de ciertos palabras que llegara en contradicción a la Cámara."

"Y, efectivamente, en medio de furibundos clamores, leyó el párrafo en que David Osborne hablaba '*de la botella de '*wibsig*' que necesitaba todas las noches la que está sentada en el trono de Isabel*'. La maniobra de los obstruccionistas irlandeses había triunfado: el acta de la sesión tenía que registrar la infamante palabra de la reina. Mientras el grupo Parrell aplaudía frenéticamente a su orador, y los '*wibsig*', aterrados, guardaban silencio, los '*Jorys*', de pie, apostrofaban con vengencia a David Osborne. '*¿No os avergonzáis?*' — le gritaban. — Vuestra presencia es un escándalo aquí. Marchaos. Desapareced.' La eno-

ción excedió de toda medida cuando un diputado '*wibsig*', del partido de David Osborne, propuso que el asunto de las cartas y las actuaciones eventuales contra el autor del anónimo se sometiera a una comisión parlamentaria. De todos lados se gritó a David Osborne: '*¿Oír adberis a esa proposición?*' Pero el pernaciano en su banca, inmóvil y mudo. Era la confesión plena de la autenticidad de las cartas. Y entonces fueron tan violentas las incitaciones, que fué menester suspender la sesión."

Ana dejó de leer y miró a Galswinthe.

— Esta, en un estor, murmuró:

— Tengo sed.

La señora de la Ferté se levantó. Intentó reanimar la lámpara. Pero ésta no tenía alcohol. Fué a buscarlo a la cocina, y cuando la tisana estuvo caliente se la dió a beber a su amiga.

— Esta casa — dijo — no tiene condiciones para poder cuidar un enfermo. Sólo personas en perfecto estado de salud la han habitado hasta ahora.

Galswinthe bebió con trabajo, y mientras bebía dirigía suplicas miradas a Ana.

— ¿Puedo continuar? — preguntó ésta.

Y viendo que la señora de Saint-Selve yacía inerte entre sus almohadones, reanudó la lectura.

"El escándalo llegó a adquirir lamentables proporciones en el vestibulo de la Cámara al producirse un altercado entre sir David Osborne y mister Biggar. El primero abofeteó al segundo, y éste contestó con un puñetazo. Los ujieres tuvieron que separarlos. Para quien conozca las costumbres parlamentarias inglesas, la violencia de estos incidentes sobrepasa cuanto era posible imaginar hasta ahora. En el momento actual la prensa inglesa reconoce con unanimidad la caída de David Osborne. Jamás una posición tan elevada se ha reducido en menos tiempo a la nada. '*The Times*' publica unas palabras de Gladstone, tan severas en el fondo como moderadas en la forma; en ellas se exige terminantemente la retirada del jefe del partido radical. '*A pesar de los relevantes servicios prestados por David Osborne a la patria desde el Gobierno*' — estimó que su permanencia a la cabeza del partido radical produciría, en la actual situación, consecuencias desastrosas en el mayor grado para la causa de ese partido."

Unicamente el '*Daily Chronicle*' intenta una tímida defensa del vencido, recordando que Nelson continuó siendo glorificado, a pesar de la historia de Lady Hamilton. ¡Infeliz fidelidad! Si David firmó el mismo su sentencia al no pedir la información. La novela, si así es lícito llamarlo, de evos deplorables incidentes, la dedujo ayer lord Salisbury. Hablando en la Cámara de los Pares con el marqués de Riversdale, dijo: '*Midas sólo tomaba como confidente a su barbero. Más locos que él, nuestros hombres políticos modernos se confían a sus ujieres. Y aquellos que Midas no hacía más que hablarlos, ellos lo escriben*'."

Los gemidos de Galswinthe eran más débiles, pero de una continuidad que asustaba. Imposible, la señora de la Ferté concluyó la lectura de *Le Temps*:

"A última hora nada se sabe de David Osborne, salvo que no volvió a su domicilio, que también su mujer ha abandonado. El abogado de ésta, interrogado por los periodistas, se negó a hacer declaración alguna, pero se sabe que ha entablado, en nombre de su cliente, una demanda ante el Tribunal de divorcios. La opinión inglesa entera es favorable a la señora de Osborne."

Ana dobló lentamente el diario y esperó.

Galswinthe no cesó en sus sollozos sino para caer en una pesada somnolencia entrecortada por incoherentes exclamaciones. Por último, el

sueño la rindió. Cuando mucho más tarde abrió los ojos, vio de pie y a su lado la delgada silueta de la señorita de la Ferté. Le sonrió e hizo un ademán tímido para asirle una mano. Ana sintió en ella los labios ardientes y secos de su amiga. «¡Esa luz!» murmuró la señora de Saint-Selve, señalando, con doloroso gesto, la lámpara, que con la pantalla demasiado alta le abrazaba los ojos. La señorita de la Ferté fué al instante a apagarla.

XIX

Las lenguas de fuego, en la chimenea, hacíanse cada vez más pequeñas. Del color rubí pasaba al rosa pálido. Parecían a cada momento extinguirse para renacer repentinamente con llamaradas que, durante un instante, iluminaban la habitación con resplandores de incendio.

A través del tabique, al cual estaba adosada la cabecera de la cama, oyéronse dar las dos en el reloj del comedor.

Despierta por el tintineo metálico, Ana, vacilante, se levantó. Galswinthe dormía y su respiración era casi normal.

Un rectángulo de oscuro color azul dibujábase en la pared. Las maderas de la ventana estaban abiertas. Ana las cerró. Puso un tronco de leña en la lumbre de la chimenea, y saliendo de la habitación dirigióse a tientas al comedor, cuyas ventanas recordó que también estaban abiertas.

La puerta del pasillo que daba al parque era de cristales. La fría luna de otoño pasaba a través de ella y reflejábanse en el parquet. Ana apoyó la frente en los cristales. Veía la arena del pascual blanco como en pleno día, y brillaban las laminitas de mica. Los matices de alrededor proyectaban inquietantes manchas oscuras.

Al sentirse sola, en medio de aquel paisaje desolado, en una casa mal cerrada, sola con una mujer en pleno delirio y un aldeano dormido, la señorita de la Ferté, a pesar de no ser muy impresionable, sintió un escalofrío.

No podía, sin embargo, separar su frente del cristal. ¿Cuánto tiempo permaneció de aquel modo? A lo más un cuarto de hora. De pronto se sobresaltó. En su brazo desnudo se había posado una mano.

Galswinthe estaba detrás de ella.

«¿Salgamos—dijo—

—¡Salir!—exclamó maquinalmente la señorita de la Ferté, haciendo un movimiento para desahuyar de la enferma—. ¡Salir!—repitió—. ¡Salir!—¿Estás loca?

Galswinthe le contestó con fina sonrisa.

«Salir—dijo—si, salir; ir al bosquecillo de las acacias. Tú me dijiste que en ese bosque te estreché por primera vez entre sus brazos. ¿No es cierto que me lo dijiste?

—Sí—dijo Ana, que parecía dudar un momento.

—Entonces, vamos al bosque de las acacias—afirmó Galswinthe, y agregó, estrechándole febrilmente la mano—: Lo quiero.

La señorita de la Ferté había recordado toda su calma.

«¿Qué dirá el doctor Barradères?»—murmuró.

—No lo sabrá—contestó Galswinthe.

—Vamos—terminó Ana.

Volvieron a la habitación. Se calzaron y envolvieron en sus abrigos. Aquella noche de noviembre no era excesivamente fría. Las predictas crujián bajo sus pies. En algunos minutos llegarán al bosque de las acacias.

La señorita de la Ferté hizo que Galswinthe se sentase en un banco.

—¿Te encuentras mejor?—le preguntó, rodeando su cuerpo con el abrigo—. ¿Qué impresión?

La señora de Saint-Selve tuvo un gesto de indiferencia.

«¿Fué aquí?»—preguntó.

—Aquí fué.

«¿Qué hora era?

—Medianoche, aproximadamente.

«¿Qué edad tenías?

—Ya lo sabes: diecinueve años.

«¿Diecinueve años!... ¿Habías venido a buscarlo aquí de noche?

—Sí.

—¿Y tu madre? ¿No te vigilaba?

—No; tenía confianza en mí. Además, ya estaba enferma.

Galswinthe tuvo un atisbo de risa que alogó un acceso de tos.

«¿Quieres que regresemos a casa?»—preguntó Ana.

—No. Y dime: ¿vinisteis aquí con mucha frecuencia?

—Sí, la última vez fué la víspera de su partida para América. Hasta el último momento se negó a partir.

«¿Fue tú quien lo convenció?

—Sí.

—¿Jarló.

—Lo juro.

Galswinthe se cayó hacia atrás, tan repentinamente, que la señorita de la Ferté no tuvo más que el tiempo justo para sostenerla.

—Regresemos. Desputa la aurora, y siempre es fría.

—¿Todavía no, todavía no—murmuró débilmente Galswinthe.

—¿Sufrés?—preguntó Ana.

—Sí, sufro.

—¿Sufrés por la tos?

—No solamente por eso.

—Entonces, ¿por qué?

«¡Ah!»—exclamó la señora de Saint-Selve con un profundo suspiro—. ¿Qué cosa tan misteriosa son los celos cuando se es como yo soy!

—¿Como tú?

—Sí, como yo, que no sé exactamente de qué estoy celosa; si de él o de ti.

—Vámonos—le dijo Ana para terminar con el tema.



En la habitación, el fuego se extinguía. Los diarios estaban desperdigados por la alfombra. En alguna parte, más allá del mar, un miserable tenía, como único consuelo en aquellos mismos instantes, la certidumbre de que aquella a quien amaba no había dejado de ser, en su degrading, la fiel compañera de sus pensamientos.

Ana dedicóse a reavivar la lumbre y a arreglar la mesa, desembrasándola de las cavallas y ornamentos religiosos, en los que la víspera había trabajado la señora de Saint-Selve.

—Ocupate de mí—pidió la voz velada de Galswinthe.

Ana se acercó a ella y le ayudó a acostarse.

—Nunca me dejarás sola? ¿Nunca? Prométemelo.

—Te lo prometo—contestó Ana.

Cumplió su promesa. A la mañana siguiente, la señora de Saint-Selve se había trasladado de la Pelouse para instalarse en la Croix.

XX

El continuo ruido de la lluvia era fortísimo cuando María abrió la puerta de la habitación y dijo:

—Señorita, el doctor Barradères está en el salón.

—Ahora bajo—contestó Ana.

Dirigió una mirada a Galswinthe, que dormía profundamente, abrió la puerta, la cerró suavemente y descendió por la escalera.

El doctor Barradères la esperaba de pie.

—La señora de Saint-Selve no está bien, doctor.

Este hizo un gesto de contrariedad.

—Lo siento, señorita, y siento, sobre todo, que sin consultarme haya sido trasladada aquí.

Ana le miró fríamente.

«¿Puedo preguntar si esta instalación es definitiva? Porque en tal caso...

—¿En tal caso, qué, doctor?

—Me verá obligado a declinar toda responsabilidad.

—¿Tendrá motivos para hacerlo así, seguramente?

«¡Motivos!

Con el dedo señaló los manchones de humedad en las paredes, los rincones oscuros de la habitación, los cristales de la ventana azotados por la lluvia.

—Mis motivos, señorita, son éstos: ¡Ha supuesto usted que yo podía continuar encargado, en semejantes condiciones, del tratamiento de un enfermo del pecho, de gravedad!

—A decir verdad, no lo esperaba.

—¿Entonces?—preguntó el doctor, mirándola sorprendido.

—Yo no soy ni médico ni arquitecto, doctor. Sin embargo, me pareció que no era necesario ser ni lo uno ni lo otro para afirmar que la señora de Saint-Selve no podía pasar el invierno en una casa como la de la Pelouse.

«¿Y cuyos muros no tienen más de diez centímetros de espesor; una casa que fué construida exclusivamente para alojar en el verano personas en perfecto estado de salud. Era evidente que en la primera recesión se hacía necesario buscar otra cosa. Esa recesión se produjo. Yo me apresuré a trasladar aquí a la señora de Saint-Selve. Con ello no pretendí prejuzgar su decisión, y estoy dispuesta a acomodarme a ella. Y puesto que cree formalmente que la enfermedad de la Croix pueda ser perjudicial a la enferma, estoy de acuerdo con usted en que desde este momento se impone una solución.

—¿Una solución? ¿Y cuál es, señorita, a su juicio, esa solución?

—Conducir a la señora de Saint-Selve, lo más pronto posible, a un sanatorio. Oí que en Aracachón hay alguno que nada deja que desear. Es claro que usted será el único juez en este asunto.

—En Aracachón—contestó el doctor—, sí, evidentemente.

Y repitió:

—Evidentemente.

Y ante el silencio de la señorita de la Ferté, preguntó con alguna turbación:

—¿Podría ver a la señora de Saint-Selve?

—Creo que es por donde debió usted empezar—respondió Ana.

Y los dos subieron en silencio la escalera. Galswinthe acababa de despertarse. Al ver a su amiga, sonrió débilmente.

El doctor Barradères se inclinó, y antes de ocuparse de la enferma hizo un rápido examen de la habitación.

—Es perfecta en cuanto a ventilación—dijo—. Dos ventanas; muy bien. Habrá que sacar las coladuras y las cortinas de la cama.

Dirigióse hacia la chimenea, en la que ardía un gran fuego de pinas.

—Buena temperatura. Temperatura normal. Hace falta un termómetro.

Después, inclinado sobre el cuerpo de Galswinthe, separó la dorada mata de sus cabellos y la auscultó.

Media hora después, ya en la planta baja, lavóse las manos en la fuente del vestíbulo.

—¿Y bien, doctor?...—preguntó Ana.

—Pues no debo, señorita, ocultarle la verdad. Nos hallamos en presencia de una recaída bastante grave de la enfermedad que podíamos suponer vencida. Lo seguiremos al fin, pero es necesario volver a la medicación que nos hizo alcanzar la mejoría en este verano. Voy a recetar. En primer lugar, aceite de hígado de bacalao con cuarenta gramos de creosota por cada litro.

—¿Otra vez la creosota, doctor? Usted mis

(Continúa en la pag. 84.)

LA MUÑECA SANGRIENTA

una apasionante novela de misterio de

GASTON LEROUX

se publicará en las páginas de

LEOPLÁN

en su próximo número.

LEOPLÁN aparece el 21 del
mes actual.

RESERVE SU
EJEMPLAR

me comprobó en el mes de julio que no podía soportarla.

—La necesidad pública, señorita. Sin embargo, si el aceite de hígado de bacalao cremoso le produjera anorexia o serios trastornos digestivos, empleáramos las cápsulas de Sommerbrodt, en las cuales se ha reemplazado el aceite de hígado de bacalao por aceite de oliva, o por el bálsamo de Toldi. Si la enferma tampoco admitiese este último medicamento, se recurriría a las inyecciones hipodérmicas, pero prefiero no tener que llegar a ellas por los accidentes, siempre dolorosos—abscesos, flemones, embolias aceitosas—, que pueden sobrevenir. Felizmente, todavía no estamos en ese caso. Por el contrario, yo tiendo a que podamos administrarle muy pronto el bromuro, porque encuentro en la señora de Saint-Selve un particular estado nervioso que es necesario combatir a toda costa. A este respecto, estimo completamente favorable el ambiente en que va a ser tratada: ausencia absoluta de ruido y de todo motivo de sobreexcitación; naturaleza balsámica del aire respirable. Bajo estos aspectos, la estado en la Crouts es, indudablemente, preferible a la residencia en la Pelouse.

—¿Y la humedad, doctor?

—¡La humedad! ¡En todas partes hay humedad! Es cuestión de tener cuidado. Es indudable que los días de niebla, las ventanías, que por tantas otras razones conviene tener abiertas, deben cerrarse. Es indudable también... En fin, se lo repito, señorita: es cuestión de cuidado, de inteligencia y oportunidad. Si, principalmente de oportunidad, y estoy seguro de que por este lado puedo confiar por completo en usted.

—¡Absolutamente, doctor!—exclamó la señora de la Ferté, y agregó:—De modo que entonces, cree que, por el momento, el estado de la señora de Saint-Selve no impone la necesidad de trasladarla a un sanatorio?

—Tengo la absoluta convicción.

—¿Cuándo volverá usted, doctor?

—Mañana y los días siguientes. Ahora es necesario visitarla diariamente.

—No me atreva, doctor, a pedirle esa gran merced. Pero puesto que usted mismo se la impone, dicho recordarle que el hecho de continuar instalada en la Crouts la señora de Saint-Selve, lo obliga a andar dos kilómetros más de camino que si estuviera en la Pelouse. Dos kilómetros más a pie por un mal sendero, muchas veces bajo la lluvia... Estoy segura de que la señora de Saint-Selve me censuraría si le rogara a usted que lo tuviera en cuenta en sus honorarios

XXI

Como a los pocos días Galswinthe se hallaba mejor, se decidió a almorzar en el comedor. Apenas llegó a él, sostenida por Ana, entró María y dijo:

—El catering.

Y entregó una carta a la señorita de la Ferté.

Era de David Osborne.

Sin hablar palabra, Ana la entregó a la señora de Saint-Selve, pero ésta la rechazó.

—No—dijo—léela tú.

La señorita de la Ferté rompió el sobre y leyó.

—Era de prever—dijo—. Viene.

—¡Dios mío!—exclamó la señora de Saint-Selve.

Ana la miró.

—¿Qué piensas hacer?

Galswinthe se incorporó.

—Escribirle—dijo—. Voy a escribirle diciéndole que no venga.

La señorita de la Ferté movió la cabeza. —No se trata de eso. Escribire que viene. Está aquí mañana, tal vez esta noche; hay

lugar a escribir, y además no da su dirección.

Y repitió:

—¿Qué piensas hacer?

—¿Qué me puedes hacer? Verle, decirle...

—¿No opines lo mismo?

—No—contestó Ana—. Si quieres, seré yo quien lo recibiera.

—¿Y qué le dirás tú?

La señorita de la Ferté sonrió amargamente.

—¿Tienes confianza en mí?

—Sí, la tengo. ¿Cómo puedes preguntarme tal cosa? De lo contrario, ¿estaría yo aquí?

—Entonces, todo marchará bien.

—¿Qué le dirás?

—Lo que es necesario que oiga. A ti te toca después hacer que no se conviertan en otras tantas mentiras las palabras que yo he de decirle.

Eran las dos de la tarde siguiente. A través de los cristales de la ventana, cerca de la cual estaban sentadas, lo vieron llegar. Avanzaba lentamente por el amarillo sendero sacado por la lluvia.

La señorita de la Ferté, un poco pálida, pero muy serena, se levantó.

Galswinthe le apretó una mano.

—¡Confortalo—murmuró—. Piensa en que es desgraciado. Piensa...

—¿En que lo amaste?—interrumpió Ana.

—En que él me amó—repuso con voz desalientada Galswinthe.

Pero ya Ana había cerrado la puerta de la habitación y descendía la escalera. En el mismo momento resonó en toda la casa el golpe dado con el aldabón. La señorita de la Ferté no se apresuró en ir a abrir. Primero entró en la cocina. María, que había recibido orden de no moverse, calculábase junto al fuego, en compañía del jardnero.

—Prospero—dijo Ana, si lo llamo, acuda en seguida.

El interpelado inclinó la cabeza para indicar que había oído.

Sonó un nuevo aldabonazo, humilde, discreto, temeroso, y entonces aquella se dirigió a la puerta y la abrió.

Aunque ella misma preparada para los diversos incidentes que podían ocurrir, no pudo evitar el retroceder cuando vio a David Osborne. Hacía un momento, desde la ventana del primer piso, había reconocido su silueta por el camino. Ahora le tenía allí, delante de ella, y no le parecía el mismo.

Sonriente, con nerviosa sonrisa, con aire turbado, obsequioso, dirigióse a ella:

—Señorita—empezó a decir—, soy dichoso...

Había envejecido enormemente. Los bordes de sus párpados estaban enrojecidos. Se había dejado la barba, esa barba dura, desigual, enmarañada, de los hombres que se la afecitaron durante toda la vida. Su espalda se había encorvado.

—Señorita...—volvió a decir.

Ana lo miraba con un espasmo que no trataba de ocultar. Pero era ese aquel sir Thomas tan sencillo, tan correcto, tan cuidadoso de esa elegancia anglosajona, que se imita, pero no se iguala? Con un guardapolvo mojado, las botas sin limpiar, y un pobre sombrero de fieltro verdoso, tenía el aspecto de las personas que pasan desde un barco al tren sin arreglarse en el cuarto de un hotel, sin dormirse.

Vio el movimiento involuntario de Ana, pero no se dio por enterado; estaba en una situación en que no tenía derecho a sorprenderse de nada.

Sólo su sonrisa se hizo más humilde.

—¿Está ella aquí?—preguntó.

Y como Ana se callase, repitió:

—¿No está aquí? Dígame que está.

Tampoco obtuvo respuesta. Su voz exaltóse un poco.

—¿Qué es que está aquí. Pasé, como era natural, hace un momento por la Pelouse; allí me dijeron que estuvo enferma, muy enferma,

y que para cuidarla mejor, hace ocho días la había traído usted a esta casa. Le doy las gracias. Ha debido recibir mi carta, una carta que le escribí anteaer desde El Havre, una carta en la cual le anunciaba mi llegada.

Y agregó en voz baja:

—Tengo un inmenso deseo de verla.

Al mismo tiempo adelantó tímidamente un paso para entrar en la casa.

Colocada en el umbral de la puerta, la señorita de la Ferté no retrocedió.

—¿Qué quiere?—preguntó.

El le miró con un asombro que rápidamente se convirtió en terror.

—¿Qué qué quiere? Verla. ¿No recibí mi carta?

—Se la he enviado inmediatamente.

—¿Cómo! ¿Que le ha enviado mi carta? Pero entonces, ¿qué ella, Galswinthe, no está ya aquí?

—No está aquí.

—¿No está aquí? Pero, ¡Dios mío!, ¿dónde está? Déme en seguida su dirección. Seré muy desgraciado si hoy mismo...

—No estoy autorizada a darle a usted su dirección.

—¿Que no está autorizada a darme su dirección! No comprendo... No es posible que ella le diera orden de no decirle. ¿Dónde está? Quiero saberlo, tengo derecho a saberlo.

Poco a poco había ido elevando el tono de su voz. Sus apagados ojos habíanse puesto brillantes. Iba a amenazar.

—Tengo derecho a saberlo.

—¿Derecho?—preguntó Ana.

Y con tono de desprecio agregó:

—Aun no me ha pedido, desde que está aquí, noticias de su salud.

El enrojeció.

—Yo no tengo que pedir noticias de ella a los demás. Voy a buscarlas yo mismo. Y, en primer lugar, lo que usted me dice no es verdad. Mentira todo, mentira. Ella está aquí, lo siento. ¡Ah! No me impida que...

Empujando a Ana, intentó entrar. Pero no era más que un pobre anciano sin fuerzas. A ella le costó poco trabajo desprenderse de él y rechazarlo.

—Basta de escándalos de esta naturaleza, señor—le dijo con dureza.

Durante unos momentos quedaron frente a frente, sin hablar. De repente oyóse un débil sollozo, un sollozo que hubiera podido parecer de un niño. Era David Osborne que lloraba.

—¡Perdón!—dijo—suplicaba—. Debe perdonarme. ¡He sufrido tanto en quince días! Me comprenderá. La ha cuidado; es usted buena. ¡Verla, quiero verla!

—Ella no quiere verle más. También ella ha sufrido por usted. Ha comprendido, y yo no quiere verle más.

—¿Miente usted!

—Señor, puesto que miento, es inútil hacerme mentir más.

Ana hizo ademán de cerrar la puerta.

El le asió la mano y se la cubrió de besos y de lágrimas.

—¡No, por piedad, se lo suplico! Quédese. Comprenda que yo no puedo querer que se marche. Si usted se va, no me queda otro remedio sino desaparecer. ¿Dónde está ella? Se lo ruego, contésteme: ¿dónde está?

Y como ella siguiera callada:

—Puedo hablar, se lo juro. Si ella estuviese aquí sería la primera en decirle que me diera su dirección, porque ella me amó; óigalo bien: me amó.

Su dolor alcanzó una intensidad desgarradora. Tenía un saquito de viaje, de hule, y sus manos temblorosas buscaban el cierre como si quisiera abrirlo.

—Me ha amado. No puede usted saber lo que esto significa. Me, en esta cosa llevo sus cartas. Si se las enseñase, estoy seguro de que me comprendería. ¿Quiere usted que se las enseñe? Una por lo menos, una sola. No es, ya se hará

engo, por el prurito de enseñarlas; no es por vanagloriarme; es sólo para que me diga dónde está.

—Señor—le dijo Ana—, está lloviendo otra vez. No va a desaparecer esas cartas en el sendero. Sea razonable.

Pero él, con un gemido lastimoso, repetía: —En dirección, su dirección.

La señorita de la Ferté indicó con un gesto que la escena había durado bastante.

—Escuche—le dijo—: le repito lo que acabo de decirle: no le daré esa dirección; pero aunque se la diere, no volvería a ver a la señora de Saint-Selve, porque se encuentra en un sitio al que a usted le está prohibido el acceso.

—¿Por qué?—preguntó él, a través de sus lágrimas.

—Por qué? En pocas palabras lo va a saber. La señora de Saint-Selve está actualmente hospitalizada en un convento, y las religiosas que la cuidan no tolerarían que una vez más David Osborne fuese a comprometer su salud y su reputación.

El hizo un movimiento violento, y esta vez Ana retrocedió, pronta a pedir la ayuda del jardinero.

—¿En un convento! ¿En un convento! ¿Ella en manos de religiosas católicas? Es usted una miserable.

Todo, su fanatismo, su infortunio, su amor, todo se unía para concentrarse en la mirada de odio que lanzó a su interlocutora.

—¿En un convento! ¿Ah! sí, comprendo ya. La pérdida, completamente perdida para mí. Me cartas sin respuesta, ni una palabra, ni un telegrama en el momento de la catástrofe... Comprendo, sí, comprendo ahora todo... Esto lo ha concluido.

La explosión de cólera había sido demasiado rápida, demasiado brusca. Desde aquel momento, David Osborne podía, acaso, intentar amenazar; pero, en realidad, no era capaz sino de humillarse.

—Eso ha concluido—dijo—. Perdón. Fui aniquilado. Nada podía tenerse de él. Miraba a su saquito negro con un infantil movimiento de cabeza, y no dejaba de repetir:

—Comprendo, comprendo.

La señorita de la Ferté lo miraba en silencio. El sonrió humildemente y dijo:

—Es preciso que me vaya, ¿no es eso?

Ana hizo un gesto vago.

—Ime... Sí, es natural. Me voy.

—Puede usted pedir al jardinero de la Pelouse que enganche el coche para conducirlo a la estación. Se hace de noche. Adiós, señor. Cerró su puerta, y detrás de las pesadas y gruesas hojas de encina, en el oscuro vestíbulo, Ana esperó con el corazón agitado uno, dos, hasta cinco minutos. Nadie llamó, y entonces, rápidamente, subió la escalera y entró en la habitación de Galswinthe.

Sus ojos vieron el cuerpo de ésta tendido en el suelo, delante de la entreabierta ventana. Sin duda había intentado escuchar y no tuvo fuerzas para llegar hasta el fin.

Ana separó una de las cortinas. Allí abajo, en la oscuridad naciente, al final del sendero, una sombra, sombra encorvada, sombra de extravagante contorno, hacíase cada vez más oscura y pronto dejó de verla la señorita de la Ferté.

Entonces llamó a María: entre las dos descendieron a la señora de Saint-Selve y la acostaron. Hacía las seis, Galswinthe fué presa del delirio, y Ana tuvo que velarla durante toda la noche.

XXII

Los días que siguieron, contra lo que era de suponer, fueron hermosos, y Galswinthe volvió a mejorar. El olor de la horrible creosota desapareció de la casa durante algún tiempo. El doctor Barradères, sorprendido y encan-

tado, llegó a hablar de hacer alterna la visita. Sin embargo, una circunstancia lo impidió: no desaparecía en la enferma el extraño estado nervioso. Hubo, pues, de mantener la medicación de bromuro después de asegurarse bien de que la pobrísima biblioteca de la Croux no contenía ningún libro capaz de conservar o de avivar el fuego interior en el que se abasuraba la desdichada Galswinthe.

Durante aquellos primeros días de diciembre brillaba con inesperada claridad la llanura. Parecía como si hubiese vuelto octubre, y aun septiembre. La emigración otoñal de las aves hacía el sur habíase detenido, y sólo el acre perfume de la madera quemada y los Pirineos, que en los días claros se veían en lontananza coronados por las primeras nieves, indicaban la estación invernal.

Hacia la una de la tarde, Ana y Galswinthe salían con Pyram. No era justo privar al viejo perro de su habitual paseo. Ellas lo seguían, y el animal las llevaba a los sitios en los cuales, diez años antes, habían sonado los tiros de la escopeta de aquel a cuyo recuerdo se entregaban las dos amigas con mayor obstinación cada día.

Jaime fuera, ante todo, un cazador de los pantanos. Y por eso eran los pantanos los que con más frecuencia visitaban las dos mujeres. Bien pronto no hubo un arroyo, un prado húmedo, una mancha de plantas acuáticas que resultaran desconocidos para Galswinthe. Cada uno de esos sitios guardaba un episodio de la vida común de Ana y Jaime. A veces, mientras Ana contaba cómo había volado ante la escopeta de Jaime un rascón negro, una gallina, torca, otro pájaro de la misma especie salía volando del mismo sitio. Una vez Ana, inclinándose bruscamente hasta tocar el suelo, recogió de entre la hierba un cartucho azul, con el cartón lavado por las lluvias de diez inviernos y el culote de cobre ennegrecido, y ante aquella reliquia las dos permanecieron mudas, poseídas de la sombría admiración que se siente ante los días que huyeron.

Otro día, la señorita de la Ferté mostró a Galswinthe, grabadas en el tronco de un roble joven, una A y una J entrelazadas. El crecimiento del árbol había hecho crecer la longitud de las dos letras, pero aunque de distinto color y deformadas, sin embargo eran las mismas, y no se podían confundir con otras. Las sombras de la tarde extendíanse sobre la tierra húmeda, escalofriada, estrechó a Ana.

Al día siguiente, 15 de diciembre, cuando el almuerzo tocaba a su fin, María entró en el comedor.

—El cartero está ahí—anunció—. Hay que firmar el recibo de una carta certificada.

Galswinthe firmó y recogió el sobre con rojos sellos de lacre que la criada le entregó.

—Son mis rentas de Burdeos—dijo—. Larralde siempre es muy puntual.

Abrió el sobre y dejó sobre el mantel, sin contarlos, los billetes de Banco que venían dentro.

—Te piden dinero. ¿De qué te asombras?

—¿Me permites?—preguntó a Ana, enseñando la carta que acompañaba al dinero.

La señorita de la Ferté inclinó la cabeza.

A medida que Galswinthe iba leyendo, su cara adquiría una expresión de sorpresa y de contrariedad.

—Lee—dijo a Ana.

Ella tomó la carta, y después de leerla se la devolvió diciendo:

—Trescientos mil francos. Me piden trescientos mil francos.

—Sí, podrían pedirte menos; pero también podrían pedirte más. ¿Qué cantidad tienes colocada en la casa?

—Quinientos mil francos.

—¿Y qué piensas responder?

—Tengo intención de negarme.

La señorita de la Ferté bajó la cabeza.

—En 1883—continuó Galswinthe—me hicieron una petición parecida. Se me aconsejó que no accediera sino en determinadas condiciones, y entonces fué cuando adquirí la propiedad de la Pelouse y de la casa del pretil de Charrout.

—¿Y quién te dió ese consejo?—preguntó Ana.

La señora de Saint-Selve se ruborizó.

—Mister Osborne—continuó aquella—es un hombre inteligente.

Siguió un silencio.

—Te piden trescientos mil francos—volvió a hablar Ana—, pero te ofrecen un interés del ocho por ciento.

—Entonces, ¿tú me aconsejas que acepte?

—No se me alcanza bien cómo podrías negarte. Al fin y al cabo es la familia de tu esposo.

Jaime me repitió muchas veces que de ninguna manera quería que mi fortuna estuviese empleada en un solo negocio.

—Es cuestión de apreciación. Hace un día hermoso. Si quieres, iremos esta tarde a Dax a ver al señor Destouesse, el notario de mi madre. Puedes, con toda confianza, hacer lo que él te aconseje.



Al anochechar salían del despacho del notario, en el que habían estado más de una hora.

—De modo—dijo Galswinthe cuando partió el coche—que están así? ¡El hotel de la calle de Cheverus y las fábricas, hipotecadas! ¿Cómo hizo el señor Destouesse para enterarse?

—Ya te lo dijo. Es notario del señor Coyola, que administra la madera para las barricas. Este señor se acercó a nosotros adelantados, y el notario realizó en su nombre la hipoteca del hotel de la calle de Cheverus. Tiene razón al aconsejarte que no des nada sin garantía hipotecaria.

—Eso me repugna algo. Prefiero no prestarles nada a prestarles en esas condiciones.

—Larralde está en libertad de rechazar la proposición que, en tu nombre, va a hacerle el señor Destouesse, pero dudo que la rechace.

—Y esa hipoteca, ¿qué es?

—Acaban de decirlo. ¿No lo oíste? Los inmuebles de Saint-Selve están hipotecados por cantidades que casi exceden de su valor total. En caso de una catástrofe, nada te alcanzaría a ti. Pero quedan los dos barcos: la *Constancia* y el *Myrmidon*, que traen el ron desde Haití. Valen cerca de un millón. La ley de 1881 permite afectarlos a una hipoteca. Si Larralde acepta, te asegurará a tus trescientos mil francos al ocho por ciento, que es el interés que ellos te ofrecen.

—La ley de 1881—exclamó Galswinthe—, ¿tú te acuerdas de todo!

—Hay que tener memoria—contestó sencillamente Ana.

Llegaron con adelanto al sitio en el que el sendero de la Croux se separa de la carretera de Castex. Próspero, el jardinero, no debía estar allí con su linterna hasta las seis. Apenas cruzó las cinco, Lucía la luna resbalando de arriba abajo por los resinosos troncos de los pinos.

—Vamos—dijo Ana, bajando del coche—. Está tan claro como en pleno día. No tenemos necesidad de esperar a que llegue Próspero.

Galswinthe la tomó del brazo.

—¿El pantano está allí, a la izquierda?

—Sí, ¿y qué?

—Tú me dijiste que pasaste muchas veces por allí, con Jaime, de noche. Yo no vi el pantano a la luz de la luna. Vamos.

La señorita de la Ferté quedóse indecisa.

—¿Qué dirá el doctor Barradères?—preguntó.

—No lo sabré. Vamos—contestó Galswinthe.

Enviaron el coche a la Pelouse, y ambas desaparecieron por la llanura, toda envuelta en densa niebla azulada.

Días después llegó a la Crouts el señor Destouesse, siendo portador de una carta en la que Larralde aceptaba, de un modo algo altemero, la imposición de una hipoteca sobre los dos barcos *Barreiros* y *Marydion*. En términos que querían ser desenvueltos, pero a través de los cuales aparecía el ansia de lograrlo, agregaba que desearía que los fondos pudieran pensarse a su disposición antes del 31 de diciembre. Galswinthe firmó las órdenes necesarias para que así ocurriese.

Casi al mismo tiempo recibió una carta en la que se expresaba la esperanza que merecía su salud a toda la familia de Saint-Selve. La esperaba en las fiestas. Podría aprovechar la ocasión para consultar al profesor Gourdon, una de las notabilidades de la Facultad de Medicina, y que, por ser amigo de la familia, estaría encantado de poder poner a contribución, en beneficio de ella, unos conocimientos que no era fácil hallar en un humilde médico rural. En el caso de que Galswinthe quisiera hacer el viaje solo, la señora de Villerrut o la señora de Larralde tendrían sumo placer en ir a buscarla a la *Pelouse*. Salvo contraorden, una u otra saldrían de Burdeos entre el día de Navidad y el 1º de enero, a fin de que Galswinthe festejara entre los suyos la entrada del Año Nuevo.

La contraorden, rotunda y clara, no se hizo esperar. La señora de Saint-Selve no se hallaba lo suficientemente bien para ponerse en viaje, pero, por otra parte, el estado de su salud no era tal que justificase las inquietudes de que con tan grande amabilidad, se le daban pruebas.

En el intervalo de tiempo en que estos hechos ocurrían llegó definitivamente el invierno.

La Crouts está rodeada por un cinturón de agua formado, al oeste, por pantanos; al norte, al sur y al este por arroyos y estanques; o, mejor dicho, no por arroyos, sino por un solo arroyo que nace en las laldas de Castex, a unos veinte kilómetros, y desemboca, a tres kilómetros de la Crouts, en el Adour, entre Puidat y Thieulou. Durante el invierno recorre nueve tres molinos: al sur, el molino de Cabanes, cerca de la vía férrea; en la mitad de su curso, el molino de Lagardère, cercano a la Crouts; un molino aislado, sombrío, de trágico aspecto; al norte, en un claro del bosque, el molino de Rancés, construido con rojos ladrillos, y que tiene delante una pradera de un verde pálido que le da al paisaje aspecto bulgárico. Los ratos domésticos contentan, en esa pradera, y acogen alguna vez entre sus filis a sus hermanos los patos salvajes, más secos, más delgados, más nerviosos. En este sitio el arroyo semeja un canal. Es azul, disciplinado. Sabe que no le es permitido enturbiarse más que a ciertas horas. Pero en cuanto sale del recinto de Rancés se declara independiente. Corre por una sonribera garganta, la garganta de Bronch. Lee zarzales y los anagás, con sus negras uñas, arañan sus aguas tumultuosas. Allí en septiembre crecen los enormes hongos, cuyo casquete está revestido por el anverso de musgo amarillo. Allí acuden de noche, lúgubres y brutales, los jabalíes. Los pulidos patos son sustituidos por los pollos de agua, a los que se ve huir bajo el agua como bolitas azules y negras. Los zarzales, de color gris, encarnados sobre los espines de las orillas escarpadas. Toda una naturaleza áspera y ruda, turbada solamente de tarde en tarde por los furiosos gritos de un pastor que persigue, a través del monte, alguna vaca o alguna oveja atacada por el ansia de libertad.

A ambos lados, a derecha e izquierda, hay estanques que se comunican con el arroyo por estrechos canales obstruidos por las plantas

acuáticas, canales en que algunas veces se aventuran los barbos. Se les ve nadar entre la maraña de lentejas de agua, mastuerzos y cisrios, flora tupida y misteriosa que permanece verde a pesar del invierno. Alrededor, en el inmenso y sombrío bosque, arden las legumbres de los pastores: las hogueras cerca de las cuales sacan de los zuecos, llenos de helechos, sus pobres pías agrietadas. Al llegar la noche, el humo confunde con la niebla que nace. El arroyo, ya más ancho, sigue su camino bajo una bóveda de aísos y abedules, y así llega al molino de Lagardère.

Desde la Crouts, cuando el viento no silba por entre los pinos, se oye, en la noche, el ruido que produce al precipitarse entre las estridentes nubes.

Fusión blanda del agua y la tierra, humos esponjosos nacidos de la estratificación sucesiva de las estaciones; rara atmósfera, a la vez de pureza y podredumbre; suelo que cede bajo el pie, que gime, que flota; agua; estanques fangosos cruzados por gallinas y angulas; y domando todo eso el débil y silencioso viento sólo durante una hora para volverlo a ocultar más profundamente, la niebla, esa niebla, de los pantanos y de las aguas, que se arrastra en jirones, flota, se desgarga, se aglomera...

Nada ha cambiado. Una a una, todas las cosas que alcanza la vista están igual que estaban cuando dos mujeres jóvenes y soñadoras murmuraban, cerca de esas plantas mortíferas, sus misteriosas confidencias. Como se encontró el cartucho de Jaime de Saint-Selve, podría encontrarse en algunos sitios en que ellas se sentaron el pincelillo de carey que perteneció a una de las dos apasionadas. Ninguno de los detalles de los sitios que visitaron es del dominio de la fantasía. En el sendero que conduce a la Crouts amontonadas siempre la misma arena solitaria, mal se confundieron en otro tiempo sus pasos. El jardín, detrás de la casa, tiene aún los mismos efectos de luz que atraía, en los primeros momentos del día, sus fatigadas miradas. De los pinos, que conocieron adultos, aun cuando muchos que no fueron sustituidos por otros más jóvenes, y en las vasijas ennegrecidas, clavadas a sus troncos, lloran todavía sus lágrimas transparentes y anubianías. Y qué importa que sean distintas las zarzetas que gimen en el estanque, si esos gemidos son idénticos a aquellos que, en la noche, hacían temblar en los brazos de la señorita de la Ferté a una Galswinthe tocada ya por la muerte?

XXIV

Durante el día, a ratos perdidos, ambas trabajaban en los ruidosos bordados. Galswinthe ayudaba a Ana, y ésta, por su parte, había aprovechado los ratos que el estado de somnolencia de aquella le dejaba libres. Por eso antes de la llegada de la Navidad estuvieron terminada la labor que las damas de la Obra de los Tabernáculos habían encomendado a la señorita de la Ferté.

Un día en que luchó el pálido sol de invierno, Ana y Galswinthe fueron a Dax, en el coche que mandaron enganchar en la *Pelouse*, a llevar el enorme paquete que contenía todos los ornamentos religiosos terminados. Como la señora de Saint-Selve manifestó deseos de hablar con el señor Destouesse, cuando llegaron a la calle de Carnes la dejó su amiga en casa del notario.

El cura felicitó efusivamente a la señorita de la Ferté.

—Puede creer, hija mía, que pasé un mal rato cuando, hace tres meses, le confié todo este trabajo. Nunca pude suponer que lo terminase usted tan pronto. Le debemos un profundo agradecimiento.

Y al hablar así miraba a Ana. Era evidente que estaba sorprendido, y hasta molesto, tal vez, inconscientemente, por el cambio que en

ella observaba. Un cambio análogo al que sufren las jóvenes doncellas al convertirse por el matrimonio en jóvenes esposas. Abultamiento de las facciones, antes infantiles, angulosas de la cara; brillo inusitado de los ojos; a la viveza de los gestos habían sucedido una especie de mollicie; todo un conjunto de detalles, en fin, respecto a cuya significación una mujer, y aun un hombre, no podían equivocarse; pero era excusable que un cura hallase dificultad en concretarlos, y más aun en encontrar sus motivos.

Afortunadamente tenía a su disposición una explicación que honraba a la señorita de la Ferté.

—Le tomó una mano con emoción, al mismo tiempo que le decía:

—Estoy orgulloso de usted.

—Orgulloso de mí, señor cura?

—Sí, orgulloso, hija mía, Lo sé todo.

Ana le miró.

—Sí, lo sé todo —continuó, exaltándose gradualmente—. Menos aun que el mal puede estar en su origen. He hablado con el doctor Barradères, me lo dijo todo.

—De verdad, señor cura?

—Sí; quién que no fuese usted hubiera hecho tanto? Una de esas casualidades en que se ve el dedo de Dios. Dios la puso en el caso de poder devolver mal por mal, y es el bien lo que ha devuelto. Sé que usted ha realizado cuanto ha sido posible realizar para arrancar a la señora de Saint-Selve a la enfermedad que va a llevarla.

La mano de la señorita de la Ferté temblaba en la suya.

—El doctor Barradères, señor cura; ¿le ha hablado, le ha dicho...?

—Sí, mi pobre hija. Me ha hablado, me lo dijo todo. Cosas que ha considerado un deber ocultármelas a usted porque podían debilitar las fuerzas de su alma.

—¿Y el valor que usted pone para el cumplimiento de su duro sacrificio, para cosas yo considero de mi deber decirle: la señora de Saint-Selve está perdida.

—Perdida —repitió Ana maquinalmente.

—Perdida —volvió a decir el cura—, no pasará de este invierno.

La señorita de la Ferté se puso livida. Sus labios moviéndose como si fuesen a hablar; sin embargo, ninguna palabra salió de ellos.

El abate Lafitte le envolvió en una larga mirada de compasión.

—Ahora —dijo— me toca a mí intervenir y decirle a usted lo que el deber me impone que le diga. Usted ha cumplido con el suyo, hijo mía, y ha llegado más lejos de lo que nadie podía pensar en pedirle. Ahora, escúcheme. He conocido a sus padres: a su padre, que me tuvo como un hijo, y a su madre, que fué casi una santa. Muertos ellos siento en mí que debo hablarle en su nombre y decirle: piense en usted.

—No comprendo, señor cura —dijo Ana.

—Creo, por el contrario, que comprende perfectamente. Vuelvo a decirle una vez más, que el doctor Barradères me lo ha dicho todo, y sé hasta qué extremo usted se ha dedicado a la señora de Saint-Selve, a una mujer a quien, cualquiera que no fuese usted, en su lugar, la hubiese odiado. Yo sé que las tres cuartas partes de las noches las pasa a la cabecera de su cama, sin dormir. El doctor llegó muchas veces, de improviso, a la Crouts a las ocho de la mañana; ha entrado en su habitación y encontró siempre su cama sin deshacer. Esto estaba bien natural, teniendo alguna esperanza, pero ahora, hija mía, todo ha cambiado. La señora de Saint-Selve se muere. La enfermedad que se la lleva es una enfermedad terrible, que no perdona. Continúe cuidándola; endulce sus últimos momentos, pero presérvese.

—Ana guardaba silencio. De nuevo el cura le tomó la mano.

—¿Me lo promete? —le preguntó.

—Sigué callada, pero hizo un gesto que pudo

parecer de aquiescencia.

—Y ahora a otra cosa—continuó él con una voz en que la emoción había dejado paso a la gravedad—. Nada habrá hecho por esa pobre mujer si sólo se preocupa de prolongar su vida. ¿Ha pensado alguna vez en su alma?

Ana lo miró como si hubiese querido no comprender.

—La señora de Saint-Selve es protestante, señor cura.

—En eso precisamente pienso cuando le hablo como lo hago. Usted ha arriesgado su vida por su vida terrestre. ¿No ha pensado nunca en su otra vida?

—Siempre estuve muy ocupada—respondió Ana casi con sequedad.

—¡Bien! En ese terreno, su misión ha terminado. En el otro, empieza ahora. Yo sé que usted tiene una influencia muy grande sobre la señora de Saint-Selve.

Ana hizo un brusco ademán de protesta.

—Sí, sí; no lo niegue. Y si no fuese así, ella sería una ingrata; ¡pero si hace un momento me decía usted misma que la había ayudado, en sus ratos de mejoría, a confeccionar esas albas, esas casacas!... Por pequeña que sea esa garantía de éxito en la obra que hemos de emprender, no tenemos derecho a despreciarla. Recuerde el caso de la señorita de Grémieux-Dax.

—Era joven—dijo Ana.

—Estaba más alejada de nosotros—respondió el cura— que la señora de Saint-Selve.

—Pero no estaba enferma. Nadie, señor abate, tiene derecho a apresurar el fin de un enfermo por la evocación de cosas que anuncian la muerte. Una conversación debe ser libre.

El abate Lafitte miró con dolorosa torpeza.

—Debo pensar, pues, que el concurso que ha prestado al doctor Barradères, para el cumplimiento de su misión, me lo niega a mí para cumplir la mía?

Ana le dirigió una mirada extraviada, pero pronto recobró la serenidad.

—Señor cura—dijo con voz apagada—, hará lo que pueda en lo que me pide.

XXV

Desde hacía tres días llovía sin cesar; pero la lluvia, por violenta que fuera, no había hecho renunciar a Galswinthe a las correrías a que siempre lograba arrastrar a la señorita de la Ferté.

Aquella tarde habían salido en busca de un pequeño pantano próximo a Buglose. Allí Jaime estuvo en trance de perecer por intentar salvar a un pobre cordero enterrado entre las arenas movedizas.

Mudas las dos habían contemplado el suelo tapizado de verde y amarillo, al parecer tan firmes. Aproximándose, con precaución, Ana tiró una piedra pesada y vieron cómo se iba hundiendo poco a poco, hasta desaparecer.

—¿Era muy valiente?—preguntó Galswinthe.

—Muy valiente—le contestó su amiga.

Y en silencio emprendieron el retorno a la Crous.

Cuando llegaron a ver la casa, Ana se estremeció.

Alí abajó, sobre el sendero que partía de la carretera de Castex, avanzaba un varguen luchando contra las ráfagas de viento y agua. Cuando el viento lo levantaba, descubriase una blanca negra.

—Mira—dijo Galswinthe— el abate Verges.

La señorita de la Ferté dijo que no con la cabeza.

—No es el abate Verges. Es el cura de Dax; el abate Lafitte.

—¡Ah!—exclamó Galswinthe—. Y viene hacia aquí. ¡Yo que tenía tantos deseos de conocerlo!

Ana le tomó una mano. Acortaron el paso.

—Oye—dijo aquella—: tengo algo que decirte.

Galswinthe la miró con sorpresa.

—El abate Lafitte viene aquí. Ya va a verlo, y como me había encargado de una comisión ante ti, será necesario decirte que la he cumplido.

—¿Una comisión para mí?

—Sólo viene para verte a ti.

—Para verme a mí?

—Sí. Quiere darle las gracias por haberme ayudado en el trabajo de la Obra de los Tabernáculos, y quiere dárteles también por el dinero que yo le entregué en tu nombre. Pero hay una cosa en la que yo no estoy conforme con él.

—¿Y qué cosa es esa?

—Quiere que te hagas católica.

—Pero—dijo Galswinthe—, tú sabes bien, porque muchas veces te lo he dicho, que ése es también mi deseo.

Ana movió la cabeza.

—Tú haces lo que quieres, y él también. Pero yo hago lo que creo que debo hacer. Tú estás enferma. El doctor Barradères me recomendó que evitara, hasta donde fuese posible, que te excitases. Tú sabes bien cómo procuré conseguirlo. Por eso no te hablé del abate Lafitte, a pesar de haberle prometido transmitirte su comisión. No creí que viniera, al menos tan pronto. Pero ahí lo tienes. Tú harás lo que te plazca.



Casi llegaron al mismo tiempo, el cura por un lado y ellas por otro, delante del portón de la Crous. El abate Lafitte luchaba con sus paraguas, que trataba de cerrar. Ana le presentó a la señora de Saint-Selve.

—Le agradezco profundamente su visita, señor cura. ¿Con este tiempo?

—Pero y ustedes, ¿cómo han salido?

—La señora de Saint-Selve—contestó Ana—se encuentra bastante bien, y el médico quiere que tome mucho aire. Hoy había pensado llevarla del lado de Buglose. Cuando salimos no llovía.

Entraron en el salón y Ana encendió una lámpara.

—Buglose—dijo el cura—. ¿No ha visto todavía la señora de Saint-Selve la capilla?

—No, señor cura.

—Es uno de nuestros más conocidos lugares de peregrinación. Hace poco que existe, pero, sin embargo, ya viene mucha gente de todo el departamento y aun de la Gironda y del Gers. Es muy seguro de que le interesaría. Nuestra Señora de Buglose es una virgen negra.

Se calló porque a la señora de Saint-Selve le dió un acceso de tos que le hizo estremecerse violentamente.

—¿Una virgen negra, señor cura?—pudo decir después de unos momentos.

—Sí, señora; una virgen negra. Es muy curioso el modo cómo fue descubierta. Un boyero observó que sus bueyes se negaban a pasar por un determinado lugar en el campo; se cayó allí y... ¡perdone!...

Galswinthe fue otra vez atacada por la tos. La señorita de la Ferté levantóse y salió del salón.

—Perdóneme, perdóneme—repetía el abate Lafitte—. Señora, se lo ruego, no hable, no se fatigue.

Con un gran esfuerzo, la señora de Saint-Selve logró ahogar la tos.

—Señor cura—dijo—: me complace mucho verle, mucho. Le estoy muy reconocida.

—Soy yo, señora, quien...

—No, señor cura, soy yo. Lo sé todo. La señorita de la Ferté me ha hablado.

—¡Ah!—exclamó el cura con entusiasmo—. Es una santa. ¡Cuidarla del modo que lo ha hecho!

—Ella le amó mucho, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—Por eso la amo yo mucho a ella.

—Señora, nunca la amará demasiado.

Repentinamente los dos se callaron, como si hubiesen sido sorprendidos en falta. La señorita de la Ferté acababa de entrar en el salón con una taza de contenido hizo beber a Galswinthe. Se hizo un silencio embarazoso. El abate Lafitte se levantó.

—Tengo que irme ya.

—Volverá, ¿no es cierto, señor cura?—preguntó Galswinthe.

—Señora, créame que me como mucho gusto... lo más pronto que me sea posible.

Al salir de la puerta, en la oscuridad de la noche que llegaba, abrió con gran trabajo el paraguas. La emoción lo hacía inbábil. Y en el mismo sitio, del mismo modo que Larralde seis años antes, y David Osborne hacía un mes, tampoco él acababa de marcharse.

—¡Ah!—repetía—. ¡Pobre joven! ¡Tan simpático! ¡Qué cosa tan horrible!

De que se hace de noche, señor cura, y tiene que andar más de una legua con la lluvia.

—Le dijo Ana.

—Y el entonces:

—No me atrevo a volver en seguida a abrirle los ojos por una equivocada precipitación sobre su verdadero estado. Sólo usted puede juzgar acerca de la oportunidad y avisarme. No debe, sin embargo, esperar demasiado. Me llamará y yo acudiré.

Se hundió en la sombra. Ana esperó hasta dejar de oír las gotas de agua al caer sobre el paraguas; después cerró la puerta.

Ocurrió lo que la señorita de la Ferté había previsto. Galswinthe no pudo soportar la creosota. Cada nueva dosis provocaba náuseas, enfriamiento general de los miembros y trastornos digestivos. Rendido el doctor Barradères a la evidencia, apeló a las inyecciones hipodérmicas.

Los diez primeros días todo fué bien. Después, dos inyecciones de aceite creosotado, puestas demasiado superficialmente, produjeron flemones poco importantes, pero dolorosos. La enferma tuvo que guardar cama.

Entonces comenzó de verdad la pasión de Galswinthe. ¡No poder salir cuando quedaban todavía tantos lugares desconocidos para ella, tantos sitios donde Jaime y Ana habían estado juntos y que se había jurado a sí misma conocer! Esta decepción aumentaba su nerviosidad. Nada o casi nada de hemofitis, Galswinthe no moría como los demás tuberculosos.

Apenas se había depauperado. En algunos momentos parecía hasta más bella. Mientras dormía, la señorita de la Ferté la observaba con estupor, mirando su desnuda garganta y preguntándose cómo tan bello estuche podía encerrar tan horrible úlcera. Los cabellos, sobre todo, eran siempre objeto de su trágico espanto. A medida que progresaba la enfermedad parecían ganar en opulencia. Extendían a la semioscuridad de la lámpara su manto de oro fundido. A lo más, notábase al tacto una rara sequedad. Ana pasaba sus manos por aquellos rizos suaves. Le parecía estar acariciando la peluca de una muñeca que su padre le regaló y que había costado muy cara. *Pelo natural*, decía la etiqueta. ¡Extraño destino de esta Galswinthe, que había sido la primera!

¡Extraño destino de esta Galswinthe, que había sido la primera! ¡Extraños cabellos, a la vez tan pesados y tan ligeros! Galswinthe, al despertar, envolvía a su amiga en una larga mirada, de súplica y de gratitud a la vez.

No podía salir porque ya no podía andar; pero aunque hubiese podido, el tiempo lo hubiera impedido.

Jamás se había conocido en las Landas un mes de enero peor. Quince días antes había aullado para las dos mujeres toda la gana de lo imprevisto que surge de las correrías a través del bosque, de los ensueños en las orillas de los estanques, de la asociación de ideas, cambiantes hasta con las diferentes aves que levan-

taran el vuelo. Pero ahora, nada había más que la eterna permanencia en una habitación llena de sombras que danzaban a la luz de la llama de los crepitantes leños... y ese cansador y siniestro olor de botellas.

Aniquilada por un terrible acceso de tos, la señora de Saint-Selve mandó, suplicó que se abriese la ventana. La señorita de la Ferté le obedeció, apagando la lámpara antes y asegurándose de que estaba bien cerrada la puerta.

Repentinamente, un rumor gigante invadió la habitación; rumor formado con todos los ruidos del viento según sopla a ras de tierra, a través de los brezcos o allá arriba entre las copas de las encinas y de los pinos. Para poder oírse una a otra tenían que hablarse con los labios pegados al oído. Una impaciencia, un ardor común las devoraba. Se daban cuenta de que si habían de llegar a decirse cuanto tenían que decirse aún no podían perder un instante.

Cosa extraña: a medida que se agotaban sus fuerzas, el sentimiento de amor propio nacía e iba creciendo en el alma de Galswinthe. No quería ser ya la eterna y dócil confidente de un amor en el que, después de todo, podía asegurar también que había desempeñado su papel. Jaime había sido su marido, y ella conservaba ciertos recuerdos que, si se lo proponía, harían temblar de celos a su implacable amiga. Le bastaba hablar, con cierto todo, aunque la evocación de aquellos hechos la arrojara en seguida, aniquilada y delirante, sobre su lecho de dolor.

—En Puerto Príncipe —contaba—, nuestra quinta dominaba el mar. Desde la terraza asistíamos, a las tres de la mañana, a la salida del sol. Todos los pájaros cantaban a la vez en los arbustos, llenos de hablas y rojas flores. Me decía él: «¡Qué bonito mundo tan bello en su día! Volvamos en seguida a acostarnos, y yo puedo decir a mi vez que no he visto nada tan bello como su cuerpo dormido entre mis brazos».

La señorita de la Ferté tuvo una sonrisa de desdén, y dijo:

—Entre los míos no lo vi dormirse nunca. —Más tarde — continuó febrilmente Galswinthe, durante el día, frías las noches, desdiciéndose a la orilla del mar. No puedes formarte una idea de un mar como aquel, más intensamente azul. El era feliz, te lo aseguro. Un vestido de muselina cubría únicamente mi cuerpo. El rodeaba mi cuello con sus brazos y jugaba con mi collar de coral...

—Si —interrumpió Ana—, el collar que me diste, del que decía que sólo estaba bien en el agua y me mortena... No fui yo quien te obligó a decirlo.

Fuera aumentaba la violencia de la tormenta. Galswinthe estrechó a Ana en sus brazos; era su manera de confesarse vencida, de reconocer que sus recuerdos, los de ella, eran insignificantes ante aquellos otros que la señorita de la Ferté le confiaba.

Así se sucedían por ellas las noches con extrañas alternativas de hostilidad y de ternura. El amanecer lluvioso las encontraba hablando de su pasado, de ese pasado carnal que las hacía rivales y a la vez las unía.

¿Era debido al decaimiento físico producido por la enfermedad? Tal vez; pero fuera esa u otra la causa, lo cierto es que la señora de Saint-Selve no lograba vencer a su amiga en un tiempo de los recuerdos voluntarios, en el que parecía natural que la loca libertina de Richmond reinara como soberana. Sus noches de amor más agitadas eran inocentes si se las comparaba con ciertos episodios de los amores de Jaime y Ana, episodios cuyo escabroso misterio aumentábase por el velado lenguaje con que eran referidos. Si Galswinthe ponía en duda la veracidad de lo que ella, Ana, contaba con un silencio burlón. Después, a ruego de la moribunda, consentía en seguir hablando, hasta que al fin la señora de Saint-

Selve, anonadada, rendida a discreción, hundida entre sus almohadas, escuchaba avidamente las monstruosas confidencias nacidas en aquella imaginación virgen y sombría.

XXVI

El doctor Barradères, con manifestas señales de preocupación, se lavaba las manos en la fuente de porcelana del vestíbulo. Tomó la toalla que Ana le extendía y se secó lentamente.

—Está peor, mucho peor.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ana.

El médico bajó la cabeza. Parecía realmente inquieto.

—Ayer —dijo— encontré al abate Lafitte. Me dió noticias de la señora de Saint-Selve. No quise alarmarle, obligarlo, a su edad, a venir a la Crous. Pero hoy no podría echar sobre mí... Mi responsabilidad está comprometida, gravemente comprometida. No sé si usted da perfecta cuenta de ello.

—Me doy perfecta cuenta, doctor y por eso le vuelvo a preguntar: ¿qué hacemos?

—Yo creo que debe haber una consulta.

—Ana dio a entender con un gesto que no veía inconveniente en ello.

El doctor, animado, prosiguió:

—Yo no soy infalible. Nadie es infalible. Por otra parte, mi responsabilidad está comprometida, muy comprometida. La consulta tendrá un doble resultado. En primer lugar, naturalmente, nos dará, acaso, nuevas luces sobre el estado de la señora de Saint-Selve, y después nos permitirá, en un caso desgraciado, tener nuestra conciencia tranquila. La consulta, es necesario decirlo, es cara, pero...

—Nunca es caro poder obtener ese resultado, doctor.

Guardaron silencio un momento.

—¿Y a quién debía llamar? —preguntó la señorita de la Ferté.

—A lo mejor que haya. Desde luego, ha de ser un profesor de la Facultad. He pensado en el doctor Grasset, de Montpellier, pero está demasiado lejos. Es más natural que nos dirijamos a uno de Burdeos; el profesor Gourdon.

—Me parece muy bien —contestó Ana—, y me parece tanto mejor cuanto que hace tres semanas la señora de Saint-Selve recibió una carta de su familia en la que la instaban a que consultara con el profesor Gourdon.

—¡Ah! —exclamó el doctor Barradères; y pareció quedarse pensativo.

—Estoy reflexionando —continuó después— que el doctor Gourdon está demasiado aferrado a sus opiniones, y por ello, poco al corriente de los nuevos métodos. Aun es partidario de la medicación arsenical, que es desastrosa para el corazón, y no hay que olvidar que la señora de Saint-Selve tiene predisposición a la taquicardia. Creo que es preferible llamar al doctor Bordenave, profesor también, y del que mi maestro Gimbert siempre me habló muy bien.

—Escribale, pues, al doctor Bordenave.

—Cobraré caro, señorita.

—Sé que usted elige lo más conveniente.



Tres días después el doctor Bordenave llegó a la Crous acompañado por el doctor Barradères, que fue a esperarlo a la estación. Se presentó con humor enflado por haber tenido que hacer a pie el kilómetro de camino arenoso que separa la carretera de Castex de la casa.

—Si me hubieran dicho esto —repetía varias veces—, le doy mi palabra de honor que no hubiera venido.

Y antes de ver a la enferma, hizo que María le cepillara las botas.

Por el camino, el doctor Barradères le había explicado el caso, pero le impidieron entrar

en un gran lujo de detalles las miradas furiosas que dirigía a su alrededor.

Era un hombre pequeño, de cincuenta años, de cabeza rapada y perilla rojiza. En la cadena del reloj llevaba, a manera de dije, una brújula de oro, que saltaba a cada uno de los movimientos que acompañaba con sus constantes exclamaciones.

—Pero, en serio, ¿hay aquí una tuberculosa? —exclamó, dirigiendo a la señorita de la Ferté una mirada carente de toda amabilidad y benevolencia—. ¿Y dónde está?

—Ana hizo señas al doctor Barradères de que le explicara las necesarias explicaciones, indicando así que ella misma era la enferma personalmente en relación con tan turbulento personaje. Pero él, notando repentinamente la fría actitud de la joven, siguió mirándola, aunque en silencio ahora.

—Por aquí, señor profesor —decía, extremadamente obsequioso, el doctor Barradères, señalando la escalera—; por aquí.

Subieron el primer piso seguidos de Ana. Al cuarto de hora volvieron a bajar; pero ésta quedóse al lado de la enferma.

El doctor Bordenave se lavó en silencio las manos en la fuente, mientras su compañero lo miraba con expresión no disimulada de temor.

—¿Y bien, señor profesor? —comenzó.

—¿Y bien, qué? —contestó con brusquedad el interpelado.

Y arrojando la toalla con que se había secado las manos, agregó:

—¿Quiénes de nosotros dos es un imbécil?

Prudentemente, el doctor Barradères condujo a su interlocutor al comedor.

—No he comprendido del todo, señor profesor. La situación es grave, ¿no es eso? Pero ¿desesperado?

El doctor Bordenave lo miró de soslayo.

—¿Cuánto tiempo hace que está aquí la enferma? —preguntó.

—Aproximadamente dos meses, señor profesor.

—Bien —dijo Bordenave.

Se dirigió hacia la pared, sacó de su bolsillo un gran pañuelo, la froto con él vigorosamente y volvió al lado de su compañero. —Sacará de aquí al instante... —Verdaderamente, señor profesor —balbuceó, poniéndose rojo, el doctor Barradères—. Verdaderamente; ¿y... hoy?

Bordenave encogióse de hombros, sacudió el pañuelo, lo metió en el bolsillo y repuso: —¿Hoy? Nada. Lo que quiera; es indiferente. El pobre médico hallábase en una violenta situación de aturdimiento, de la que vino a sacarla la llegada de la señorita de la Ferté.

Tenía un sobre en la mano.

—Vengo, señor, a darle las gracias —comenzó diciendo.

—Son mil francos —interrumpió Bordenave.

—Tómese la molestia de contar —contestó Ana secamente, entregándole el sobre.

Con su grueso pulgar abrió los billetes y los contó en una cartera de extraordinarias dimensiones.

—Ahora, otra cosa —dijo, cada vez menos amable—. Como el tren en que me he de ir sale a las seis y diez, no llegaré a Burdeos antes de las once, y no voy a marcharme con el estómago vacío.

Ana se inclinó.

—Y se le servirá lo que desee. Doctor —dirigiéndose a Barradères—, tenga la bondad de dar órdenes y de acompañar al señor. No vuelvo al lado de la señora de Saint-Selve.

Los dos médicos terminaban una abundante comida regada con un buen vino que el doctor Barradères había hecho comprar para la señora de Saint-Selve. Se dio cuenta aquel que mi temible compañero era un gran comedor, y estimulando a María, no desperdició la ocasión de congoñarse con él.

—¡Hum! —hizo Bordenave vaciando un vaso—. Ya estoy mejor. Me hacía falta esto; tenía algo así como la sensación de estar en un acuario. Y dice usted que no ha tenido grandes inconvenientes con el uso de la creosota?

—Muy pocos, mi querido profesor. Como ha dicho bien, el caso era desesperado. De lo contrario, estoy persuadido de que...

—Ningún flemon?

—Únicamente dos sin importancia, producidos por la jeringuilla; en el campo no se puede tener una curación segura de aspeña. Pero estoy seguro de que si hubiese tenido el aparato de Burelreux...

—Burelreux; déjeme en paz con Burelreux. Lo conozco. Hicimos juntos el internado. Soy un farsante el tal Burelreux.

—Su aparato, sin embargo...

—Díjeme en paz, le digo. Su aparato no es nada. Mire: sírvame un poco más de ese vino. El café es infame aquí. El café, en el campo, es como la aspeña.

Los dos rieron; Bordenave, a carcajadas; Barradères, discretamente.

—Entonces, señor profesor, usted opina que hice bien en recurrir a las inyecciones hipodérmicas?

—Es que no hay medio de beber aquí una copa? —preguntó el profesor.

—No, no hay ningún alcohol. Sólo hay licor de grosella.

—Pues vaya por el licor. ¡Caramba!, no es malo.

—Le confesaré —volvió a hablar Barradères, que trataba de borrar ciertas impresiones—, le confesaré que no recurrí de buena gana al método hipodérmico, pero la vía bucal llegó a presentar tan graves inconvenientes, que la hicieron impracticable, y por otra parte, yo soy decidido enemigo de la medicación por vía rectal.

—¡Yo no! —exclamó Bordenave—. ¡yo no! Es bastante agradable cuando se trata de una hermosa mujer, como debía serlo hace solamente un mes su enferma. Ahora ya está un poco destruida.

—Un poco —afirmó Barradères sonriendo. Vaciaron los vasos.

—Tiene usted buen humor, mi querido maestro.

—Es necesario tenerlo. ¿Dónde íbamos a parar de lo contrario? Yo no soy como Burelreux. Su Burelreux es siniestro.

Volvió a beber.

—Una hermosa mujer —continuó—; sí, ha debido ser una hermosa mujer. Yo prefiero las rubias.

Los dos prorumpieron en una carcajada.

—Presumo —siguió hablando Bordenave—, que siendo como es, y con esa maldita enfermedad, que excita (es un hecho probado) determinadas sensaciones, presumo, digo, que le habrá costado trabajo en los primeros tiempos conseguir que estuviera tranquila. Bromo un poco, ¿no es eso?

El doctor Barradères levantó cómicamente los ojos al cielo.

—A quién se lo va a decir, mi querido maestro! Nunca pude observar una excitación nerviosa tan grande, hasta el punto de que, si no hubiera estado tan seguro como lo estoy de verle aquí, de que...

—¡Ehl, jehl, jehl! —gritó Bordenave, cada vez más alegre; y dándole fuertes golpes en el hombro, habló a su camarada al oído.

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntaba Barradères, muy alegre también—. ¿Qué dice? No le comprendo bien.

El profesor, riendo cada vez más estrepitosamente, le repitió la explicación.

—¡Ah!... Amigo mío, con las malditas mujeres se ven cosas más grandes todavía. Ya sabe que no todo se reduce a Burelreux, el bueno de Burelreux, Mire, cuanto más pienso en ello...

Se miraron, guiñaron los ojos y volvieron a lanzar ruidosas carcajadas.

—Confíese —decía Bordenave—, confíese que se ha hablado mucho de ello y quiere hacerme hablar.

—Le juro que no, mi querido maestro. Palabra de honor.

—Entonces, ya comprenderá: si bromo... No sé a qué dosis le habrá administrado, pero podría haberla triplicado, cuadruplicado...

—Es cierto, sí, es cierto; podía haberla cuadruplicado, sexuplicado. Otro poco de licor, maestro. A su salud.

—¡A la salud de Burelreux!

Chocaron otra vez los vasos.

En ese momento entró María en el comedor.

—La señora —dijo— está durmiendo, y la señorita me manda rogar a los señores que hablen, si les es posible, un poco más bajo.

XXVII

Cuando, al día siguiente, el doctor Barradères volvió a la Croux, aparecía apesadumbrado. Ana no sólo señal de haberlo notado, cuando le preguntó:

—¿Está satisfecho de su consulta?

—Sí —contestó él—, estoy satisfecho, muy satisfecho.

Y agregó:

—Pero de todos modos es caro.

—¿Señor cura! ¿Usted aquí?

La señorita de la Ferté, echada en el canapé del salón, había emprendido cerca de ella, al despertarse, al abate Lafitte que, sentado en un sillón al lado de la chimenea, se calentaba las manos.

—Soy yo, hija mía.

Ella se levantó y miró al sacerdote. Era de noche ya. No había ninguna lámpara encendida en el salón, iluminado tan sólo por las llamas de la chimenea. Por la entreabierta puerta se veía la cocina, y en ella las negras siluetas de varias personas sentadas delante del hogar.

—¿Qué hora es? —preguntó Ana.

—Cerca de las seis.

—¿Dios mío!, y yo que me dormí esta mañana a las ocho. Diez horas he dormido, diez horas.

—Ha velado tres noches seguidas. Las fuerzas humanas...

—¿Cómo está?

El abate Lafitte movió la cabeza.

—Voy a su lado —dijo Ana.

El cura la retuvo.

—Espere un poco. Usted ahora es más útil aquí abajo. Arriba están el doctor Barradères y una hermana.

—¿Una hermana?

—Sí, la hermana Lucía, de San José. Yo fui quien la ha mandado llamar. Vine esta mañana a las diez, por casualidad, pues, dicho sea sin reproche, usted prometió avisarme en caso de una agravación repentina de la enfermedad.

Una vez más, sin la casualidad que bendigo... En fin, el caso es que vine cuando usted llevaba dos horas durmiendo. He tenido tiempo de volver a Dax, pedir dos hermanas de la Caridad y estar aquí de vuelta a las cuatro. ¡Pobre señora de Saint-Selve! ¿Qué agonía la suya! En su dolor tendrá, al menos, el consuelo de saber que ha contribuido a abrirle las puertas del cielo.

—¿La ha visto? —interrogó Ana.

—La he bautizado hace un momento, hija mía. Ahora estoy esperando que me mande llamar el doctor Barradères. En cuanto se encuentre en estado de poder pronunciar algunas palabras, me llamarán y la confesaré.

—¿Y no teme, señor cura, agotar con eso sus últimas fuerzas?

—¡Ah! Si se abreviara por esa causa su vida, sería tan sólo en algunos minutos. La enfermedad desde esta mañana ha hecho progresos terribles. ¡Pensar, Dios mío, que apenas hace ocho días estuve aquí mismo hablando con ella! No podía esperarse un fin tan rápido.

Entró María, que pidió a la señorita de la Ferté ropa y sus órdenes para la comida; se taban las dos hermanas de la Caridad y el doctor Barradères, que había decidido pasar la noche en la Croux. Además, en la cocina esperaba el jardinero de la Croux e Isabelina, que habían ido a saber si los necesitaban.

—Que se queden a comer si quieren; tome las llaves y saque lo que haga falta. Usted también se queda, ¿no es verdad, señor cura? El jardinero de la Pelouse lo llevará esta noche a Dax en coche.

—No, hija mía, no puedo. Sólo me quedaría si fuese absolutamente necesario, si de aquí a once horas no he podido confesar a esa desgraciada niña. Me parece que han llamado, ¡Ah! ¡Si es el abate Vergez!

El cura de San Pablo entró de puntillas.

—¿Cómo va por aquí? —preguntó.

—Mal, muy mal —contestó el abate Lafitte.

—Perdóneme, señor cura —dijo Ana—, pero tengo mucho que hacer. Tenga la bondad de hacer compañía al lado del fuego al abate Lafitte. ¿Comerá con nosotros?

—Con mucho gusto, si puedo ser útil en algo.

—Me llama el doctor. Vuelvo en seguida.

Los dos sacerdotes se quedaron arrimados a la chimenea.

—¿Y usted anteayer —dijo el abate Vergez—, Es terrible esta enfermedad. Ya empezaba a ahogarse. Fui testigo de una crisis que se reflejó en el color amoratado de su cara. ¡Pobre de la pobre! ¡Tan buena! Es horrible esta muerte por asfixia. No me imaginaba yo este final de los enfermos del pecho. Creía que se aniquilaban y morían sin sacudidas, como una lámpara a la que se le termina el aceite. Así murió el verano pasado la pequeña Antonia Laursing, del Sabor. ¿La conocía usted?

El abate Lafitte hizo un signo afirmativo.

—Y —siguió el abate Vergez—, ¿no es verdad que usted se ocupa de su conversión? Me lo dijeron, y temía, en estas condiciones, invadir su templo.

—Le dijeron la verdad.

—Y... ¿ha podido lograr algo?

—Dios lo ha permitido. Hace un momento tuve la alegría de bautizarla. Dentro de algunos instantes espero poder confesarla.

—Mi más cordial felicitación —exclamó el abate Vergez.

—Luego de reflexionar un momento, continuó:

—Yo no estoy al corriente de estas cosas, porque nunca tuve ocasión de convertir a nadie. Debido tal vez a eso, hay en lo que usted me ha dicho una cosa que me choca y me sorprende. Con el bautismo que acaba de imponerle, ha recuperado su primera inocencia en el agua lustral. No es, pues, necesario el sacramento de la penitencia.

—Tendría razón si se tratase de una pagana —dijo el abate Lafitte, no sin cierto aire de superioridad—. Con los paganos basta el bautismo. Sus pecados anteriores les son inmediatamente redimidos. Por eso justamente procuraban los primeros catecúmenos retrasar todo lo posible el bautismo; así por ejemplo hizo San Agustín.

—¿Hizo eso San Agustín? —exclamó el padre Vergez—. Ignoraba ese detalle. Corrió gran riesgo.

—Así es; pero volvamos a nuestro punto de partida. La señora de Saint-Selve es protestante. Mas ¿a cuál de las iglesias reformadas pertenece? He acudido demasiado tarde a averiguarlo. Ahora bien; como usted no ignora, hay iglesias que bautizan y otras que no bautizan a sus fieles: una verdadera anarquía. En estas condiciones debe administrarse una especie de bautismo provisional, ¿sí? la señora de Saint-Selve ya fue bautizada, sólo su primer bautizo tiene eficacia. Pero, en este caso, todos los pecados que haya podido cometer después están en pie y vivos, y es necesario que le sean perdonados.

—He comprendido. Gracias a que, afortunadamente, casos de éstos no se presentan todos los días en el campo. Porque si así no fuera, ¿cómo pretenderíamos que nuestros vicarios se desenvolvieran?

—Es probable que entonces interviniera la misericordia de Dios. Pero siempre que sea posible, es preferible hacer las cosas como es debido.

En el mismo momento el doctor Barradères atravesó el salón y entró en la cocina.

—¿Qué hay de nuevo, doctor? — preguntó el abate Lafitte.

—Está preparado, señor cura. La crisis de diarrea tomó su fin. Le avisaré en cuanto pueda venir.

El abate Lafitte inclinó la cabeza, y los dos sacerdotes reanudaron su conversación en voz baja.

—¿Quien tendrá una gran alegría con esta conversión es la señora de Saint-Selve, madre, que es muy piadosa. Le servirá de consuelo en su dolor. Y a propósito: desee su consejo acerca de una cosa que me preocupa.

—Vámonos, hablé.

—Anteayer recibí carta de la señora de Saint-Selve. Siempre estuve en buenas relaciones con ella desde el tiempo en que Jaime venía a la Pelouse. Ya sabe lo ocurrido después, y comprenderá que yo, como cura que soy de San Pablo, no podía inclinarme a ningún lado. En fin, en su carta, muy digna y muy dolorosa, la señora de Saint-Selve me dice que conoce la gravedad del estado de su hija política, que las cartas que le escribe quedan sin respuesta, y sospecha que haya alguna persona a su lado que trate de apartarla de la familia. Ya se dará cuenta usted de que es una alusión a la señorita de la Ferté.

—En efecto. Bien; ¿y qué?

—Pues que la señora de Saint-Selve me rogaba en su carta que le avisara en el caso de agravarse la enfermedad de su nuera, y yo le respondí que no dejaría de hacerlo.

—Ha hecho bien, ¿sí? pero el caso es que cuando escribí ayer y envié mi carta, ignoraba el gravísimo estado de la enferma, y estoy pensando en telegrafiar a Burdeos esta noche.

—Estará ya cerrado el telégrafo. Debe telegrafiar mañana por la mañana. Es su deber, y se lo digo con tanta mayor autoridad cuanto que desde el primer momento me puse al lado de la señorita de la Ferté... ¡Dios mío, me llaman!

En el medio de la escalera, inclinado sobre la brendinilla, el doctor Barradères hacía señales a la cura de que subiera. En el umbral cruzaba con la señorita de la Ferté, que bajaba y que fué a sentarse, muy pálida, en el sillón del abate Lafitte, al lado del abate Vergé.

Este había sacado su rosario y rezaba en silencio. De la habitación contigua llegaba el ruido que María hacía al poner la mesa. Transcurieron unos veinte minutos, cuando se oyeron unos pasos en la escalera; era el abate Lafitte, que volvía.

—¿Fué todo bien? — preguntó el abate Vergé.

—Muy bien.

—He rezado por su intención — volvió a decir aquel mostrando el rosario.

—¿Pudo hablar? — interrogó Ana; y como el abate Lafitte no le respondiera, continuó:

—Son cerca de las ocho. Quedése a comer con nosotros, señor cura, y después regresa con el abate Vergé.

Al hablarle así lo miraba cara a cara; pero él evitó encontrarse con sus ojos.

—No — balbuceó —, no. Tengo que irme a Dax. Me esperan. Tengo que irme.

—Como guste.

El abate se puso el manto y agarró el sombrero. Ana levantóse para acompañarlo hasta la puerta. Él estaba ya en el pasillo.

—Hasta mañana, señor cura — le dijo.

El cura la miró con mirada de espanto y hundióse en la oscuridad dejando la puerta abierta.

A medianoche, Ana se quedó al lado de Galswinthe, en compañía de la hermana Lucía.

Hacia la una oyó la respiración regular de la religiosa, que dormía con el tranquilo sueño de quien mira a la murallita y al ver que estaba despierta, aproximóse a ella.

—Dámelo tu mano — murmuró Galswinthe.

La señorita de la Ferté arrojó su silla a la cama y dió la mano a la enferma, que tenía los ojos fijos en su amiga. La fatigosa respiración de la agonizante hacía subir y bajar la ropa del lecho.

Cuando dieron las dos, Ana comprobó que los ojos seguían mirándola, pero que la ropa ya no se movía.

XXVIII

A muy temprana hora del día siguiente llegó el abate Vergé con su vicario; el jardinero de la Pelouse les había avisado. También llegó el abate Ducourau, que excusó a su cura; el abate Lafitte llegó la noche anterior a su casa nojado; quejábanse de frío, y había tenido que guardarlo cama.

Ana iba y venía silenciosamente por la casa. Se había vuelto a poner el vestido negro del luto de su madre, aquel angosto vestido negro con estrechos puños blancos. En pocas horas había vuelto a ser la pensinista de antes. El enervador paréntesis abierto por la dulce criolla se había cerrado para siempre.

En la cocina oíase un murmullo. Eran los campesinos de los contornos, que habían ido a ponerse a disposición de la señorita de la Ferté.

Los sacerdotes hablaban entre sí en voz baja delante de la chimenea del salón.

—¿Se ha fijado ya la fecha del entierro?

—preguntó el abate Ducourau.

—Sí — contestó el cura —. Pasado mañana, a las diez. Ya di las instrucciones necesarias.

—¿Se la enterrará en San Pablo?

—Naturalmente.

—No es porque sea mi parroquia — dijo el abate Sauré, el vicario —; pero yo preferiría, desde luego, ser enterrado en el cementerio de San Pablo a serlo en el de Dax.

El páldo Ducourau tuvo un gesto vago; el lugar en que un día hubiera de descansar le era indiferente.

—¿Y la señorita Ana? — preguntó después de una pausa.

—Admirable, como siempre — dijo el cura —. Lo mismo que cuando murió su madre, ella fué quien amortajó a la muerta. Bien puede decirse que para la pobre hija, hasta ahora la vida no ha sido de color de rosa. Si ella no va derecha al cielo...

Llegó el doctor Barradères y todos se levantaron para estrecharle la mano.

—Todo terminó, doctor — dijo una voz.

El joven médico encogióse de hombros en un ademán que expresaba la impotencia.

—¿Qué le hemos de hacer, señor cura! La ciencia humana tiene sus límites.

—Doctor — dijo el abate Ducourau —, el abate Lafitte está enfermo. Mandé recado esta

mañana a su casa rogándole que fuese a verle. ¿Se lo comunicaron?

—Vengo de visitarlo. Estaba durmiendo todavía, lo que me impide ir a su casa reparados; y, por otra parte, no podía esperar. Disculpe usted que voy a saludar a la señorita de la Ferté.

Esta pasaba por el vestíbulo con los brazos cargados de camisas blancas, que acababa de llevar el jardinero de la Pelouse; por este motivo no pudo darle la mano. Él la siguió a la cámara mortuoria.

A las once de la mañana del día siguiente se colocó el cadáver en el féretro. Dos veces hubo que renovar las camisas, cuyos pétalos marchitábanse con increíble rapidez en aquella atmósfera pesada. Ana vió sin desfallecer cómo desaparecía la pálida cabeza. Sólo tuvo un ligero estremecimiento al oír la crepitación producida al estañar la tapa. Cuando se acababa de cerrar el féretro entró María haciendo ademanes desesperados, sin har una palabra. La señorita de la Ferté corrió hacia ella.

—¿Qué ocurre?

—Seriorita, están abajo.

—¿Quiénes?

—Ellas; esas señoras de Saint-Selve.

—¡Ah! Que suban.

No hubo tiempo de ejecutar la orden. La señora de Saint-Selve y sus hijas acababan de entrar. Esaban Larralde iba el último. Tenía el aire inquieto de un capitán que va a presenciar las evoluciones de soldados bisonos.

—¡Dios mío, pobre hija, qué desgracia!

La señora de Saint-Selve expresaba su dolor con todo lujo de gemidos y entrecortados sollozos. Antes de poder hacer un movimiento encontróse Ana asida y repentinamente abrazada por Sabina Larralde y por su madre. La señora de Villertup, un poco sonrojada, permanecía erguida, con los labios cerrados y los ojos fijos en los ojos malos.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Llegamos demasiado tarde para poder abrazarla por última vez! ¡Qué desgracia!

Larralde hablaba a Ana en voz baja y le decía que todos sabían el modo como había ocurrido a su hermana política, y cuán grande era el agradecimiento a que se había hecho acreedora.

La señorita de la Ferté indicó con un gesto que no había hecho sino cumplir con su deber, y después:

—Perdonenme — dijo —. Tengo que dar algunas órdenes.

En la escalera tropezó al abate Vergé.

—Suba, señor cura; arriba, encontrará a la señora de Saint-Selve y sus hijas y a su yerno. Sin duda ha sido usted quien ha telegrafiado a Burdeos para avisarlos.

El tono en que fueron pronunciadas estas palabras dejó confuso al cura.

—Seriorita — balbuceó, dando vueltas al sombrero entre las manos —, usted me dijo que hiciera lo necesario... He creído obedecer bien.

—Claro que ha obrado bien, señor cura. Tenía que darle las gracias; eso es todo.

En el comedor, María terminaba de poner la mesa. Ana, después de asegurarse de que no faltaba nada, volvió a subir, la señora de Saint-Selve y Sabina continuaban arrodilladas al pie del féretro: En un rincón, María Luisa cambiaba en voz baja algunas palabras con Larralde.

La señorita de la Ferté dirigióse a la señora de Saint-Selve.

—Venga — dijo.

Y condujo a las tres mujeres a su habitación. Sólo Sabina se sacó el sombrero y el abrigo. La señora de Saint-Selve, que se quejaba de un principio de reuma, conservó el abrigo, y María Luisa prefirió quedarse con ambas cosas puestas.

—El almuerzo está servido — dijo Ana —.

—¿Quiéren tener la bondad de bajar?

—¡La pobre hija! — exclamó la señora de

Saint-Selve—. ¡Déjala sola! Bajen las tres y yo me quedaré a su lado.

—Nos reemplazarán las monjas. Es sólo durante una hora. Venigan.

La señora de Saint-Selve arrojó en sus brazos sollozando.

—Hija mía, te doy las gracias. ¡Qué buena has sido! Perdóname; he perdido la cabeza: no te he hablado una palabra de tus desgracias. Tu querida madre, la que yo tanto amaba...

Y así continuó lamentándose, mientras bajaba la escalera apoyada en el brazo de la señora de la Ferté.

Durante el almuerzo hubo un lugar vacío en la mesa; la señora de Villeneuve quedóse en la cámara mortuoria.

Ana observaba a sus convidados. En ocho años, las mujeres habían cambiado mucho. La señora de Saint-Selve era siempre la solemne, la majestuosa Constanza a quien todo sonreía en otro tiempo. Pero mucho de aquel orgullo, de aquella tesitura que tanto irritaba a la pobre señora de la Ferté, había desaparecido. Dedicó ser realmente bella. Con más de sesenta años, seguía siendo una. Pero las mejillas se habían abultado y los ojos habían perdido el brillo, no obstante lo cual, la señora de Saint-Selve producía más efecto que sus hijas. La cara de

había, precozmente marchita, llevaba el sello de incansables preocupaciones. Las costuras de los casaca, en una ciudad con el aire viciado por las chimeneas de las fábricas, tienen mejor color que esta mujer del más importante armador de Burdeos, envidiada por toda una ciudad. Ana aun no había podido examinar a su gusto a la señora de Villeneuve, pero, sin embargo, también le había parecido envejecida prematuramente. Al contrario de lo que le había pasado

a su hermana, sus facciones habían adquirido una especie de hermosa dureza. La señora de la Ferté esperaba verla bien a la luz del día para comprobar si se había engañado al creer ver unos hilos de plata entre sus magníficos cabellos castaños.

Larralde estaba, poco más o menos, como siempre. Los faldones de su levita, arrugada por el asiento del vagón, caían a ambos lados de la silla. Comía lentamente, con la nariz cerca del plato. Sus espaldas cejas, fruncidas, revelaban una preocupación constante.

Al terminar la comida, Ana se levantó. Las dos mujeres se disponían a imitarla.

—Quédese —les dijo—. Ahora me toca a mí. A las tres van a sustituirme.

Y subió la escalera, seguida por Larralde.

Un instante después entraba en el comedor la señora de Villeneuve, quien, sin hablar una palabra, tomó una silla y se sentó al lado de la chimenea. Sabina se acercó a ella.

—¿No comes, hija mía? —preguntó la afligida señora de Saint-Selve.

Maria Luisa no contestó. La señora de Saint-Selve suspiró ruidosamente y volvió a caer en su meditabunda somnolencia.

Sabina acercó su silla a la de su hermana.

—No oíste lo que te pregunté mamá? —insistió con los dientes cerrados.

La interpelada le dirigió una mirada de desafío, que hizo estallar la cólera de la señora de Larralde.

—¿Sabes que empezamos a estar cansadas de tus maneras?

—Sí, por cierto —contestó María Luisa con una sonrisa—. ¿Y creés que yo no empiezo a estar también cansada de las vuestras?

—Explicame? —No comprendiste aún? ¿No te diste cuenta todavía de que produce náuseas ver aquí en la casa de esta intriga? ¡Ah! ¡Qué venganza para ella! ¿No veis su actitud? La abrazáis, os sentáis a su mesa; pero ¿os pidió siquiera que os quedéis?

—Calla —dijo Sabina—. Más bajo, habla más bajo.

—¿Hablar más bajo? ¿Acaso tienes miedo de que ella me oiga? Hablaré como me plazca.

—Habla más bajo, más bajo —repertó Sabina con los labios temblorosos—. Ya sabes que Esteban...

—Déjame en paz con tu Esteban. El puede hacer lo que quiera. Yo no tengo por qué repudiarle a su voluntad. No es mi marido.

—No es tu marido —exclamó Sabina que se había puesto livida—, es verdad que no es tu marido; pero tu marido, cuando lo necesitas, ya sabe buscarlo para que pague sus deudas, que nos arruinan.

Sabina fué levantando el tono de su voz, hasta sacar de su somnolencia a la señora de Saint-Selve.

—Hijas más —aplicó juntando las manos—, os lo ruego, respetad mi dolor.

Maria Luisa tuvo un mohín de burla.

—¿Tu dolor a propósito de esta criolla! Cualquiera diría que se trataba de una de nosotras dos.

—María Luisa, te ruego, te ordeno... Ven conmigo qué vas a hacer tu ahora?

La señora de Villeneuve se levantó.

—No puedo más —dijo—. Hasta la vista.

—¿Pero dónde vas, hija mía?

—A la Pelouse. Es mejor para todos. Mañana nos encontraremos en el entierro.

Y cerró violentamente la puerta tras sí.

—Buen viaje —dijo la señora de Larralde.

—Sabina, hija mía —gimió la madre—, no se le debe tomar en cuenta. Es muy desgraciada.

—¡Bah! —contestó asperamente la señora de Larralde—. ¿Es culpa nuestra que su bello capitán la engañe? Ya padecemos bastante las calaveradas del señor, y, por lo visto, es necesario que encima soportemos el carácter de ella. Te prevengo que Esteban está ya cansado. La próxima vez no pagará.

La señora de Saint-Selve bajó tristemente la cabeza. Después, ella hundida en su butaca, y su hija con los brazos cruzados sobre las rodillas, el busto inclinado hacia la lumbre y la cabeza apoyada en la repisa de la chimenea, permanecieron calladas entre las sombras de aquella tarde luviosa.

La señorita de la Ferté bajó a las tres. Sabina se puso en pie.

—Espera —dijo Ana—. Se ha apagado la lumbre de arriba. Espera que se la enciendan. Tu marido te sustituye al lado del fénix.

Sabina volvió a sentarse maquinalmente.

Ana abrió el gran armario que guardaba la ropa de casa, y sacó unas sábanas.

—No puedo ofrecerte más que dos habitaciones —dijo—. Espero que no les será molesto aceptar la compañía de la señora de Villeneuve.

Hija mía respondió la señora de Saint-Selve —eres demasiado amable. Nos es violento el imponerte—.

Mientras estaba hablando cambió una mirada con Sabina; pero ni una ni otra se decidieron a entrar en las explicaciones que tenían.

Se abrió la puerta del comedor y apareció en el umbral, sofocada, la señora de Villeneuve, quien al ver a la señorita de la Ferté, dirigióse hacia ella. Las dos mujeres se midieron con la vista.

—Vengo de la Pelouse —dijo María Luisa. Ana la miró con tranquilidad.

—De la Pelouse —repitió la señora de Villeneuve—, y quisiera saber con qué derecho está cerrada la casa.

La señora de Saint-Selve quiso intervenir.

—No pediste la llave al jardinero? —aventuró con voz temblorosa.

—Se la pedí, y me respondieron que está aquí.

Sin hablar una palabra, la señorita de la Ferté dirigióse a la chimenea, y de cinco o seis llaves que pendían de un clavo, tomó una y se la tendió a María Luisa, diciéndole:

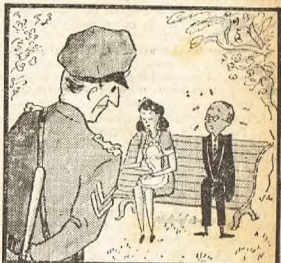
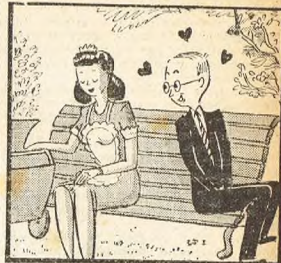
—Esta es la llave.

Y como la señora de Villeneuve permaneciera, pálida de rabia, sin hacer ningún ademán para agarrarla, Ana la colocó sobre la mesa al mismo tiempo que decía:

—La señora de Jaime de Saint-Selve había

DON TEMBLEQUE, UN HOMBRE TIMIDO

Por JAH-KIEL



dejado hacía tres meses la residencia de la *Pelouse*. Era natural que al marcharse cerrara su casa.

Con brusco movimiento, la señora de Ville-rupt, se apoderó de la llave.

—Hasta mañana, mamá—dijo.

—¿Tienes intención de pasar la noche en la *Pelouse*?—preguntó Ana—. Te prevengo que estarás mal. Hace frío allí; se quitaron todas las colgaduras y cortinas. Harás mejor que dándote aquí.

María Luisa le dirigió una mirada de odio. En el umbral de la puerta rozó con Larralde, que llegó con el tiempo justo para presenciar el final de la escena.

—Vamos a ver, María Luisa...

—Déjeme en paz—contestó ésta—No necesito sus consejos.

Y desapareció.

Discretamente salió también la señorita de la *Ferté*. Además tenía que llevar las ropas a las habitaciones.

Cuando volvió, un cuarto de hora después, Sabina se sacaba los enrojecidos párpados, Larralde paseaba de lo largo de la habitación y la señora de Saint-Selve, con las manos en los brazos de su sillón y la cabeza doblada sobre el pecho, no se movía.

Cuando oyó entrar a la señorita de la *Ferté*, se levantó, y con gesto cansado y friolero apretó contra su cuerpo los pliegues de su inmenso abrigo de estación, un abrigo que en otro tiempo debió de ser suntuoso, pero del que ahora, a la luz, notábanse las lacras de la vejez.

—¿Teñiste frío?—le preguntó Ana.

La señora de Saint-Selve no contestó, pero aumentó la intensidad de su temblor.

Sin hablar una palabra, dirigióse aquella a la cocina y volvió con una estufilla. Después, arrodillada ante la chimenea, buscó brasas entre las cenizas, y para ello tuvo que separar al hierro, que dormitaba sobre la plancha de hierro, entre los dos mortillos.

—*Pyram*, séparate.

La señora de Saint-Selve salió de su ensimismamiento.

—*Pyram*—repitió—, *Pyram*, el perro de Jaime. ¡Dios mío, lo había olvidado! No lo he conocido.

Las lágrimas ahogaron su voz.

—Cálmate, mamá, cálmate—decía la señora de Larralde.

Y para ocultar la emoción que se había apoderado también de ella en aquel instante de catástrofe, llamó con voz en la que apuntaban los sollozos:

—*Pyram*, ven aquí, *Pyram*! Ven, perro mío. El animal la miraba con sus mortecinos ojos, pero no se movía.

—Ven, *Pyram*, ven.

—Tiene más de quince años. Está sordo—dijo la señorita de la *Ferté*.

XXIX

La mañana del entierro hizo un buen tiempo. Pero como había estado lloviendo sin cesar durante cuarenta y ocho horas, era imposible hacer que llegase el coche fúnebre hasta la *Croux*, y en consecuencia, dispúsose que el cortejo se formara delante de la *Pelouse*, en el sitio en que el camino de arena se une a la carretera de Castex.

Se colocó el ataúd en una carreta tirada por dos buyes. El abate Saurépe, con sobrepellic, llevaba con él un sacristán, portador de la cruz, y dos muchísimos niños de coro. El abate Ducourau excusó al abate Lafitte, que seguía enfermo.

La señora de Saint-Selve avanzaba pensosamente, apoyada en el brazo de Larralde. La señorita de la *Ferté* y Sabina iban juntas. Los mal engrasados ejes de la carreta chirriaban, y a su paso levantaron el vuelo los primeros pilgueros. Más de media hora se tardó en hacer menos de un kilómetro.

En la carretera de Castex, además de la carroza, aparecían alineados cinco coches. Uno para el clero, dos para la familia y los otros dos pertenecientes a gentes de Dax, amigas de la familia Saint-Selve: un señor completamente insignificante, dos señoras y una señorita ya de edad. Con ellos estaba la señora de Ville-rupt, y los cinco aguardaban delante del portón de la *Pelouse*. Al despegocar la cabeza del fúnebre cortejo en la carretera, el pequeño grupo dirigióse hacia la señora de Saint-Selve. Hubo abrazos, exclamaciones, lágrimas, y se proclamaron algunas verdades axiomáticas.

—No es a los que se van a los que hay que compadecer más.

—Creo lo mismo, pero de todos modos, a su edad, es terrible.

—Tiene usted al menos el consuelo, mi querida Constanza, de que la pobre hija está en el cielo y puede rogar por usted. Ha sido milagrosa esta conversión.

La señora de Saint-Selve lanzó un profundo suspiro.

—Es el único pensamiento capaz de dulcificar mi dolor.

Extraña a esta escena de pesámes y lamentaciones, la señorita de la *Ferté* se ocupaba en ver cómo colocaban el ataúd en la carroza. Arregló los pliegues del paño y colocó las camélias; una corona y dos ramos. Había un tercer ramo, un ramo humilde hecho con campanillas silvestres rodeadas de largas hojas de helechos. Al salir de la *Croux* lo colocó tímidamente sobre la carreta una pobre niña enferma, para quien la muerte había sido buena. Siguió el cortejo, y allí estaba entre los aldeanos, siguiendo con ansiosa mirada la suerte que corrían sus pobres flores.

Un sepulturero arrojó el poco ramo a la cuneta de la carretera. Ana le cogió y lo colocó en la carroza, al lado de las espléndidas camélias blancas. Después, siempre separada, esperó a que terminaran las efusiones entre la señora de Saint-Selve y sus amigas.

—Señoras, si tienen la bondad...

Era el abate Saurépe, ordenador de la ceremonia, quien intervenía.

Por primera vez la señora de Saint-Selve se fijó en la carroza y tuvo un movimiento de sorpresa al observar que correspondía a un servicio de segunda clase. Buscó con la vista a la señorita de la *Ferté*, y dejando a los que la acompañaban, se acercó a ella.

—Hubiera podido hacérselo un entierro algo menos modesto—dijo.

Al pronunciar estas palabras había vuelto a encontrar su aire altanero.

Ana la volvió en una fría mirada, al mismo tiempo que le decía:

—Todo lo que se hizo fue con arreglo a la expresa voluntad de su hija política.

Se organizó el cortejo. El abate Saurépe ocupó con el cantor el coche de cabeza, la señora de Saint-Selve y Sabina colocáronse en el segundo, María Luisa hizo subir con ella al tercero a una de las damas de Dax, y la señorita de la *Ferté* iba en el cuarto con una solterona harilantona.

Larralde, el abate Ducourau y una docena de aldeanos marchaban a pie.

Lentamente, el cortejo se puso en marcha.

La solterona intentó trabar conversación con Ana, pero pronto hubo de comprender que perdía su tiempo y su trabajo. Entonces sacó un rosario del bolsillo de la falda, y la señorita de la *Ferté* no volvió a ver interrumpidos sus pensamientos.

El tiempo era plácido. El paisaje aparecía blanco y gris. Por los cristales de las portezuelas del coche, Ana veía a uno y a otro lado desfilir con lentitud regular los familiares detalles de aquella carretera sobre la cual se habían desarrollado los acontecimientos capitales de su existencia. Primero, la casucha de Isabelina, donde por primera vez tuvo su atención el nombre de Jaime de Saint-Selve. Más lejos,

el convento con su jardín, jardín al cual las monjas de Dax traían los jueves y domingos de paseo a sus alumnos. Durante diez años había recordado Ana ese camino dos veces por semana; era la época en que se la amenazaba con castigarla por no querer jugar en una partida en que la suerte le había asignado unas compañeras que no le agradaban. Más lejos aun, pero a la derecha, estaba la hostería de *Tachours*. Desde el jardín del convento las muchachas oían el domingo un alegre concierto de brindis, al instante de vasos, de choque de bolas. Y por la tarde, al emprender el camino hacia Dax en dos hileras, sentíanse vagamente tristes al oír el sonido del rústico violín, tocado en el fondo de la granja en el invierno, y en la empalizada exterior en el verano para celebrar el baile de por la noche.

Estaba ahora entre la hostería y los Cuatro Caminos, el sitio en que Jaime la alcanzó cuando ella iba a pie hacia la *Croux* y la invitó a subir al coche. Le abandonó su mano, como ocho años después se la abandonó también a aquella que antes de una hora sería apresada para siempre por la tierra.

A partir de este sitio, Ana hundióse en el coche y no volvió a mirar la carretera.

Ya habían llegado, y la gente empezaba a bajar de los coches. Estaban pavimentando la calle principal. La carroza se detuvo, y el fúnebre hizo el recorrido de 300 metros que faltaban hasta la iglesia sobre los hombros de cuatro aldeanos. La señora de Saint-Selve sufrió la mortificación de tener que formar parte a pie de un entierro del que, a su juicio, se hubiera avergonzado un colono rico. Desde las puertas y delante de las tiendas la gente miraba, y cada una de esas miradas aumentaba el suplicio de la vanidosa mujer.

Bajo su velo de crepón observaba a derecha e izquierda, espionando a aquellos modestos arcaños, a aquellas mujeres que ella misma veía cambiar entre sí alguna palabra, estaba segura de que se decían: "¿Pero es a la nuera de la señora de Saint-Selve a quien entierran así? No es posible. ¿En qué habrán estado pensando para consentir esto?"

Delante de la iglesia, un grupo formado por unas quince personas esperaba: el doctor Bartraderes y el señor Desrouesse, de levita y sombrero de copa; un comandante retirado que acompañaba en otro tiempo en la partida de *triquet* al señor de la *Ferté*; el abate Tarzica, nombrado hacía poco cura de San Martín de Seignax; la presidenta de la Obra de los Tárniculos y damas de esta Obra. Ana tuvo que estrechar algunas manos.

El abate Vergez recibió el cadáver en el atrio.

La iglesia de San Pablo es triste y desnuda. Sólo dos esculturas de otros tantos santos la animan. Una de ellos es San Antonio, acompañado de un cerdo, una especie de animal de la casa. Más allá, la señorita de la *Ferté* el nombre del otro santo que estaba enfrente, un santo con vestido verde que tenía a sus pies un ave que parecía entre corneja y polla de gavia.

La misa fue terriblemente larga. Se hubiese creído que, convencido el abate Vergez de que a una conversa debía dársele buena medida, había adicionado oraciones enfáticas. Cerca del final heló los corazones los elementos un desconsonado *Réquiem* cantado gangosamente por dos muchachitos del pueblo, que oficiaban de acólitos.

Todo el mundo se puso en pie. El hisopo pasó de mano en mano. No se puede imaginar nada de más dolorosa nobleza que el ademán con que la señora de Saint-Selve roció de agua bendita al féretro.

Al salir comenzaba a llover. Cuatro o cinco paraguas se abrieron en seguida.

El cementerio de San Pablo sólo dista de la iglesia cincuenta metros. Está en la falda de

una colina que domina el ferrocarril de Bayona. No exageraba el abate Sarréclé al encontrar su situación pintoresca. Desde allí veíase la plateada línea de álamos que denominaba el curso del Adour, la sombría colina de los Lazarets y más allá el cinturón color-lila de las alturas de la Chalosse. Todo esto componía un paisaje de una dulzura silenciosa, turbada solamente a la mañana, aquí y allá, por el canto de los gallos.

A la izquierda del calvario, que ocupa el centro del camposanto, en la segunda calle lateral, abríase la fosa recientemente excavada, dominada por un montón de tierra anaranjada que parecía tener doble volumen que el que era de donde había salido. Amanió la lluvia. Uno a uno fueron cerrándose los paraguas.

Ahora, la escena habitual con su tono de mediocre desolación; las cuerdas que se pasan por debajo de la caja; uno de los sepulcros, que es menos fuerte que el otro y hace tener durante un momento una macabra ilusión, y al fin el golpe sordo de la madera contra la blanda arcilla del fondo.

La señora de Saint-Selve, siempre en actitud algo teatral, manteníase al borde de la fosa, mirándola como si se hubiera sentido atraída por ella. Alrededor de esta primera figura estrechábanse sus hijas, sus amigos, que parecían preparadas para interponerse. La señorita de la Ferté estaba al otro lado del sombrío recinto, sola con el velo oficial. La actitud de todos estaba tocada de ese recogimiento, de esa compasión nunca fingidos en unos momentos en que cada uno está pensando en que algún día le llegará su vez.

Al fin concluyó todo. Sostenida por Larralde y Sabina, la señora de Saint-Selve inclinóse, y recogiendo un puñado de tierra, la dejó caer en la fosa. Siempre hay en esa tierra pequeñas piedrecitas que al caer sobre el férreo fondo hacen de un modo lúgubre. Una península derecha y pálida, apoyada en la tumba contigua. Parecía no pensar en que había que marcharse. El comandante retirado le puso en la mano el puñado de tierra de ritual, que ella arrojó al agujero tirándolo al azar.

Señorita, lleva usted el chal manchado de yeso.

Era verdad. El muto del sepulcro, recientemente blanqueado, había sido la causa de aquella pequeña desgracia. Ana hizo un movimiento de impaciencia, pero el bravo ex militar obstinóse en limpiarla, y le dio una serie de golpes secos en la espalda.

—Ya sale, ya sale.

El no abandonaba su tarea. Ella se resignó. Se unieron a los demás en la puerta del cementerio, y allí quiso asegurarse él de que el yeso había desaparecido.

—Ya no queda nada; en el paño del uniforme hubiese costado sueno trabajo quitarlo, y eso con cepillo.

En la puerta de la iglesia volvieron a formarse los grupos; pero ahora se hablaba en voz alta. El doctor Barradères, muy rodeado de gente, explicaba las circunstancias de la muerte. Larralde hablaba, un poco separado, con el señor Destouesse. La señora de Saint-Selve daba rienda suelta a su dolor en el seno de las viejas señoras, sus amigas de la infancia.

—¿Es esto justo? — preguntó —, ¡Pobres niños, a quienes todo sonríe, que no han vivido, por decirlo así, marcharse de esta suerte! Nosotros somos la que debíamos partir.

—Es la voluntad de Dios, mi querida Constanta. Ante ella hay que inclinarse.

—¡Ah, mi pobre Elisa! ¡Decir que hacía siete años que no nos veíamos! Tienen que ocurrir desgracias como ésta para encontrarnos. ¡Y tu hija, está bien? ¡Y sus nenes?

—Muy bien todos; mi hija no pudo venir porque está a punto de tener otro hijo.

—Me alegro mucho, mucho. ¡Que haya al menos quien sea feliz!

—¿Cuándo regresará a Burdeos?

—Esta noche, en el tren de las nueve y diez.

—Si no llueve, iremos a abrazarnos a la estación.

Se separaron. Para volver a tomar el coche, que quedó a la entrada del pueblo, la señora de Saint-Selve obligó a sus acompañantes a ir por un sendero a campo traviesa. No quiso volver a pasar por la calle donde la habían visto acompañando un entierro de pobres.

Invitó a la señorita de la Ferté a subir con ella y con Sabina, Larralde y María Luisa tomaron el segundo coche. Llegaron a la Groute, a la hora de sentarse a la mesa. Y Ana pudo comprobar que la señora de Villeurt se hallaba esta vez en el número de sus invitados. Sin duda, Larralde, durante el trayecto de regreso, había encontrado argumentos capaces de convencerla.

La señorita de la Ferté comprendió a qué sentimiento de febril curiosidad obedecía semejante cambio de actitud, cuando las tres entró María en el comedor y anunció que esperaba el señor Destouesse.

—¡Ah! Es cierto — dijo Larralde — el señor Destouesse me advirtió esta mañana que vendría por la tarde a la Groute, y olvidé decirselo a usted.

Y, al mirarlo la señorita de la Ferté, recibió algo balbuciente:

—Lo olvidé por completo.

—Que pase el señor Destouesse — ordenó Ana.

Para adquirir eternamente un profundo desprecio al dinero teniendo un alma delicada, hasta asistir a esa ceremonia familiar que se llama entierro de un testamento. Se ve a personas obligadas a amarse, a manifestarse, al menos, pruebas aparentes de afecto, en actitud hostil y muertas de impaciencia ante la angustiosa espera, y después oyense dos clases de suspiros, con los que se acoge la lectura del verdicte: suspiros de satisfacción y suspiros de odio, no menos repugnantes aquellos que éstos.

En el oscuro comedor de la Groute, la ansiedad alcanzaba el máximo de intensidad. Flotaba en el ambiente una cuestión de vida o muerte. La difunta tenía, en Inglaterra, parientes lejanos: una tía y una prima, pero se sabía que estaba reñida con ellas. Si Galswinthe hubiera muerto primero, no podía dársele de que hubiera dejado toda su fortuna a su marido, al marido que tanto amaba, con el que sólo se casó por amor. Ahora bien, la familia de ese marido era la suya; olvidarla sería una nefanda acción. No era posible que la comitiera aquella joven criolla, acogida con afecto en Burdeos, a quien durante seis años se le había dado religiosamente tan bonita renta, y para quien, en suma, siempre habían sido buenos y complicantes.

El notario inclinóse ante cada una de las cuatro mujeres y dió la mano a Larralde.

—Señoras, el señor Larralde ha debido ponerlas al corriente del objeto de mi visita. Hace unos tres meses, la señora de Jaime de Saint-Selve, presintiendo su próximo fin, me manifestó su intención de testar y haber elegido la forma de testamento cerrado. Las prescripciones legales fueron cumplidas normamente, y aquí está el testamento en cuestión.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, extrajo de su cartera un sobre. La oscuridad aumentaba.

—¡Hace falta una lámpara — dijo la señora de Saint-Selve con voz un poco ronca — Ana levante y encienda la lámpara col-

gada. Lentamente fueron saliendo de la sombra los personajes que componían la escena.

La señora de Saint-Selve trataba de aparecer indiferente, pero todo en ella revelaba una tensión que no era bastante a ocultar su fingida desventoladura. Con una señal había llamado a su hija Sabina y le hizo sentarse en el brazo de su butaca, al lado del hombro de su hija agachada, con una sonrisa cansada en los labios que quería expresar su absoluta indiferencia por las cosas de este mundo.

La señora de Larralde no se esforzaba tanto en disimular su emoción. Encima de sus rodillas se le veían temblar las manos. Larralde, por su parte, con las cejas casi próximas que llegaban a juntarse, tenía fija la vista en el giro que imprimía a sus gruesos pulgares.

Ana apenas veía a la señora de Villeurt. A medida que la difusa luz de la lámpara fue extendiendo el círculo luminoso, María Luisa había hecho retroceder su silla hacia la zona de la sombra, precaución que por sí sola bastaba para denotar los pensamientos que agitaban en aquel momento. Castigado su marido con medidas disciplinarias, cada vez más severas, había sido finalmente destinado, hacía medio año, a Túnez. Le prohibió que lo acompañase, y a las súplicas de ella para que modificara esa decisión, él contestaba con el más frío cinismo poniendo condiciones pecuniarias exorbitantes para acceder a renunciar la vida en común. Larralde negóse en absoluto a desembolsar la crecida cantidad que exigida por su cuñado, y lo horrible era que cuantos más ultrajes devoraba, más esclavizaba a su marido se sentía la alivia María Luisa. Había llegado a odiar a su madre y a su hermana, que la sostenían bastante débilmente en su lucha contra Larralde. En varias ocasiones intentó entrar en relaciones con la viuda del Jaime de Saint-Selve, y se le había sabido cómo fueron acogidas en la *Pelouse* de la señora de Saint-Selve. Con todos estos antecedentes no es difícil imaginar qué clase de sentimientos albergaría su espíritu respecto a la señorita de la Ferté.

—¿Quiere tener la bondad de comprobar?

El señor Destouesse sacó otro sobre, que estaba encerrado en el primero, y se lo alargó a Larralde. Este lo tomó y lo examinó escrupulosamente.

—Como ve, contiene las firmas requeridas: la de la señora de Jaime de Saint-Selve, las de los testigos y la mía.

Larralde le devolvió el sobre inclinándose. El notario lo abrió y leyó la breve fórmula mediante la cual Galswinthe legaba la totalidad de sus bienes, muebles e inmuebles, a la señorita de la Ferté.

La lectura fue acogida con un silencio tan glacial que, a pesar de una práctica de más de treinta años en el ejercicio de sus funciones, el señor Destouesse se halló turbado. Intuyó con la mirada a cada uno de los presentes.

—Nadie, por lo que ve — dijo al fin —, tiene objeción alguna que hacer. Sólo me resta, por lo tanto, señoras, pedirles perdón por haberlas molestado.

Como nadie le contestó, dirigióse hacia la puerta y no permitió que la señorita de la Ferté, que se había levantado, lo acompañase más allá.

—No, señoría; se lo ruego.

Y en voz baja, de modo que los demás le oyeran lo más posible, añadió:

—La espero en mi despacho lo más pronto que pueda ir para llenar las formalidades de la toma de posesión.

XXX

—¡Bien! — exclamó al cabo de unos minutos, con tono irónico, la señora de Saint-Selve. —Esta es una cuestión arreglada. Tanto me-

¡por, ¿no es cierto, hijos míos? ¿Qué dices tú, Esteban? ¿Y tú, Sabina?

Larralde no contestó. Su mujer miraba al espacio como atontada.

De repente, un ruidoso hipo convulsivo quebró el silencio.

—¿Qué es eso? —preguntó la señora de Saint-Selve.

Eso era que la señora de Villerrupt había roto en desoladores sollozos. Se había contenido durante mucho tiempo, y ahora lloraba, lloraba con lastimeros gemidos, como un niño.

Su madre y su hermana corrieron hacia ella. —¡Dios mío! —exclamó la señora de Saint-Selve—. ¡Tiene las manos heladas!

Ana agarró la lámpara y se acercó. Sabina la separó bruscamente.

—No necesitamos de nadie —dijo— para cuidarla.

Sin conmoverse, la señorita de la Ferté fué a la cocina y volvió a los pocos momentos con una estufa y una taza de tisana hirviendo. María Luisa continuaba llorando, pero los modos de su madre y de su hermana le daban dulcificados sin duda. Larralde había aprovechado los minutos para inculcarles el sentido de la realidad.

Mientras Sabina colocaba la estufa bajo los pies de la señora de Villerrupt, la señora de Saint-Selve esforzabase en hacerle beber la tisana, al mismo tiempo que daba las gracias efusivamente a la señorita de la Ferté.

—¡Cuántas molestias te damos! Nunca olvidaremos lo buena que con nosotros has sido. Bebe, María Luisa; bebe, hija mía. Es tu madre la que está a tu lado.

En tanto que ellas trataban de combatir como podían al síncope, Larralde logró sorprender a vez, en un rincón, a Ana.

—Será tal vez conveniente que, desde luego, hablemos ya de ciertos asuntos. No ignora usted que mi hermana política había colocado en esta noche una parte de la fortuna que acaba usted de heredar. Por este hecho...

Con un movimiento de cabeza, ella le señaló el grupo formado por las tres mujeres.

—Más tarde; nada nos apremia —dijo secamente.

Un poco antes de las siete, cuando llegó el momento de dirigirse a la estación, no era posible pensar que María Luisa recorriese a pie el kilómetro de camino arenoso que separa la Croûts de la carretera, donde aguardaba el coche. Fué necesario que el jardinero preparase la carretera de bueyes que había servido por la mañana para conducir el féretro, en la que, con un toldo, improvisó un abrigo de momento. La señora de Saint-Selve y su hija subieron a ella. La señora de Villerrupt subió en el carruaje a cada momento, y cuando cesaba entre sus sollozos, oíase el castañeteo de sus dientes, producido por un constante tiritar.

—¡Hasta la vista, prima mía —dijo Sabina abrazando tímidamente a Ana.

La señora de Saint-Selve arrojó en sus brazos.

—Querida hija, te lo repito, nunca olvidaremos tus atenciones. Me pena dejarte aquí tan sola, en esta casa tan triste. No estás en edad de vivir así. ¿Por qué no has de venir a nuestra casa, a Burdeos, cuando te plazca, a estar todo el tiempo que quieras? La casa, ciertamente, no es tan alegre como en otro tiempo, pero al lado de ésta... No me digas que no. Para nadie será molestia; eres de la familia, ¿no es verdad? Bien, queda prometido.

Cuando dejó de oír el chirrido de las ruedas de la carreta, Ana subió al primer piso. La cámara mortuoria estaba igual que por la mañana. Las dos sillas sobre las cuales estuvo colocada la caja seguían frente a frente. Ana las puso en su lugar.

Se había ocupado de que comiera la familia de Saint-Selve a las seis, pero ella no había tomado nada todavía. Cuando bajó al

comedor, María estaba preparando la mesa.

—Desde hoy —dijo a la vieja criada— me servirá por la noche legumbres y café con leche, como antes.

Cuando terminó su comida fué a sentarse al lado de la lumbre, cerca de *Pyram*, que dormía. Fuera oíase rugir el huracán en la llanura.

Un poco después de las nueve sentóse a la mesa, dispuso el tintero, una pluma y una caja de papel y, deteniéndose frecuentemente para pensar la frase que había de seguir, escribió una carta, de la que en seguida sacó copia.

Dieron las once. Metió una de las copias de la carta en un sobre y en él escribió la dirección siguiente: *M^r. Edouin Caliborpe, Port-au-Prince, Haiti*.

XXXI

Finalizaba abril. El viejo *Pyram* había muerto en marzo. Fué enterrado en un rincón del jardín. No teniendo ya que pasarlo, la señorita de la Ferté apenas salía de casa.

Un tarde fué el *Polono*, un maló enganchado al coche y dirigióse a Dax, a casa del señor Destouesse.

El notario la recibió en segunda.

—¿Qué hay? —le preguntó.

—Nada, señorita; no tengo nada todavía. Estamos a veintiocho y eso me sorprende mucho.

—¿A mí no tanto.

—A la señora de Jaime de Saint-Selve le fueron entregadas sus rentas siempre con puntualidad. Igualmente ocurrió con las de usted los dos meses anteriores.

—Las cosas pueden cambiar de un día a otro. Se trata de una cantidad de ocho mil francos, ¿no es eso?

—Exactamente. Seis mil francos de la renta mensual y dos mil de arrendamiento de la casa del breche de Chartrons, que venció el quince del actual. Creí que el señor Larralde difería el pago de las rentas para liquidar el total después de dicha fecha; pero nada me envían. ¿Qué debo hacer?

—Esperar hasta el cinco o el seis de mayo, y si en esta fecha no ha recibido los ocho mil francos, más los seis mil de abril, escríbale una carta cortés recordándole.



El día 7 de mayo, el señor Destouesse comunicó a Ana que no habiendo recibido hasta ese día ninguna cantidad, daba cumplimiento a sus instrucciones, y que la tendría al corriente.

Cuatro días después, Larralde llamaba a la puerta de la Croûts.

Ninguno de los dos podía haber olvidado su vista de ocho años antes, cuando fué a anunciarle oficialmente el casamiento de Jaime. Este hombre tuvo siempre la especialidad de las misiones desagradables. Pero la primera vez, aun convencido del carácter poco grato de la misión que se le obligaba a desempeñar, era indudablemente el dueño de la situación. Si exteriorizó sentimientos de piedad fué porque así quiso hacerlo. En esta segunda ocasión, los papeles estaban cambiados.

Sin embargo, esta realidad no fué obstáculo para que él iniciara la conversación con desenvoltura.

—Se figura, sin duda, querida prima, que vengo a presentarle excusas por el pequeño retraso que sabe. Mas no es así: lo que he de hacerle son reproches.

—Es posible —contestó Ana con inexpresiva sonrisa.

—Sí, reproches. Prometió formalmente a su tía ir a vernos a Burdeos. Le escribí a primeros de febrero recordándole su promesa; después, en marzo, lo hizo mi esposa, y nada ha contestado usted.

—Contestó a la señora de Saint-Selve.

—Sí, pero no contestó a Sabina, y esto nos

hizo creer que iba a llegar. Pasaría en nuestra casa dos semanas completamente tranquila y de paso arreglaríamos nuestros asuntos.

—Es, por su parte, una amabilidad haber comprendido que soy una salvaje y haber venido a verme.

—Vine porque tenemos que hablar seriamente.

Su voz alteróse un momento, pero recobró rápidamente su firmeza.

—Muy seriamente —repitió.

—Le escucho.

—Vine a proponerle un negocio interesante. —Un negocio interesante a mí?

—Sí, pero antes tengo que hacerle una o dos preguntas; bien entendido que si me juzga indiscreto, no me conteste. Cuando mis Russell se convirtió en la esposa de Jaime, sus bienes parafenales, ya me comprende, sus bienes propios, ascendían a un millón quinientos mil francos. En dicha época invirtiéronse ochocientos mil francos en renta francesa del cinco por ciento. Los setecientos mil restantes

fueron colocados en mi casa al interés del siete por ciento. Por un arreglo posterior, mi hermana política ingresó en mi casa una nueva suma de trescientos mil francos, y queriendo yo corresponder a tal prueba de confianza, asigné a esta cantidad el ocho por ciento. Hay que anotar que, en el intervalo, ella había dispuesto de doscientos mil francos para adquisición de inmuebles. Debe, por lo tanto, haber encontrado en su herencia un remanente de trescientos mil francos en renta francesa del cinco por ciento.

—Un poco más —contestó Ana—. Desde que la señora de Saint-Selve vivía en el campo, no gastaba todas sus rentas. Encontré trescientos cuarenta mil francos.

—Perfectamente. Pues bien, yo he reflexionado sobre lo anormal de su situación. Por una parte tiene dos porciones de su fortuna colocadas a distintas tasas de interés: una al siete y otra al ocho, y yo le propongo unificarlas al ocho por ciento, con lo que obtendrá un beneficio de siete mil francos al año. ¿Le conviene?

—Es usted, en verdad, excesivamente bueno. Acepto, pero con una condición.

—¿Cuál?

—La condición de saber cuál es la que por su parte pone a ese arreglo.

—Yo no pongo ninguna condición. Estimo solamente que no puede tener interés en dejar trescientos cuarenta mil francos produciendo el cinco por ciento, cuando puede obtener de ellos inmediatamente el ocho en nuestra casa, o sea una diferencia de diez mil francos en su favor, que, a los siete mil de que hablábamos hace un momento, constituyen diecisiete mil francos anuales, cantidad que merece la pena fijarse en ella.

—Hablemos claro. ¿Quiere que yo ponga trescientos cuarenta mil francos en su casa?

—Se lo repito: es por interés suyo. Porque, en lo que a mí concierne, admitiré...

—Le vuelvo a dar las gracias. ¿Y puedo preguntarle qué uso piensa hacer de esa nueva cantidad?

—Larralde sonrió con gesto protector.

—Si li hubiese tentado que entrar delante de usted —dijo— en esos detalles, me hubiera pedido por favor que me callara.

—Perdone —contestó Ana—. Hace algún tiempo descubrí en mí una afición especial por esos detalles. Además, no hay para qué disfarzar los hechos entre nosotros. Me concede un aumento de siete mil francos de renta para que yo, a mi vez, le conceda un préstamo de trescientos cuarenta mil francos. Nada más natural. Pero le repito mi pregunta: ¿en qué piensa emplear esa cantidad? ¿En una ampliación de sus negocios, supongo?

—De gusto hablar de negocios con usted. Ha adivinado: en ampliar la explotación, o me-

por dicho, en modificar los métodos empleados hasta ahora.

A partir de aquí, se lanzó en una extensa serie de consideraciones técnicas muy a propósito para desorientar a quien estuviera mucho más al corriente que podía estarlo la señora de la Ferté del negocio comercial del río. Le habló de una instalación donde se fabricaría directamente para él todo cuanto se necesitaba para la venta del ron al comercio al por menor: etiquetas, facturas, cápsulas, tapones, fundas de paja, cajas, botellas.

—En las botellas, principalmente, pueden obtenerse grandes economías. Figúrese que en el momento actual tengo adquiridos cien mil botellas a treinta centavos cada una, y fabricándolas yo directamente me saldrán a veintidós centavos. Ya comprenderá que sería criminal...

Ana lo interrumpió sonriendo.

—Va a juzgarme muy presuntuosa — dijo.

—¡Iable.

—Pues bien: temo un poco, lo confieso, que este negocio de las botellas y de las fundas de paja sea del mismo género que el que hace una docena de años le propuso a mi pobre padre.

—¿De qué se trataba? — preguntó Larralde, que se puso repentinamente rojo.

—Lo ignoro. Era, por desgracia, demasiado joven en aquella época para que se pensara en consultarme. Pero es imposible que no se acuerde. No ha tenido otras ocasiones de hablar con mi padre. Recuerde: debió ser en 1872 ó 1873.

—Creo, en efecto, tener una idea... Sí, sí; ahora ya me acuerdo. Pero aquello era una locura. Se trataba de un intento de aclimatar la caña de azúcar en las dunas del litoral andés; es decir, en sitios donde nada puede crecer. No le enseñé nada nuevo si le digo que a su padre no lo había llamado Dios por el camino de los negocios.

—En efecto, Y eso es lo que ha hecho que yo, su hija, sienta por los negocios una repugnancia que únicamente la obtención de beneficios muy grandes me haría vencer.

—¿No le satisficieron los que yo le he ofrecido al principio?

—No.

—¿Es que acaso piensa obtenerlos mayores?

—Sí.

—¿Le han hecho otras proposiciones?

—Sí.

—¡Ah! — exclamó Larralde.

Y, después de reflexionar, preguntó:

—¿Puede conocerlas?

—Desde luego. Se me ofreció el diez por ciento.

—¿El diez por ciento? ¿Eso no es en serio?

—Sí, estoy en serio, por el contrario.

—Mire: a usted han podido contarle cuantos, pero a mí, no es posible. Llevo treinta años al comercio, y puedo asegurarle que en la plaza de Burdeos...

—No, si no es de Burdeos de donde procede la oferta...

—¡Ah!

... del diez por ciento. Veintiséis mil francos más que en su casa.

Una ráfaga de alivio pasó por los ojos de su adversario.

—Vamos — dijo con tonbo bonchón —. Ya me parecía a mí... Está embrollada en sus cálculos... ¿Diez veintiséis mil francos? No, no son veintiséis mil, sino siete mil francos.

—He dicho bien: veintiséis mil francos.

—Veamos: trescientos cuarenta mil francos al ocho por ciento, son veintiséis mil; al diez por ciento, son treinta y cuatro mil, o sean siete mil francos más solamente.

—Perdón. ¿Quién le ha hablado de trescientos cuarenta mil francos?

—¿Cómo?

—Es de un millón trescientos cuarenta mil

francos de lo que se trata. Un millón trescientos cuarenta mil francos me producirán en su casa, al ocho por ciento, ciento siete mil francos; ahora, al diez por ciento, me producirán ciento treinta y cuatro mil; luego tengo razón al hablar de veintiséis mil francos.

—Un millón trescientos cuarenta mil francos — repetía Larralde como en un sueño.

—¡Justo!

—Pero esa suma comprende el dinero colocado en mi casa por mi hermana política.

La señora de la Ferté inclinó la cabeza.

—¿Pero es que, entonces, ha pensado en retirármelo todo?

—¿Y por qué no? Veintiséis mil francos me valen la pena.

Larralde pasó la mano por la frente.

—Bien — dijo con voz que empezaba a velarse —; aunque por mi parte sea una locura, ¿y si yo pudiera darle ese diez por ciento?

—Le respondería que es tarde ya.

—¿Tarde? ¿Cómo tarde? ¿Está firmado?

—Sí, está firmado.

—¡Ah! Entonces..., siendo así... ¿Conoce usted a la persona con quien ha convenido usted eso? Me dijo hace un momento que no era de Burdeos.

—¿Quién es?

—Mister Edwin Calthorpe, de Puerto Princepe.

—¡Calthorpe! — exclamó Larralde.

La emoción le hizo levantarse. Ana, que no dejó de observarle, lo vio vacilar y volver a sentarse.

Lentamente, cuidadosamente, dobló su pañuelo y lo metió en el bolsillo.

—Estoy perdido — dijo simplemente.

—¿Perdido? — preguntó ella —. ¿Qué quiere usted decir?

—Perdido — repetió él, sin que la voz tuviera matiz alguno de odio, ni de cólera, ni aun de amargura.

—Perdido... ¿Perdido... No comprende la que quiere expresar un comerciante cuando le dice que está perdido?

—Realmente, no lo comprendo. No puede tratarse más que de pasar un momento un poco difícil. No hace diez minutos me hablaba de extender y mejorar sus negocios.

Estará arreglado con aquellos sus proyectos.

Larralde movió la cabeza.

—No se trata de mejoras.

—¿De qué, entonces?

—No nos engañemos más. Ha transferido sus créditos contra mí a Calthorpe, a ese Calthorpe, que ha reducido casi a la nada mis factorías de Haití; a Calthorpe, que me trajo la guerra al mismo Burdeos instalando una sucursal; a Calthorpe, que, en fin, quiere mi piel. Ya puede estar tranquilo, porque la va a tener. Puede perfectamente durante en la jugada su millón, y darle, en cambio, dos.

Aun saldrá ganando. Sin competencia, queda dueño de la plaza. No podrá quejarse.

—¿Perder su millón? Pero si yo se lo hubiera pedido para colocarlo en otra parte, ¿no estaba en situación de dármelo?

—Esas son cosas que se ven todos los días en el comercio.

—Será verdad. ¿Y en esas condiciones intentaba sacarme otros trescientos cuarenta mil francos?

El la miró a los ojos.

—Yo trataba de no dar la caída.

—Muchas gracias, por mi parte.

Larralde no contestó. Subía y bajaba alternativamente sus dedos, como si contase invisibles cantidades. Después alzó los hombros y murmuró:

—De todos modos es muy duro.

—Céfame — dijo Ana — que yo lamento...

—No — la interrumpió el comerciante —; no hay para qué hablar así; no vale la pena en este momento. ¿Le he suplicado? ¿Le he

amenazado? ¿He intentado hacerle cambiar de idea? No, ¿verdad? He comprendido perfectamente que era inútil. Me resigné; acepto mi suerte; pero, a su vez, compándame también.

Ana estaba sorprendida del giro que tomaba la conversación. Hallábase como una fragata que, después de zarpar todas sus velas cayera en una calma absoluta.

Mientras tanto, Larralde hablaba con una serena sultura que no estaba carente de grandeza.

—Escuche, escúcheme bien. Tengo derecho a ello. Puesto que su asunto está ya terminado, puedo decirle cosas que, de otro modo, me hubiera dejado cortar en pedazos antes de decirle. Hubiese podido parecer que mentaba. Escúchelo. ¿Recuerda el día que vine a decirle que se casaba Jaime? ¿Es, es necesario confesarlo todo, cooperé con todas mis fuerzas para que el matrimonio se realizara. Hay que hacerse cargo. Yo soy un comerciante, ante todo un comerciante. Aquel matrimonio era una fortuna inesperada para mí.

Piense en que se trataba de una dote de millón y medio de francos. En aquella época, Calthorpe comenzaba a batirme en brecha.

Era dinero que salía de su caja para venir a la mía. Doble beneficio; lo contrario de lo que va a ocurrir ahora. Hice, pues, cuanto pude. Pero cuando el matrimonio estuvo decidido; cuando me encontré aquí, en esta misma habitación; cuando la vi a usted tan pálida, tan digna y también, no le negaré, con tan inmensa pena, comprendí la mujer que era. Cuando me acompañó para salir, escuche a punto de besarle la mano, y durante el trayecto de vuelta tuve que pensar con ahínco en el millón del viejo Russell, para olvidar todo eso; pero no impidió que al entrar en casa dijera a Sabina: "Hemos cometido una mala acción. Tengo miedo de que no nos aporte la felicidad".

—Perdón... — dijo Ana, al mismo tiempo que expresaba por medio de un gesto su desecho de que no siguiese.

Pero él no la veía, no la oía. Seguía hablando como dirigiéndose a sí mismo. Era toda su vida lo que evocaba.

—De todos modos, es muy duro — volvió a decir —. Y observe que no me quejo por mí. Yo tengo lo que merezco. Cuando mañana me encuentre sin un franco, volveré a enpezar. Mire mis mapas. No son bonitos. Es que trajeron mucho. Yo salí de la nada, yo lo sabe. Yo fui vaquero hasta que a los quince años entré en Bégles, en el secadero de calabazas. ¡Qué número de ellos he sumergido en las tintas! Entonces se resquebrajaron mis dedos tal como lo ve aún. Pero al mismo tiempo me instruía; de noche, a la luz del candil, aprendí las cuatro reglas, un poco de tenebrismo de libros.

Había que enpezar por algo. Del bacalao, ¿verdad? Con. Salí de los empleos subalternos. El señor de Saint-Selve, padre, me distinguió con su afecto; siempre fué muy bueno para mí. Además, sentía cercano su fin y se hallaba con su hijo demasiado joven, y su mujer, que gastaba más de la cuenta. Yo, en diez años, había pasado de sesenta a dos mil francos mensuales e interesado en los beneficios. Desde entonces formé algún plan respecto a mí. Nunca olvidaré el día que me dijo: "Larralde, si no tiene nada que hacer, venga mañana domingo a almorzar a casa, calle de Cheverus". ¡Yo en aquella casa, Dios mío! María Luisa se había casado ya. El señor de Villerrup estaba con licencia. Precisamente, y los dos, durante la comida, cambiaron frecuentes bromas de las que me di cuenta que yo era el objeto. Pero el viejo Saint-Selve no aguantaba mucho, y nadie podía reírse demasiado delante de él, y la señora de Saint-Selve estuvo conmigo muy amable. Además, hubieron sido como quise-

ran, nada hubiera importado. Yo la amaba.

—¿A cuál?

—A ella, a Sabina. ¿Me amó ella a mí, o fué la víctima; la sacrificada de la familia? Comprenda: el padre acababa de morir, se habían aumentado los derechos de exportación, uno de nuestros barcos se había hundido, la competencia empezaba a ser terrible. Hacía falta alguien que tomara las riendas de la casa. Yo estaba allí, y me tomaron a mí. No había modo de hacer otra cosa. Jaime no había salido aún del colegio; pero, además, usted que es seguramente una de las personas que mejor lo han conocido, sabe como yo que no tenía condiciones para el comercio. Yo creo, sin embargo, que ella me amó, y después de todo, ¿qué importa, habiéndola amado yo? Yo la amé; pero debo ser franco: en lo que yo amé sólo a ellas amaba también el sentimiento de mi propia elevación. Piense que en menos de veinte años el pequeño vaquero de Sauve se había convertido en el esposo de una de las señoritas de Saint-Selve. Había razón para perder un poco la cabeza. Yo, lo reconozco, la perdí del todo, y de ahí nació mi desgracia.

Empezaba a oscurecer. Larralde prosiguió: —Digo mal mi desgracia, porque no me queda nada, no tengo derecho a quejarme. Todo mi vida, pase lo que pase, tendré ante mis ojos las estepas y los pantanos de Sauve, donde durante ocho años chapoteé y dormí al aire libre, siempre bajo el temor de volver a la granja sin alguna de mis vacas. Pero hay que decir la verdad: si a partir de una cierta altura, no me hubiera empujado en seguir subiendo, podría aguardar mañana, no como tendero, sino como acreedor. Porque hay dinero mío en la casa: trescientos mil francos, y trescientos mil francos que representan, créalo, muchas privaciones, muchas noches en vela, muchos trabajos cuando fuera hacia un tiempo hermoso y yo me hubiera ido a pasar de muy buena gana. Y ahora, la recompensa es el síndico, la quiebra, acaso la cárcel.

A la vez lo estremeció. Sus pensamientos saltaron a otro campo.

—¡Ah!, ese capitán de Villerept. Jamás po-

dría usted suponer lo que ha habido que hacer por él. Una vez, yo, que le estoy hablando, juez del Tribunal de Comercio, propuesto desde tres años antes para la cruz de la Legión de Honor, tuve que recorrer Burdeos, durante una mañana, en seguimiento de una letra falsa, y llegué en el preciso momento. Un día era eso, al siguiente otra cosa; porque el miserable tiene ingenio. Y yo pagué, pagué y he vuelto a pagar. En algún momento me rebelé; pero pronto volví a ceder. Me daba perfecta cuenta de que alrededor de mí, mi cuñada, mi madre política y mi misma esposa encontraban aquello completamente natural, y concluí, se lo aseguro, por estar yo también convencido. Su destino, el de él, era contraer deudas, el mío, pagarlas. Mientras es el dinero de uno el que desaparece, menos mal. Pero después he seguido lo mismo. Me parecía que obrando de otro modo faltaba al contrato que me había hecho entrar en la casa Saint-Selve. ¿Qué era yo para aquellas pobres mujeres sino una máquina de fabricar dinero? El dinero parece dar a los demás el descanso, el bienestar, el lujo. En cuanto a mí, no supe nunca nada de eso. Yo no vi en todo momento más que facturas que pagar, siempre pagar. Mi amor propio estaba amputado. Me doy perfecta cuenta de que han tirado contra mí con bala roja. Moneda falsa, óigame, moneda falsa hubiera yo fabricado. Pero bien lo sabe, puesto que estoy aquí.

Ya no se veía. Quedaron largo rato en silencio los dos. Después Ana encendió la lámpara.

Larralde preguntó:

—¿Y Pyram?

—Murió.

Timidamente interrogó después:

—¿Puedo saber en qué fecha ocurrió eso...?

Ya comprendo a qué me refiero.

—Lo ignora —respondió la señorita de la Ferté—. No me ocupó más de ese asunto. Mister Calthorpe tiene plenos poderes míos.

—Esperaré.

Ana lo acompañó hasta la puerta, hasta el mismo sitio en que siete años antes se separaron.

XXXII

En el mes de octubre, al *Myrmidon* se le abrió una vía de agua, y fué a varar a la costa de Canarias. No se le pudo volver a poner a flote.

Calthorpe aprovechó este accidente, que hizo desaparecer una de sus garantías, para entablar el procedimiento del que había de resultar la absoluta ruina de su rival.

El 10 de noviembre, Larralde suspendió sus pagos. Dos semanas después se declaraba la quiebra. Muy a duras penas evitó el quebrado la bancarrota de que estaba amenazado, por las excesivas sumas que aparecían empleadas en los gastos de la familia. Los peritos comprobaban que Larralde había invertido más de un millón en pagar deudas de su hermano político. Su proyecto de convenio con los acreedores fué rechazado.

Cuando terminó todo, entró como tendero de libros en un almacén de quincalla de la calle Santa Catalina. A fuerza de economías, él y su esposa lograron subsistir al mantener la pensión de la señora de Saint-Selve y pagar la pensión de María Luisa en la casa de salud a que hubo que llevarla, a consecuencia de la prisión, por estafa, del ex capitán Villerept.

La señorita de la Ferté no salió de la Croule. Sus rentas, solidarias de la increíble prosperidad de la casa Calthorpe, reina y señora de los mercados de ron de Puerto Príncipe y Burdeos, administradas, además, con notable talento por el escrupuloso señor Destouesse, se quintuplicaron en menos de veinte años. Sólo los beneficios que alrededor de ella había denunciaban tal crecimiento.

Murió en el otoño de 1914. Su muerte, debido a los acontecimientos que pesaban sobre todos, apenas si fué notada.

Así vivió y así murió esta mujer, que, esposa y madre, hubiera sido, sin duda, modelo de madres y de esposas. Toda su fortuna se invirtió, por disposición testamentaria, en obras filantrópicas, principalmente en constituir pequeñas dotes de quince a veinte mil francos que cada año debían facilitar a diez muchachas pobres el encontrar marido.

Fin de "LA SEÑORITA DE LA FERTE"

EL CONTINENTE ABSURDO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 15)

que tanto trabajo les costó elaborar?... ¿Deben considerarse racionales quienes matan porque aman?... ¿Qué puede pensarse de quienes tienen alimentos al alcance de la mano y se dejan morir de hambre; de quienes asesinan a cuantos disienten con su parecer; de quienes todo lo clasifican según las conveniencias e inconvenientes que les reporta de inmediato, y sobre tan egoísta y falsa noción, fundan ciencias y modelan ciencias; de quienes temen a la muerte, sin conocerla, pues sólo ven en ella un efecto (el aniquilamiento, el no ser); de quienes glorifican al amor, "fuente de la vida", y, bajo ciertas condiciones, lo reputan vergüenza e ignominia; de quienes llaman al dolor "padre de la sabiduría" y lo eluden sistemática, cobardemente; de quienes dicen adorar a sus dioses —dioses antropomórficos, hechos a su imagen y semejanza— y los escarnecen y blasfeman; de quienes proclaman respeto a las leyes, que

ellos mismos se dieron para salvaguardia y protección de la especie, y cuya constante preocupación consiste en violarlas (porque, en teoría al menos, mentir, robar y matar son espontáneas manifestaciones de la condición humana, estaban duramente penadas); de quienes exaltan el valor, la heroicidad, e inventan armas que impiden el ejercicio de tales virtudes; de quienes manifiestan su respeto por la ciencia, y discuten, menosprecian o desamparan a los sabios?... Les movía un exaltado concepto de la libertad, e impulsados por una fiebre de servilismo se sujetaron a códigos, reglas, costumbres, banderías y hombres. Los peores desbarbaban los méritos de los mejores, para elegirles jefes, sin perjuicio de calumniarles, deponerlos o asesinarlos, poco tiempo después. Llamábanse hermanos, y un río, en lugar de unirlos, como camino fácil y móvil, les separaba irremediablemente, al punto que los de una orilla ignoraron la lengua de los otros ribereños y de ello hicieron ridículo pretexto para matarse, para exterminarse sin objeto alguno, ni siquiera con el primitivo

y lógico de comer a los prisioneros adversarios... Para obligarles a comprar hierro o plumas, emprendieron bárbaras matanzas de presuntos compradores... En suma, eran intolerantes e intolerables, imprevisibles, absurdos...

El disertante calla, para humedecerse los gruesos labios, mientras sus ojos, a los que una acentuada miopía presta apariencia de pensativa abstracción, se pasean por los rostros de los aburridos alumnos, sin verlos. Maquinalmente, ordena algunos objetos sobre el escritorio. Luego prosigue con la habitual monotonía:

—En Europa hubo felices tiempos en que se pudo hablar de algo, pensar, opinar. En los que nos ocupan, no. Ciertas ideas estaban terminantemente prohibidas, prohibición que les dio mucha popularidad, y algunos temas de conversación entrañaron, "per se", delito grave. En cambio, pese a repetir hasta la saciedad su preferencia por lo práctico, lo eficiente y lo positivo, malgastaron su tiempo —que cotizaban a oro — en discutir minucias metafísicas, históricas y literarias, que

jamas dominaron. En filosofía nada adelantaron por espacio de treinta siglos; en historia, mintieron con exceso de pasión y documentos, para ensalzar o vituperar, según sus gustos; en escultura, tuvieron que imitarnos para renovarse, y nuestros "totems" fantásticos, mascarillas rituales y tallas pseudo primitivas, terminaron con sus serviles calcos de la realidad; en música, nos copiaron, sin entendernos; en literatura, les preocupó la forma, exclusivamente. Perdieron el sentido de la danza y de la invocación. Aquella se trocó en sensualidad ritmada y mediata, sin transcendencia cósmica; ésta, sólo brotó de sus labios con ruines miras de provecho personal. Mataron a la Noche y al Miedo... Señorita Mawata, se comporta usted con una incorrección de europea. Deje usted de empujarse y cubrir impudicamente su cuerpo. Aténdame. Ahora diré algo que le atañe muy especialmente.

Los alumnos rebullen ante la perspectiva de que alguien sea puesto en ridículo.

—Los salvajes europeos — continúa el maestro —, se vanagloriaban de su adopción por la belleza, pero, como usted, tenían una falsa vergüenza de sus cuerpos que, deformes y grotescos, resultaban más puros y perfectos que sus almas, más hermosos y agradables que sus vestidos. Y ni siquiera se disfrazaron, por finalidad clara y determinada, con pieles y cabezas de grandes fieras, que confieren aspectos dignos e imponentes, y presuponen, en quienes las llevan, el valor de su conquista en lucha. No. Sus trajes estaban hechos de tubos, fundas y armadillos que no les servían para disimular su presencia en las ciudades, como le sirve al león de los arenales su dorada pelambre, o a las cebra del bosque sus rayas de luz y sombra. Los que más se aproximaron a una centinela imitación de las bestias vivieron en la primera mitad del siglo XXI: su "cavado" reproducido con bastante fidelidad las brillantes pezuñas de los búfalos; sus "pantalones" semejan las patas de elefantes y rinocerontes; sus "americanas", "fracs" y "chaqueta" les prestaron algo del aspecto de patos, narabás y demás aves. Las mujeres usaron colas a lo pavo real, faldas cortas a lo grulla, altos tacones, que les daban apariencia de zancudas. Bajas y aquellos rivalizaron en adornarse con lo inútil, con lo asqueroso: con las escamas particulares del único carbón que no arde: el diamante; con la evidencia de una enfermedad de las ostras: la perla... ¡Qué le parece a usted, señorita Mawata? Bueno... Lejos de mi ánimo el propósito de abochornarla. Pasemos a otros aspectos de mayor importancia.

Muchachos y muchachos suspiran, defraudados en su expectativa de escándalo. El maestro consulta algunos apuntes, antes de proseguir:

—Ahora, luego de transcurridos tantos años y desaparecidas las causas raciales, políticas y religiosas que nos indujeron a desfigurar ciertos acontecimientos históricos, conviene relatarlos fielmente, sinceramente. Es cierto que la conquista de Europa estaba planeada y resuelta desde

mucho antes de su empresa. Una potencia como la nuestra, a menos de renegar de su civilizadora misión, mal podía permanecer inerte e indiferente en presencia de acontecimientos que perturbaban el normal ejercicio de su actividad colonial. La densidad de nuestra población nos forzaba, en primer término. África era estrecha para contenernos, pero Asia acumulara demasiado poderío para intentar sojuzgarla; América también parecía hueso duro de roer; y Oceanía, por dispersa, dificultaba su rápida conquista. Lógicamente se pensó en Europa, prolongación natural de nuestro continente; en Europa, debilitada por guerras, revoluciones, costumbres e ideas. Intentamos la penetración pacífica, la catequización paulatina. Fue inútil, casi diría contraproducente. Las factorías y misiones que establecimos en Hyde Park, Bois de Boulogne, El Pardo, el Aventino y otros lugares semisalvajes, fueron objeto de burlas y afrentas. Luego nuestros agentes secretos las asaltaron y saquearon en diversas oportunidades, para preparar el "clima" reivindicatorio... Nuestros sabios, que se trasladaron al "Continente absurdo" para estudiar razas y costumbres, leyendas y supersticiones, formaciones geológicas y grupos étnicos, riquezas naturales y orígenes totémicos, etc., etc., fueron hostigados por las feroces tribus que poblaban las inexploradas regiones de Roma, Bruselas, Amsterdam, Londres, París y demás aldehuelas. Formulamos reclamaciones diplomáticas, en tanto que organizábamos expediciones punitivas. Hasta pedimos a la vetusta y anacrónica Sociedad de las Naciones que nos confiriera un mandato sobre tan bárbaras, agresivas y ricas regiones. Como los europeos pertenecían a la entidad, por un lejanísimo y prescripto derecho o título de países fundadores, recibimos una negativa. Se cometiera un error fundamental al aceptar en dicha Sociedad de las Naciones a los pueblos semisalvajes de Europa, sin razas ni nacionalidades definidas; tribus sin pureza de sangre, cuyos territorios, en su totalidad sufrirían el interminable flujo y reflujo de cien invasiones y conquistas, que contribuirían a mezclarlos heterogénea e inextricablemente, sin amalgamarlos. Por añadidura, las nueve décimas partes de la población sufriría la esclavitud más odiosa e intolerable...

—¡Maestro! — interrumpe un chiquillo bantú —. Una cabra está comiendo la bandera de la escuela.

—¡Corre a espantarla!... Prosigo. Como es natural, se habló mucho en nuestro favor y en nuestra contra, mas nada se resolvió a nuestro agrado. Sólo obtuvimos de las demás potencias un platónico e ineficaz embargo de armas, que, dicho sea de paso, perjudicó bastante a nuestros corsarios y contrabandistas. Los acontecimientos se precipitaron por diversos motivos: porque el pillaje de que eran víctimas nuestros ciudadanos se tornara insostenible; porque un lord inglés abofetó a reglamento de pura sangre waziri; porque se rechazaba nuestra religión, nuestras pieles, nuestras carnes, nuestros saluda-

bles alcoholes de arroz y palma. Fue entonces cuando, naturalmente, resolvimos imponer el Derecho y la Libertad... Nuestra fuerza aérea, seguida por la marina y el ejército, atacaron a Europa. Luchamos, avanzamos, perseveramos. Paso a paso fuimos abriendo camino entre hordas feroces y suicidas, cuyos primitivos e inexpressivos dialectos entorpecieron tanto nuestra acción civilizadora como sus armas. Y conste que usaron de innobles y cobardes recursos defensivos, desde los gases tóxicos a las contaminaciones bacteriológicas, hasta aquella bomba atómica, que tuvo un cuarto de hora de celebridad. Nuestra ciencia, puesta al servicio de una justa causa, superó todas las dificultades. Vencimos... Sin dárnos tregua, impusimos la Justicia y la Libertad, intentamos convertirlos y civilizarlos, pese a que en campos, fábricas, talleres y oficinas encontramos una enorme cantidad de esclavos, cuya inferioridad mental y física nos impidió darles título y prerrogativas de ciudadanos. En pago de tales favores, aquellos conquistados incontestables no cesaron de hostilizarlos, de asesinarnos en cuanto se les presentaba la oportunidad. Una revolución seguía a un alzamiento, una huelga a un motín. El escarmiento era necesario y la guerra volvió a encenderse. En un heroico esfuerzo final, calmos sobre ellos, los destruimos, los anulamos. Los sobrevivientes, muy pocos, quedaron condenados a esclavitud perpetua. En menos palabras, de acuerdo con las únicas reglas guerreras que entendían aquellos brutos, nos vimos en la penosa necesidad de imponer nuestro "Vae victis"... La tarea de reorganizar aquel continente de acuerdo con nuestro sentido del orden, del derecho y la equidad, fue larga y engorrosa. Debimos rehacerlo todo, desde los bosques hasta su repoblación por una fauna casi extinguida, desde las costumbres hasta la religión, desde la moral hasta los gustos. Lo conseguimos plenamente. Hoy es un placer transitar por Europa; sus selvas y sus ríos, sus aldeas y sus...

Una campanita repica en el patio. En el aula se advierte un contenido impulso y un perceptible rumor. La clase ha terminado, y con apresuramiento idéntico al de sus discípulos, el viejo maestro recoge sus anteojos y algunos libros. A un movimiento de su mano, de palma rojiza y dorso ceniciento, chiquillas y chiquillos se ponen en pie...

—Mañana — les dice — terminaremos esta clase y con ella el curso de este año. Repasen la obra colonizadora y civilizadora que realizamos en Europa hace muy cerca de un siglo, porque sobre ese tema versarán los exámenes. Y después, muchachos, vendrán las vacaciones... ¡El bosque, la llanura, el río, los juegos, la caza!... ¡Hasta mañana, muchachos!...

—¡Hasta mañana, maestro!...

Y éste, tras ajustarse la correa que sostiene su exiguo taparrabos, sale alegremente, en pos de sus alumnos, de la Escuela Normal N° 246.845, de Ubungu-Chara (Estados Unidos de África). ♦



No, padre, no se ofenda, no necesito consuelo. Usted debe entender, padre, no puede pensar como ellos; ellos están incapacitados para entender mi problema y los problemas de los cientos de miles de hombres como yo.

No soy patriota, padre, no puedo serlo; para mí, la patria era algo grande, inmenso, pleno de mieses doradas, ondulantes a la caricia del viento, y ganado manso. Mujeres y hombres que formaban hogares para dar hijos robustos al país, no para empuñar el fusil, padre, sino para emplear esa energía en construir, ya sea empujando el arado, descifrando números con la regla de calcular, usando la pluma o los pinceles, como lo hacía yo, padre.

¡Qué buenos tiempos aquellos! Mis cuadros habían obtenido un discreto éxito en las exposiciones de Hamburgo. Me llamaban el pintor patriota. Ninguno como yo reflejaba en la tela el

gesto fatigado y alegre del campesino de Silesia, o el decidido del obrero de Kiel. Los mismos de esta hora crucial celebraban mis obras llamándolas maestras.

Hasta que llegó la guerra. Como le decía, padre, me llamaban el pintor patriota, y, entonces, era verdad. Amaba a la tierra noble que compensa las fatigas del hombre que la cultiva. Adoraba a sus talleres horribiguanes, mosaicos de chimeneas, a las gentes sencillas que, de sobremesa, cantaban a coro los *lieder* inmortales. Amaba, como amo, a la humanidad entera, ¡qué hermoso era ver a esos muchachones de casi dos metros enterrecerse hasta las lágrimas con un trozo de Schiller o de Goethe!

Entonces cantaba con ellos, bebía nuestro buen vino del Rin, y pintaba, pintaba y pintaba, cada vez más y mejor.

Ahora no puedo, padre; menos después de aquello...

Le hablé de música, padre; él era un gran músico, había veni-

La liberación

Cuento, por

Alberto Jorge Labastie

ESPECIAL PARA LEOPLAN
ILUSTRACIÓN DE ARTECHE



do becado por el gobierno de su patria a perfeccionar la técnica. Vivíamos en una casita de tejas verdes, plena de rosales en flor; él me enseñaba los secretos de Debussy, y yo trataba de esclarecerle el arte exquisito de Bach. Le aseguro, padre, que Jacques y yo éramos uno solo, una amistad sólida me unía con el francésito Jacques. Casi todas las mañanas de buen tiempo yo preparaba los colores para mi último tema en el balcón, y él dejaba correr sus dedos largos y finos sobre el teclado, como palomas sobre el marfil. Todavía lo escuché, padre... ¿No lo oye usted también?... la, la, la ri, la la, es *La fille aux cheveux de lin...*, ¿recuerda, padre?... Bueno, quizá sean ilusiones mías; pero aun lo oí a través de esta reja, con su sonrisa perenne de *bon garçon*.

Así vivíamos, en perfecta armonía; hasta que lo expulsaron del país. Cuando entramos en guerra, todos los extranjeros residentes fueron declarados sospechosos, y también a él lo deportaron.

Fuimos a despedirlo a la estación. Quedé último. Nos miramos en los ojos sin pronunciar una sola palabra; en la pureza de sus pupilas brillaba esa lígmina varonil que asoma, pero nunca surge. Me dijo, con voz apenas perceptible:

—Adieu!

—Adieu! —le contesté en su idioma; un guardia de seguridad, que pasó cerca, me miró con desconfianza.

Jacques partió hasta que todo retornase a la normalidad; pobre amigo. El piano, mudo para siempre, recuerda aún emocionado aquellas manos de artista.

Después pasó lo que usted sabe y que fué lo declarado durante el proceso.

Me movilizaron como soldado raso; ya durante el período de instrucción el sargento comenzó a torturarme.

Era un hombre brutal, padre, me había conocido antes del reclutamiento, y se ganaba la vida pintando paredes; me odiaba, estoy seguro que me odiaba a muerte.

Ni bien me tuvo bajo su mando directo, me impuso toda clase de humillaciones. Recuerdo cuando me gritaba en el patio del cuartel:

—¡A ver tú, pintamonas, luce tus habilidades lustrando mis botas!

Y me mandaba limpiar sus botas llenas de barro delante de todo el regimiento, que reía a carcajadas.

Yo le obedecía, sufriendo en silencio: sabía que la disciplina militar y mi prontuario de intelectual me perderían ante el menor gesto de rebeldía. A pesar de todo, no le odiaba, padre, solamente me molestaba esa animalidad sin freno, esa carencia absoluta de espíritu.

Un día franco, mientras me hallaba tratando de buscar un poco de reposo a orillas de un riachuelo cercano, evocé mentalmente una de mis telas famosas; se trata de un motivo satánico, y... ¡padre!, recordé, espantado, que había realizado en el rostro diabólico de Lucifer... ¡un retrato del sargento!

Cuando estalló el conflicto definitivo con Francia me enviaron a la línea Sigfried; al sargento, afortunadamente, lo destinaron a otro punto.

¿Qué asco sentía disparar, guardado en las casamatas de concreto, ante aquellos hombres, que poco antes eran mis hermanos espirituales! ¿Qué venganza se tomaba el instinto, padre!

Una noche nos anunciaron para el día siguiente una incursión por la "tierra de nadie"; mientras nos hallábamos descansando escuchamos un ¡fírmis! imperioso. Apareció él, sí, padre, apareció el sargento, el infame causante de toda mi desgracia. Se paró delante de mí y casi me escupió en la cara:

—¿Qué tal, pintamonas!

Asqueado, no logré articular una sola palabra.

Dos horas más tarde partíamos con él en patrulla.

Haría más o menos diez minutos que nos hallábamos marchando cuando tropezamos con un piquete enemigo. Estábamos tan cerca que no hubo tiempo para protegerse. El sargento ordenó, al punto, ataque con bayoneta calada.

Atacamos a todo correr; los enemigos nos hicieron frente. El sargento, detrás de mí, gritaba como un condenado, incitándonos a matar, mientras disparaba su pistola sin cesar. Yo corría, enajenado, usando mi arma sin apuntar.

Tomamos contacto. Me topé con un francés. Le hundí de un solo golpe la bayoneta en el abdomen, salió chorreando sangre. Me salpicó la cara. ¿Qué asco, padre, allí enloquecí, seguí matando y matando, sin freno! La sangre parecía miles de rubies caídos. El sargento, detrás de mí, me alentaba, gritando:

—¡Bien, pintamonas, dure!

Entonces, padre, ¿qué ironía del destino! El enemigo próximo, el soldado que debía matar, protegido por la ley, era... ¡mi amigo Jacques! mi único amigo, el ser que una vez compartió mi existencia.

Pero, ¡qué digo, padre!, no era él... ¡sí, sí, era él, padre!

Lo reconocí de inmediato. Bajé el arma. Quedamos mirándonos; yo sonreía con pena, él me observaba con estupor.

El sargento llegó corriendo y, barbotando socos, se paró frente a Jacques y, ¡maldito!, me ordenó:

—¡Mátalo, soldado; mátalo, perro!

No le obedecí, padre; juré que no podía. La sola idea de hacer daño a Jacques me espantaba.

El brutal del sargento se enfureció, gritándome:

—¡Ya verás, imbécil!

Apuntó con su pistola al francés y... disparó.

El otro cayó, como una torceza herida de muerte. Yo, viendo morir a mi amigo, padre, a mi compañero.

Miré al sargento. Algo tendría mi mirada que retrocedió un paso, una tormenta de pasiones se desató en mi pecho: me eché el fusil al rostro y disparé, una, dos, tres, cuatro, ocho veces, hasta que se acabaron los proyectiles en el cargador. El bestia se retorció en el suelo, echando sangre, como una culebra ponzoñosa. Cargué de nuevo mi automático y lo seguí descargando hasta que no tuve más balas en el cinto.

Luego, más tranquilo, torné la vista hacia mi pobre Jacques, que se hallaba cara en tierra.

El resto ya lo sabe, padre. Mis propios compañeros de armas me trajeron prisionero. Comparecí ante el tribunal militar, y dentro de pocos momentos...

Ya me vienen a buscar, padre. ¿Vamos? No se afane, si en lugar de aprisionarme me liberan. Por fin me retiran del yugo de caras grises y bayonetas: amo el colorido.

Es agradable caminar, por la mañana, padre, aunque se vaya a la muerte; no importa, lo agradable es... caminar." ♦

LA CAIDA DE LOS LIMONES

(CONTINUACIÓN DE LA PAGINA 7)

—¿Lo ven ustedes? —prosiguió con la chanza, —¡clarísimo!... Guadalfrañco no existe. Es una provincia que inventó Sagasta. Es una provincia que tiene existencia en el presupuesto del Estado, una existencia imaginaria, pero caraca, de existencia real. Busquen ustedes en las guías de ferrocarriles, y verán que ninguna línea penetra en la provincia de Guadalfrañco, sino que pasan bordeando sus fronteras. Fronteras imaginarias. Como que no se desvañan billetes por el país de las hadas... Sagasta inventó esa provincia, y el caso fue como sigue: Volviendo una de las veces a gobernar, aplicó, como es de rigor, a repartir profusamente entre secuaces, amigos, paniaguados y familiares, cuantas prebendas y bicocas le brindaba el presupuesto; pero halló que no tenía bastante que dar a los muchos que le mendigaban, y eran innumerables las quejas y los amonios que recibía. Pero aquí entró un gobernador de inagotable industria y contudente inventiva. En tan extremado trance, ocurriósele hacer una nueva clasificación territorial de España, añadiéndole una provincia más, que sacó de su cacumen: la provincia de Guadalfrañco, con su orondo y tierno obispo, su hospitalario cabildo, su gobierno civil y delegación de Hacienda, abarrotados de empleados, etc., etc., con que dejó satisfechos a los amigos que antes se habían quedado de vacío. Los destinos de la provincia de Guadalfrañco son los más gustosos y holgoños, porque para ejercerlos es no menester salir de Madrid. Todos los empleados son como el obispo de aquella diócesis: *burócratas in partibus infidelium*.

Algunos de los oyentes, poco versados en geografía, aceptaron esta farsa como verdadera historia. Se hacían cruces y exclamaban:

—¡Las cosas que pasan en esta desgraciada nación!

—¡Son tantas las ciudades españolas que parecen inventadas por Sagasta!... Ciudades que un tiempo fueron heroicas, esforzadas, activas y abundantes, hoy sólo tienen una existencia imaginaria y soporífera.

En un censo que data de Felipe II, consta que Guadalfrañco, la villa, encerraba dentro de sus muros fuertes cuarenta mil casas con otros tantos vecinos. Era celebrada en todo el mundo por sus lanas y paños, el templo de sus aceros y el adorado y ambarado de pieles. Dignatarios pontificios, señores florentinos, senadores venecianos, nobles franceses, ingleses y tudescos calzaban con ostentación guantes de Guadalfrañco. La agricultura florecía asombradamente, merced a tan ingeniosos artificios con que los monjes regaban y cultivaban la tierra, la cual era fecunda, sobre todo, en alcornoques.

Hoy en día, Guadalfrañco no cuenta arriba de veinte mil moradores. Las industrias de paños, aceros y pieles han desaparecido. La agricultura está abandonada. Muchas de sus casas están deshabitadas, ruinosas, y entre ellas bastantes palacios señoriales y ennoblecidos. En el recinto de la ciudad hay sesenta iglesias, la más de ellas retiradas del culto, y más de cien conventos, casi todos de monjas. De la riqueza y esplendor antiguos no quedan sino los alcornoques.

En Guadalfrañco subsisten familias de rancio linaje; pero venidas tan a menos que, en general, han abdicado todo timbre de hidalguía. Avenajaba a las demás en aboleo y encumbramiento de sangre la casa de los Uceda, que arranca del reino de Don Juan de Segovia. El fundador del linaje fue un don Eutropio de Uceda, de dilatada sucesión, ninguna legítima, pues de su mujer, doña Guiomar de los Arcos, no consiguió tener hijos. Como dama de doña Guiomar, fue desde Avila de los Caballeros a Guadalfrañco Juana Orbanja, mu-

jer de origen oscuro. Don Eutropio, sintiendo que se perdiera su línea con él y que se le fuera la descendencia de sus hermanos, tuvo amores con Juana Orbanja, doblemente adúltero, por ser en vida de doña Guiomar y estar desposada la dama con Lope Peralajo. Fruto de estos amores, nacieron varios hijos, que fueron legítimos por mercedes reales. Durante muchos siglos disfrutó la casa el privilegio de sepultura en la iglesia de San Bartolomé y San Lázaro, convertida hoy en espaldas del cuartel de la Guardia civil, así como de dos asientos distinguidos en el presbiterio, uno para el jefe de la casa y otro para su mujer. Esta noble casa padeció incontables vicisitudes, fue perdiendo bienes de fortuna, arrastróse en decadencia solapada, encubierta y humillante. En la segunda mitad del pasado siglo, agotada la línea masculina, no quedaba del linaje sino una doncella, veintidós años, Fernanda de Uceda, hermosa y de buen porte, que habitaba el viejo casón solariego en compañía de dos tías ancianas, doña Florentina de Uceda, doncella también, y doña Amparo Urbina, viuda, sin hijos, de un Uceda. Las dos viejas y la niña vivían pobremente, con disimulada estrechez, retiradas del trato de gentes. Las pocas veces que salían era a la iglesia, de matutina.

Sucedía que los socios o socios-cuervos, empresa corchetoponera hubo de caer en Guadalfrañco, a poner en rendimiento los muchos alcornoques que vegetan por aquellos contornos. Llamábase Enrique Limón. Era joven, de arrogante planta, amigo de meterse en todas partes. La llegada de Enrique Limón a Guadalfrañco, la caída ciudad, fue como la apertura de un nuevo período histórico. Instaló una gran feria, para la fiesta de San Cayo, que traer alarifes de otras partes, porque en Guadalfrañco se habían olvidado las artes de albanilería y construcción.

Los vecinos de Guadalfrañco, desde tiempos añejos, pasaban lo más de la vida alebrados y escondidos en sus madrigueras o covachas. No se conocían espectáculos o diversiones públicas de ninguna laya. Limón lo primero que hizo fue fundar un casino y contaminar a los guadalfrancos con los deleites de la vida. Hizo las emociones del juego de naipes y los arrebatos de las discusiones políticas. Hizo que vinieran periódicos de Madrid, y hasta una comparsa de faranduleros. Fue elegido diputado por Guadalfrañco, y llegó a ser amo y señor de la ciudad y de la provincia.

Un día que Limón salió a la calle muy de mañana, cruzó con las Ucedas, que venían de niña. Era la calle tan angosta que, abriéndose de repente, se tocaba con los coches de las bandas. Limón pudo ver de cerca, a su entero talante y sin peca de osado, el rostro de Fernanda. En un punto quedó prendado de la niña y se determinó en hacerla su esposa. A su vez, Fernanda se enamoró del forastero. Antes de concertarse la boda hubo grave desavenencia y litigio entre las dos tías, porque una de ellas rechazaba al pretendiente y no le quería admitir en la familia, so pretexto de que era de sangre plebeya. Este cerrado y puntilloso criterio lo sostenía doña Amparo, la viuda, que era advenediza y ni más ni menos noble que Limón. Por el contrario, doña Florentina disputaba muy cuerdamente que todo eso de linajes y blasones son zarandajas y ranciedades sin sustancia, y ya que Limón parecía caballero de buenas prendas, apasionado de Fernanda y con dinero bastante para renovar el lustre de la casa, ¿qué dañar por ahí? —había que no rechazarle. Claro está que triunfó doña Florentina.

Casó Fernanda de veintidós años. El marido le sobrepujaba en diez. Era muy bella Fernanda. Su mayor encanto consistía en los ojos, cuya forma y lineamiento recordaban una boca de niño, con ambos párpados gordos y color rosa, a manera de labios. Los entor-

naba que se dijera que escuchaba con ellos, como si bebiese las palabras y aun el alma, si miraban amorosos.

El matrimonio fue grandemente fecundo. Al primogénito, que fue niña, se le bautizó con el nombre de la madre. Año por año sobrevenía otro hijo. No parecía sino que el linaje de los Uceda apresuraba su extinción con esta tardía abundancia, como acontece con las heridas, que el derramamiento copioso trae consigo la muerte. Fernanda, la primogénita, sobrevivió. Sus hermanos morían todos a poco de nacer. Trece fueron muriendo así, hasta que se logró otra niña, llamada Dominica. Tenía entonces la madre cuarenta años. Estaba ya marchita y flaca; no le quedaban sino huacos y pellejo. Enrique Limón, que con el andar de los años se había habituado de Guadalfrañco y del hogar, vivió lo más del tiempo en Madrid, descurriendo de mala manera sus negocios. Lo único que atendía y afanzaba más y más era su caicaco. Seis años después de nacer Dominica, y cuando nadie lo esperaba, la señora de Limón tuvo otro hijo, un varón, al cual se le impuso el nombre de Arias, en recuerdo de un antepasado glorioso, conquistador de vastos reinos en las Indias occidentales. La madre murió, de súbito, a la crisis, aunque enclenque y enfermiza, se aferró a vivir.

Y así, los Limones de Guadalfrañco quedaron reducidos al padre y los tres hijos.

IV

Albas nacaradas. País de las hadas. Nadan entre aromas las blancas palomas. Quimeras rosadas guardan encantadas los árboles Morlino en las blancas redomas. El príncipe lindón pusea el jardín. Al diestro, la reina, con gran canapiete. Detrás, la nodriza conduce el mastín, vestida con túnica de verde anacoreta. En el centro, el ligero, torso del treceño, calca mil lisonjas al príncipe real: "El mundo es un vasto país encantado y tu eres del mundo Señor natural". Pero el Mirlo negro, sin lazo, que silba y no adula, un presentimiento de pronto ha tenido. Exclama: "Señor, que nunca se rompa este encantamiento".

En el punto de nacer Arias estaba ya Fernanda. En los veintidós años, sazón casadera. No habían escaseado pretendientes, en su mayor parte hacendados lugareños y labradores ricos. Pero, fuera que no le agradaba la traza, bien que le disgustase la baja condición de sus enamorados y cortejadores, ello es que a todos respondió con desden. Su carácter era árido e imperativo. Usaba de muy pocas palabras. Desde muy niña acostumbraba asistir a cuantas reuniones celebraba su padre en la casa, con edecanes, sicofantas, mandatarios, subalternos y vicarios del todo caciquil. Era un arripapeo, una charla para aburrir a los convidados de detrás de un mueble, más que escuchar bebía las palabras, mirando a todos atentamente con sus ojos en forma de boca. Hasta que un día, silbaba ya mujer, se encerró con su padre a decirle, con ademan seguro y seco, que lo que había que hacer, en cierto asunto grave, era tal cosa, y que ella conocía la situación del cacicato mejor que nadie. Así era. A partir de esta conversación, el señor Limón compartió el gobierno de la provincia de Guadalfrañco con su hija Fernanda.

La inesperada y tardía llegada de Arias al mundo contrarió a Fernanda. Muerta la madre, ¿cómo llevar con paciencia las incomodidades e inquietudes que consigo acarrearía la crianza del esmirriado hermanito? Fernanda hizo venir un acaudalado que, relegado, fuera a San Dominica y una criada vieja, a lo más de la casa, para criar, en ciertas estancias traseras, pegadas al huerto, de manera que la tropa menuda no le hurtase tiempo ni le fastidiasen en quehaceres de gobierno y afanes caciquiles. Conforme Enrique Limón iba envejeciendo, Fernanda se convertía en la verdadera cacica. Vefía al pe-

quehué de tarde en tarde, cuando más una vez al día, y a veces pasaba una semana sin verlo, no por falta de afecto, sino por lo muy atareada que andaba siempre. El chiquillo era alegre, sonriente, dulce y amable en su debilidad. Cuando Fernanda, de raro en raro, le tomaba en brazos y lo besaba, sentía empujarse el corazón. Era la primera ternura que había experimentado en su vida. Poco a poco los encariñándose con él. Le consagró un amor firme, aunque poco palmario y exterior.

Dominica adolecía a su hermanito. No consentía estar separada de él un minuto. Antes de dormirse había de tenerlo en el lecho, al lado suyo, acurrulado de la manecita. Si encanecía cogerlo en brazos, empresa extraordinariamente difícil, dados los cortos años y fuerzas de la niña. Arias mostraba de su parte mucha afición a Dominica.

Otro amor de Dominica era un perro ratonero, cenizo y lanudo, llamado Delfín. ¡Perro más marrullero!... Cuando se ponía en dos pies meneaba un gomo barbudo y jocoso. Al cumplir Arias los dos años, y no hubo manera de destituirlo hasta entonces, la nodriza quedó a su servicio, como ama seca, y trajo a vivir al caserón a su hijo, el hermano de leche de Arias, el cual se había criado en el campo. Llamábase Bermudo, y reventaba de salud, rusticidad y rubicundez, tanto como Arias adolecía de flojedad y delicadeza. Bermudo era bien mandado, sociable, con esa adocidad nuda y constante de algunas especies de animales domésticos. Seguía por dondequiera detrás de Arias, o se acostaba a sus pies, lo mismo que Delfín. Arias posaba, sin duda, peregrino hechizo de su persona. Quienes le rodeaban le rendían culto. Era como un centro misterioso de atractiva adoración.

Los habitantes de la parte trasera del palacio habrían todo el día en el huerto. Esta vida de reposo, sol y descanso parecía convenirle a Arias. Con el tiempo fue fortaleciéndose.

Así transcurrieron algunos años monótonos. Arias, como un príncipe, hermoso y benigno. Dominica, la reina madre; madre, a la par que niña, por gracioso milagro. Bermudo, al gomo de mastín del príncipe. Además, un gomo, velludo y riante. Luego la vieja nodriza, y un hada bondadosa y providente, revestida con el peregrino de color vieja. Y más allá de aquel mundo quieto, el mundo de las disputas, de los tráficos, presidido por la adusta Fernanda y el viejo papá, que más de tarde en tarde caía por Guadalufranco a visitar los estados y dar un beso a los hijos.

V

Todas las cosas se deshacen contra el muro de lo infinito. En el mar infinito se enen y se pierden todos los ríos, todas las huanzas y los animales se desvirtúan en el olvido.

En la barca de tus afanes vas con la corriente del río; vas aguas abajo, a ahogar en la sima de lo infinito.

¡Quiera Dios que no te remanes sobre la presa del molino!

Arias era lánguido, desdoso, amigo de sonar gratas quimeras y prodigiosas aventuras. Había aprendido a leer y a escribir muy presto. No se cansaba de leer. Lo que leía y las imaginaciones que fraguaba se las iba contando a su hermana Dominica y a Bermudo. Al caer de la tarde y de la sombra cenicienta los tres al pie de un duraznero del huerto, sobre la hierba, Arias refería fantaseadas aventuras, con palabra inflamada y tan plástica, que, por momentos, Dominica, con voz ronca, interrumpía, murmurando:

—¡Qué hermoso es lo que dices, Arias! ¡Y qué verdadero! Parece como si lo viese con mis ojos.

Bermudo nada decía. Escuchaba con los labios apretados. No alcanzaba a entender, pero

sentía en el pecho desazón a modo de entusiasmo y bárbaros deseos de aullar y estrechar a Arias entre los brazos, con amor infinito. Por aquel tiempo tenían diez años Arias y Bermudo.

Luego, Arias comenzó a escribir versos. Cuando los leía, al pie del duraznero, lloraba él y lloraban Dominica y Bermudo.

En una ocasión llegó a manos de Arias una historia de la conquista de la Nueva España. Encendida el alma en generosa audacia, declaró a su hermana y amigo que estaba resuelto en huir de casa a descubrir y conquistar países, para que los gobernaran su hermana Fernanda y el rey de España. Quería oscurecer la fama de los antepasados. Dominica se alarmó. Procuró disuadir a Arias de tan peligrosa empresa. Arias no admitía contradicción. Le irritaba que los demás no se plegasen a sus designios.

—No te pido consejo, ni menos permiso, ni mucho menos que me acompañes —dijo, rabioso. Calló unos momentos. Después, arrepietido de haber tratado duramente a su hermana, la acarició y mimó, pintándole, con palabras llenas de vivacidad y fascinación, la epopeya futura de la cual ellos habían de ser campeones y héroes señalados. Y Dominica, entendiéndose, se abandonó sabrosamente al propio desvarío e insensatez de Arias.

—Yo sé como la doña Marina de Hernando Cortés —suspiraba—. Navegaré por mares de plata, donde dicen que hay grandes peces dorados. Pasaremos la línea del Ecuador, donde están esos pájaros marinos que duermen volando, porque jamás se posan, y, con las alas extendidas, son tan grandes, que tienen tres metros de punta a punta.

Bermudo, que, si bien posevendo, como cada quisque, la propiedad de la palabra hablada, parecía haber enajenado el usufructo de ella, rompió a hablar, por primera vez, en los conciliábulo y yo.

—Eso... eso... Y yo... ¿qué voy a hacer? ¡A mí me dejáis en Guadalufranco? —berreó, con voz como murciélago, y en gromos.

—Tú vendrás con nosotros —respondió Arias, imponiéndole, con señoril abandono, la mano sobre el crespillo colorado, a la manera de consagración—. Serás mi abanderado y cornetín de órdenes.

Bermudo se puso en pie de un brinco. Comenzó a hacer zapatas en el aire, emitiendo sofocados gruñidos de alborozo.

Pero ¿dónde estás, gandules? ¡Arias! ¡Dominica! ¡Bermudo! —gritó la nodriza, desde una ventana que se abrió en la casa—. Ya es hora de cenar...

Aquella misma noche, la mozuela y los dos niños huan a conquistar nuevas tierras para el rey y para la adusta Fernanda. Era noche de luna. Descendieron el tajo. Desatraron una barca, y, como no supieron regirla, la corriente los arrastró aguas abajo unas cuantas leguas, hasta que la barca embarrancó en la presa de un molino, en donde los hallaron al día siguiente.

Esa fue la primera y última aventura en acción. Las demás fueron aventuras de fantasía, en la penumbra vespertina del huerto. Y, sobre todo, recitaciones de los versos de Arias.

VI

Una vez, érase que se era...

Erase una niña bonita

Le decían todos terneces

y le hacían dulces halagos.

Tenía la niña una muqueña.

Era la muqueña muy tierna

y su claro nombre Cerdilla.

Una vez, érase que se era...

La muqueña, claro, no hablaba,

nada decía a la chichuela.

Y por qué no hablaba como todos

los que dicen palabras tiernas?

La muqueña nada responde.

La niña, enojada, se altera.

Tira la muqueña en el suelo

y la rompe y la pisotea.

Y habla entonces por un milagro

antes de morir, la muqueña:

—Yo te quería más que nadie,

porque decirlo no pudiera".

Una vez, érase que se era...

Una vez sola en la vida se querellaron seramente Arias y Dominica. La causa fue Delfín, el perro barbudo y travieso como un travieso o como un gomo. Delfín estaba ya viejo, achacoso y aquejado de reumatismo; pero, lejos de abotarse y agriarse con la edad, el muy zartramplín consumaba nuevas picardías e inventaba marrullerías inéditas con que hacerse acariciar y querer de Dominica. Los dos niños, Arias y Bermudo, no disimulaban sus sentimientos hostiles hacia el perro y reumático gomo. A Bermudo le era simplemente antipático. Veía en Delfín una criatura vanidosa, insolente, aduladora, vil y traicionera. Los sentimientos de Arias eran más complicados. Primero tenía celos del Delfín, a causa del amor que Dominica le dedicaba. Luego comenzó a experimentar una especie de temor supersticioso. Como Delfín se iba haciendo viejo, las herbas le encanecían. No hay como un linaje de ancianidad que no sea venerable para los muchachos. Los brujo, cuando más viejos más peligrosos. Esto lo sabía Arias. Se le figuraba al niño que el perro barbudo estaba animado de un espíritu consciente y perverso, que era un brujo atarmentado enmascarado con ofensiva atarmentada de perro ratonero. Los ojos de Delfín, verdes, penetrativos y sarcásticos, hacían temblar a Arias. El temor, por último, se convirtió en odio.

Delfín, que era muy sagaz, observaba con metódica precaución la táctica de estar siempre pegado a las faldas de Dominica. Había aprendido por experiencia que cuando se apartaba de aquella benigna fortaleza y asilo tutelar, si daba por caso con Arias, recibía de él el más denodado puntapié. Y así, Delfín había escogido para sus picardías y travesuras las ocasiones en que Dominica, o bien por hallarse de mucha conversación con Dominica, o Bermudo no había atención en otra cosa, que ya el perro barbudo y galopín había observado atentamente este fenómeno.

Por el modo de mirarse Arias y Delfín, Dominica llegó a averiguar que no se llevaban bien. Un día, el viejo gomo cayó en el regazo de Dominica, al cabo de rauda y parabólica excursión aérea. Como no es privilegio perteneciente a la naturaleza de él de volar, Dominica no pudo por menos de pasmarse viendo que Delfín acudía hasta ella por tan sutiles y no acostumbrados derroteros. Por otra parte, Delfín no celebraba con petulantes gruñidos su triunfo momentáneo sobre las leyes de la gravitación; antes venía quejándose y dolándose de haberse volado, por propio esfuerzo o antojo. El motor había sido ajeno a su voluntad e industria. Residía en el pie de Arias. Así que le cayó el perro en el enfado, Dominica envió a mirarla en la dirección hacia donde espían de soslayo los húmedos y afligidos ojos de Delfín, y vio, detrás de unos matacrales de lila, el rostro de Arias, sonriendo con fruición aviesa.

—¡Arias! ¡Arias! ¿No te avergüenza abusar cobardemente de un pobre animal indefenso?

Había Dominica, hablando al maltrato gomo y poniéndose en pie, ofendida en el amor y alto concepto que a Arias profusa.

Arias palideció. Adelantose, rompiendo por entre la mata.

—Es un bicho que me odia, y yo le odio. Terminaré por matarlo.

—¿Qué dices, Arias? No harás tal.

—Sí haré, y ahora mismo.

Arias, embarravecido y exasperado, cogió a Delfín por el collar y lo arrojó contra el muro, con toda su fuerza. El perro dio sobre la pared con la cabeza y se desplomó en tierra quebrantado y como moribundo. Desde el si-

tio donde yacía inmóvil, miraba a Arias con pupilas resignada, amorosa y suplicante, como si le dijese: "No me importa morir. Estoy ya tan viejo... Soy una plepa. Pero ¿por qué has ofendido conmigo? Por qué me has maltratado siempre? Por qué me has querido tan malo? Yo siempre te he querido, Arias, hermano de Dominica. Ahora recuerdo cuando eras tan pequeño como yo, que no podías andar... y yo te hacía reír, y te jugaba conmigo".

Dominica escondió la faz con las manos, gimiendo:— ¡Apárate, Arias; no quiero verte! ¡Apárate, Arias; no quiero verte!

Arias no escuchaba a Dominica. Arrepentido de su arretrato, corrió a arrodillarse junto a Delfín, y con lágrimas le decía:— ¡Perdóname, Delfín, perdóname todo lo que te he hecho sufrir! ¡Esta mano con que te arrojé me costaría por qué tú vivieras!...

Su acento era tan vez, que Delfín, reuniendo todas sus energías, movió el rabo y las orejas, significando gratitud y otorgamiento de perdón. Si Delfín perdona, ¿cómo no iba a perdonar Dominica? Abrazáronse los dos hermanos llorando, y se inclinaron a abrazar al desolador y abrumado perro, que en aquellas terribles circunstancias ya no se le representaba a Arias como un brujo, sino como un santo apóstol y mártir.

Delfín no murió de aquello. Pero quedó muy desencadenado y rengu. En los últimos meses de su vida fue casi más amigo de Arias que de Dominica.

VII

¡Poder! ¡Poder! ¡Oh vino de divina borrachera! El más alto de los bienes. Bolecho del olvido, con que ungió a los reyes, nacidos para las sienes.

¡Mando! ¡Poder! ¡Oh monstruo que hasta el

alcas, para probar una gaviila de estrellas, tus brazos alzanlos! Y sin embargo, son tus pies de arcilla. ¡Loca soberanía! Por lograre, por gozarte un instante nada más, los hombres venden a su propio padre, a su madre, a su esposa a Satán. Se te hinojan, los buenos y los malos, cube el estirbo de tu palafreñ. ¡Poder causar al enemigo un daño...! ¡Poder brincar al allegado un bien...!

Arias, merced a influencias y recomendaciones de su padre, había hecho por libre el bachillerato y la carrera de letras, sin haber seguido un libro de estudio ni haber aprendido cosa de provecho. Perseveraba en sus conatos poéticos. Su ambición era vivir en Madrid y publicar versos en los periódicos. Gran parte del día estaba dentro del casón, tumbado en un sofá, leyendo poesías y novelas, acaso cavilando algunas imposibles, tal vez emborrachando cuartillas. Bermudo, nozorrón fornido y hermético, descansaba en el suelo, hecho un ovillo, junto al sofá. Dominica hacía labor, al lado de la ventana. El culto de Dominica y Bermudo por Arias no había padecido menoscabo ni en un adarme. Hubieran dado la vida por él. Arias no tenía amigos. Cuando salía, cruzaba a buen paso las calles de la ciudad, hasta llegar al campo. Bermudo iba a su zaga, como un can. Sólo por la noche le placía vagar en poblado. Las ventanas de los pisos bajos estaban abiertas; las moradas, con luz. Se veían los interiores profundos; escenas de familia. Se oía rumor de charlas quedas, risas, voces de discordia, el llanto de un niño, un piano, una canción. En una canción. En vez de una ciudad de piedra y barro, se palpaba una ciudad en carne viva, con el pecho roto y el corazón desmenuado. Y toda aquella vida múltiple y recóndita se sustentaba, en alguna manera, de la voluntad de su padre y de su hermana Fernanda. En ellos residía la dispensación del bien y del mal. Y llegaría un día, ya no lejano, en que él, Arias, heredase el feudo pa-

terno y el arbitrio soberano sobre la ciudad de carne y sangre. Los serenos, según pasaba, le salían en servil corte.

—Buena noche, don Arias.

Pero don Arias, extraviado en la niebla de sus quimeras e imaginaciones, ignoraba que el feudo paternal se agrietaba y desmoronaba. La ciudad y la provincia aborrecían la opresión caciquil. Remataban soterradas fuerzas sediciosas, a punto de estallar. Corría impresa con socos insultos contra Fernanda. Había muchelunos de pronósticos que auguraban la caída de los Limones. De esto, Arias nada sabía ni sospechaba. Bermudo, por acompañarle en todo, vivía también a ciegas. Dominica vislumbra vagos presagios. Don Enrique y Fernanda abarcaban hasta las más escondidas raíces el alcance del mal, lo de prisas que se propagaba, los daños que traería aparejados. Luchaban a la desesperada, previniendo peligros de la adversa fortuna. Escapándoseles en Guadalufranco la tierra firme donde pisar, se agocían con redoblado aliento a las agarraderas de Madrid, y estremaban sobre el feudo, por reducirlo, las muecas de mando. Pero estas agarraderas acaso les faltasen en un instante. El estaba ya muy viejo. Ella era desvalida mujer. Cuando menos lo pensaban, se les sumó un refuerzo. Próspero Merlo, joven abogado, altanero, miras, inteligencia despejada y lengua fluida, comenzó a visitar con asiduidad la casa de los Limones. Afilió, desde luego, en el partido, por la cuenta que le tenía, y fue en la ciudad y en la comarca el más elocuente y fervoroso vocero de la causa caciquil. Probaba a quien quería oírle lo paternal, saludable y suculeto del régimen de cacicato.

Una noche, don Enrique reunió a sus hijos y les habló así:

—Estoy muy viejo, hijos míos. Mi vida toca ya su término. Pronto os abandonaré. Vuestro porvenir me inspira no poco sobresalto. Los bienes que me habéis de heredar son escasos. Fernanda está enterada. Fernanda está enterada siempre de todo. Es una alhaja, una verdadera alhaja. Vosotros, Dominica y Arias, quiero que respetéis su autoridad en todo lo que os toca, como por los méritos. Fuí mucho más rico que soy; no porque haya malbaratado mi patrimonio, que también era vuestro, sino porque lo empleé en recabar para vosotros algo que vale más que las mismas riquezas: el poder. Y vale más que las mismas riquezas porque no siempre las riquezas se bastan para dar el poder, en tanto el poder atrae las riquezas cuando se lo propone y se lo pide. En Guadalufranco, donde el mando perdí hacienda, y en teniendo los no acerté a ganarla, fue porque la primera necesitaba afirmar el poderío. El usar de él en beneficio propio lo dejó a vuestra cuidado, particularmente al de Fernanda. Si os mantuvieris unidos, nadie, por más que se obstine y os combata, os derribará del mando. Si os apartaréis uno de otros, los Limones dejarán de ser lo que siempre han sido en Guadalufranco, de los enemigos se cebarán en vuestra caída, perderéis todo bien de fortuna y mendigáis de puerta en puerta. Tú, Arias, tienes gran imaginación; te deslumbra y mareas desde lejos la gloria artística y el aplauso de los papeles impresos. Pero yo, con largos años de vida y de experiencia, te digo que eso no sirve para llevar el pan a la boca, y que es pura bambolla y mentira. Por tus hermanas y por ti mismo, escuchame. El día que yo falte, Fernanda qué podrá hacer sin un hombre de su casta al lado, que dé la cara, y vaya y venga, y asuma la jefatura visible del partido? Quiero que seas tan heredero de mi acta e influencia como de mi apellido, y confío en Dios que has de empinarte más alto que yo sobre los cielos, que para vosotros asenté. Meo, hijo mío, en alzada y en gloria. Y para que no se pierda, te publicaré entonces cuanto escribas, aun cuando sean puras sandeces, y te lla-

maría portento, y serás hasta académico si con tan poco te conformas. No quiero oculares que la amistad de Próspero Merlo me parece preciosos, y que yo deseo que se trueque en parentesco. —Aquí Dominica bajó los ojos. Arias se volvió a mirarla con mezcla de asombro y enfado—. ¡Bajas los ojos, Dominica, dulce y buena Dominica! ¿Qué se le ocurrirá a un padre, a un marido, a un padre que el hombre avise, y más a un padre que el hombre avise, que el comercio con tan diversas gentes? Si bien debo declarar que en esto, antes de que yo echara de ver nada, el propio Merlo me hizo indicaciones indirectas, pero bastante explícitas.

—Es que a mí, papá, no me ha dicho aún... —balbuceó Dominica.

—Pero te habrá mirado de cierta manera.

Dominica se aborrió.

—Merlo me parece hombre de elevadas miras y hermosa palabra, lo cual vale tanto como tener el porvenir amarrado por los cabellos. Además, es, cabalmente, un guapo mozo. De que te quiere, claras son las prendas. ¿Qué más puedes desear para marido? Advierte, dulce e inocente Dominica, que los años vuelan, que no eres una niña, y que otras, a tu edad, renunciando ya a la esperanza de casarse, doy por hecho que os casaréis y que yo lo he de ver. De esta suerte, los cuatro niños en una sola voluntad y buen deseo, seréis acatados y temidos, la prosperidad se os entrará por las puertas y perpetuaréis en Guadalufranco el blando y benéfico yugo de los Limones.

Silenciosa emoción reinó en la estancia. Bermudo, en la parte de fuera, sentado en el suelo, apoyado en la puerta y escuchando por la rendija, se enjugaba unas lágrimas. ¡Oh, si en tal ocasión hubieran podido ver a don Enrique y a Fernanda, tan decorosos y espartados, tan ostentosos de virtudes familiares y cívicas, los que en la hoja clandestina les llamaban "vampiros del pueblo", "viejo garafón", "tía cacía", "doña Trotaconventos" y peores lindezas!...

—Cuando quedaron a solas Dominica y Arias, éste se plantó frente a la herencia y la apatía, con acento entrecortado, llamando los ojos.

—¿Por qué no me has dicho nada? ¡Ah, hipócrita!

—Yo te juró, Arias —respondió Dominica, quejumbrosa y sumisa, rejendo los dedos de ambas manos, como para la oración—, te juró que nada sabía. El me mira, sí, me mira, como nadie me había mirado, pero yo miro; no sé qué hacer, toda me desazono. Yo no podía pensar que me amaba. Por mi salvación, que jamás me lo había dicho ni dado a entender. ¿Qué te iba a contar yo? ¿Que me miraba? ¿Que estaba enamorado de mí? Me hubieras llamado, y con razón, tonta, presuntuosa, fatua. Ya tengo veintiocho años. Nunca pensé en los hombres, ni esperé casarme. Ahora que papá... Bueno; tú ya lo has oído como yo. Pero, si tú me miras, ¿qué me dices? Próspero no te gusta, no me casaré, no me casaré, Arias.

—¿Cómo me ha de gustar? Ni que tuviera telarañas en los ojos. Es un estúpido, un entrometido, un sinvergüenza, que sólo busca hacer carrera. Pero, ¿te figuras tú que te quiere ni tanto así? —dijo Arias colérico, manoteando.

—No te enojés, Arias, no te enojos conmigo. Tienes razón —añadió Dominica tristemente—, yo me asusté mucho. ¿Cómo me ha de querer? No soy jorén ni bonita.

—No es eso, Dominica. Eres bonita y eres de sobra joven para casarte. Lo que ocurre es que Merlo es un sinvergüenza, un sinvergüenza, un sinvergüenza.

Y Arias salió a la calle, seguido del silencio y fiel Bermudo. Volvió ya tarde. Al pasar frente al cuarto de Dominica, vio luz debajo de la puerta. Despejóse le los ojos de furia, obligado que Arias se transportase a un estado de infantil renunciamiento y ternura. Llamó con los nudillos en la puerta de Dominica.

—¿Qué buscas, Arias? —preguntó Dominica.

Tenia los ojos enrojecidos.

—Dominica, te he lastimado antes. No sabía lo que decía. Perdonáme. Yo sólo deseo que seas venturosa. Lo repentino de la noticia, el temor de perderte, el dolor de separarme de ti, me sacaron de tino. . .

—Temor de perderme. . . Dolor de separarme. . . Aunque mis casaca no me perderás si nos separáramos. Pero no me casaré.

—Te casarás. Si te he dicho que Merlo es un sinvergüenza, ahora me desdijo. Antes no hablaba; yo hablaba en mi espíritu malicioso que, a veces, me posee, me empuja y me dicta palabras que no están en mi corazón: un demonio que me aducía y me vuelve insensato. Ahora, repuesto, soy yo quien hablo, y hablo con entero juicio.

—No me casaré, Arias. No creo que Merlo sea un sinvergüenza. Pero considero imposible que me quiera. Ya soy vieja y no soy nada guapa.

—¿Quién que te vea y te hable no te ha de querer perdidamente? —exclamó Arias, poniendo las manos en las sienes de Dominica y apoyando su cabeza para besarla la frente. Dominica sonrió.

—Esa es pasión de hermano. Nadie me querrá como yo he soñado.

—Te querrá, Dominica. De seguro te quiere ya, tanto como apetece. De seguro serás felices.

Y después de una pausa:

—Y tú, ¿le quieres?

—Yo, todavía. . . —bábselo Dominica, con labios trémulos.

Arias echó a reír. Risa suave y halagüeña, que le manaba de lo más profundo de las entrañas.

—Bueno, bueno. Me parece que esto marcha bien.

La abrazó y besó otra vez en la frente.

—Buenas noches, Dominica.

—Buenas noches, Arias.

VIII

¡Amor! ¡Amor! Antorcha inmarcescible que un viento huracanado desmenuja.

Sin tu insensata luz fuera invisible cuanto acontece en la mundana escena.

¡Amor, como la tierra vieja!

Mezo como la tierra, Amor?

Esta noche es en gran festejo en el castillo de Elsinor.

El Rey y la Reina, en su silla,

miran a los farfalleadores.

Está en pie la canchalla

de corteses florentinos.

Y está Ofelia, la candorosa,

Ofelia la amante y la pura.

Y Hamlet, de faz tenebrosa

que se asoma la locura.

Hamlet empuja de repente

la antorcha que alumbra la escena,

y la gira furiosamente,

como una honda con una piedra.

¡Amor! Alumbra, mano o furibundo, antorcha roja o recogido foco,

la traicioncelia del mundo. . .

Pero estás en las manos de un loco.

Todas las tardes, a eso de las seis, Próspero Merlo acude al casón de los Uceda, y está de amorosa plática con Dominica, hasta la hora de cenar. La boda se ha acordado para el otoño, en los comienzos del mes de octubre. Corre ahora el mes de julio. En la provincia de Guadalupe hace una temporada tórrida. Pero la habitación en donde Próspero y Dominica sustentan sus paliques es fresca, húmeda y sombría. Las paredes están encaladas, la techumbre pintada con vigas de madena negra; los intersticios de las vigas, abovedados. Las dimensiones de la estancia son espaciaosas, señoriales, al modo de cuadrada arcaica o salón de respeto. Un ajinar sonero, distribuido con riqueza. El piso de ladrillos rojos, regados, y algún ruedo de estera. Dos grandes ventanas, conreja, que arrancan del suelo y declaran

el espesor de los muros maestros. Macetas floridas al pie de los ventanales. Detrás de la rejilla, una calle solitaria y angosta, y un tintero, pintado de amarillo. Huele a tierra mojada y a nalvarrosa. Se oyen las campanas de la catedral y pídidos de gorriones.

Próspero y Dominica se sientan en sendas mecedoras, guardados en un ángulo oscuro. Autoriza el cortejo con su presencia la vieja nodriza de Arias y madre de Bermudo. No pocas veces se hallan en la estancia don Enrique y Fernanda, que cuchichean sobre negocios de mucha monta. Por raro caso, aparecen Arias y Bermudo. ¿En dónde se meten Arias y su local y hermético secuz? Nadie lo sabe. Nadie procura indagarlo. Una rosada y dichosa tra se prelude en los anales de los Limones. Para la próxima legislatura don Enrique cuenta con llevar al Parlamento a su hijo Arias y a su presunto verno. Con los calores, han remitido las palpitaciones sediciosas. La hoja clandestina ha dejado de circular. Se ciernen sobre Guadalupe una paz octaviana. El señor obispo, plácido y cogitabundo; los señores canónigos, contemplativos y canoros; el gobernador civil, ponderoso hidalgo; el gobernador militar, bizarro caudillo; el coronel de la Guardia civil, hombre de mano dura y ceño de un solo ojo traen en suma, todos los puntales de la sociedad son hechura de don Enrique y están por su voluntad sostenidos en equilibrio y ensabladora provisorios, como el andamiaje de que usa el arquitecto para erigir su fábrica. Don Enrique y Fernanda se sienten satisfechos. Próspero Merlo se siente satisfecho. A su bufete acuden pleitantes en romería. Los pleitos se fallan automáticamente en su favor. Será diputado. Pero la más satisfecha es Dominica.

Llegó Merlo a la hora consabida y puntual. Viste un traje de dril, color garbanzo, zapatos de lona. Entra con la chaqueta y el cuello de la camisa desabotonados. Por el descote de la camisa asoman negras, flamígeras y culbreantes hebras de cabello, porque el abogado es hombre de pelo en pecho. El sombrero de paja en una mano, en la otra un abanico de enea, genovés rostro. Es su bajo que alto, rudimentariamente tripido, la tez de un moreno retinto, los mostachos amenazando a Dios y a los hombres, los dientes iguales y blancos, los ojos a propósito para abrasar almas femeninas. Por lo menos a Dominica le ha abrasado el alma, con un fuego inextinguible que lastima y deleita, que anonada y no consume.

Cuando Merlo no está en la casa, Dominica no sosiega, va y viene de aposento en aposento, como en busca de algo que se le ha olvidado, sale al fuero, muere unas hojuelas de hierro, muere, entra de nuevo en casa, se sienta, y al punto se levanta. Tan pronto le dan decos de reír como de suspirar. Ha perdido el sueño. Cuando Merlo viene, redobla el desasosiego de Dominica. Quisiera mirarle de cerca, de hito en hito, y no osa levantar los ojos del suelo. Si le mira, quisiera apartar los ojos de los de Próspero, por recobrar el aliento que le va faltando, y no puede recoger fuerzas con que retirarlos. Habla Próspero, Próspero habla siempre. Su lengua está dotada de la virtud del movimiento continuo. Es una lengua argentina que tañe sin cesar, como en un vérgigo de primavera. Es una Pascua florida inalterable. ¿Y qué cosas le dice a Dominica? Dominica le escucha, como enajenada de los sentidos. Alguna vez, Merlo toma a Dominica de la mano. Dominica la sustrae, con ojos suplicantes, como en un desmayo de agonía, porque teme morir. Y el novizioz duro de mucho, Dominica se morirá y se desmenuzará. En dos meses ha aviejado varios años. Pero, en medio de esta transnunciación gloriosa y dolorosa del alma de Dominica,

permanece un núcleo de oro incorruptible, el culto de toda su vida, la esencia de su niñez: el amor de Arias. En las horas agitadas de la noche sin sueño, Dominica piensa, por raro accidente, en Arias. Arias se enemistó con Próspero, pero matará la pena. La fortuna para Dominica, Arias estimula alegremente los amores con Merlo. Arias corresponde a la adoración en que Dominica le tiene. También él adora en Dominica. Sólo anhela su felicidad. Por eso, en presencia de Dominica, sonríe, chaceas, le propone cábalas para lo porvenir. Pero, estando a solas, Arias sufre mortal angustia.

El espectáculo de los amores de su hermana le ha despertado alma y cuerpo al amor, también a él. Está constantemente enardecido, con el espíritu y la materia en tensión tormentosa, como perturbado. Por eso se esconde. Primero, ha sido un amor inmaterial, absoluto, desencarnado: el amor a la mujer. Erraba desolado por las calles. Creía enamorarse súbitamente de cualquier mujer vieja. Componía versos apasionados y sensuales, tan pronto iracundos como lastimeros. Al cabo, el amor desdibó y a y tantas se ha concentrado en una mujer. Arias no sabe quién es. La ha visto tres veces, detrás de una rejía. Y ya, desalentadamente enamorado, no se atreve a pasar más por allí. Se encierra en su cuarto. Pasea de arriba abajo. Se mesa los cabellos. Habla solo. Ruge alborotado. Bermudo, por de fuera, pegado a la puerta, escucha, aprita los puños, revela los ojos amenazador. ¿Qué podrá hacer el pobre Bermudo por aliviar a Arias? ¿Qué le sucede a Arias? ¿Quién le hace padecer? ¿Oh! si Bermudo aguarase entre sus manzanas al culpable que así martiriza a Arias! Pero el pobre Bermudo no acierta a comprender la trama del dramático tinglado. Por fin, Bermudo se decide a hacer uso del don de la palabra, de que tan avaro es.

—¿Qué te sucede, Arias? ¿Por Dios, que me lo digas! ¿Puedo yo hacer algo por tí?

—¿Qué has de poder hacer tú?

—¿Quién sabe! . . . ¿Por Dios, que me lo digas!

—Estoy enamorado, Bermudo.

—¿De quién?

—¿De quién ha de ser? De una mujer.

—¿Quién es?

—No sé cómo se llama.

—¿Por qué no le dices que estás enamorado?

Ella estará también enamorada de tí. ¿Pues no faltaba más!

—No me atrevo, Bermudo; no me atrevo — murmura Arias, arañándose las mejillas.

—Dime dónde vive, y yo te la robo y te la traigo aquí, como a la salud!

—Cállate, bárbaro. ¿Que sabes tú de esas cosas?

—Te juro, Arias, que te la traigo aquí cuando tú quieras!

IX

¡Oh noche venenosa! Cada estrella es una gota de veneno.

Cada estrella es la rubia simiente de un mal pensamiento.

Matriz lóbrega de los venenos todos: del estupro, del adulterio,

del homicidio, del robo, de la cobardía y del miedo.

Nada enemiga de los humildes, nichueta de los perversos.

Origen de todos los males, porque, acogidos a su seno,

animales y hombres se ayuntan, y se crían con un furor ciego,

perpetúan la vida en la tierra.

Sueña la escuela del convento, de pura de malinas. Pasan los santos monjes a sus rezos.

De los pecados de la noche libranos, Señor y Dios nuestro!

¡Que cante el gallo matutino y saiga Lucifer al infierno!

y siento que todavía la tengo entre mis brazos. La fui cubriendo de besos, y, porque no girase, le besaba y le mordía los labios al mismo tiempo. Todo esto era a oscuras. Yo iba perdiendo la razón. No fui dueño de mí. Requerí la ayuda de Bermudo. Apenas me daba cuenta de nada. Desde el fondo de la casa llegó la voz de la madre. Decía, aun la estoy oyendo: "Pero, Lola, ¿qué haces? ¿En dónde estás?" Y como nadie le respondió, vino en seguida. Traía una palmatoria en la mano. Quedose muda. Cayó la vela al suelo, pero seguía ardiendo. Me vi perdido. El mundo se me echaba encima. Yo mismo saqué la navaja del bolsillo de Bermudo y asesté una puñalada a la vieja. Lola se había incorporado. Estaba como a cosa de tres pasos de mí. Me crucé y se lanzó después sobre mí, como para sacarme los ojos. Todo sin decir palabra. En todo el tiempo no dijo una palabra. Jamás llegó a oír el sonido de su voz. Si hubiera hablado, creo que no la hubiese matado; se hubiera hecho la luz. Pero no habló, no habló. Antes de que me alzase, ya tenía la navaja hundida en el pecho... Y así muchas veces, muchas veces, muchas veces...

Y la sombra densa que colaba al aposento estaba para Arias y Dominica poblada de visiones.

—Yo nunca he deseado mal a nadie. Mis ambiciones eran generosas, nobles. ¿Cuántas veces me he sentido enfermo porque el corazón no me cabía en el pecho! ¿Me ahogaba este corazón tan grande y violento! He sido perebrero, porque sabía que jamás llegaría a ejecutar acciones tan altas como yo anhelaba. ¿Por qué maté a Lola? ¿Cómo la maté?... Salimos Bermudo y yo de la casa. No nos hablamos. Vinimos a acostarnos. Yo dormí como un plomo. Al otro día se me había olvidado todo. Cuando recibí la noticia del crimen, creí recordar confusamente. Dije entre mí: "Luego negarán que los sueños son verdad", creyendo haber tenido en sueños el presentimiento. Y así viví muchos días. Pero todo se lo ha concedido ya. Adiós, Dominica. Sé feliz. Cástate con Próspero, Adiós, Dominica.

Arias besó en la frente a su hermana, que se hallaba yerta de espanto, y salió corriendo. Dominica quiso arrojarse a detenerlo. Cayó sin sentido al pie del lecho.

Merlo fue puesto en libertad, pero no se casó con Dominica.

Le escribí una escuela que, al pie de la letra, rezaba así:

"Comprenderé usted que, después de lo sucedido, para mí ha dejado usted de existir.— Próspero Merlo."

Frente a tanto infortunio, Dominica concentró sus energías y se sobrepuso a la adversidad. El proceso judicial duró más de un año. Arias y Bermudo fueron condenados a muerte. Al conocer la sentencia, Fernanda y Dominica fueron a la cárcel a ver a su hermano por última vez, y luego se ausentaron de Guadalufranco.

Brilla el sol con un nuevo hechizo.

Tañe la campana argentina.

Es la campana del bautizo.

Llora de gozo la madrina.

De pronto el cielo se ha nublado.

Renita el fúnebre esquilar.

Tañe por un ajusticiado

la campana de la prisión.

Aguremos el vaso colmado

con el vino codo de miel.

En el fondo del vaso hay guardado

sabor de cieuta y de hiel.

Tan-tan. Tan-tan.

Las campanas en los campanarios

proclaman al cabaño blanco.

¡Oh misterioso arcano!

Tan-tan. Tan-tan.

Las campanas en los cementerios

anuncian al caballero negro.

¡Oh sombrío misterio!

Aquella mañana despertó sin que nadie viniera a despertarme. Otros días acostumbraba traerme el desayuno a la cama una de las criadas de doña Trina, la Prisca, moza alcaerña, de rostro esférico, cogote cúbico, torso cilíndrico y faldamento cónico. Con estos calificativos geométricos quise dar a entender que la Prisca no daba impresión de estatura racional, ni aun irracional, como otros ejemplares que cumplen en los oficios domésticos. Era más bien una cosa en cuya forma aparente se representaban ciertos caracteres simbólicos: la solidez, la exactitud, la fortaleza, la regularidad. Venía a ser como la cristalización de aquellos agentes oscuros, benéficos o irresponsables que hay en la Naturaleza para el servicio del hombre.

Miró el reloj. Era cerca del mediodía. Tenía ordenado que me trajeran el desayuno a las ocho. Tiré con furia del cordón de la campanilla. Acudió la Prisca. En la esfericidad de su rostro se insinuaban algunas arrugas o convulsiones errantes, a manera de rasgos faciales que un sentimiento humano sacudiese. Sin estar seguro de acertar, interpreté las muestras expresivas como manifestación de contento. La novedad disipó mi enfado.

—Explícate, Prisca.

—¿Explícate Prisca? Pues no podía yo nada...

—Ea, Prisca, ayúdame a entender.

—Prisca agitó los brazos, riéndose con acometidas nerviosas y alufadas. Luego me impuso silencio. Escuché. En el pasillo oíase apresurado taconeo. Prisca llenó el buche de aire y disparó a decir:

—La Mariquita tiene dolores — y rió nuevamente, a su solito.

—Pues no veo que sea cosa de risa el que tenga dolores la Mariquita.

Pero Prisca persistía en reírse. Me quedé mirándola. No era propiamente una risa de hilaridad. Era una risa cordial, de emoción.

—Te advino, Prisca, te advino. Deseas comunicarme que ha llegado el momento en que la Mariquita va a tener un hijo.

Prisca asintió con la cabeza. Me levanté. Me vestí. Salí al pasillo, en donde crucé con doña Trina, que iba como transfigurada, y no me hice caso. Salí luego a la calle y no volví hasta la hora del almuerzo. El alamburamiento de Mariquita se presentaba laborioso. La comida de aquel día dejó bastante que desear. Los criados andaban de aquí y acullá, sin punto de vado, a las órdenes de doña Trina, como si no hubiera huéspedes en la casa. Nosotros, misemos posuina, y nos servimos a la usanza de los figones. La charla, naturalmente, versó todo el tiempo sobre el trance en que Mariquita se hallaba. Por este motivo, nadie se percató de que las dos enigmáticas señoras no habían acudido al almuerzo.

Mariquita dio a luz un niño, feliz y trabajosamente, a las seis de la tarde. La comida de la noche estuvo mejor atendida. Tampoco aparecieron las señoras enigmáticas, ni se echó de menos su falta. Era un silencio.

Antes de acostarme leí los periódicos de la noche. Todos publicaban, por lo momento, la muerte en garrote vil de Arias Limón y Uceda y su criado Bermudo. La lectura me transigió de horror. Desde tiempo inmemorial no se habían verificado en Guadalufranco ejecuciones capitales. Hubieron de emplear para el caso un verdugo improvisado e ignorante de sus deberes, un mal aficionado de verdugo, que prolongó la agonía de los reos por espacio de una hora. La población entera cerebri la pri-

sión, en tanto ajusticiaban a los dos reos. Como tardasen en arboñar la bandera negra, signo de que ya estaban muertos, la muchedumbre se amotinó y quiso tomar la cárcel por asalto. Al izar la bandera fúnebre, el motín se agravó. Tenían los amotinados que se les hubiera engañado. Recelaban que se hubiera fingido la ejecución, para luego poner en salvo al hijo del aborrecido cacique, procurándole la huida a Portugal. Por errorrazos, derribaron la puerta de la prisión, y, uno por uno, todos los habitantes de Guadalufranco fueron viendo con sus propios ojos a los dos ahorcados. Quienes los ultrajaban, quienes se mofaban, algunos les escupieron en el rostro.

En el almuerzo del domingo, doña Trina agasajó a sus huéspedes con un principio extraordinario, frutos de sartén, dulces de confitería, vino de Jerez y copitas de cognac. Las dos señoras desconocidas — desconocidas para los demás huéspedes, no para mí — asistieron al almuerzo vestidas de luto. El diputado por Colmenar de la Oreja tenía consigo, como invitado, a un novillero catecúmeno, apodado *Huevillos VII*, y se mostraba muy engreído con semejante amistad y compañía. Nos vaticinó, con singular aplomo y jactancia, que, "a la vuelta de muy contados meses, *Huevillos VII* se iba a comer crudos a *Bombita* y al *Almaco*". El jefe del partido republicano de Tarazona — de barba ubérrima y bipartita, manifestaba aquel día la susodicha barba particularmente tupida y voluminosa, algo así como una buena uvea momentos antes del cado. Todos empuñaban el codo con gentil frecuencia. Todos hablaban y reían a un tiempo. Todos hacían votos fervientes por la salud y felicidad de Mariquita y el recién nacido. Una vez que doña Trina surgió en el comedor, todos se levantaron a ovacionarla y aclamarla. Todo allí era jubilarie, bullicioso y gárrulo.

Pero las dos damas desconocidas no levantaban los ojos del plato y apenas si llevaron tocado a la boca.

De sobrenesa hubo un minuto de silencio y fatiga. Don Raimundo Percel, el canchero, que estaba en aquellos momentos con el brazo apoyado en la mesa y la frente en la mano, comenzó a hablar, meditando:

—Lo que es la vida. Nosotros tan aborrazados. Y, sin embargo... ¿No han leído ustedes en los periódicos la ejecución de Guadalufranco?

—Ha sido una sanción pistonada — entró a decir el jefe republicano, con frase nada trinitaria. — Les estuvieron apretando el gañone más de una hora, y los malditos no querían estirar la pata.

Las dos señoras enlutadas se pusieron en pie precipitadamente y salieron con vacilante andar. Alcanzaron a oír todavía la última frase del hombre de la barba ubérrima:

—Por supuesto. Les está bien merecido. Eso es lo que hay que hacer con todos los caciques.

Doña Trina se puso pálida. Comenzó a hablar, tartajando:

—¿Es que... ustedes... no sabían... que esas señoras son las hermanas de Arias Limón y Uceda?

A todos sobrecogió mortal estupor, menos al republicano, que atizó un puñetero en la mesa, emboscó entre las cejas los ojos y dijo con feroz acento:

—¿De modo que esa mosca muerta, la mía vieja, es la que llaman en los papeles "la Trina caica", la peor de todos los Limones? ¡Qué lástima, no haberlo sabido antes, para soltarle un ex abrupto! Como que a esa también la debieron ahorcar. Y a la otra mojadita, que, al parecer, era encubridora. ¡En este país no hay justicia!

LA MANIA DEL PESCADOR

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 12)

los primeros tiempos victorianos, visitando a los fantasmas con el aro del croquet y los malletes. Era la figura de un hombre entrado en años, con largos bigotes, que parecían casi fantásticos. Tenía un primoroso y curioso modelo de cuello y de corbata.

Habiendo sido un danzante a la moda, cuarenta años atrás, se le había ingenuado para continuar con su dandismo, pero ignorando completamente los cambios de la moda. Un alto sombrero de copa, blanco, se veía cerca de "Morning Post", en la hamaca, tras él. Tal era el duque de Westmoreland, la reliquia de una familia que tenía realmente varias centurias de antigüedad — y esa antigüedad no era herédica, sino histórica—. Nadie sabía cuántos nobles, cuantos ricos, cuantos nobles de hecho, y cuantos numerosos de ficción. Pero si el duque tenía ganado el respeto de cuantos le rodeaban, por el hecho de que poseía una vasta cantidad de muy valiosas propiedades, era un punto acerca del cual había sido muy interesante conocer la opinión particular del señor Fisher.

—Estaba usted tan cómodo que creí que debía ser uno de los criados —dijo el señor Fisher, bostezando a altas voces, que llevaba una valija mía. No he traído ningún hombre conmigo, porque he perdido muy de prisa.

—Ni yo tampoco, por la misma razón —replicó el duque con cierto dejo de orgullo—, nunca lo hago. Si existe algún animal con vida, apuesto a que es el valet. Aprendí a vestirme por mí mismo a muy temprana edad, y creo que lo hago decentemente. Pero no voy tan lejos como para hacerme vestir como si fuera una criatura.

—El Primer Ministro no ha traído un valet, pero en cambio tiene un secretario —observó Horne Fisher—. Es un trabajo diabólicamente inferior. ¿No está Harker por aquí?

—Está por allí, del otro lado del jardín —dijo el duque con indiferencia, mientras volvía a engolfarse en la lectura del "Morning Post".

Fisher siguió su camino atravesando el último cerco verde del jardín, hasta llegar a una especie de sendero que miraba hacia el río y hacia una isla boscosa que se hallaba enfrente. Allí vio una delgada y alta figura cargada de espaldas e inclinada hacia adelante, con todo el aspecto de un buitre. Era una postura muy conocida en los estrados de la política, muy perteneciente a sir John Harker, el procurador general. Su rostro estaba surcado con las rudas líneas del trabajo, y en verdad, era el único de los tres personajes del jardín que se había elevado por su propio esfuerzo. Alrededor de su calva cabeza y de sus sienes, colgaban rojos mechones de cabello, chatos y semejantes a láminas de cobre.

—No he visto aún a mi huésped —dijo Horne Fisher en un tono más serio que el que había usado con los otros—, pero supongo que lo verá durante la cena.

—Puede verlo ahora, si quiere, pero no puede reunirse con él —contestó Harker.

Señaló con la cabeza hacia uno de los extremos de la isla situada enfrente, y mirando atentamente en la misma dirección, el otro invitado pudo ver la parte superior de una cabeza calva, y el tope de una red de pescar, amarrada igualmente inmóviles, entre la alta vegetación que los rodeaba y contrastando con la brillante corriente del río. El pescador parecía estar recostado contra el tronco de un árbol, dando cara a la otra orilla de tal modo que era imposible ver su rostro; sin embargo, el corte de su cabeza era inconfundible.

—No desea que lo molestara cuando está pescando —dijo Harker—. Es una especie de manía suya de no querer comer más que lo que ha pescado; y se muestra muy orgulloso de pes-

carlo él mismo. Por supuesto, lo hace para aparecer más simple, como todos esos millonarios. Le gusta venir diciendo que ha trabajado por su comida como cualquier trabajador.

—¿Le ha explicado alguna vez cómo limpia toda la cristalería y repasa la tapicería? —preguntó Fisher—. ¿Y cómo friega todos los muebles de la casa? ¿Y cómo los duraznos y otros frutos de los árboles de las carpetas? He oído decir que es un hombre muy ocupado.

—No creo haber dicho eso —respondió el otro—. ¿Pero a qué viene esa sátira social?

—Bueno, la verdad es que estoy un poco cansado de la "vida simple", de la "vida agotadora", vivida por nuestra pequeña partida de desocupados. En verdad, dependemos enteramente de otros en casi todo lo que hacemos, y por eso hacemos todo un asunto de considerarnos independientes en cualquier minucia. El Primer Ministro se siente orgulloso de poder valerse sin chófer; pero no puede ir a ninguna parte sin un factotum que le sirva para todos los mandados. El pobre Bunker tiene que desempeñar el papel de júnior universal, para el cual bien sabe Dios que no fue creado. Él mismo, a su vez, proclama que puede valerse sin ayuda de un valet, pero apuesto a que debe dar un trabajo enorme a una gran cantidad de personas para poder juntar esa extraordinaria colección de antiguas galas que viste. Debe obtenerlas en el Museo Británico, o mandar hacer excavaciones en las tumbas antiguas. El sombrero blanco, precisamente, debió exigir una expedición para encontrarlo, como si fuera el Polo Norte. Y por fin, aquí tenemos al viejo Hook que pretende pescar sus propios peces, cuando no es capaz de fregar los cuchillos y tenedores para comerlos. Puede ser simple, acerca de cosas simples, como la comida; pero apuesto a que es lujoso con las cosas lujosas, especialmente las cosas pequeñas. En esto no lo incluyo a usted. Sé que ha trabajado muy duramente para encontrar algún placer en jugar a que trabaja.

—A veces creo que usted esconde en el más horrible secreto la seguridad de que es útil de alguna manera. ¿No ha venido aquí especialmente para ver al Premier antes de que salga para Birmingham? —preguntó Harker.

Horne Fisher contestó en voz baja:

—Sí, y espero tener la suerte de encontrarlo a la hora de la cena. Tiene que ver a sir Isaac por su vez, al menos, luego.

—¡Hola, hola!, sir Isaac ha terminado su pesca por hoy. Sé que está orgulloso de levantarse al amanecer y acostarse a media noche.

El viejo que estaba en la isla se había puesto de pie, mirando en derredor y dejando ver una mata de barbas grises en un rostro pequeño y sumido, pero iluminado por un par de coléricos ojos, sobre los cuales había dos cejas de fiero aspecto.

Llevando cuidadosamente su aparejo de pescar, se encaminaba hacia la mansión, pasando por un paso de anchas y chatas piedras, que se tendía por sobre la corriente. Luego viró en redondo, acercándose a sus huéspedes y saludándolos cortésmente. Había varios pescados en su canasta y él se mostraba de buen humor.

—Sí —dijo contestando a la cortés expresión de saludo de Fisher—, creo que me levanto antes que nadie en esta casa. El pájaro temprano es el que agarra el gusano.

—Infortunadamente, es el pez temerario el que agarra el gusano —dijo Harker.

—Pero el hombre que se levanta temprano atrapa el pez —replicó el viejo con expresión hosca.

—Pero por lo que he oído decir, sir Isaac, usted es, además, la persona que se levanta más tarde. Supongo que necesita muy pocas horas de sueño —dijo Fisher.

—Nunca tuve mucho tiempo para dormir —contestó sir Isaac, y agregó—, pero de todos

modos, esta noche será otra vez el último hombre en acostarse. El Primer Ministro me ha dicho que quiere conversar conmigo. Y ahora que hemos charlado de todo un poco, creo que sería conveniente que fuéramos a vestirme para la cena.

La cena transcurrió esa noche sin que se hablara una sola palabra de política. En general se habló poco, y se habló de trivialidades ceremoniosamente. El Primer Ministro, Lord Mirvale, que era un hombre delgado y alto, con rizados cabellos grises, estaba cumplimentando gravemente a su huésped por su buena suerte como pescador, y hablaba con arte y paciencia la conversación transcurría como un murmullo de una corriente de agua que se desliza entre pequeñas piedras.

—No hay duda de que se requiere mucha paciencia para dedicarse a la pesca —dijo sir Isaac—, y también se necesita cierta habilidad; pero, por lo general, tengo bastante suerte.

—No le ha sucedido alguna vez que un pez grande rompiera la línea y escapara? —preguntó el político con respetuoso interés. —No, eso no puede sucederme con la clase de línea que uso —contestó sir Isaac, lleno de satisfacción—. Me esmero en mis aparejos, y si algún pez tuviera fuerzas suficientes como para romperlos, la tendría también para tirarme al río.

—Sería una gran pérdida —dijo el Primer Ministro haciendo una inclinación.

Fisher había estado escuchando todas esas fútiles con gran impaciencia, esperando que se le presentara la ocasión de hablar, y cuando su huésped se levantó, él se puso de pie con una agilidad desconcertante. Se las arregló para acercarse a Lord Mirvale antes de que sir Isaac lo condujera aparte, para tener con él la entrevista final.

Tenía que decir solamente unas pocas palabras, pero deseaba decir las.

—Antes abra la puerta para que pasara el Primer Ministro, le dijo en voz baja:

—He visto a Montmirail; dice que a menos que protestemos inmediatamente en favor de Dinamarca, Suecia se apoderará de los puertos con toda seguridad.

—Justamente, voy a escuchar lo que sir Isaac tiene que decirme al respecto —dijo Lord Mirvale, asintiendo con la cabeza.

—Me imagino... creo que ahora existe muy poca duda acerca de lo que tendrá que decir al respecto —dijo Fisher esbozando una sonrisa.

Mirvale no contestó. Encaminóse graciosamente hacia la biblioteca, a donde su huésped le había ya precedido. El resto de los invitados se dirigió a la sala del billar. Fisher dijo al abogado:

—No tardarán mucho; sabemos que casi han llegado a un acuerdo.

—Sir Isaac soporosa enteramente al ministro —dijo Harker.

—O el Primer Ministro soporosa enteramente a sir Isaac... —dijo Horne Fisher, comenzando a golpear las bolas del billar.

Horne Fisher, al día siguiente bajó tarde de sus habitaciones, y con sus abandonados modales, que constituían en él un reprensible hábito. Evidentemente, no tenía interés por agarrar gusanos, y como los otros invitados parecían tener la misma indiferencia, se asistieron los unos a los otros en el desayuno, y durante las horas que se deslizaban lentamente hacia la hora del lunch.

En eso, no fue una hora después cuando la repentina sensación del que iba a ser un extraño día llegó hasta ellos. Llegó en la forma de un joven de cabellos sueltos y de cándida expresión, que venía remando en bote, río abajo. No tardó en hacer pie en el desembarcadero de la propiedad. En verdad, no

era otro que el señor Harold March, el periodista amigo del señor Fisher, cuya jornada había comenzado lejísimo de los ríos arriba, y en las primeras horas del día, llegaba ya bien avanzada la tarde, pues se había detenido en una ciudad de la costa del río para tomar el té y comprar un periódico, que, en ese momento, asomaba fuera de su bolsillo.

El señor March llegaba a aquel apacible jardín, a la orilla del río, como un apacible y bien venido terrateniente; pero no sabía que era un terremoto. Saludó y fué a hacer su caso en su casita comunitaria. A lo cual esta vez se agregaron las inevitables excusas por la excéntrica reclusión del huésped. Había ido otra vez a pescar, por supuesto, y no debía ser molestado hasta la hora convenida, aunque estaba sentado a tiro de piedra de donde ellos se hallaban.

—Es su único *hobby*—dijo Harker como disculpándolo—; y después de todo, ésta es su casa y él es muy hospitalario en otros sentidos.

—Me temo que eso se esté convirtiendo más en una manía que en *hobby*—comentó Fisher—. Sé perfectamente cómo son esos hombres de edad cuando comienzan a coleccionar cosas, aun cuando se trate de esos inservibles pecados de río. Recordarán ustedes al río de Talbot, con sus escabellantes, y el pobre viejo Buzzy con las cenizas de los cigarrillos. Si Isaac ha hecho muchas grandes cosas en su tiempo—el gran acuerdo en el asunto de la madera suca para construcciones y la Conferencia de la Paz, en Chicago—; pero pudo mucho que ahora se cuide tanto de esas grandes cosas como de esos pequeños peces.

—Vámonos, vámonos—protestó el procurador general—; usted y yo, vamos al señor March que ha venido a la casa de un lunático. Créame, si Isaac hace eso por entretenimiento, como haría cualquier otro deporte; únicamente que es de la clase de hombres que toman muy en serio su entretenimiento. Apuesto a que si hubiera grandes noticias acerca de la madera y de sus barcos, arrojaría letras, en seguida, esa red y sus pescados.

—Bueno, por mi parte lo diré mucho—dijo Fisher mirando distraídamente hacia la isla situada en medio del río.

—A propósito, ¿hay alguna novedad?—preguntó Harker a Harold March—. Veo que tiene usted uno de esos diarios de la noche, que aparecen por la mañana.

—Tiene el comienzo del discurso que pronunció Lord Merivale en Birmingham—dijo March alcanzando el diario—; pero es más que un párrafo, pero me parece muy bueno.

Harker tomó el diario, lo agitó, lo arregló y echó una mirada a la noticia que, en grandes letras, estaba sobre el nombre del periódico. Era, como March había dicho, nada más que un párrafo. Pero aquel párrafo tuvo un efecto peculiar en sí John Harker. Sus altos ojos se bajaron y sus ojos se hicieron dos puntos luminosos. Fue un momento en el que, con la boca abierta y la mandíbula caída, como en señal de completo asombro. Pareció, de alguna manera, un hombre envejecido. Luego, recobrando la serenidad y la compostura, ofreció el diario a Fisher, extendiendo el brazo, y dijo con acento súbitamente áspero:

—Bueno, aquí tiene usted una oportunidad para hacer una apuesta. Aquí está la gran noticia que ha de distraer al viejo pescador.

Horne Fisher miró a su vez aquel párrafo del diario, y su apariencia, siempre lánguida y poco expresiva, parecía también sufrir un cambio. Aquel párrafo tenía todo el ancho de la página, y Fisher leyó:

Sensacional advertencia a Suecia.

Y abajo:

Protestas.

—¿Qué diablos...—murmuró

Sus palabras se diluyeron en un silbido de asombro.

—Debemos avisar inmediatamente al viejo Isaac Hook, o no nos lo perdonará nunca—dijo Harker—. Posiblemente querrá ver al Primer Ministro en seguida, aunque me parece que ya es tarde. Voy a cruzar para allá al instante, y apuesto a que le hago olvidar sus peces.

Y dando la espalda a los presentes, Harker se dirigió al pequeño puente de piedras que atravesaba el río, hasta la isla.

March se había quedado mirando a Fisher con los ojos abiertos, asombrado del efecto que causara el diario que había traído.

—¿Qué significa esto?—preguntó—; siempre supuse que deberíamos protestar en defensa de los puertos daneses, por su propia seguridad y por la nuestra. ¿Qué significa toda esta agitación acerca de sí Isaac y de todos ustedes? ¿Cree usted que son malas noticias?

—¡Malas noticias!—exclamó Fisher con una especie de suave énfasis en el acento de su voz.—¿Tan malas son?—preguntó su amigo, después de un instante de silencio.

—Tan malas son...—repitió su amigo—. ¡Vamos, hombre!; son tan buenas como podrían serlo. ¡Son grandes noticias!; gloriosas noticias! Aquí es donde está todo el misterio: son admirables, inestimables y hasta increíbles.

Echó una mirada hacia la isla que destacaba los colores grises y verdes de su vegetación, y su mirada casi dormida recorrió el jardín desde el río hasta las tierras más altas.

—Tengo la extraña sensación de que este jardín estuviera, bajo un sueño, y supongo que yo mismo estaré durmiendo—dijo—. Pero el agua se mueve y el pasto crece y algo increíble ha sucedido.

Mientras hablaba, la alta figura encorvada como un buitre apareció de vuelta caminando por sobre las piedras. Poco después estaba ya en la casa.

—Usted ha ganado su apuesta—dijo con voz que revelaba el asombro y hasta algo que no se preciaba muy bien si era ira o temor—; el viejo tanto no se cuida más que de sus peces. Me dijo que no quería hablar ni una palabra de política.

—Supuse que debería ser así—dijo Fisher modestamente—. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Usaré el teléfono del viejo idiota, de cualquier modo, y le explicaré el negocio—dijo averiguando qué es exactamente lo que ha sucedido. Debó hablar mañana por la mañana en nombre del gobierno.

Y con las últimas palabras, se alejó apresuradamente en dirección a la casa.

En el silencio que siguió, un silencio muy extraño por lo que a March respecta, vieron la figura del duque de Westmoreland, con su alto y blanco sombrero y sus bigotes, aproximándose a ellos a través del jardín. Fisher se dirigió hacia él inmediatamente, llevando en la mano el diario rosado, y luego de dirigirle algunas palabras, le señaló el párrafo apocalíptico. El duque, que había estado caminando lentamente, se quedó tieso, y, por un instante, con su grotesca vestimenta, pareció ser el marqués de un sastre, inmóvil, mirando fijamente adelante, en la vidriera de algún comercio. Luego, March, desde lejos, escuchó su voz, alta y casi histérica:

—Pero él debe ver..., debe comprender. Seguramente no le han dado la noticia de la manera apropiada.

Luego, con aire de confianza en las maneras y gran pomposidad en la voz, agregó:

—Yo mismo iré a decirlo. Entre los curiosos incidentes de aquella tarde, March recordó siempre algo cómico acerca de la apostura del viejo caballero, que con el asombroso sombrero blanco caminaba de piedra en piedra, a través del río, como una persona que atravesara Picadilly. Luego desapareció tras de los árboles de la isla y March y Fisher se dirigieron al encuentro del procurador general, que volvía de la casa con su rostro ensombrecido, pero al mismo tiempo

con una mueca de íntima seguridad.

—Todo el mundo afirma que el Primer Ministro ha pronunciado el mejor discurso de su vida. No dejaremos sola otra vez a Dinamarca.

Fisher asintió, y luego dio vuelta para tomar el sendero junto al río. Al mirar hacia adelante, vio al duque que regresaba con una extraña expresión en el rostro. En respuesta a las preguntas que le hicieron, contestó con voz confidencial y emocionada:

—Realmente, creo que el pobre hombre no está en sus cabales. Se rehusó a escucharme. El... bueno..., dijo que yo podría asustar a los peces.

Un día muy agudo pudo haber recogido un murmullo de voz que hablaba de un sombrero blanco. Esa voz provenía de la garganta de Fisher. Pero sí John Harker dijo con cierta violencia:

—Fisher tenía razón, yo no lo quería creer, pero es evidente que el pobre mozo está transformado en un pez. Si la casa se prendiera fuego, dudo de que se moviera antes de la puesta del sol.

Mientras hablaba, Fisher había continuado caminando por el sendero, y ahora dirigió a lo lejos una mirada investigadora, pero no hacia la isla, sino en dirección opuesta, hacia los bosques que se alzaban del lado del río, formando como los muros naturales del valle. Un cielo nocturno, tan claro como el día, no había sido antes el del día, se veía tendiendo lentamente por sobre la campiña. Hacia el oeste, estaba tocado por largas pinceladas rojas y doradas. Apenas se oía ruido alguno, aparte del murmullo de las aguas del río. Pero el silencio fué roto por una sorda exclamación de Horne Fisher. Harold March lo miró extrañado.

—¿Había pensado de malas noticias. Pues bien, tenemos ahora una mala noticia.

—¿A qué mala noticia se refiere usted?—preguntó su amigo, consciente de algo extraño y siniestro en el tono de su voz.

—El sol se ha puesto—dijo Fisher.

Tenía el aire de una persona consciente de haber dicho algo fatal. En seguida continuó:

—Debemos buscar una persona a quien realmente le importe, para que vaya a la isla. Puede ser que esté loco, pero siempre hubo método en su locura. Siempre hay método en la locura...; eso es lo que hace a los hombres locos... el método. El nunca permanece sentido allí, después de la puesta del sol, cuando todo comienza a sumirse en la obscuridad. ¿Dónde está su sobrino? Creo que le tiene verdadera afecto a su sobrino.

—Miren...—gritó March en ese momento—. Ahí viene..., ha estado en la isla y vuelve.

Mirando una vez más en dirección al río vieron la figura de Jaime Bullen, que se destacaba recordada en negro contra los últimos reflejos del sol poniente, caminando apresuradamente de piedra en piedra casi como si le empujaban y agitando los brazos. Una vez resbaló sobre una piedra y hundió el pie en el agua. Cuando estuvo cerca del grupo, todos pudieron ver que su rostro ensombrecido estaba intensamente pálido. Los otros cuatro hombres quedaron pendientes de sus palabras, y como el joven no hablaba, le preguntaron casi simultáneamente:

—¿Qué dice ahora?

—Nada..., nada...—respondió el joven mirando alternativamente a unos y a otros. Fisher, que vio cómo sus ojos en el momento del joven, fijaron su mirada en el rostro del joven, por un instante. Luego salió corriendo, como por su inmovilidad, y haciendo una señal a March para que lo siguiera, se encaminó al puente de piedras y comenzó a cruzarlo. En un momento llegaron al largo sendero que rodeaba la isla, al otro lado del cual estaba sentado sí Isaac. Allí se detuvieron y lo miraron sin pronunciar palabra.

Sir Isaac Hook estaba aún sentado y apoyado contra el tronco del árbol, y por una razón muy importante no se movía en absoluto. Una parte de su infalible línea de pescar estaba pasada dos veces, muy apretada, alrededor de su cuello y luego dos veces más alrededor del tronco del árbol. El investigador se inclinó rápidamente hacia adelante, dando un paso, y tocó la mano del pescador: estaba tan fría como un pez.

—El sol se ha puesto y no se levantará jamás —dijo Horne Fisher en el mismo tono terrible.

Diez minutos después, los cinco hombres, apenas repuestos, se hallaban reunidos en el jardín de la residencia. Se miraban los unos a los otros, y sus rostros estaban algo más pálidos que de costumbre, pero se conservaban serenos. El abogado parecía ser la persona más alerta del grupo, fue el primero en hablar, y lo hizo con violencia:

—Debemos dejar el cadáver como está y telefonar a la policía. Creo que mi propia atención bastará para examinar a los sirvientes y ver si hay algo de importancia entre sus papeles que pueda arrojar alguna luz sobre esto. Por supuesto, ninguno de ustedes, caballeros, debe alejarse de la residencia. En otro caso, quizá, en su rápido discurso, de corte legal, que sugería la puerta de una trampa que se cerraba. De cualquier manera, el joven Bullen gritó; o mejor dicho, explotó, porque su voz semejó una explosión:

—¿Yo no lo toqué! ¡Juro que no tengo nada que ver con esto!

—¿Por qué dice usted eso? ¿Por qué grita ante todo tiempo? —le preguntó Harker con voz dura.

—Porque todos me miran como si yo fuera el culpable —gritó el joven, enojado—. ¿Creen que no sé que siempre están hablando de mis condenadas deudas y de mis esperanzas...?

Entretanto, para sorpresa de March, Fisher se había alejado del grupo, llevándose de un brazo al duque a otra parte del jardín. Cuando estuvieron lejos de los oídos de los otros invitados, le dijo de la manera más simple del mundo:

—Westmoreland, voy a ir directamente al asunto.

—¿Y bien? —preguntó el otro mirándolo estoicamente.

—¿Usted tenía algún motivo para matarlo? —preguntó Fisher.

—El duque continuó mirándolo de la misma manera, pero sus labios no se movieron. Entonces, Fisher continuó suavemente:

—Espero que tuviera usted un motivo para matarlo. Ya ve usted; es una situación por demás curiosa: si tenía usted un motivo para cometer el crimen, entonces probablemente no lo mató. Pero si no tenía usted ese motivo, entonces existen muchas probabilidades de que sea la verdad el asunto.

—¿De qué diablos me está hablando usted? —exclamó el duque violentamente.

—Es muy simple. Cuando usted atravesó el puente, ¿le estaba vivo o muerto. Si estaba vivo, es posible que sea usted quien lo haya matado; y si no, ¿por qué no dijo una palabra de que estaba muerto? Pero si estaba muerto y usted tenía alguna razón para desear su muerte, entonces debe de haberse callado por miedo de que le acusaran de ser el asesino.

Horne Fisher guardó silencio, miró en torno y agregó:

—Chipre es un hermoso lugar, creo. Romántico escenario y gente romántica. Muy interesante para un hombre joven.

—El duque enclavó sus manos y dijo torpemente:

—Res bien, sí; yo tenía un motivo para desear su muerte.

—Entonces, está bien... —dijo Fisher moviendo lentamente su mano con desahogo—. Estaba casi seguro de que usted no lo había

hecho; naturalmente, se asustó cuando lo vio hacer, cosa muy natural, por otra parte. Es como si un mal sueño se convirtiera en realidad, ¿eh?

Mientras tenía lugar esta curiosa conversación, Harker había ido hacia la casa, sin hacer caso de las demostraciones del asustado sobrino, y en el momento presente regresaba con un nuevo aire de animación y unas cuantas hojas de papel en la mano.

—Acabo de telefonar a la policía —dijo, deteniéndose para hablar con Fisher—; pero creo que ya he hecho casi todo el trabajo yo mismo. Creo que he hallado la verdad... Hay aquí un papel...

Dejó de hablar, porque Fisher lo estaba mirando de una manera por demás singular. Después, el primero que habló fue Fisher.

—Hay muchos papeles que no están allí, creo. Quiero decir, papeles que no están allí ahora.

Ante sus palabras, y bajo la atenta mirada del indolente caballero, la perturbación de Harker fue evidente. Fisher prosiguió hablando:

—Pongamos las cartas boca arriba, sobre la mesa. Cuando usted fue a buscar los papeles con tanto apresuramiento, Harker, ¿no estaba buscando algo, algo que no deseaba que se descubriera?

No se movió ni uno solo de los rojos cabellos de la dura cabeza de Harker, pero echó al otro una terrible mirada de soslayo.

—Y supongo que fue también por eso por lo que nos dijo usted idéntica mentira acerca del pescador. Nos dijo que había hablado con Hook, para que no sospecháramos que estaba mintiendo. Sabía usted que existía una prueba que podría hacer sospechar que lo había matado, y no se atrevió a decirnos que estaba muerto. Pero, créame; es mucho mejor ser honesto y decir la verdad, ahora.

El rostro de Harker, que se había puesto más y más pálido, se coloró de golpe, como si lo inflamaran las llamas infernales.

—¡Honesto! —gritó—, es muy fácil para ustedes ser honestos. Ustedes han nacido con la cuchara de plata en la boca. Y luego van por allí vanagloriándose de sus virtudes, porque no tienen en el bolsillo las cucharas de plata de otros. Pero yo nací en una casa de huéspedes, en Pimlico, y tuve que hacerme mi cuchara y habríala mucho que decir si se supiera que había robado a un hombre honesto. Y si un hombre que lucha por elevarse, se, se desliza un poco en su juventud hacia los linderos más bajos de la ley —que son, en verdad, realmente tenebrosos—, siempre existe algún viejo vampiro que se aproveche de ello para estar sobre uno durante toda la vida.

—Las Golcondas de Guatemala, ¿eh? —preguntó Fisher en tono suave.

Harker lo miró, y un estremecimiento recorrió todo su cuerpo.

—Estoy convencido de que usted debe saberlo todo, como Dios todopoderoso —dijo con voz trémula.

—Sé demasiado, y siempre el lado malo de las cosas —dijo Fisher.

Los otros hombres se acercaban a ellos, pero antes de que llegaran muy cerca de Harker, éste dijo con voz que había recuperado toda su firmeza:

—Sí, ya destruí un escrito; pero también encontré un papel, y creo que eso nos libra a todos de cualquier sospecha.

—Muy bien —dijo Fisher en tono más alto y animado—; háganos saber de qué se trata para que gocemos todos de sus beneficios.

Sobre los papeles de sir Isaac —comenzó a explicar Harker— había una carta cargada de amenazas, firmada por un hombre llamado Hugo. Amenazaba a la gran matar a nuestro infortunado amigo, en una forma muy peculiar a la que ha sido asesinado. Es una carta terrible, llena de amenazas, como pueden

verlo ustedes mismos, y hace alusión especial a la manía de pescar en la isla que tenía Hook. Sobre todo, el hombre dice que escribe en un bote. Y ya que nosotros no hicimos más que cruzar el agua caminando por las piedras —y al decir esto Harker sonrió—, el crimen debe haber sido cometido por algún hombre que pasara en un bote.

—¿Carambal! —gritó el duque con algo muy parecido a la animación—. Ahora recuerden perfectamente a ese Hugo. Era un especie de sirviente y guardaspaldas de sir Isaac. Deben saber que sir Isaac estaba temiendo siempre un asalto. No era... en fin, no era muy popular entre ciertas personas. Hugo fue despedido después de una agria disputa, pero ahora recuerdo muy bien sus facciones. Era un húngaro enorme, que tenía unos grandes bigotes, cuyas guías sobresalían a cada lado de la cara.

Una puerta se abrió en la obscuridad de la memoria de Harold March, mostrándole una verde campina como la de un sueño perdido. Era, a la vez, un paisaje de agua y un paisaje de tierra; algo como orillas bordeadas de juncos y de árboles bajos entre las sombrías arcadas de un puente. Y, por un instante, Harold March volvió a ver al hombre que tenía un bote, como cuando fuimos saltar sobre el puente y desaparecer.

—¿Gran Dios! —gritó—, ¡pero si esta mañana me encontré con el asesino!



Horne Fisher y Harold March pudieron pasar un día en el río, después de todo, pues el pequeño grupo de investigadores de la casa cuando llegó la policía. Declararon que la casualidad de la evidencia que podía presentar March aclaraba la situación de todos ellos y circunscribía el caso al fugitivo Hugo. Que el húngaro pudiera ser atrapado alguna vez, era cosa que le parecía sumamente incierta a Horne Fisher. Ni tampoco podía decirse que desplegara ninguna demencia exagerada de detención en el caso, cuando rescatado en el bote, fumaba tranquilamente, en viendo al aire espesas columnas de humo y mirando distraído las fugitivas riberas.

—Fue una buena idea esa de saltar sobre el puente —dijo, siguiendo quizá el hilo de sus pensamientos—. Un bote vacío significa muy poca cosa; no le han visto poner el pie en tierra en ningún desembarcadero y salió del puente sin haber pasado por él. Paró con veinticuatro horas de ventaja. Sus bigotes deben haber desaparecido, y luego él mismo habrá desaparecido. Creo que podemos confiar plenamente en que haya escapado.

—¿Confiar? —preguntó March dejando de remar por un instante.

—Sí, confiar —repitió Fisher—. Para tomar las cosas desde el principio, no voy yo a emprender ninguna venganza contra sólo porque alguien haya asesinado a Hook. Quizá haya adivinado ya usted quién era Hook. Un condenado chupador de sangre y extorsionador; eso es lo que era ese simple y activo caballero de industria. Tenía secretos que esgrimía contra casi todo el mundo: uno, contra el pobre viejo Westmoreland, acerca de un casamiento de su juventud, en Chipre, que, de descubrirse, habría puesto en una situación muy curiosa a la duquesa; otro, contra Harker, sobre el destino de un dinero de sus clientes cuando era un abogado recién graduado. Es por eso por lo que sufrieron una terrible emoción cuando descubrieron, cada uno a su turno, que había sido asesinado. Sintieron algo así como si ellos mismos lo hubieran hecho en sucios. Pero, aparte de eso, admito que tengo una gran necesidad aun para decirle a que nuestro amigo o húngaro pueda escapar libre sin que los culguen por asesinato.

—¿Y cuál es esa razón?

—Haro el no cometi el crimen —contestó Fisher.

March se quedó mirando a la brillante corriente con ojos pensativos, pero Fisher continuó hablando como si aquel le hubiera hecho una pregunta.

—Cualquier asesino inteligente trata de tomar ventaja de cualquier hecho poco común en una situación común. Tal hecho, en el asesinato de Fisher... el crimen no fué cometido por la mañana. El crimen no fué cometido en la isla.

—Pero el contrario, lo que resulta irracional es pretender que Hugo sea el culpable —replicó Fisher—. ¿No ve que lo están condenando por la misma razón que se absuelve a todos los demás? Harker y Westmoreland guardaron silencio porque lo hallaron muerto, con señales evidentes de haber sido asesinado, y porque sabían que ciertos documentos podían comprometerlos y hacerlos aparecer como los asesinos. Bien, de la misma manera, Hugo lo halló muerto, y de la misma manera, Hugo sabía de la existencia de un escrito que podía comprometerlo, haciéndolo pasar por el asesino. Ese papel lo había escrito él mismo el día anterior.

—Pero, en ese caso, ¿a qué temprana hora de la mañana fué cometido el crimen? Recién comenzaba a amanecer cuando lo vi bajar el puente, y el puente queda a bastante distancia de la isla.

—La respuesta es muy simple —contestó Fisher—. El crimen no fué cometido por la mañana. El crimen no fué cometido en la isla.

March se quedó mirando a la brillante corriente con ojos pensativos, pero Fisher continuó hablando como si aquel le hubiera hecho una pregunta.

—Cualquier asesino inteligente trata de tomar ventaja de cualquier hecho poco común en una situación común. Tal hecho, en el asesinato de Fisher... el crimen no fué cometido por la mañana. El crimen no fué cometido en la isla.

—Pero el contrario, lo que resulta irracional es pretender que Hugo sea el culpable —replicó Fisher—. ¿No ve que lo están condenando por la misma razón que se absuelve a todos los demás? Harker y Westmoreland guardaron silencio porque lo hallaron muerto, con señales evidentes de haber sido asesinado, y porque sabían que ciertos documentos podían comprometerlos y hacerlos aparecer como los asesinos. Bien, de la misma manera, Hugo lo halló muerto, y de la misma manera, Hugo sabía de la existencia de un escrito que podía comprometerlo, haciéndolo pasar por el asesino. Ese papel lo había escrito él mismo el día anterior.

—Pero, en ese caso, ¿a qué temprana hora de la mañana fué cometido el crimen? Recién comenzaba a amanecer cuando lo vi bajar el puente, y el puente queda a bastante distancia de la isla.

—Pero, en ese caso, ¿a qué temprana hora de la mañana fué cometido el crimen? Recién comenzaba a amanecer cuando lo vi bajar el puente, y el puente queda a bastante distancia de la isla.

—Pero, en ese caso, ¿a qué temprana hora de la mañana fué cometido el crimen? Recién comenzaba a amanecer cuando lo vi bajar el puente, y el puente queda a bastante distancia de la isla.

Fin de "LA MANIA DEL PESCADOR"

EL PADRE

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 31)

Hablaba sin control, colocándose sobre su angustia un enardecimiento más ruidoso que efectivo. Porque el llanto sordo de su mujer le escocía en el alma, continuó, violento:

—¿Y por qué has hablado por teléfono? ¿Es que no tienes dignidad? Has puesto a toda esta gente... Sin ninguna necesidad... Apesadurada y alarmista, como lo fuiste toda tu vida. ¿Recuerdas a todos los que has molestado? Porque mañana tendrás que llamarlos nuevamente para decirles que te has comportado como una tonta... Ya en franco tren de desahogo, hubiera procedido hasta la crueldad. La inesperada estridencia del teléfono frenó su ímpetu vengativo.

—Ahí la tienes... ¡Déjame! Atenderé yo.

BIENVENIDO A LA TIERRA... DE LOS LEONES FEROCES

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 29)

lógico — que tiene hoy una extensión de 40 hectáreas... que abarcará incluso el Parque Aborigen, proponiéndose construir un criadero oficial para el fomento de la avicultura en la provincia y una estación de piscicultura.

—Ya en el año 1914 —nos notifica nuestro informante— fueron efectuadas las primeras siembras de pejerrey y trucha arco iris, con óptimos resultados.

—Es tarea ardua atender a la conservación y prosperidad de un zoológico? —seguimos indagando, alentados por la excelente disposición del señor Guifiuzá a satisfacer nuestra curiosidad profesional.

—Bueno... Es mi oficio y debo conocerlo. Lo que sí le puedo afirmar es que mi labor no se halla exenta de preocupaciones. Por ejemplo, los animales que enferman...

Una intervención quirúrgica a un jaguar

Acariaciado por las brisas de la cordillera, el lugar no puede ser más saludable. Lo demuestran bien a las claras las cifras de mortalidad, que es inferior a la de otros zoológicos similares en cuanto al número de animales expuestos. Sin embargo, las fieras también caen a veces enfermas y deben ser atendidas como cualquier ser racional.

—Y a menudo esta atención aun resulta más ardua —explica el señor Guifiuzá—. A un animal no le puede usted preguntar "qué es lo que le duele". Uno tiene que hacer uso de los ojos y

Casi se abalanzó hacia el aparato. —Hola... ¿Sí? Exactamente... Es mi hija... ¿Dónde? Llegaré en cuanto me sea posible... No... No sé quién puede ser... No tengo la menor idea...

Siguió una serie de informaciones; el nombre de un hospital, nombres, números... Cuando colgó el tubo, la transpiración le corría por la frente. Estaba pálido y temblaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la mujer, observándolo inquisitiva, aterrizada por lo que tendría que oír.

—Se le dio vuelta el automóvil... La han hospitalizado... No es grave... No hay ningún peligro...

—¿Dónde fué? ¿Iba sola?

—El arduo en responderle.

—En el camino a Rosario... No; no iba sola... Y, según parece, el acompañante ha muerto... Sí; no me lo preguntes... Es él, precisamente... Se ha prestado a secundarla en esta niñera, y mira el fin que ha tenido... Seguramente ha

—Veo que parece usted horrorizado, y, en verdad, la cosa es horrible. Pero otras cosas son también horribles. Si un hombre obscuro hubiera sido perseguido por un extorsionador y viera su vida en el hogar destruido, no pensaría usted en el asesino de su perseguidor como en un criminal sin excusa. ¿Es acaso peor, en el caso en que usted nación se ve libre, a la vez que se ve libre una familia?

—Por este aviso contra Suecia evitaremos probablemente una guerra, en lugar de precipitarse, y así se salvarán miles de vidas mucho más valiosas que la vida de una víbora. ¡Oh, no! No estoy hablando de una manera sofisticada o tomando en serio la defensa del acto, pero la esclavitud o la apriación a él y a su patria es mil veces menos justificable. Si en realidad yo hubiera sido inteligente, lo habría adivinado todo en su sonrisa suave y asina durante la cena de la otra noche. ¿Recuerda usted que le conté aquella tonta conversación acerca de cómo sir Isaac pescaba siempre sus peces? Pues bien; en el caso sentido, era un pescador de hombres.

Harold March tomó los remos y comenzó a remar nuevamente.

—Sí, lo recuerdo —dijo—, y también recuerdo aquello de que un gran pez podría romper la línea y escapar.

volcado cuando volvía apurada para casa, convencida de que la broma se prolongaba demasiado... —y deteniendo la expresión incrédula de Rosa, que lo observaba con los ojos abiertos, en creciente asombro, continuó sin mirarla: —Era lo que yo te decía... Esta hija nuestra está muy mal criada... Algún día va a conseguir que nos alarmemos seriamente... Te confieso que esta vez casi lo consigo... Pero esto le servirá de escarmiento... Estoy seguro de que le servirá de escarmiento...

Siguió hablando incongruentemente, mientras se preparaba para salir. La mujer lo escuchaba sollozando. No tenía nada que decirle a ese hombre, perdido conscientemente en una oscuridad consoladora. Y lloró por él, por su miedo, por su angustia, sobre todo por el inmenso esfuerzo que le demandaba en ese momento mantener su magnífica ceguera de padre... ♦

de las manos para descubrir dónde se encuentra la causa del trastorno.

—¿Qué clase de enfermedades son las más frecuentes?

—Pues, de las llamadas internas, los enfriamientos, fiebres y digestiones desordenadas. De las externas, las heridas originadas por las peles entre compañeros de cautiverio o por motivos naturales, tales como desarrollo anormal de uñas o cornamentas. A algunos pacientes es relativamente fácil curarlos, dado su tamaño o su docilidad; en cambio, con otros hay que recurrir a la anestesia total. Hace tiempo, a un jaguar se le infectó una uña encarnada y hubo que darle cloroformo para que el veterinario pudiera operar sin riesgo a que el enfermo se lo mordiera. Fué una lucha terrible, con el tiempo. Porque los efectos de la anestesia ya se perdían y aun el doctor estaba en plena labor. La operación y el tormento terminaron oportunamente cuando la fiera comenzaba a despertar de su involuntario sueño...

Los osos que se fotografian y el mono feriste

Un fotógrafo ambulante, viejo amigo de los dos osos pardos, les ordena a éstos que se sienten sobre una roca, juntos, cosa que ellos hacen de inmediato, pero con mucha parsimonia. Unos visitantes quieren conservar un recuerdo del Parque Zoológico, retratándose junto a la jaula de los dos simpáticos animales, que, según nos cuentan, no son tan mansos como parecen, ya que uno tiene una muerte sobre la conciencia... La pareja de osos en posición de descanso servirá de fondo a la foto.

Antes de finalizar nuestra entrevista, recogemos la graciosa

anécdota de un mono araña, que andaba hace poco tiempo suelto por el parque. Este simpático mono se portó muy bien hasta el día en que en la falda del cerro instalamos una hostería. A partir de entonces, el animalito comenzó a cometer travesu-

ras... y a correr farras. Se "descolgaba" en la hostería, entraba en la cocina, rompía copas y platos, asustaba a las señoras, se embriagaba con toda clase de copetines... Al final tuvo que ser encerrado, porque sus "monadas" hubieran terminado mal. ☺

EL ORGANILLO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 37)

tonces, recién nacido, te daba un poco de Mística ese buenazo de Julio con sus corbatas blancas demasiado almidonadas y sus guantes limpios de decenas caseras. Sin embargo, te caíste con él, y después de todo, es trabajador y buen padre de familia. Es ahora subje, como lo fuera tu difunto padre, y obtiene la misma nota desalentadora: "Empleado modesto" ¡dici!; debe conservárselo en su cargo". Cuando le dije, en segundo lugar, le entró un poco de ambición al pobre, y para ser ascendido publicó dos folletos especiales; pero se quedó bien con él condecorándolo con las palmas académicas.

¡Tres hijos — dos chicos primero y una niña que vino bastante más tarde — es una carga pesada! Y menos mal que el mayor está interno en el colegio, gozando de una media beca. Con mucha conciencia se equilibra el presupuesto. Pero ¿qué vida mediocre y trivial! El padre sale por la mañana bien temprano llevándose su almuerzo — un bocadillo y un frasco de vino aguada — en los bolsillos de su sobretodo; porque antes de instalarse en su sillón ministerial da un curso de geografía en el internado de niñas. Y en cuanto a ti, no tienes tiempo de aburrirte, y el día es corto para quien tiene tanto que hacer. ¡Sin embargo, ¡qué buena diversión! Desde hace un año no has ido más que una vez al teatro, en septiembre pasado, para ver el "Domino Negro", con un vale de favor.

Estás resignada, vencida, sin duda alguna. Pero este antiguo aire de polca que sigue tocando en forma obstinada el organillo te hace recordar que la otra tarde, en que ibas como hoy empujando al cuscuscú en el carruaje tu hijo, cruzando esta misma avenida, estuviste a punto de ser atropellada por una elegante victoria, en la que reconociste bien instalado bajo las pieles al hermoso Federico, que seguía igual, con el aire siempre joven de la gente feliz, y que te miró duramente mientras gritaba "¡torpe!" a su cochero.

¿Verdad que este organillo es insportable? ¡Dicieste ya se calla. Y la triste que cae la noche. Ahí, al fondo de la triste avenida del su-orbio, sobre el humo rojo que sucede a la puesta del sol, el gas que están encendiendo presenta sus pálidas luces. Regresa a casa. Tu segundo hijo ya debe haber regresado de la escuela y cuando tú no estás delante no estudia nunca su lección del día siguiente, antes de la cena. Vuelve a casa. La marido voló y dentro de poco de su oficina, cansado y con hambre, y tú sabes muy bien que sin ti la criada de veinticinco francos por mes sería incapaz de "arreglar" con papas y cebollas los restos de la carne de anoche.

II

¿Qué nostalgia es la música! ¿Cómo evoca dolorosamente los viejos recuerdos! ¡Y qué tristemente se oye en el crepúsculo de noviembre el sonido triste del organillo que toca un antiguo aire húngaro!

¿En qué piensas al escucharlo, señora condesa, y por qué te quedas como petrificada por el ensueño cerca de la alta ventana de tu "boudoir"? ¿Qué recuerdos puede traerte a ti, mujer feliz y en la plena belleza de tus treinta años, ese antiguo aire de baile húngaro tocado allí, en la triste avenida, más allá de los árboles despojados de su ardén, por el organillo alborotante y evocador?

Te recuerda el gran anfitrión del "Johnson's American Circus", atestado de rostros atentos, tal como era en la época de tus éxitos ecuestres. Los dos virtuosos negros han terminado

su concierto cómico rompiéndose sus violines en la cabeza, y el palafrenero acaba de traer a la pista tu caballo de pruebas. ¡Te acuerdas, el enorme y apacible caballo blanco, moteado de negro que recordaba un pavo real relleno de trufas! Hace entonces tu entrada, de la mano del soberbio director del picadero con su traje escalarta y su tocado a la Capoul, de quien estuviste un poco enamorada, confesional, como todas las amazonas del circo. Saludas al público con una cabriola, y en seguida, de un salto, ¡hop!, here aquí sobre la silla en plataforma. Recordar un látigo, la orquesta ataca furiosamente la música, el caballo trufado inicia su pequeño galope mecánico, y ¡hop, hop!, comienzas tu número.

¿Qué criatura olímpica eres entonces, condesa! ¡Diecisiete años y las piernas de la Venus del Capitolio! ¡Forma y gracia! Una de esas bellezas perfectas que no se obtienen ya más que con el cruce de sangre y las amalgamas de razas del Nuevo Mundo. Circular en un murmullo: "Es la hermosa Adal! ¡La Americana!" Y embriagada por ese viento de triunfo, redoblabas tus audaces piruetas.

La primera parte del "ejercicio" terminaba siempre con una salva de aplausos. Mientras los caballeros subían en los taburetes con las banderolas y los aros, y mientras el clown, para divertir al público, tiraba al suelo de una bofetada al condesa, y la levantara graciosamente por los fondos del pantalón, tú dabas la vuelta a la pista al paso, colocada al borde de la silla, con una ligereza de mariposa. Era el mejor momento para tus admiradores. Mantenías erguida tu cabeza de diosa bajo tu casco de pelo negro ornado de flores, y tus piernas sublimes, recubiertas de malla rosa, salían como de una nube de entre tu falda de terciopelo.

Fué en uno de esos momentos de descanso cuando te diste cuenta por primera vez de la existencia del conde, hoy tu esposo, y entonces uno de los más violentos caballeros de París. Estaba de pie en el corredor de las cuadras, grande, delgado y correcto en su levita atornada, con un ramito de lilas en el ojal, golpeándose nervioso los labios con el puño de oro de su bastoncito. Volvió al día siguiente, y al otro, todos los días; y tú bajabas los párpados, confusa, cuando tu mirada tropezaba con sus ojos comidos por la pasión, con sus ojos pálidos de hombre que ha perdido la cabeza.

La había perdido efectivamente; pero tú eras una chica honrada, ni más ni menos. A los cinco años quedaste huérfana, al matarse tu padre, el Hombre Sultán, de un golpe que se dio en la cabeza al caer al suelo. La gente del circo adoptó a la niña nacida en el oficio. El viejo clown parisiense, Mistrigis, te enseñó el francés, y luego un poco a leer y escribir. Después de haber sido la niña mimada — y respetada, a pesar de todo — de todos esos buenos salimbancos, te convertiste en una de las glorias de la empresa. Ganabas tu vida honradamente enseñando tus piernas, pero esas verdaderas maravillas húngaras; y — como en la noche en que el conde te ofreció ese aderezo de turquesas, bastante brutalmente, es preciso decirlo, estuviste a punto de pegarle con el látigo en plena cuadrada, frente al box del elefante.

Era eso lo que faltaba para enloquecer a un hombre de grandes pasiones. El "Johnson's American Circus" estaba dando la vuelta a Francia. El conde te siguió a París, y a París, a París, y finalmente, en Nantes cometió la locura suprema, como un ruso; y como no tenías ni padre ni madre, te rapó para casarse contigo.

¡Ay! ¡Qué tristemente llora el organillo ese antiguo aire húngaro en el crepúsculo!

¿Qué hacer, después de las primeras semanas de la ardiente luna de miel, pasadas en un pueblecito perdido en la orilla del mar? No se hubieran de ir en el Jockey, y las mujeres de mundo se sofocaban de indignación detrás de sus abanicos. El conde tomó su partido juiciosamente; se expatrió durante varios años. ¡Ah!, pobre condesa, cómo te aburrirte en Florencia, en ese sombrío palacio en el que tu marido te hizo educar e instruir como a una niña, y en el que soportaste tantas lecciones y tantos profesores. Como mujer agradecida — más que como mujer enojada, desgraciadamente — querías agradar al conde, hacerte digna de él. Por lo natural, se necesitó tiempo; y a pesar de lo paciente que era, ¡cuanto te hizo sufrir tu marido con sus continuos: "Eso no se dice... eso no se hace..." siempre seguidos de un "querida" muy seco, que te ponía en el suplicio!

Todas las mujeres son educables. "Advenedizo" es una palabra que no se aplica a las mujeres. Al cabo de los tres años una verdadera condesa. El conde, que bostezaba de aburrimiento en los muscos y que no había podido tragar a los Primitivos, no pudo aguantar más y te trajo de vuelta a París. Las perianas del antiguo palacio, cerradas desde hacía tanto tiempo, chancaron contra los muros, y tú hiciste tu primera comida en el gran salón comedor, ante el gran cuadro, donde el cual el bisabuelo del conde, teniente general de los ejércitos del rey, envuelto, con el cordón del Espíritu Santo sobre su traje rojo, y notable sobre todo por la enorme nariz de la familia, parecía mirarte con severidad.

Aquí sufres una vez más, condesa, la soledad y la melancolía. Tu marido ha conseguido solamente — después de grandes esfuerzos y a fuerza de dar dinero para las obras piadosas — formar una pequeña congregación de eremitas y de devotas. ¿Qué lúgubres son esos trajes negros de los dos sexos! Desde hace seis años visitas todas las mañanas asilos y escuelas y te aburres en tu palco señorial en el Teatro Francés o en la Opera. Ningún hijo y ninguna esperanza de tenerlo. ¡Los años pasan! Y lo peor de todo es que no experimentas por el conde más que una gratitud profunda, más que una amistad sincera, y que lo juzgas, ¡oh!, un hombre que con toda seguridad es perfectamente galante, pero lleno de tonterías aristocráticas y aburrido como un concierto. Tiene ahora cuarenta y ocho años, y, verdad que parece el viejo calavera cansado de sus correrías. Una mezcla bastante insipida de grandes aires, de paullitas teñidas, de prejuicios, de somberos gestos y de una monotonía enfadada.

¡Por qué este organillo cruel que sigue tocando este antiguo aire de baile húngaro que marcaba en otros tiempos el ritmo de tus cabriolas sobre el lomo del caballo trufado? Te vuelves a ver en medio de la pista, al final de tu "ejercicio", enviando al público el beso de adiós y escuchando con embriaguez el ruido de la salva de aplausos. ¿Estás loca, condesa? ¡Pues no se ha puesto a palpar tu corazón y volviste a encontrar tu primera y deliciosa emoción de adolescente, cuando te parecía que el apuesto director del picadero, con su traje escalarta, te había arrebatado tiernamente la punta de los dedos al llevarse a tu srio!

Finalmente se ha caído el sonido del organillo; sobre el cielo, cada vez más oscuro, se distinguen apenas los grandes esqueletos de los árboles sin hojas. El criado entra discretamente, llevando una lámpara. La coloca sobre un velador y dice con su voz ceremoniosa:

—El señor cura de Santo Tomás de Aquino espera a la señora condesa en el salón. ☺

DRESEDE QUIERE RESUCITAR

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 33)

ria los emperadores sajones, que la embellecen con las gracias del gótico, imprimiéndole así, ya desde sus orígenes, un carácter artístico, al que guardarian fidelidad sus reyes posteriores, dejando admirables muestras, en la arquitectura urbana, de los estilos renacimiento, barroco y rococó.

Nace también esta ciudad como predilectada a ser teatro de grandes acontecimientos históricos, y su nombre adquiere una resonancia universal durante las guerras napoleónicas. En su camino hacia Italia, el Emperador se detiene en Dresde, gozando entre sus muros, a gloria por última vez, los halagos de una gloria sin mácula, que empezará a ensombrecerse precisamente en aquella campaña... Y poco después, convierte a aquel brillante escenario de fiestas en su cuartel general, desde donde irradian los destellos de su peno militar, ya en el ocaso.

Mucho sufrió Dresde en aquel período de la accidentada historia; pero no puede compararse, ni por lo más remoto, con

lo que, en un tiempo mucho más breve, ha sufrido en la última contienda. Entonces, una de las graves cosas que hubo que lamentar fué que el mariscal Davour volase para la marcha de los aliados. ¿Qué significaba aquello, ni qué significar tampoco, en el siglo anterior, los bombardeos de sus fortalezas por Federico II, durante la guerra de Silesia, frente a los "raids" en masa de la última contienda?

Las diversas vicisitudes guerreras por que ha pasado Dresde en el curso de su historia nos sirven para confrontar hasta qué punto ha aumentado el poder destructivo de los ejércitos modernos, con la intervención de la nueva arma — la aviación —, que desconocieron los antiguos. Sus pétreas flores arquitectónicas fueron deshojadas por el huracán de hierro y fuego de los ataques aéreos en masa, en los que intervinieron dos mil bombarderos aliados, y veinte minutos bastaron para convertir en escombros la obra de los siglos.

Pero Dresde, que nace con tan ponde-

rosa vida en la Edad Media, no se resigna a perecer, y del mismo modo que el Ave Fénix renace de sus cenizas, ella aspira a renacer de sus escombros.

Las industrias que escaparon a la destrucción de los ataques aéreos por hallarse situadas fuera de la ciudad, se han puesto de nuevo en marcha, y, entre las fábricas que funcionan, se cuentan, se cuenta la tan famosa de sus porcelanas, de universal renombre. Entre el caos de los escombros, la población va reconstituyendo sus especiales características, y confía en el campo para su total resurgimiento, ya que espera que pronto desaparecerá la escasez de alimentos por un aumento de la producción agrícola.

Mientras las autoridades preparan los planos de los edificios proyectados para la nueva ciudad de Dresde, la población se dedica afanosamente a limpiarla de escombros, realizando su trabajo con un entusiasmo no exento de orgullo, pues alimenta la ilusión de levantar una ciudad todavía mejor que la anterior, en la que se perpetúe el prestigio de sus galerías de arte, de sus museos y de sus monumentos arquitectónicos. ♦

GOGOL Y LA SOMBRA DEL...

(VIENE DE LA PÁGINA 9)

supersticioso e impresionante... cobró de repente un tinte trágico, cruel.

"La risa gogoliana — escribe Mueljowski, el destacado crítico ruso — es la lucha del hombre contra el diablo". Y el mismo Gogol confiesa en una carta dirigida a su amigo Chevychin: "¿Cómo hacer del diablo un imbécil? Desde hace mucho tiempo sólo tengo una preocupación: obrar de manera que después de leídas mis obras el hombre pueda reírse del diablo hasta hartarse". Se ve bien claro por esta confidencia — o mejor, desahogo — cuán terrible era la obsesión.

En los Dostoyevski, tal tormento mora en todo corazón elevado. El de Gogol era un corazón superior. Y fué superior por que supo dominar ese torbellino volcánico del diablo. No perdió la voluntad. No sucumbió a esa fuerza poderosa que ataca, el aparecer, a los grandes espíritus erradores.

Fuchkin y Gogol

El autor de "Almas muertas" y "El inspector" — dos alardes colosales de su arte — estaba descontento, no obstante, de su obra. Todo para él resultaba mezquino, todo cuanto le rodeaba "terrenamente". El nivel humano se le antojaba humillante, pobre, inferior. Unicamente se manifestaba orgulloso y se canta losa a sí mismo cuando se refiere a la batalla que libra contra "la impercedera mezquindad".

HISTORIA DE UNA CIUDAD

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 17)

pefatos. Y fué tanta la popularidad que alcanzó en todo el país, que Wiggins mandó construir un duplicado para exhibirlo por todas las ciudades de la Unión, mientras el original quedaba en la Cámara de Comercio local, como un trofeo publicitario.

Bajo la dirección de Wiggins siempre, se inició entonces una arrebataada propaganda para atraer nuevos pobladores a Los Angeles, imprimiéndose millares de folletos que llevaban títulos sugestivos, como: "Tierra de Promisión"; "El país que el corazón anhela"; "El suelo del Clima Ideal"; y, que hablaban de la claridad del sol, de las tierras suaves y de las "miríadas de flores", incluyendo "setos de

geranos... de dos metros de alto". "Aquí — decía un folleto — los días de cielos sin nubes vienen y van; los veranos se transforman en inviernos sin cambios visibles, y no existen las temidas transiciones de temperatura del resto del país". "Los perros hidrófobos y las insolaciones no se conocen aquí", agregaba.

Otros folletos, inspirados directamente por Wiggins, blasonaban de los gigantescos productos del suelo: "Aquí se han cosechado los ajos que pesan tanto como un hombre corriente y ribanés tres kilogramos". Y no contento con eso, Wiggins reunió varias de las maravillas vegetales del lugar y las envió a dar vueltas por el país en un tren especial que se llamó "Voladora sobre ruedas".

intento. Gogol, iracundo, se niega a ponerse en manos del facultativo. "Mi curación — exclama — está en manos de Dios y no en la de los médicos".

Dice que toda su vida ha sido un monstruoso pecador y se busca un confesor, el padre Matías. Es su propósito limpiar su alma para hacer un monje.

En una reunión, alguien comentando los inventos de la época, habla lleno de admiración de la esterina, del daguerrotipo, etcétera.

—¿Y para qué sirve todo eso? — interrumpe seriamente Gogol, que se halla presente. — ¿Hace mejor a la gente?

Los circunstantes se miran azorados, quemados todos sus manuscritos. Entre ellos, el segundo volumen, casi concluido, de "Las almas muertas".

Anuncia a sus amigos que ayunará para expiar sus culpas. Les pide con lágrimas en los ojos que le perdonen el haber escrito aquel libro que tanto ruido hizo — y tanto escándalo — de "Pasajes selectos de la correspondencia con mis amigos", en cuya obra se declaraba defensor de la esclavitud feudal.

No se le ve durante meses. El conde Tolstói, inquieto, resuelve ir a visitarle a su casa una tarde y le encuentra extraordinariamente debilitado por un largo ayuno.

El 4 de marzo de 1852 termina la angustiosa lucha de Nicolás Vasilievich "Gogol" contra el diablo, y su espíritu pasa al reino de los inmortales. ♦

Esa exhibición ambulante inició su recorrido por el Medio Oeste ya entrado el invierno, para que los visitantes, atraídos por la propaganda, saltaran directamente de un panorama de hielo y nieve a una atmósfera semitropical, con naranjas, higos y plátanos maduros, saturada de deliciosas aromas — flores y adornada con paisajes de montañas purpúras y románticas palmeras.

Los resultados de toda esa publicidad fueron magníficos, y una vez más fluyó hacia Los Angeles una corriente emigratoria que no se ha detenido todavía en nuestros días. Y hasta de Alaska, adonde Wiggins envió durante la fiebre del oro de 1896 un folleto especial sobre "la claridad del sol", llegó una nutrida delegación de nuevos vecinos.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 114)

GUARDIAN CANINO



Los criadores de ovejas de Santa Cruz suelen contar con perros como el que vemos en la foto, para que les ayuden a que las ovejas no se les desbanden y marchen hacia el brete cuando se trata de embarcarlas. Eso es lo que está haciendo este vigilante lanudo.

DE LOS LECHONES



Cuando los lechones se ven apartados de la madre y se produce el destete, suelen pasar una temporada mala. Para evitar que desmejoren, no debe retirárseles de golpe la leche, sino que durante varios días se les irá suministrando en menor cantidad, ya sea dándosela como hace aquí esta granjera: en biberón, o en cucharros o bebederos especiales.



LA GRANJA

LA CRIA

del macho está entre los 7 y 9 kilos, mientras la hembra no excede de 6 ó 7.

Crianza e incubación

La crianza de los gansitos es sumamente fácil y sencilla, pues estos palmípedos, prácticamente, se crían solos, a la intemperie, y les basta un techo o cobertizo rudimentario para guardarse durante el mal tiempo.

La incubación dura de 28 a 30 días, y la hembra pone los huevos, uno día por medio, y se enclueca cuando puso alrededor de quince, que es, en realidad, la cantidad que se les debe dejar incubar.

Si se dispone que la incubación sea artificial, entonces la cantidad será mucho más elevada. En cuanto a la temperatura conveniente, debe ser de 103° C.



Dos son las variedades o razas de gansos que merecen ser explotadas, por los rendimientos que ellas aportan a quienes se dedican a tal propósito. Estas dos razas son: el de Tolosa, originario de Francia, y el de Emden, que se presume es oriundo de Alemania. El primero tiene como colores el gris y el blanco; el peso del macho oscila entre 9 y 12 kilos y el de la hembra, de 7 a 9 kilos. El de Emden es, en cambio, todo blanco, y el peso

Ya cumplido el período incubatorio, y producida la eclosión, los gansitos serán llevados, pasadas las cuarenta y ocho horas, a la madre artificial, cuya temperatura comenzará con 35° C., la que se irá disminuyendo hasta 21° C., que es el momento en que los gansitos abandonarán la "madre".

Es muy importante evitar que los pichones se mojen y que tampoco sufran frío ni estén demasiado expuestos al sol en sus primeros días de vida, que

DEL JARDIN Y LA HUERTA



Con agosto se comienza la plantación de dalias. También deben sembrarse en almázcigos las plantas de primavera y de verano. Asimismo, se terminará la siembra de espárragos... En cuanto a las labores de huerta, se plantarán alcachufes, espárragos y ruibarbos. También las papas de la primera cosecha y, bajo vidriera, almázcigos de ajos y tomates.

por Emilio Pérez



DE GANSOS

son, en verdad, los más difíciles de toda su existencia.

Alimentación

Siendo herbívoro el ganso, su principal alimento lo constituirá el pastoreo y una ración diaria de maíz, que se le suministrará siempre al anochecer, y antes de retirarlos al refugio o dormidero.

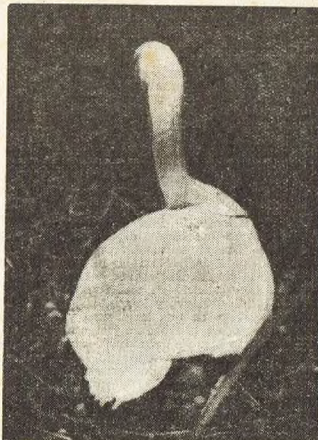
Durante las primeras treinta y seis horas de vida del pichón, éste debe estar a dieta, y pasado este lapso se le dará pan seco, mojado en agua o leche, huevos cocidos, fríos y desmenuzados, cereales triturados y abundante pasto verde, tierno y picado.

Apareamiento

Aunque este palmípedo es monógamo, cuando se explota en la granja o chacra se le puede aparear con cinco o seis hembras. En cada nidal debe ponerse un huevo de porcelana para orientar a la gansa cuando desea poner. Pues es frecuente que pongan los huevos en lugares inadecuados, y entonces es necesario trasladarlos de ahí al nidal o al sitio en que se desee que incuben. Lo cual causa trastornos en las gansas.

Rendimiento

Tratándose de un animal abundante en carne —el mayor entre todas las aves



de corral—, constituye una excelente fuente de proteína. Su grasa sustituye con ventaja a cualquier aceite comestible. El "foie gras" hecho con hígado de ganso goza de gran fama y se cotiza muy bien. Además de las ventajitas ya mencionadas, el ganso tiene otra gran utilidad para el granjero o chacarero que se dedique a su crianza: la pluma o plumón, conocido por "duvet", produce gran rendimiento y se obtiene anualmente sin sacrificar al animal.

MISCELANEA

Los canicultores deben evitar que sus conejos coman cieta, palín-palín y adalotodo, que son plantas venenosas para ellos. En cambio, contra lo que generalmente se cree, el perejil no les es fatal. Sin embargo, no debe dárselos, pues ejerce un efecto contraproducente sobre la secreción láctea.



Las hojas de té usadas son un remedio eficaz contra las cucarachas. Se ponen sobre papel en los lugares por donde suelen pasar estos insectos, quienes, al comerlas, mueren por efecto del tanino.

Entre las dolencias que sufren las cabras es frecuente la hinchazón de las patas. Se atenderán bien, evitando que comiencen y aplicándoles compresas repelidas de una solución fuerte de sulfato de cobre, hasta que los animales enfermos acusen una franca mejoría.



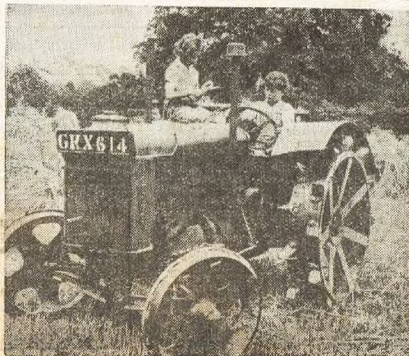
Los zánganos viven en la colmena mientras haya producción, después los eliminan las obreras.

La cáscara del huevo contiene de 90 a 95 % de carbonato de calcio, con partes de fosfato de cal y de magnesio, y de un 3 a 6 % de sustancias orgánicas. Por eso a las gallinas, además de proporcionables agua, proteínas e hidratos de carbono, es necesario darles sustancias minerales ricas en calcio y fósforo.



GRANJEROS REALES

Esta pareja de incipientes granjeros la forman los hijos del monarca inglés, que son muy aficionados a las labores del campo. Aquí los vemos, durante las faenas de la siega, en un tractor en su granja de Cop-pins,



BUZON DE GRANJA

Todas las preguntas que sobre temas de granja nos formulen nuestros lectores serán contestadas, sucintamente, en la página 114 de este magazine. La correspondencia debe dirigirse a "La granja", revista "LEOPLAN", Esmeralda 116, Capital.

Lea su respuesta en la pág. 114

HISTORIA DE UNA CIUDAD

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 113)

La experiencia

El colapso que había sufrido la expansión de la ciudad en 1899, demostró que Los Angeles sería siempre una ciudad de vida lánguida mientras no dispusiera de un buen puerto para fomentar su comercio. Lo único que contaba para ese propósito, era el viejo "puerto" español de San Pedro, pueblo ribereño del sur, a unos 30 kilómetros de distancia. Allí había un canal de 31 metros de ancho por tres kilómetros de largo y una profundidad que no pasaba de los tres metros.

A pesar de las dificultades que ofrecía el lugar se inició una campaña espectacular para obtener el apoyo de Washington que, traducido en dinero, permitiera la construcción del puerto. Llegaron hasta San Pedro varias comisiones de legisladores, y entre ellos estaba aquel que dijo a los abatidos angelinos: "Han cometido ustedes un grave error en el emplazamiento de esta ciudad. Debieron fundarla en un punto que tuviese ya una bahía, en lugar de acudir al gobierno de los Estados Unidos, para que les dé lo que la Naturaleza les negó".

A pesar de esto y otras cosas parecidas, en 1896 se inició en San Pedro la construcción del puerto artificial más grande del mundo, en el que se invirtieron cincuenta y nueve millones de dólares.

Tan pronto finalizaron las preocupaciones relacionadas con el puerto, Wiggins y la Cámara de Comercio emprendieron algo que, modestamente, definieron como "la más grande empresa municipal del globo", y que consistía en la construcción de un acueducto de 310 kilómetros de extensión, para reforzar el suministro de agua a la ciudad.

El acueducto de Owens, como se llamó, fue terminado en 1913, pero a los pocos años, como la ciudad seguía creciendo, viose que no iba a ser suficiente para su futuro consumo. Y se emprendió otra obra mucho mayor todavía: la construcción del acueducto del río Colorado.

Este colosal proyecto de ingeniería representó más de 500 kilómetros de túneles, canales, sifones, presas, plantas de bombeo, depósitos y tuberías, con un costo de 880 millones de pesos de nuestra moneda. Y nunca se probó mejor lo que vale el espíritu de previsión que cuando se terminó este acueducto, justamente en 1941, a tiempo para facilitar la tremenda redoblada expansión que tuvo Los Ange-

les a raíz de la guerra. Y ahora cuenta con un acueducto que está calculado para abastecer a la ciudad hasta el momento que alcance los diez millones de habitantes.

El otro oro

A comienzos de 1892, dos exploradores, llamados E. L. Doheny y C. A. Canfield, encontraron petróleo en un pozo de 48 metros de profundidad, que ellos mismos cavaron a pico y pala, en el patio de una casa de familia de las afueras de la ciudad.

Este suceso tuvo profundo efecto en la historia de Los Angeles, que desde entonces ha estado jalónada por periódicos resurgimientos petrolíferos. El petróleo, una muy necesaria fuente de combustible industrial, también produjo una cantidad de riquezas extraordinarias, dando a cada habitante de la ciudad la placentera esperanza de que en cualquier momento podrían verse ricos de la noche a la mañana.

Ese descubrimiento de 1892 y la explosión de una bomba en el edificio "Los Angeles Times" se vincularon novelescamente para influir en el futuro esplendor de la ciudad. El petróleo determinó en la existencia de una fuente de riqueza extraordinaria, y la explosión de la bomba, luego de una larguísima y embrollada peripetia, provocó un violento cambio en toda la historia del movimiento obrero norteamericano, haciendo de Los Angeles la primera ciudad donde se impuso la libre contratación de obreros.

Gracias a esta circunstancia se instalaron en ese lugar de California sucursales de las más grandes ramas industriales de la nación, que, a partir de 1916 y favorecidas por la primera guerra mundial, adquirieron un desarrollo que parecía insuperable.

Por esa misma época también parecía insuperable el desarrollo de la industria cinematográfica, que diez años atrás había instalado en el pequeño poblado de Hollywood, auspiciada por la extraordinaria luminosidad de un lugar que permitía obtener excelentes fotografías.

Igualmente el clima tuvo una influencia decisiva en la vida de Donald Douglas y la fabricación de aeroplanos. Douglas trabajó en Los Angeles durante la guerra anterior, y más tarde regresó al lugar para instalar un pequeño taller donde inició la construcción de los aviones que habían de hacer famoso su nombre, veinte años después.

Balance espectacular

A raíz de todos estos incidentes, el espléndido poblado que era Los Angeles hace cincuenta años, se ha transformado actualmente en la tercera ciudad del país, después de Nueva York y Chicago. Hoy posee nada menos que tres millones ciento cincuenta y seis mil habitantes, de los cuales alrededor de dos millones doscientos mil llegaron en los últimos veinticinco años, cerca de un millón desde 1930.

En el orden industrial, esta ciudad es ahora la segunda del país, por más que en 1920 ocupara el lugar vigesimoseptimo, y sólo su industria de aviones de guerra es mayor de lo que es toda la industria automovilística de Detroit. Hay en Los Angeles, actualmente, 5,104 establecimientos industriales, que durante la guerra han alcanzado a servir una cifra récord anual que importó nada menos que veintiséis mil quinientos veinte millones de pesos de nuestra moneda.

Existe en toda una población de 450,000 trabajadores industriales, y en la estadística de la explotación petrolífera se consigna la existencia de 6,796 pozos en explotación, para el condado de Los Angeles. Sólo la industria cinematográfica — que tanta publicidad le ha dado al lugar — supone una inversión anual de mil millones de pesos, aplicados al suministro del 75 por ciento de las películas que circulan por el mundo.

Si nos atenemos a los hechos extraordinarios que se registran a lo largo de la curiosa historia de esta ciudad, entonces las palabras de su actual intendente, Mr. Fletcher Bowron, resultarán perfectamente naturales.

—Los Angeles —dice con naturalidad impresionante— será una de las ciudades más grandes del mundo a breve plazo. En realidad, estamos afrontando la situación partiendo de la base de que, antes de cinco años, su población alcanzará a seis millones de personas.

Esta perspectiva significa un tremendo problema que exige soluciones inmediatas. En la actualidad, se mueven en Los Angeles nada menos que un millón y medio de automóviles, transformando nada más que ese aspecto del problema — el del tránsito — en una verdadera pesadilla. Y el suministro de agua, los transportes y la expansión de la vivienda, completan un cuadro donde todo aparece multiplicado en una fantástica progresión. Una progresión tal que, frente a ella, el más delirante de los sueños de Frank Wiggins no ha de ser más que una tímida ambición... *



Zaida F. LEONI, *Punta Alta*. — Conforme a sus deseos, le remitimos la respuesta por carta. AMARO ROSTOM, *Ceres* (F. C. C. A.). — Siendo norma invariable de esta sección no suministrar direcciones comerciales, lamentamos mucho no poder complacerle. Sin embargo, le su-

gerimos que se dirija a la oficina de Publicidad de la Editorial Sopena Argentina, Esmeralda 116, donde le dará una respuesta e información satisfactorias.

JACINTO LUCA, *General Rodríguez* (F. C. O.). — La primavera es, en realidad, la mejor época para la apicultura! Consideramos sumamente acertado que reemplace las colmenas ridículas por las denominadas a cuadros, pues con ellas logrará mayores ventajas.

LEOPOLDO MURIAS, *Nenquén*. — La Leghorn blanca está más extendida en nuestro país que la Catalana del Prat. Hubo un tiempo en que abundaba más entre nosotros esta última raza de gallinas. Las dos son excelentes ponedoras. La Catalana del Prat tiene mayor tamaño.

JUAN ROBLEDO, *Capital*. — Tenga a bien dirigirse al Registro Nacional de la Propiedad In-

tellectual, Talcahuano 612, en donde le informarán al respecto.

ROSARIO INTERESADO, *Capital*. — Lamentamos no poder satisfacer su pedido, ya que no poseemos datos biográficos del escritor al cual alude usted en su carta.

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulan nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas, ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse a Esmeralda 116, Buenos Aires.

PRECIOS DE SUSCRIPCION
"LEOPLAN"

Anual..... \$ 9.50
Semestral..... \$ 5.—
Estos precios rigen para todo el país, América y España.